



coralia
press

LA OFFERTA DE UN MARQUÉS

IV

NECESSARY ARRANGEMENTS

SADIE BOSQUE

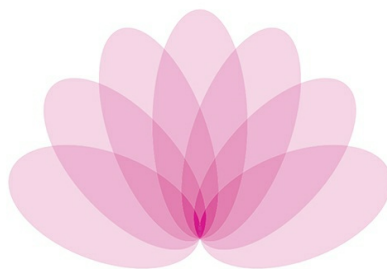
La oferta de un marqués

Un romance de Regencia

Serie *Necessary Arrangements*

Vol. 4

Sadie Bosque



coralia press

SÍGUENOS EN



[@coraliapress](https://www.facebook.com/coraliapress)



[@CoraliaPress](https://twitter.com/CoraliaPress)



[@coraliapress](https://www.instagram.com/coraliapress)

Dedicado a todas las madres

Capítulo 1

«*Cada error es precioso. Recuerdo que me dijiste esas palabras, querida madre, tan claramente como si me las hubieras susurrado ayer.*

Cada pequeño e insignificante error que cometemos nos enseña verdades sobre el mundo, verdades necesarias para construir nuestro carácter. Y cuantos más errores cometamos, más preparados estaremos para afrontar el futuro.

Sin embargo, lo que no mencionaste es algo que tuve que aprender por mi cuenta. No solo aprendemos de nuestras equivocaciones, sino que a veces también tenemos que pagar un precio.

En mi caso, tuve que pagar por ellas durante la terrible noche del baile de la duquesa de Somerset...».

La honorable Isabel Lewis estaba sentada en un rincón de la sala, flanqueada por lady Crosby y la marquesa viuda de Somerville. Las damas mayores discutían algún que otro suceso, que a Isabel no le interesaba demasiado. Al menos, no por el momento.

En ese instante, estaba ocupada observando cómo los sirvientes llenaban las bandejas de comida y servían el ponche.

A Isabel le gustaban los bailes, pero, desde la muerte de sus padres, siempre había asistido a ellos con un objetivo en mente: aprender de los demás y convertirse en mejor anfitriona.

Evie, la duquesa de Somerset, era duquesa por derecho propio. Había heredado el título de su abuelo y lo ostentaba con orgullo. Era un hecho excepcional, y que no podía haberle ocurrido a una persona que lo mereciera más.

Todo en el salón de baile de Evie funcionaba como una máquina bien engrasada. La decoración era maravillosa, la comida exquisita y la música agradable. No había demasiados invitados. Al menos, no tantos como para que se sofocaran con el calor. Las ventanas estaban abiertas, lo que permitía que corriera una brisa fresca.

El hielo se había derretido en uno de los recipientes dispuestos bajo las ventanas. Un lacayo entró en seguida y lo volvió a rellenar.

Isabel suspiró. No había ni un solo fallo a la vista.

Bueno, quizá sí había algo que ella consideraría un fallo. Pero no tenía nada que ver con las habilidades de Evie como anfitriona.

Había un hombre en el salón que a Isabel no le resultaba especialmente agradable de ver. Era su antiguo prometido, el conde de Stanhope.

En otro tiempo, ambos habían estado perdidamente enamorados, o al menos, eso creía Isabel. Pero él no tardó en demostrar que no era el hombre que ella pensaba. Él la había abandonado durante la época más difícil de su vida, cuando ella necesitaba todo el amor y el apoyo posibles.

Aquel verano, la familia de Isabel había recibido la noticia de que su hermano Ben había muerto en combate. Incapaz de sobrellevar su pérdida, su madre pronto abandonó también este mundo. Y entonces, Stanhope desapareció sin dejar rastro.

Esto tampoco habría sido tan grave si Isabel no hubiese descubierto que él se había fugado con otra dama, solo unas semanas después de la tragedia que había golpeado el hogar de los Lewis.

Isabel nunca había superado del todo el dolor de su traición.

¿Cómo iba a hacerlo, si la persona en la que más confiaba la había dejado en el momento más delicado, y sin decir ni una palabra?

Intentó ignorar el agudo pesar que le atravesaba el pecho, pero, cada vez que veía a su exprometido, la herida sangraba un poco más por dentro.

No importaba que ella ya no le amase. No importaba que hubieran pasado tantos años. El recuerdo del primer amor y de la primera decepción era difícil de olvidar.

Isabel fantaseaba a menudo con la idea de que Stanhope volviera arrastrándose de rodillas para suplicar su perdón.

Ya no lo amaba, era cierto. Además, ahora era un hombre casado, un enredo que ella no necesitaba ni deseaba. Pero la imaginación nunca es algo racional. Era simplemente eso: una mera fantasía. Y había algo muy satisfactorio en imaginar a un hombre que la había dejado, reconocer su error.

Con un suspiro melancólico, Isabel se levantó, se disculpó con las damas con las que estaba y se dirigió al tocador de señoras.

Nadie la iba a invitar a bailar. Casi nunca se lo pedían. Isabel estaba abocada a convertirse en una solterona, y no le importaba lo más mínimo.

Sus hermanos eran los únicos que alguna vez le solicitaban un baile, pero, en ese momento, estaban entretenidos discutiendo algún asunto de caballeros con un grupo de hombres. Esto significaba que Isabel era prácticamente invisible y que se aburría como una ostra.

Estaba deseando que llegara la siguiente etapa de su vida, cuando por fin pudiera retirarse felizmente a una de las numerosas fincas de su hermano.

Richard, el mayor de sus hermanos y vizconde Gage, se casaría muy pronto y ella no tendría que desempeñar para él las funciones de anfitriona. Él tendría entonces a su esposa a su lado, e Isabel sería libre para hacer lo que quisiera.

Ella ya tenía pensado un plan. Primero, iría a visitar a su hermana pequeña, Samantha. Sam se había casado la temporada pasada y había dado a luz a un bebé sano hacía un par de meses. Isabel había estado con ella unas semanas, pero había tenido que regresar a causa del próximo baile de esponsales de Gage. Pero una vez terminado todo este asunto de la boda, Isabel pasaría unos meses con la cariñosa familia de Samantha.

Y luego se instalaría en una de las tranquilas fincas de Gage.

Isabel estaba tan perdida en los gratos pensamientos sobre el futuro, que no había oído los pasos que se aproximaban. De pronto, la agarraron por los brazos y la empujaron hacia la habitación más cercana.

Ella intentó gritar, pero una mano le tapó la boca.

—Shh, soy yo. —Le apartaron la mano de la cara lentamente—. Por favor, no grites.

Isabel entrecerró los ojos en la penumbra y reconoció a Stanhope, su antiguo prometido, de pie a unos centímetros de ella.

—Milord, me ha dado un susto de muerte —dijo Isabel en voz baja.

—Mis disculpas, pero tenía que ser precavido. Llevaba toda la tarde queriendo hablar contigo.

—¿Por qué? —Isabel se alisó las faldas, mientras bullía de agitación—. ¿Por qué no me abordaste en el salón de baile?

—Porque lo que voy a decirte no tiene que oírlo nadie más. Necesitaba hablarte en privado.

Isabel miró alrededor de la habitación resguardada por las cortinas y cruzó los brazos sobre el

pecho. Se sentía vulnerable estando a solas con el hombre que le había roto el corazón, y deseaba salir de aquel reducido espacio lo antes posible.

—Bueno, ciertamente ahora estamos solos. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Isabel... Sé que hace mucho tiempo que no hablamos, y sé que soy el único culpable de ello, pero quería pedirte perdón por la forma en que me comporté cuando falleció tu madre.

Isabel se quedó perpleja por un instante, pero se recompuso con rapidez y se echó a reír.

—Por favor, esto es innecesario —dijo—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, y es mejor olvidarlo.

—Pero yo no lo creo así —declaró Stanhope con vehemencia—. Mi madre me presionó para que me casara. Debido a sus problemas de salud, le angustiaba que yo no encontrara una señora para la finca, y ya sabes que para ella lo más importante es cumplir con el deber.

Isabel y Stanhope habían estado prometidos durante más de un año, y la madre de él no había mostrado ninguna prisa porque se casaran. Así que Isabel dudaba que su madre le hubiera empujado de repente al matrimonio en apenas dos semanas. A menos, claro, que ella hubiera aprovechado la oportunidad para casarlo con alguien mucho más conveniente que la hija de un vizconde. Sin embargo, Isabel optó por no manifestar sus pensamientos.

—Quería esperarte —dijo él—, pero como estabas de luto, sabía que no podía casarme contigo a corto plazo. Y no podía oponerme a la insistencia de mi madre... Sé que es una pobre excusa, pero yo era joven y un tonto. —Stanhope se apresuró a continuar cuando vio que Isabel estaba a punto de interrumpirle—. Por favor, espero que puedas encontrar en tu corazón la forma de perdonarme.

Isabel se quedó helada, escuchando la tardía disculpa. ¿Cuántas noches había pasado llorando, deseando que él la visitase después de la tragedia que había sufrido su familia? ¿Cuántas veces había deseado verse envuelta en su reconfortante abrazo? Pero ya habían pasado muchos años. Stanhope la había ignorado y no había intentado contactar con ella desde entonces. ¿Por qué había cambiado y, lo que era más importante, por qué ahora?

—Muy bien —dijo Isabel con calma—. Te perdono.

Ella se dispuso a marcharse, pero Stanhope tomó sus manos entre las suyas. Un escalofrío de placer la recorrió, a pesar de su buen juicio.

—¿De veras? —La voz de él contenía una nota de esperanza.

Esto era demasiado. Isabel sintió arder las mejillas y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Y deseó poner distancia entre ambos.

—Lord Stanhope, ¿por qué se empeña ahora en ello?

—Phillip. Por favor, llámame por mi nombre.

—Yo no... —comenzó a decir Isabel, pero él la cortó.

—Creo que nos conocemos demasiado bien para ser tan formales. ¿O lo has olvidado?

—No. Yo no lo he olvidado, pero parece que tú sí. Han pasado años, Phillip.

—Lo sé. Y soy un idiota por haber esperado tanto tiempo. Ahora también lo sé. He intentado ser un marido fiel, un buen esposo para mi mujer, y por eso no he acudido a ti antes. Pero mi matrimonio no es feliz, Isabel. —Él apretó sus dedos alrededor de los de ella—. Puede que incluso ya lo sepas. Quizá sea culpa mía porque siempre he estado enamorado de ti. Y eso nunca cambió.

Isabel se quedó con la boca abierta. ¿Estaba soñando? ¿Acaso era este uno de sus raptos de fantasía? Porque, un hombre que apenas la había mirado durante los últimos ocho años, más o menos, le estaba confesando su amor. Isabel tuvo que parpadear para asegurarse de que no era un sueño.

—Quiero que estemos juntos, Isabel, querida. —Stanhope levantó la mano y le acarició la mejilla.

El contacto la devolvió a la realidad.

—Pero... ¿Cómo? Estás casado.

—Sí, es cierto. Pero el mío no es un matrimonio feliz. No debes preocuparte. Y he oído que tú tampoco quieres casarte. Podemos estar juntos. Prepararé una casa en la ciudad.

Isabel se echó hacia atrás, liberando su mano del agarre de él.

—¿Me estás proponiendo convertirme en tu amante?

—Sí... Lo he pensado bien. Soy un hombre casado, pero esto no debería afectar a nuestra relación. Ahora eres una solterona. Eres libre de hacer lo que te plazca.

Isabel lanzó un bufido y luchó por salir de la habitación. Stanhope la sujetó por el brazo y la estampó contra la pared. Ella sintió un dolor sordo en la nuca y la espalda e intentó zafarse de él.

—No te vayas sin pensarlo bien —gruñó Stanhope—. No sin darnos una oportunidad.

—Tú destruiste esa oportunidad al renunciar a nuestros esponsales cuando yo era más vulnerable —le espetó Isabel en la cara.

—Sé que estás enfadada, pero, si lo piensas un poco, lo entenderás. Aún podemos ser felices.

A Isabel le costaba respirar en la pequeña sala con Stanhope inclinado sobre ella. Sentía el rostro encendido y le faltaba el aliento.

—Por favor, suéltame.

—Todavía hay pasión entre nosotros. Sé que tú también la sientes. —Stanhope se acercó aún más y, al instante siguiente, sus labios se posaron en los de ella.

Isabel intentó apartarse, pero él le cogió la cara entre las manos y la besó salvajemente. Su boca, húmeda y exigente, se movía sobre los labios de ella, tratando de separarlos con su lengua. Isabel gimoteó en señal de protesta y le dio un empujón en el pecho, pero Stanhope no se inmutó.

Entonces, ella se movió de forma impulsiva, sin darse cuenta.

Había crecido con cuatro hermanos y ellos le habían enseñado mucho. Isabel sabía trepar a los árboles, nadar en el lago y, lo más importante, cómo defenderse de un ataque.

Isabel levantó la pierna y le dio un fuerte pisotón a Stanhope en el pie. Este dio un grito y la soltó con una mueca de dolor y sorpresa en el rostro. Isabel no esperó a que él tomara represalias o se disculpara, y salió corriendo de la salita.

—¡Isabel, espera! —la llamó Stanhope a sus espaldas, pero ella ni siquiera aminoró la marcha.

Isabel se levantó las faldas y se alejó de él a toda prisa. ¡Qué canalla tan arrogante! Besarla, a la fuerza, cuando su esposa estaba en la sala contigua. Puede que el matrimonio de él no fuera feliz, pero Isabel pretendía estar felizmente desvinculada de lores babosos.

Oyó un ruido detrás de ella, como si alguien se hubiera golpeado contra la pared o el suelo. Tal vez Stanhope había tropezado y se había caído. Eso sin duda le enseñaría a no asaltar a damas desprevenidas en una habitación. Las voces la siguieron e Isabel apresuró sus pasos. No estaba dispuesta a que la vieran con Stanhope. Eso sería un terrible escándalo.

Estaba tan decidida a huir que no prestó atención hacia dónde corría. Su mente se hallaba en un completo desconcierto. Y por ese motivo no se dio cuenta hasta el último momento de que se acercaba a las puertas del salón de baile.

No podía aparecer allí aturdida y sin aliento. Su cabello también debía de estar horriblemente despeinado. Isabel giró con brusquedad a la izquierda en un pasillo contiguo y... chocó con la figura alta y robusta de un hombre.

Este no se esperaba un encontronazo, así que ambos cayeron al suelo en un penoso amasijo. Sus extremidades se enredaron mientras las faldas de Isabel pesaban sobre ambos. Ella balbuceó,

luchando por levantarse.

—Señorita, por favor, deje de moverse. Me está aplastando... las partes más valiosas de la anatomía masculina —dijo el hombre debajo de Isabel en el tono más seco.

—¡Estoy intentando apartarme de encima de usted! Le agradecería un poco de ayuda —respondió ella, irritada.

—Tiene el pelo en mi cara, ni siquiera puedo... —El hombre no terminó la frase, y lo que fuera a decir quedaría para siempre en el misterio porque, en ese momento, las puertas del salón de baile se abrieron, y unos pasos ligeros les alertaron de que alguien había entrado en el vestíbulo.

—¡Qué vergüenza! —La voz de una anciana dama sonó como un látigo en los oídos de Isabel—. ¡Durante el baile y justo en el pasillo!

Isabel gimoteó mientras intentaba ponerse en pie. El caballero que tenía bajo su cuerpo la cogió por la cintura y la alzó con facilidad. Isabel se retiró el cabello de la cara, con el cuello cada vez más caliente. Tenía las piernas descubiertas hasta las rodillas y se apresuró a taparlas con las faldas.

La marquesa viuda de Somerville seguía farfullando, ofendida, con su acompañante, lady Crosby. Evie apareció a su lado, seguida de su marido, el vizconde St. Clare.

Perfecto. Todo lo que Isabel necesitaba era más público para presenciar su caída en desgracia.

St. Clare observó el espectáculo con las cejas levantadas y luego silbó por lo bajo.

—Supongo que nuestra misión aquí ha terminado, Vane —dijo alegremente—. Enhorabuena, acabamos de encontrarte una esposa.

Richard Lewis, vizconde Gage, se paseaba por la biblioteca de la duquesa como un tigre enjaulado. Pero no estaba dando vueltas a su alrededor. Caminaba en línea recta entre los dos bandos que se habían formado en la sala.

En el extremo más alejado de las puertas estaba Isabel con Adam, su otro hermano, mientras que, al otro lado de la chimenea, Evie, St. Clair y el marqués de Vane —el hombre con el que Isabel había chocado—discutían algo en voz baja.

Isabel esperaba que Richard estallara en cólera en cualquier momento. En lugar de eso, su hermano se detuvo de pronto frente a ella.

—No tienes por qué casarte con él. Espero que lo sepas —dijo al fin.

A Isabel se le saltaron las lágrimas. Podía soportar la rabia y la ira de Richard, pero no estaba preparada para recibir amabilidad.

—¿No tengo que hacerlo? —preguntó ella.

—Forzamos el matrimonio de Samantha con Ashbury a causa de un escándalo, y ya sabes cómo acabó aquello —dijo él con una mueca. A Richard no le gustaba nada el marido de Sam.

Isabel se secó los ojos y reprimió una sonrisa.

—¿Con Sam felizmente casada y un precioso bebé en su regazo?

—¡Él casi la mata! —gruñó Richard.

—Por favor, no seas tan dramático —dijo Isabel en voz baja.

Richard se pasó la mano por el pelo.

—Me alegro de que Sam sea feliz, pero no me fío de Ashbury y lo vigilaré en todo momento. Aun así, Sam está enamorada de él por razones que nunca entenderé. Tú, en cambio, ni siquiera conoces a Vane. Demonios, ni siquiera yo conozco a Vane. ¿Adam?

Este sacudió la cabeza.

—Vane es un ermitaño. Lleva más de una década escondido en su finca. Quién sabe qué habrá estado haciendo allí. —Adam se volvió hacia Isabel con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Cómo que qué quiero hacer? —Isabel jugó con los pliegues de su falda para no encontrarse

con los ojos escrutadores de su hermano—. Sabes lo que quiero, lo que siempre he querido.

—Isabel, te pregunto esto precisamente porque yo sé lo que quieres. Si mostraras algún deseo de crear una familia, retaría a Vane a un duelo.

Richard soltó un resoplido.

—Está bien, tal vez fuese Rich quien se batiría en duelo —dijo Adam—, pero yo no me quedaría atrás.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Isabel—. ¿Un duelo? ¿Por chocarme en un pasillo? Tal vez sería mejor que desafiaras a la señora Busybody Crosby por su falso testimonio sobre lo que pasó en el baile.

Adam respiró hondo.

—De cualquier forma, ya que no quieres casarte... entonces tal vez sea mejor olvidarlo todo por completo. Te apoyaremos en cualquier decisión que tomes, ¿no es así? —Adam levantó una ceja hacia su hermano.

Richard se movió de un pie a otro.

—¿No es así? —repitió Adam en voz más alta.

—Adam tiene razón —aceptó Richard a regañadientes—. No tenemos más hermanas a las que casar... Y pasarán años antes de que las hijas de Sam hagan su debut. Quizá se olvide el escándalo.

—¿Y qué hay de tus ambiciones en el Parlamento? —protestó Isabel—. ¿No echaría a perder una hermana arruinada tus posibilidades de obtener una posición respetable en la Cámara de los Lores?

—La sociedad no mira a un lord con una hermana arruinada con el mismo desprecio que a la dama en cuestión —alegó Richard.

Adam asintió.

—Nos las arreglaremos —dijo aquel—. Y para cuando la hija de Sam haya crecido, nadie recordará lo ocurrido.

—¡Oh, Dios mío! —Isabel se tapó la boca con la mano, al acordarse de la prometida de Richard—. ¿Y qué hay de lady Aurora Bainbridge? Su padre desprecia el escándalo, ya era reacio a concertar el compromiso.

—El pomposo marqués no creía que un vizconde fuera lo bastante adecuado para su hija —confirmó Adam, murmurando para sí.

—¿Ves, Richard? —dijo Isabel—. No dejará que ella se case contigo después de esto. Y aunque lo haga, él tiene derecho a prohibirle a tu esposa y a tus hijos que me vean.

—Eso no va a pasar —farfulló Richard.

Isabel no le prestó atención.

—Estoy convencida de que los Bainbridge no me aceptarán como parte de su familia, y no estoy segura de poder reprochárselo. No puedo poner en peligro tu futuro.

Richard hizo un gesto despectivo con la mano.

—Deja que yo me ocupe de mi futuro, querida hermana.

—Me temo que no puedo. —Isabel se levantó y se alisó las faldas—. Y quizá tú, como lord, puedas permitirte correr el riesgo, pero ¿y Adam?

Este sonrió.

—Por favor, no te preocupes por mí —dijo.

—¿Y qué hay de Alan? —preguntó Isabel—. Cuando vuelva del continente, tendrá que buscarse una carrera respetable. —Ella sacudió la cabeza, decidida a hacer lo correcto.

—No dejaré que te sacrifiques por el bien de la familia —dijo Richard.

—No es decisión tuya —declaró Isabel con severidad. Se quedó pensativa un momento antes de continuar—. Además, no todo tiene que ser malo. Yo podría conseguir unos preciosos niños de este desafortunado incidente.

Sus hermanos se movieron, incómodos, sin mirarla a los ojos.

—Sí —dijo Isabel asintiendo con firmeza—. Ya lo he decidido.
Me casaré con él.

Capítulo 2

Rhys, el marqués de Vane, estaba sentado frente a su amigo el vizconde St. Clare y su esposa, la duquesa de Somerset, en la biblioteca. La pareja hablaba entre ellos en voz baja, dejando que Rhys se sumiera en sus pensamientos, y él lo agradecía.

Cuando Rhys acudió al baile de la duquesa de Somerset, lo hizo con el único propósito de encontrar esposa. Sabía exactamente el tipo de mujer con la que quería casarse.

Necesitaba que fuera una mujer experimentada que supiera cómo tratar con niños y administrar sus propiedades. Tal vez una viuda con un hijo o dos a cuestas.

Necesitaba una mujer adecuada. Alguien que estuviera libre de escándalos y pudiera demostrar todas las reglas del decoro apropiado y que nunca mancillase el título de Vane. Su título ya había sufrido bastante. Necesitaba volver a presentarlo al mundo con dignidad.

No necesitaba que la dama fuera atractiva. Cuanto menos atractiva resultase para otros hombres, mejor. Y en cuanto a él, después de años de abstinencia, estaba seguro de que sería capaz de conciliar su necesidad el tiempo suficiente para intentar concebir un heredero.

Después de todo, había conseguido acostarse con su primera mujer durante casi dos años. No podía imaginar que las noches con su nueva esposa fueran más desalentadoras que las anteriores.

En resumen, necesitaba una madre para su hija, una señora para sus propiedades y una dama perfectamente apropiada para llevar su título.

Y la señorita Isabel Lewis era incompatible con todos sus propósitos.

—Bueno —dijo St. Clare mientras tomaba la mano de su esposa y jugaba con sus dedos—, al menos ha sido rápido.

—Solo tú podías ver algo bueno en esta atroz situación —observó Rhys con sorna.

—Dijiste que no querías perder el tiempo mezclándote con la nobleza —señaló la duquesa.

—Es cierto. —Rhys dejó escapar un suspiro de dolor—. Pero lo que más quería era evitar el escándalo.

—¡Pff! —bufó St. Claire—. ¿Este pequeño asunto? Mañana por la mañana estará olvidado.

La duquesa soltó una risita. Miró a su marido con ojos brillantes y una clara expresión de adoración en el rostro. «Están locamente enamorados, maldita sea», pensó Rhys, y sintió una punzada en el pecho. Hacía tiempo que había renunciado al amor y estaba dispuesto a vivir su vida sin él. Pero había algo en la pareja que tenía delante que le recordaba al niño que Rhys había sido: el niño que anhelaba el amor.

Rhys se aclaró la garganta.

—Lo dudo. Y la señorita Lewis no es exactamente la dama apropiada que estaba buscando. No necesito una mujer escandalosa como esposa.

—¿Escandalosa? —La duquesa desvió su atención de su adorado marido y miró a Rhys—. No creo que conozcas a Isabel lo suficiente como para hacer semejante valoración de su carácter.

Rhys temía conocer a la señorita Lewis lo suficiente como para hacer tal afirmación. Estaba dispuesto a apostar que la conocía mucho mejor que la duquesa. Después de todo, la había conocido cuando eran mucho más jóvenes. Incluso antes de que él se casara.

Después de todo, había creído estar enamorado de ella una vez.

Rhys apartó a un lado el recuerdo.

—Con el debido respeto —le dijo a la duquesa—, usted se casó con St. Claire, así que creo que su idea de lo que es escandaloso puede ser muy diferente a la mía.

St. Clare se rio y su esposa le dirigió una mirada severa.

—Aparte de mi libertino marido —dijo ella con altivez—, no me relaciono con gente escandalosa.

St. Claire enarcó una ceja hacia ella.

—Te escapaste en mitad de la noche, me abordaste en mi alcoba y me exigiste que me casara contigo. No creo que pudiéramos encontrar una dama más escandalosa que tú, aunque lo intentásemos. Haces que cualquier otra dama parezca bastante respetable en comparación.

La duquesa empezó a protestar, pero el vizconde le cogió la cara entre las manos y le plantó un beso exigente en la boca.

Rhys levantó los ojos al cielo antes de apartar la vista. No quería presenciar el comportamiento impropio de su amigo.

Sin embargo, St. Clare podía permitírselo. Había sido el más notorio vividor de Londres y había conseguido casarse con la mujer más influyente de Inglaterra, después de la propia reina.

Rhys no tenía esa suerte. Tendría que conformarse con la hermana sin escrúpulos de un vizconde sin escrúpulos.

—¡Gabriel, por favor! —La duquesa se apartó de su marido con una risita—. Creo que ya has demostrado con creces tu escandalosa reputación —dijo con las mejillas rojas por la vergüenza.

—Muy bien, esperaré un momento hasta que terminemos aquí —dijo su marido por lo bajo.

—Mis disculpas por haberte retenido con mis insulsos problemas —dijo Rhys con sorna.

St. Claire le dedicó una sonrisa encantadora.

—Simpatizo con tu difícil situación, amigo mío. Tendrás que casarte con una bella dama con una dote considerable. Qué horror...

—No puedes entender el dilema en el que me encuentro —dijo Rhys—. Tú buscas el escándalo; yo trato de evitarlo. Y tengo que pensar tres veces las decisiones que tomo. Una por mí, otra por mi título y otra por mi hija.

—Si quieres —dijo St. Claire—, puedo salir con mi mujer esta noche y armar otro escándalo que eclipse al tuyo en un instante.

El rostro de la duquesa se tornó del color del bermellón. Le dio un manotazo a su marido y apretó los labios, tratando de mantener la compostura.

—Nada de lo que hagas sorprenderá jamás a la sociedad, querido.

St. Clare le cogió la mano y le dio un beso en los nudillos.

Unos pasos sonaron desde el otro lado de la habitación, y Rhys se sintió realmente aliviado al ver aproximarse a la familia Lewis, que no le caía especialmente bien. Pero no podía estar más agradecido por la interrupción. Su amigo no le estaba ayudando en absoluto, y Rhys no creía que fuera capaz de pasar ni un momento más en compañía de los dos tortolitos.

La señorita Lewis estaba flanqueada por sus hermanos, lo que obligó a Rhys, St. Clare y la duquesa a levantarse y saludarlos.

—¿Ha tomado una decisión? —preguntó el vizconde Gage, hermano de la señorita Lewis.

Rhys asintió levemente, aunque por dentro le crispaba la aprensión.

—No me parece que tenga elección en el asunto.

—¿No la tiene? —Gage elevó una ceja.

Rhys negó con la cabeza.

—Necesito un matrimonio respetable. Y su familia es todo menos respetable.

—¡Vane! —exclamaron al unísono la duquesa y St. Clare.

Rhys frunció el ceño.

—Bueno, es la verdad. Gage es un libertino. Su hermana menor se casó a causa de un escándalo, ¡y ahora queréis que me encadene al más escandaloso de todos los Lewis!

Todos se volvieron hacia Isabel, con expresión confundida.

Esta ladeó la cabeza.

—¿Soy la más escandalosa?

Ella le miraba fijamente, pero era obvio que no le reconocía en absoluto, como tampoco sus hermanos. Y aunque Rhys no había pasado mucho tiempo en compañía de los hombres de la familia, había pasado bastantes veranos persiguiendo a la señorita Lewis.

Había estado enamorado de ella, por el amor de Dios. Sin embargo, no había ni un atisbo de reconocimiento en sus ojos. Y eso le dolía más que todo este embrollo. Y tal vez esa era la razón de su propia brusquedad.

—Pero si me niego a casarme con usted —continuó Rhys—, el escándalo también arrastrará mi nombre. Es mejor que nos casemos, y pronto.

La señorita Lewis se quedó quieta como una estatua, como si le hubieran sorprendido sus palabras. ¿Por qué estaba tan consternada? ¿Acaso no esperaba una propuesta de matrimonio?

Ella parpadeó, miró a sus hermanos, y luego cuadró los hombros.

—¡De ninguna manera!

Ellos la miraron, sorprendidos. Al parecer, tampoco esperaban su negativa. Rhys se preguntó si estaba loca. No tenía más remedio que aceptar. A menos, claro, que se creyera inmune al escarnio.

—¿Perdón? —Rhys frunció el ceño.

Los hermanos de ella se plantaron a su lado y cruzaron los brazos sobre el pecho. Tanto el vizconde St. Clare como la duquesa de Somerset intentaban contener la risa.

—Me temo que te han rechazado, amigo mío —aclaró St. Clare servicialmente con una amplia sonrisa.

Rhys se limitó a negar con la cabeza. La impetuosa mujer estaba mandando al infierno su propio futuro y también el de él.

—Pues yo no acepto su rechazo —dijo Rhys—. ¿No piensa para nada en su porvenir? Debería haberlo imaginado, teniendo en cuenta el pasado, pero...

—¿De qué pasado habla? —le espetó Isabel—. ¡Ni siquiera le conozco!

El corazón de Rhys se encogió ante la confirmación de sus sospechas. Ella no le recordaba de ningún modo. Se aclaró la garganta.

—No le queda más remedio que casarse conmigo —dijo—. De lo contrario, está abocada a la ruina.

—No me importa —dijo Isabel con tranquilidad—. Preferiría comer gusanos directamente del suelo de nuestra finca más al norte antes que casarme con usted.

St. Clare silbó por lo bajo y Gage le dio a su hermana una palmadita de aprobación en la espalda.

Rhys se quedó mirándolos, sin comprender. ¿Qué estaba pasando?

No había previsto un rechazo. Mientras había estado sentado frente al escandaloso St. Clare y su esposa, todos los pensamientos de Rhys habían estado ocupados en su desgracia. Le molestaba tener que casarse con una mujer a la que no quería. Ni una sola vez había considerado que ella pudiera darle calabazas. Pero, ahora que lo había hecho, se sentía extrañamente

despojado.

—Ya la ha oído, Vane. Ella no va a casarse con usted, y se acabó —dijo Gage con voz firme.

Rhys no comprendía que sus hermanos la apoyaran en esta locura. Su nombre quedaría asociado al escándalo para siempre.

—Seguro que sabe que es un error, Gage —dijo Rhys—. Usted es un par del reino. Su reputación quedará por los suelos después de esto.

—Y también el suyo —dijo Gage con calma.

«¡Como si no lo supiera!».

—Entonces, ¿por qué acepta esta insensatez? —preguntó Rhys—. ¡Está claro que su hermana no tiene ninguna consideración por usted ni por nadie de esta sala!

—Cuidado —gruñó Gage dando un paso adelante—, o podría ganarse una cita al amanecer.

—¿Tal vez sería oportuno un poco de té? —intervino la duquesa en tono jovial.

—No, no estoy de humor para tomar el té. Gracias. —Rhys giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta antes de que la escandalosa familia lo empujase a un duelo. ¡Un duelo! Eso era lo último que necesitaba.

Isabel se quedó temblando en la biblioteca, viendo cómo se marchaba el marqués.

Tenía las manos húmedas y el corazón se le desbocaba dentro del pecho. ¿Qué acababa de ocurrir?

—Será mejor que le siga —dijo St. Clare. Se inclinó y estampó un prolongado beso en la mejilla de su esposa.

Isabel apenas prestaba atención a su entorno. Estaba sobrecogida.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Evie en cuanto la puerta se cerró tras su marido—. Creía que eras la más sensata de tu familia. —Se acercó a Isabel con el ceño fruncido y y desconcertada.

Adam rodeó los hombros de su hermana con un brazo protector.

—Pensaba que ibas a aceptarle —dijo Richard.

—N-no sé qué me ha pasado —tartamudeó Isabel—. Pero, después de escuchar lo que probablemente constituya una declaración en su mente trastornada, me imaginé lo que sería pasar toda mi vida a su lado.

Evie se acercó al sofá y cogió un precioso chal verde esmeralda.

—Para que haga juego con tu vestido —dijo con una sonrisa.

—Oh, no, no es necesario... —comenzó a decir Isabel, pero Evie ya estaba cubriéndola con el chal.

—Tienes un desgarrón en el escote —le dijo Evie al oído—. Esto debería cubrirlo.

¿Un desgarrón en el escote? ¿Había sido por la caída, o por su forcejeo con Stanhope? Las mejillas de Isabel se acalaron de bochorno. ¿Cuánto tiempo llevaba paseándose con esa rasgadura sin saberlo?

—Gracias —le susurró a Evie en respuesta.

Salieron de la biblioteca un instante después. Unas cuantas damas permanecían en el pasillo, mirándolas fijamente y cuchicheando detrás de sus abanicos. Los caballeros inclinaron la cabeza hacia sus acompañantes para oír lo que se decía de la familia Lewis.

—Tal vez deberíamos haber utilizado la puerta de salida de los criados, después de todo —dijo Isabel con una sonrisa tensa.

—Mantén la cabeza alta, hermana —dijo Richard—. Mantén la cabeza alta.

Rhys entró en su casa, todavía furioso. No se irritaba con facilidad. Al contrario. Normalmente, no podía conjurar la suficiente emoción como para inquietarse por nada. Pero esta chica —esta

mujer—, la señorita Isabel Lewis, parecía tener el don de sacarle de quicio.

No quería casarse con ella, se recordó a sí mismo. Entonces, ¿por qué le había escocido tanto su rechazo?

Rhys se quitó el abrigo y el sombrero y se los entregó a su mayordomo. Luego subió lentamente las escaleras.

Caminó en silencio hacia la puerta más alejada a la derecha y la abrió de un tirón. La luz que entraba por el hueco entre las cortinas iluminó el rostro de su hija, que dormía plácidamente.

Rhys sonrió, estudiando sus rasgos inocentes.

No, su hija se merecía algo mejor que una mujer de mala reputación por madre. Ya había tenido antes una buscona egoísta para ese papel, y aquello no había acabado nada bien. La próxima mujer con la que él se casara sería una dama perfecta y una perfecta madre para su tesoro.

Alguien mucho más adecuada que la señorita Isabel Lewis.

Capítulo 3

Una nota de rechazo al próximo baile de esponsales de Gage llegó al día siguiente a primera hora. Y luego otra, y otra más. Algunos incluso declararon abiertamente en sus misivas que no permitirían que sus hijas se relacionaran con una mujer de mala reputación.

Resultó que la sociedad educada no lo era tanto una vez que uno de sus miembros caía en desgracia. O simplemente se caía.

A nadie le importaba la verdad. Nadie había visto siquiera a Isabel y a Vane fuera de aquel salón de baile, salvo las dos espantosas ancianas que habían contado a todo el mundo la exagerada historia de lo que creían haber visto.

La verdad de lo ocurrido no tenía importancia. No había forma de salvar el buen nombre de Isabel. Ella había arruinado el prestigio de su familia simplemente por haberse tropezado con el hombre equivocado.

Si se hubiera limitado a aceptar la pésima propuesta del marqués, habría podido evitar más desprecios. Pero ya era demasiado tarde.

¿Lo era en realidad?

Isabel daba golpecitos nerviosos con el pie, frente a la puerta del estudio de su hermano. Dentro, Richard y Adam mantenían una acalorada discusión sobre el incierto futuro de la familia. Debatían sobre qué hacer con Isabel, ya que ahora no era bienvenida en la mayoría de las casas de sus conocidos.

Isabel sabía lo que quería hacer. Se iría a casa de Sam y se escondería allí durante el resto de la temporada. El escándalo se olvidaría al año siguiente, o al menos, la gente fingiría haberse olvidado de la desafortunada Isabel Lewis y solo cuchichearía sobre el asunto detrás de sus abanicos.

Dentro de un año, todo iría mejor. Isabel llevaría la vida tranquila y apacible que siempre había deseado, y sus hermanos continuarían con sus aspiraciones políticas.

—El marqués de Bainbridge ha enviado una nota. —Oyó decir a Richard, un poco más tranquilo.

—¿Qué dice? —preguntó Adam.

—Rechaza mi invitación. El bastardo ni siquiera ha tenido las agallas de decírmelo a la cara. Cobarde... —Se oyó un fuerte golpe como si hubieran lanzado algo contra la pared, o posiblemente Richard había estrellado el puño sobre su escritorio.

Isabel dio un respingo.

Richard acababa de perder a su prometida. Y todo había sido por su culpa. Isabel tragó saliva, se dio la vuelta y salió silenciosamente del vestíbulo. No tenía fuerzas para mirar a sus hermanos a los ojos. Ella lo había arruinado todo.

Dentro de un año, todo iría mejor. Pero ¿y este año?

Solo había una persona que podía arreglarlo todo. Y si existía alguna forma de salvar los restos de sus destrozadas reputaciones, Isabel tendría que tragarse su orgullo y rogarle a esa persona

que lo hiciera.

Isabel estaba en el umbral de la odiosa casa del marqués de Vane, maldiciéndose a sí misma por dentro. Tendría que hacer acopio de todo su tacto para tener esta espantosa conversación con ese hombre horrible. Respiró hondo por tercera vez y levantó la mano hacia la aldaba, solo para quedarse paralizada a un palmo de la puerta.

—¿Quiere que yo lo haga, señorita? —preguntó su doncella, Anthea, detrás de ella.

—No, Anthea, soy muy capaz de hacerlo yo misma —dijo Isabel con decisión y luego añadió en un susurro apenas audible—: Creo.

Isabel levantó la aldaba y luego la dejó caer, rezando en voz baja. No estaba segura de por qué rezaba. Quizá para tener paciencia con el marqués y su enorme ego.

Un anciano delgado, alto y canoso, abrió la puerta y miró a Isabel por encima de su larga nariz como si ella fuera un insecto al que quisiera aplastar.

—Soy la señorita Isabel Lewis, vengo a ver al marqués de Vane —dijo.

El mayordomo miró alrededor de la calle como si buscara a alguien. Luego su mirada se posó en la doncella de Isabel, y levantó una ceja.

—Preguntaré si Su Señoría está en casa —dijo, y cerró la puerta en las narices de Isabel.

Vaya, ¡el mayordomo era tan arrogante y grosero como su señor! Isabel se sacudió la falda, irritada. Estaba plantada como una mendiga o una libertina en la puerta de la casa de un soltero. Dudaba, sin embargo, que esta visita la metiera en un escándalo mayor que el que ya había protagonizado. Sus hermanos podrían regañarla —y lo harían—, pero a ella no le importaba. Estaba haciendo esto por ellos.

La puerta se abrió un instante después y el mayordomo se hizo a un lado, dejándola pasar.

—Gracias —dijo Isabel con una sonrisa tirante.

Entró en el vestíbulo y se alisó el vestido cuando unos pasos resonantes descendieron por las escaleras.

Isabel apenas tuvo tiempo de levantar la vista antes de que un animal enorme y de aspecto monstruoso la derribase de un empujón. Chilló al caer al suelo.

El animal le olisqueó la cara y le lamió la nariz.

Isabel no sabía qué emoción la invadió primero. ¿La sorpresa por haber sido embestida, el horror de que un gigantesco animal la estuviera aplastando, o el asco de ser lamida por aquel demonio maloliente?

Tardó un momento en darse cuenta de que estaba dolorida. Sentía la espalda como si tuviera agujas clavadas y la cabeza le producía unas sordas punzadas. Entonces el monstruoso animal desvió su atención a otro lado y echó a correr.

Se oyeron más gritos y un chillido agudo cuando, sin duda, el animal trató de arrollar a más personas.

Isabel se levantó con dificultad una vez que el mayordomo acudió por fin en su ayuda. Se quitó el polvo de la falda y acunó su dolorida cabeza entre las manos, pensando que pronto tendría allí un chichón bastante feo.

—¿Señorita? ¿Se ha hecho daño, señorita? —Su aterrorizada criada corrió hacia ella.

Dos o tres lacayos fueron a toda prisa en persecución de la bestia, dejando la puerta abierta tras ellos.

Volvieron a sonar unos fuertes pasos desde la escalera, solo que esta vez eran humanos.

—¿Por qué demonios está abierta la puerta, Monroe? —gruñó el hombre, llegando apenas al vestíbulo—. ¡Ya sabes que...! —Rhys se detuvo en seco, con la boca ligeramente abierta. Miró a Isabel de arriba abajo con gesto poco halagador y esbozó una leve reverencia antes de volverse

hacia el mayordomo.

—Por favor, que la señorita Lewis me espere en el estudio. Tengo que atrapar al maldito perro. Y envíe también a algunos lacayos tras él.

—Sí, milord. Ya me he ocupado de ello.

—Bien. Coja mi chaqueta y mi sombrero. Le seguiré.

El mayordomo se apresuró a obedecer cuando sonaron más pasos procedentes de la escalera.

Isabel se preguntó si vendría alguien más a patearla mientras estaba caída en el suelo.

Una niña corrió hacia el adusto marqués y lo agarró por los pantalones.

—¿Adónde ha ido Button? —le preguntó la pequeña.

«¿Button?». Isabel levantó una ceja.

—Salió corriendo —dijo el marqués—. La puerta estaba abierta —añadió, mirando miró a Isabel con el ceño fruncido—. Intentaré ir a buscarlo, pero ¿quieres llamar antes a la señora Ainsworth y hacer compañía a nuestra encantadora invitada?

La niña arrugó la nariz ante Isabel y se escondió detrás de las largas piernas del marqués.

—¿Ella dejó escapar a Button? —preguntó.

Isabel abrió la boca para responder, pero fue interrumpida.

—Cariño, se supone que debes saludar a nuestra invitada y hacer una reverencia —dijo el marqués con suavidad.

—¡Pero ella ha perdido a Button! —protestó la muchacha, que seguía sin mirar directamente a Isabel.

—No lo he perdido. Él me atacó —dijo Isabel, ofendida.

El marqués le dirigió una mirada fulminante antes de volverse hacia la niña.

—Button no se ha perdido. Lo encontraré.

El marqués cogió su chaqueta y su sombrero de los dedos del mayordomo, se los puso y se dio la vuelta para salir de la casa.

Isabel miró a la niña, que ahora la observaba con el ceño fruncido. Con aquella mirada, se parecía inmensamente al marqués.

Isabel no tenía ningún deseo de quedarse en aquella casa con una niña hostil y un viejo mayordomo engreído. Además, aquel perro podía estar en cualquier parte, y ella podría quedarse atrapada allí para siempre.

Se volvió hacia la niña con una dulce sonrisa.

—Iré a ayudar a Su Señoría a buscar al perro —dijo cuando la puerta se cerró tras el marqués—. Anthea, por favor, espera aquí.

Con una inclinación de cabeza hacia su criada, Isabel salió corriendo de la casa.

Al ver que el marqués desaparecía en dirección al parque, Isabel se apresuró a seguirle.

—Es de mala educación dejar a un invitado solo en la casa —dijo mientras igualaba su paso.

—No la he dejado sola —respondió él, sin molestarse siquiera en mirarla.

—Una niña de cinco años no cuenta como compañía en la sociedad educada.

Él la miró por fin.

—Ella tiene seis. Y como ha sido culpa de usted que el perro se haya escapado, no creo que dejarla allí sea lo peor que yo podía haber hecho.

Isabel lo miró, indignada. ¿Intentaba amenazarla?

—¿Cómo puede ser eso culpa mía?

—Si no hubiera venido, Button no se habría escapado.

—Si ese animal hubiese sido adiestrado adecuadamente, no habría saltado sobre nadie y abandonado la casa a la primera oportunidad. O tal vez intentaba escapar de su severa

presencia...

El marqués no parecía prestar atención a sus palabras. Ladeó el cuello, entornando los ojos hacia el sendero.

—Él —dijo en tono despreocupado.

Isabel tardó un momento en darse cuenta de que se había dirigido a ella.

—¿Perdón?

—Es «él», no «ese» Y tiene un nombre. Button^[1].

«Qué nombre tan inapropiado para un perro tan enorme», pensó Isabel.

—No me han presentado debidamente a ese perro —dijo—, salvo por el hecho de que me tiró al suelo. Eso no le otorga a uno la familiaridad necesaria para llamar a alguien por su nombre de pila.

El marqués se rio.

—Es extraño oír un sermón sobre el debido decoro por parte de una mujer que me derribó en un baile y que luego se presenta en la casa de un soltero sin la debida carabina. Así que llamar a un perro por su nombre puede que no sea lo más escandaloso que usted haya hecho nunca. Además, probablemente, Button solo estaba vengando mi honor después de lo que pasó en el baile.

—En primer lugar, las solteronas no necesitan carabinas. ¡Y lo que pasó en el baile fue que usted me derribó a mí! Y luego insultó a mi familia haciendo una propuesta que podría ser cualquier cosa excepto tolerable. Y después de eso, ¿actúa con tanta jactancia, como si yo fuera la equivocada? Al menos, su nombre refleja la alta opinión que tiene de sí mismo, lord Vain^[2].

El marqués le lanzó una mirada feroz.

—Puede que sea vanidoso, pero al menos, no soy yo quien pasa la mayor parte del tiempo en el suelo con las faldas levantadas.

Isabel se quedó con la boca abierta, pero no logró emitir sonido alguno.

—Y ya que la he visto así más de una vez —continuó el marqués—, quizá debamos actuar con familiaridad. Puede prescindir del tratamiento formal y llamarme Vane.

—¡Descarado! —dijo Isabel al fin.

—Parece que tiene problemas con los nombres. Es Vane —dijo él, imperturbable, luego frunció el ceño y echó a correr hacia la entrada del parque.

Isabel habría estado encantada de dejar al marqués en ese momento, pero no tenía elección, así que le siguió.

Llevaban unos minutos caminando a paso ligero y empezaba a ser obvio que Button no estaba por ninguna parte. Isabel pisó algo de barro y soltó una maldición.

Rhys levantó una ceja.

—No debería sorprenderme que también maldiga.

—¿Quiere dejar ya su actitud moralista? ¿Qué le he hecho yo para merecer su desprecio? —Isabel se detuvo, obligando al marqués a detenerse también.

Él abrió la boca para decir algo, pero ella le cortó con un gesto de la mano.

—Era una pregunta retórica. No necesito que me responda.

—Si le preocupan sus botines, no debería haberme seguido fuera —dijo Rhys con sorna.

—Necesito hablar con usted, y solo Dios sabe cuánto tiempo estará dando vueltas buscando a su bestia canina.

Rhys cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si necesita hablar, entonces hágalo. Y nos despediremos aquí mismo.

—No habrá ninguna despedida. —Isabel cuadró los hombros—. He venido a aceptar su insultante propuesta.

Rhys no movió un músculo. No reaccionó de ninguna manera.

—¿Ha oído lo que acabo de decir? —preguntó ella.

—Sí. Perfectamente. Pero ¿qué le hace pensar que admitiré que acepte mi propuesta?

—¿Perdón?

—Es usted escandalosa, impetuosa y, según parece, una amenaza para los animales. ¿Qué beneficio me reportaría tenerla como esposa? ¿Por qué debería desposarla?

Isabel estaba a punto de girar sobre sus talones y marcharse. Contempló la posibilidad de patear un poco de barro a los ojos del prepotente marqués mientras lo hacía, pero, en lugar de eso, respiró hondo. El futuro de sus hermanos dependía de ella.

Entonces recordó a la mimada niña de la casa. A Isabel podía parecerle odiosa, pero el marqués parecía estimarla mucho.

—Porque —dijo ella, con una sonrisa fingida— el escándalo que hemos provocado perseguirá a todas las mujeres que estén bajo su cuidado hasta su debut. Esa niña de la casa no tendrá oportunidad de conseguir un matrimonio respetable. Su título será el hazmerreír y todas las madres honradas le ocultarán a sus hijas. Por mucho que le disguste, casarse conmigo resolverá la mayoría de sus problemas.

El marqués frunció el ceño. ¿Era una reacción?

—Todos, excepto encontrar al condenado perro —dijo él.

Isabel rezó en su interior para tener paciencia. Vane estaba demasiado preocupado por buscar a su maldita mascota y no le prestaba atención.

—Muy bien —dijo ella al fin—. ¿Y si le encuentro al dichoso perro? ¿Se casará conmigo entonces?

El marqués se volvió hacia ella, sobresaltado. Volvió a mirarla de arriba abajo y algo parecido a una mueca apareció en su rostro.

—Encuentre primero al perro, luego hablaremos.

«¡Qué canalla tan arrogante!», murmuró Isabel para sí misma mientras caminaba por el parque, buscando al descomunal chuchó que había estado a punto de matarla. Muy bien, tal vez estaba exagerando. Aquel perro había tratado de ser amistoso cuando la abordó. O más bien, cuando la derribó, se corrigió a sí misma, imitando la mueca de autosuficiencia del marqués.

Como resultado, estaba paseándose sola por el parque como una lunática. Ya la habían visto frente a la casa de un soltero. Probablemente la habían observado mientras discutía con Vane. Su ya arruinada reputación se iría al garete si él no se casaba con ella. Y más le valdría entonces esconderse en la más remota de sus fincas o incluso internarse en un convento.

¿Y ni siquiera quería casarse con el virtuoso marqués! ¿Qué había hecho ella para merecer semejante destino?

Cualquier cosa era mejor que convertirse en la amante de Stanhope, suponía.

Isabel lanzó un suspiro y se apoyó en un árbol. Las lágrimas le ardían en los ojos.

¿Qué había pasado con su vida? Había sido un diamante en bruto cuando hizo su debut. Cualquier caballero cotizado se inclinaba a sus pies ante la mera oportunidad de acompañarla a dar un paseo o llevarle una copa de ratafía^[3].

Ahora, estaba luchando por casarse con un hombre que no le gustaba, para evitar convertirse en la amante de un hombre al que una vez había amado.

Tenía el vestido arrugado, las medias botas embarradas, el pelo revuelto y buscaba a un perro descomunal que tenía el poder de tumbarla con un simple movimiento de su pata.

Y una vez que lo encontrara, ¿qué iba a hacer entonces?

Isabel se apartó un mechón de pelo de la cara y se bajó del árbol. Ya no era una debutante

remilgada. No la sorprenderían llorando sola en el parque. Era una mujer fuerte y segura de sí misma que había cuidado de sus cuatro hermanos tras la muerte de sus padres. Ella sola había organizado bailes y veladas para viejos lores estirados y viejas matronas pretenciosas cuando su hermano se convirtió en vizconde.

¡Podía arreglárselas con un maldito perro!

Isabel se llevó dos dedos a los labios y silbó con fuerza. Silbar no era algo que hicieran las damas. Pero ya nadie esperaría de ella un comportamiento propio de una dama. Su reputación ya estaba hecha trizas. Lo menos que podía hacer era asegurarse un marido.

Volvió a silbar, aunque dudaba que el perro respondiera.

O el destino le había sonreído por fin, o el maldito perro realmente hizo caso al silbido, porque, en ese momento, el monstruoso animal vino hacia ella a la carrera. Isabel se colocó delante del árbol para que, si el animal volvía a embestirla, pudiera atraparlo y no se cayera en el proceso.

El perro corrió a toda velocidad hacia ella, con las orejas agitadas por el viento, meneando la cola alegremente, la lengua fuera y babeando todo a su paso. Isabel se llevó las manos a los costados y clavó los talones en el suelo.

Una vez que el perro estuvo a un palmo de distancia, se irguió sobre sus patas traseras y plantó sus embarradas y pesadas patas delanteras sobre el pecho de Isabel.

Ella gritó y se cubrió la cara con las manos. Que se olvidara de ser una mujer fuerte y segura de sí misma... Ella no era una adiestradora de animales. Nunca había visto de cerca uno tan grande, salvo un caballo y, si hoy moría allí mismo, se aseguraría de hacer saber a todo el mundo que la culpa había sido del marqués de Vane.

Pero, justo cuando sus tumultuosos pensamientos tomaban un oscuro rumbo, alguien arrastró al perro lejos de ella. Isabel abrió los ojos y vio que Vane ponía una correa en el collar del can.

—¡Siéntate! —ordenó él con severidad, y el perro obedeció.

Diablos, Isabel también estuvo tentada de obedecer. Las piernas apenas la sostenían y disfrutaría enormemente de sentarse.

Pero ahora, mientras el perro se mantenía sentado en silencio, ella podía observarlo con claridad. Era realmente grande, aunque no lo pareciera al lado del alto marqués. Tenía un pelaje blanco, aunque sucio, con manchas negras en el lomo y la cabeza. Sus ojos oscuros brillaban con amabilidad, y su lengua aún sobresalía mientras estudiaba a Isabel.

—¡Gerald! ¡Gerald! —gritó el marqués.

Al cabo de un instante, aparecieron dos lacayos con librea.

—Llevad a Button a casa —dijo Rhys.

Los sirvientes cogieron la correa y se llevaron al animal. Button ladró en señal de protesta, aunque no tuvo más remedio que seguirlos.

El marqués miró a Isabel y sacudió la cabeza como en señal de desaprobación.

—Yo lo encontré —dijo ella con toda la seguridad que pudo, pero le temblaba la voz.

Rhys sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó. Isabel lo miró con el ceño fruncido. ¿Para qué necesitaba el pañuelo? Se encogió de hombros y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano enguantada.

Los hombros del marqués temblaron y, segundos después, empezó a resollar. ¡El muy canalla se estaba riendo de ella!

Isabel puso cara de fastidio y le lanzó de nuevo el pañuelo.

—¿Qué es lo que le causa tanta diversión?

Rhys atrapó el pañuelo contra su pecho y se acercó un paso más.

—Lo que me causa diversión es el hecho de que esté toda cubierta de barro, pero lo único que

se le haya ocurrido es secarse el sudor de la frente.

Isabel se miró a sí misma y gimió. Su capa estaba tapizada de fango, sus faldas sucias, y estaba segura de que su cara también estaba manchada de lodo.

—Dudo que su pañuelo sirviera de algo —gruñó.

—Venga, permítame. —Él se acercó aún más y empezó a limpiarle el barro de la parte delantera de su vestido.

Ella sintió un extraño cosquilleo en la boca del estómago ante su contacto. Entonces él le tocó el pecho... De forma involuntaria, obviamente.

¿O no fue tan involuntaria? Él pensaba que ella era demasiado suelta, así que tal vez estaba probando hasta dónde le dejaría llegar con sus atenciones.

Isabel le apartó la mano.

—Soy perfectamente capaz...

—Estese quieta. —El marqués dobló su pañuelo sucio y sacó otro limpio.

Lo posó en la mejilla de ella y le limpió el barro con suavidad. Acunó su otra mejilla en la mano mientras lo hacía, con su rostro a escasos centímetros. El calor de sus dedos le produjo a Isabel escalofríos. La respiración se le aceleró, los pezones se le endurecieron y ahora le rozaban el corsé. Se estaba acalorando demasiado. Tragó saliva y la mirada del marqués siguió la ondulación de su garganta.

¿Qué estaba ocurriendo?

Rhys hizo una pausa y la miró a los ojos. Su mirada era ardiente, e Isabel tuvo la sensación de que se quemaría si continuaba mirando sus oscuras pupilas. Demasiado pronto, él se apartó, y ella tuvo que apoyarse en el árbol para no derrumbarse.

Isabel parpadeó y sacudió la cabeza para ordenar sus dispersos pensamientos. Empezó a arreglarse la ropa, pues no estaba preparada para encontrarse de nuevo con su mirada.

—He encontrado a su perro —repitió—. Usted dijo que hablaríamos después. Ya es después. Hablemos.

—Un parque público no es el mejor lugar para debatir sobre el escándalo en el que estamos envueltos. Quizá deberíamos volver a mi casa.

Isabel clavó los talones con fuerza en el suelo.

—No. Usted sigue posponiendo lo inevitable. Solo quiero saber si se casará conmigo o no.

El marqués arrugó la nariz.

—Si le soy totalmente sincero, no me entusiasma la perspectiva.

Isabel resopló.

—¿Y cree que a mí sí? Me horroriza la idea de unirme a su familia de gente grosera y perros gigantes y sin educación.

—Si mi compañía y la de mi perro le parecen tan desagradables, ¿por qué nos persigue a ambos por el parque? Quizá debería considerar otros posibles candidatos.

—¡No tengo otros posibles candidatos! —gritó Isabel, y cerró los ojos con fuerza.

Estaba dispuesta a soportar lo que fuera por su familia. Se había tragado su orgullo y su dignidad simplemente al conversar con este hombre. Su ya maltrecha reputación estaba siendo arrastrada por el barro cada segundo que discutía con él al aire libre. Si no se casaba con él, sería insalvable.

Pero, si lo hacía... Bueno, ella sin duda moriría.

—La última vez que hablamos, dijo que preferiría comer gusanos antes que casarse conmigo. ¿Qué ha cambiado? —preguntó el marqués—. ¿Los gusanos no eran de su agrado?

—Si se tratara solo de mí y de mis deseos, nunca miraría en su dirección, engreído insolente.

—Y si se tratara solo de mí y de mis deseos, nunca intercambiaría una palabra con usted, vieja arpía maleducada.

Isabel jadeó. Deseó darle una patada en la espinilla y dejarle allí sufriendo. Pero aún estaban al aire libre. Y, aunque ya se había hecho tarde, aún había gente por los alrededores. Así que se quitó el guante y se lo arrojó a la cara.

El marqués parpadeó con sorpresa y agarró el guante.

—¿Me está desafiando a un duelo? —preguntó—. Eso sería enormemente preferible a casarme con usted.

—Tómelo como una expresión de mi disgusto. Incluso la idea de ser su esposa, de ver su cara cada mañana al otro lado de la mesa del desayuno, me repugna más allá de lo que pueda imaginar.

—Si llegara a ser mi esposa, no tendría que preocuparse por eso. La encerraría en mi finca más al norte y me aseguraría de que no comiera más que gusanos.

—Entonces se quedaría sin herederos. No es que tenga ganas de compartir el lecho conyugal con usted. Los gusanos serían mejor... ¡Oh!

El marqués la tomó por la cintura y aplastó su cuerpo contra el suyo.

Isabel se quedó sin aliento y sus manos fueron instantáneamente a aferrarse a los anchos hombros de él. Su cintura ardía donde él la sujetaba incluso a través de sus guantes y de su ropa. Todo su cuerpo temblaba de anticipación o de inquietud.

Dobló el cuello para mirarle y tragó saliva. Era muy alto. La cabeza de ella apenas le llegaba a los hombros.

Él la estrechó entre sus brazos, sus ojos recorrieron su rostro mientras bajaba la cabeza.

—Preferiría renunciar al marquesado antes que pasar tiempo en la cama con usted —gruñó, con su rostro a solo unos centímetros del de ella.

—Y yo preferiría dar a luz al engendro del diablo antes que a su heredero. Por favor, suélteme. Estoy a punto de vomitar por sentir su tacto sobre mí.

—¿Vomitara? ¿Una libertina como usted? —rio él—. Está suplicando que la toque.

—¡¿Qué?! —le espetó ella—. Preferiría tocar un...

Fue bruscamente interrumpida cuando Rhys bajó la cabeza y capturó su boca en un intenso beso.

Sus labios eran inflexibles y su roce urgente, exigente. Isabel separó los labios y dio la bienvenida a su acalorado abrazo.

Ella se quedó sin fuerzas mientras él seguía devorando su boca y sus manos recorrían su cuerpo. Era tan agradable ser abrazada con tanto fervor, ser besada tan ardientemente después de años de estar tan sola...

Sentía su calor, y su cuerpo se arqueó de forma involuntaria contra el de él.

¿Por qué la estaba besando? ¿No acababan de discutir? ¿Este beso era un castigo?

Isabel interpuso los brazos entre ambos y le golpeó el pecho. Apartó la cabeza hacia un lado y el marqués le besó la oreja, el cuello...

Isabel gimió, confundida y excitada. Se suponía que no debía sentirse así. Le repugnaba el marqués, ¿no?

Él aún la sujetaba con firmeza, y ella podía sentir la evidencia de su deseo presionada contra su muslo. Darse cuenta de ello hizo que se agitase por dentro mientras le picaba todo el cuerpo, y deseó escurrirse de su piel.

Demasiado pronto, Rhys la soltó y se apartó. Isabel se tambaleó y se apoyó contra el árbol.

—¿Ve? —graznó el marqués—. Una libertina.

Isabel sintió que el cuello y las mejillas se le encendían de rabia y vergüenza. Él acababa de utilizar las respuestas inconscientes de su cuerpo contra ella. La había hecho disfrutar con sus besos, ¡solo para demostrarle su argumento! Y lo más terrible de todo era que, efectivamente, ella disfrutaba con sus besos.

Estaba tan alterada y confusa que quería llorar. Más que eso, quería decirle lo que pensaba de él. Pero tenía la mente en blanco, así que se recogió las faldas y giró sobre sus talones.

—Nos casamos el domingo —le dijo él a sus espaldas—. Conseguiré una licencia especial para entonces.

Isabel no contestó. Se alejó, sin mirar atrás, y resolvió olvidar todo ese encuentro.

Capítulo 4

Rhys volvió a casa caminando, sumido en profundos pensamientos. ¿Qué diablo le había impulsado a besar a la señorita Lewis? A plena luz del día, y nada menos que en medio del parque.

Él solía ser racional y lógico. Rara vez había dejado que sus emociones lo dominaran, pero esta mujer sacaba lo peor de él.

Cuando estaba cerca de ella, volvía a ser aquel chiquillo herido por la chica a la que creía amar. Pero eso fue hace mucho tiempo. Albergar cualquier mala voluntad hacia esta mujer era infantil e irracional.

Podía ser una mujer caída, una libertina, pero él no necesitaba rebajarse a su nivel.

Él era marqués. Tenía una hija en la que pensar. Tenía demasiado que perder y no debía dejar que esta mujer le afectara.

Entró en la casa y vio a los criados afanándose en limpiar el vestíbulo.

—¿Dónde está Millie? —preguntó Rhys a su mayordomo.

—Se fue al salón azul con Button —respondió el anciano.

Rhys lanzó un suspiro. Probablemente, el salón azul ya estaría hecho un desastre.

Button era un perro bueno e inteligente. Pero estaba muy consentido, y disfrutaba correteando por la casa y saltando sobre los muebles, sobre todo, en compañía de su pequeña dueña.

Rhys lo había comprado para su hija cuando aún era un cachorro. Él nunca había visto un perro terranova en toda su vida, así que no tenía ni idea de lo grande que llegaría a ser. Por suerte, Button era muy amistoso. Por desgracia, siendo tan enorme como era, a menudo no preveía que su peso podría abrumar al objeto de sus afectos.

La única persona con la que era amable era Millie. Y por eso, Rhys le estaba agradecido. Aunque Button tampoco escuchaba a su pequeña ama, al menos, Rhys podía estar seguro de que el perro nunca le haría daño.

Rhys se dirigió lentamente hacia el salón azul. Oyó un fuerte estruendo justo antes de abrir la puerta y ver a Button corriendo hacia Millie con algo en la boca.

—¡Button! ¡Detente! —gritó Rhys, aterrorizado por la posibilidad de haberse equivocado y de que el perro hiriera a su pequeña.

El can se detuvo, meneando la cola, con un candelero en la boca.

Millie soltó una risita y corrió hacia Rhys. Él la atrapó, la alzó en volandas y se acercó al perro.

—¿Por qué tiene un candelero en la boca? —preguntó Rhys.

—Estábamos jugando a atrapar cosas —respondió Millie, imperturbable.

Rhys alcanzó a Button, cogió el portavelas y lo colocó sobre la mesa.

—¿Qué te he dicho sobre jugar a eso dentro de casa?

Millie arrugó la nariz, pensativa.

—¿Que no lo hiciera?

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Creí que habíamos perdido a Button y me alegré mucho de que volviera. —Millie miró a

Rhys con sus ojos grandes e inocentes.

Él nunca podría enfadarse o disgustarse con ella. No importaba cuántas veces le desobedeciera. Rhys rascó la cabeza de Button, y el perro se inclinó hacia su tacto.

—Está muy sucio —dijo Rhys, mirando al animal—. Vamos a pedirle a la señora Ainsworth que lo bañe antes de seguir jugando con él. Pero nada de jugar a atrapar cosas. Al menos, no aquí dentro.

Millie se zafó del agarre de Rhys y abrazó al perro.

—Pero aquí no tenemos jardín. ¿Dónde voy a jugar con él en Londres?

Rhys se rascó la barbilla, pensativo.

—Puedes correr con Button por el pasillo. Pero, por favor, no rompas nada. Y podemos dar un paseo con él por la tarde antes de que se ponga el sol.

Millie aplaudió alegremente y se dirigió hacia la campanilla del servicio. Tiró de ella y enseguida apareció la señora Ainsworth. Con la ayuda de un par de lacayos, la mujer se llevó a Button para lavarlo.

Millie estaba a punto de correr y unirse a ellos, pero Rhys la detuvo.

—Necesito hablar contigo —dijo, poniéndole una mano en el hombro.

—¡Pero quiero ayudar a lavar a Button!

—Puedes ir más tarde. Ven. Sentémonos.

Rhys se acomodó en el sofá y sentó a su hija en su regazo.

—Tengo excelentes noticias —dijo con una sonrisa tensa—. Pronto tendrás una madre.

Millie arrugó la nariz.

—Pero yo no quiero una madre.

Rhys lanzó un suspiro. Millie no se llevaba bien con los extraños, y no es que él la culpara.

—Necesitas una. Y yo necesito una marquesa. Así funciona el mundo.

—Bueno, no me gusta cómo funciona el mundo. ¿Podemos hacer que el mundo funcione de otra manera?

Rhys frunció las cejas y luego se rascó la mandíbula.

—Tal vez... Espero que podamos. Sin duda, tú cambiarás el mundo, querida. Pero no ahora.

—¿Por qué no? —Millie hizo un mohín, haciendo rebotar su pierna.

—Porque lleva mucho tiempo alterar el funcionamiento de las cosas. Y a veces, necesitamos una acción inmediata. Y en este momento, necesito casarme con la señorita Lewis.

—¿La señorita Lewis? ¿La señora que hizo que Button se perdiese?

—En realidad, fue ella quien lo encontró.

—¡No quiero que la señorita Lewis sea mi madre! —Millie se zafó del regazo de Rhys y dio un pisotón con su pequeño pie—. ¡No quiero una madre! ¿Por qué no podemos vivir como siempre?

Rhys se deslizó del sofá y se agachó ante su hija.

—Te prometo que nada cambiará en esta casa. Nada cambiará entre nosotros. Ella solo nos ayudará, eso es todo.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Millie.

—No quiero la ayuda de nadie. ¿Por qué necesitamos ayuda?

A Rhys se le encogió el corazón ante la reacción de su hija.

—Estás creciendo y necesitas aprender cosas... Cosas que yo no puedo enseñarte. Y yo tengo que tomar las riendas de mi responsabilidad en el Parlamento.

—¿He hecho algo mal? ¿Es por mi culpa? —susurró Millie.

—No, querida. Confía en mí. Eres un pequeño ángel perfecto. Pero necesitas cierta educación. Necesitas aprender a ser una dama.

—No quiero ser una dama. Por favor, papá. —Millie dirigió su mirada llorosa hacia él. Rhys nunca podría negarle nada.

Pero la situación con la señorita Lewis escapaba a su control. Y, por primera vez en toda su vida, tenía que decirle que no a su dulce hija.

—Lo siento, tesoro. Pero ya está decidido.

—¡No te vas a casar con ese hombre, y se acabó! —rugió Richard en la cara de Isabel.

—Sí que lo haré. Vendrá a visitarte mañana para firmar el contrato matrimonial.

—Mientras estabas fuera, correteando y poniéndote de nuevo en evidencia, hice algunas averiguaciones —dijo Richard—. ¿Sabías que a ese hombre lo acusan de haber asesinado a su propia esposa? —Se restregó la cara y empezó a pasearse, inquieto.

Isabel frunció el ceño.

—¿Lo acusan? ¿Quién?

—Rumores, Isabel. Hay rumores sobre este hombre, y no precisamente halagüeños. —Richard levantó las manos con irritación.

—¿Desde cuándo le das tanta importancia a los rumores?

Richard se detuvo.

—¿Desde que se refieren a un hombre con el que mi hermana está dispuesta a casarse!

Isabel cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué dicen exactamente esos rumores?

Richard hizo un gesto evasivo con la mano.

—No —protestó Isabel—. No vas a decirme que mató a su mujer y luego negarte a dar detalles.

Richard reanudó su paseo.

—¿Acaso importa? —dijo él—. Porque a mí no. Ya tengo suficientes problemas preocupándome por Sam. No voy a entregarte a un maltratador.

—No me iré hasta que me lo digas —insistió Isabel.

—Señor, ¿por qué tienes que ser tan testaruda? —Richard se pasó los dedos por el pelo, frustrado. Se dirigió hacia su mesa auxiliar, se sirvió una copa y se la bebió de un trago.

Isabel lo miró fijamente, sin pestañear. Debía de estar realmente fuera de sí para beber a mediodía, nada menos que delante de ella.

—¿Richard?

Él se giró con expresión desencajada.

—Al parecer, hubo cotilleos sobre que maltrataba a su esposa —explicó—. Después de un año de lo que todos pensaban que era un matrimonio feliz, su mujer empezó a aparecer sola en bailes y otros eventos. Y empezó a decirle a la gente que él era cruel y desagradable.

—Ella misma se paseaba por Londres difundiendo esos rumores —apuntó Isabel—, ¿y todo el mundo la creía? —Le costaba creer que un hombre cruel dejara que su mujer propagara esas viles historias sobre él.

—Al principio no. Todos pensaban que ella solo buscaba empatía y atención, cosas que probablemente no obtenía de su marido. Pero, un año después, huyó con su amante. Ese fue motivo suficiente para que comenzaran los rumores. Cuando su barco se perdió en el mar, las habladurías adquirieron un tono más siniestro. Isabel, ¿qué mujer abandonaría a su marido y se enfrentaría al ostracismo social, si él no la hubiera tratado mal?

Isabel arrugó la nariz. Richard tenía razón. Una mujer felizmente casada no esparciría rumores viles sobre su marido y luego lo dejaría solo, para...

Pero ella no lo había dejado solo. Había dejado a su hija con el hombre al que llamaba cruel y desagradable. ¿Qué mujer haría eso? Había algo más en esa historia, Isabel estaba segura. Y

necesitaba saber más antes de arrepentirse de su decisión.

—Escucha, Richard, sé que estás preocupado...

—No, no adoptes ese tono maternal conmigo. No eres mi madre y, aunque lo fueras, no permitiría que te sacrificaras por nosotros. ¿Cómo podría prosperar nuestra familia, si estás en peligro?

Y eso fue lo que consolidó la creencia de Isabel de que la esposa de Vane no había sido tan inocente como ella misma había proclamado. No había un futuro mejor para la persona que dejaba a sus seres queridos en peligro.

Así que, o la esposa de Vane había mentido sobre la naturaleza bestial de su marido para escapar con su amante, o había dejado a su hija en manos de una bestia.

Quizá había una tercera opción que Isabel no estaba teniendo en cuenta, pero no iba a condenar a su familia y arrastrarlos a todos a la ruina basándose en un chisme. Ella necesitaba saber más. Y conocía exactamente a la persona que podía ayudarla con eso.

Capítulo 5

Al día siguiente, el carruaje de la duquesa de Somerset se detuvo frente a la casa de los Gage. Un mozo abrió la puerta y ayudó a Isabel a subir al coche.

Evie sonrió alegremente cuando Isabel se sentó frente a ella.

—¡Qué contenta estoy de verte! Y mucho más de que, después de todo, hayas decidido casarte con el marqués. Estoy segura de que seréis una pareja perfecta.

Isabel sonrió.

—Lo dudo mucho.

Evie se rio cuando el carruaje dio una sacudida y se puso en marcha.

—Entonces, ¡hablemos de tu ajuar!

Isabel frunció los labios. Un ajuar. Su ajuar...

Isabel se había resignado a no pensar nunca en un ajuar para sí misma, y mucho menos a encargarlo. Había ayudado a su hermana Sam a preparar el suyo, pero, ahora que le tocaba a ella, estaba absolutamente perdida. Y si podía contar con alguien que la ayudara en este asunto, no había nadie mejor que la dama más a la moda de la nobleza.

—He hecho una lista de las cosas que tenemos que encargar, y estoy bastante segura de que *madame* Deville podrá tener a tiempo la mayor parte —dijo Evie—. ¿Cuándo has dicho que se celebrará la boda?

Isabel tragó saliva.

—El domingo. —De repente, se sintió mareada.

—¿Tan pronto?! Tengo plena confianza en mi modista favorita. —Evie asintió con decisión.

—Pero, antes de llegar a eso, me encantaría saber cómo llegaste a aceptar la propuesta de Vane. ¿Has cambiado de opinión con respecto al marqués?

Isabel se mordió el labio.

—Así es. Aunque él me desagrada aún más si cabe, si es que eso es posible...

Evie se quedó boquiabierta.

—¡Oh, no! ¿Por qué aceptaste casarte con él, entonces?

—No tenía muchas opciones. Los rumores se volvieron despiadados y la gente empezó a declinar las invitaciones al baile de compromiso de Richard, cosa que habríamos podido sobrellevar. Pero después perdió a su prometida por ello.

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco. —Isabel negó con la cabeza—. Pero los miembros educados de la sociedad se niegan a relacionarse con mujeres caídas en desgracia. Y según todas las definiciones de la palabra, yo caí estrepitosamente.

Evie soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano.

—Lo siento mucho. No pretendía reírme.

Isabel sonrió.

—¡No, por favor! Puedes hallar diversión en mi miseria. Al menos habrá salido algo bueno de todo esto.

Evie se mordió el labio.

—Lo siento mucho. Creo que es culpa mía...

—Por favor, ni se te ocurra pensar eso. Tú no tienes la culpa de que me derrumbase sobre él en tu baile. En todo caso, fue culpa de Stanhope. —Isabel se rio, nerviosa.

—No tienes que preocuparte por Stanhope. No pretendo saber lo que ocurrió entre vosotros dos, pero mi marido le amenazó muy seriamente.

Isabel le dedicó una leve sonrisa. Estaba agradecida a Evie y a su esposo, pero Stanhope era realmente el menor de sus problemas. No era violento, aunque sí demasiado ligero de manos, pero Isabel podía defenderse de un ataque suyo. No le tenía miedo.

Su nuevo prometido era otra cuestión. Tras las puertas cerradas de su finca familiar, como su marido, Vane podría hacer con ella lo que le viniera en gana, y nadie estaría en condiciones de ayudarla. Y vivir en una casa llena de gente que la aborrecía tampoco era una perspectiva tentadora.

—En realidad, mi ajuar no es la única razón por la que te he llamado hoy. —Isabel jugó con los pliegues de su falda.

—¿No? —Evie se inclinó hacia delante.

—Verás... Conoces bastante bien a Vane, ¿no?

—No, no demasiado. Solo le he visto tres veces. Gabriel sí le conoce muy bien. Son amigos desde hace años. Creo que fueron juntos a la escuela.

—Bueno... ¿Sabes algo de los rumores que corren sobre él?

Evie hizo una mueca, e Isabel supo de inmediato que así era.

—¿Sobre su esposa?

—¡Sí! Por favor, ¡dime todo lo que sepas!

—Bueno... —Evie frunció el ceño—. No sé gran cosa. Cada vez que intentaba preguntarle a Gabriel, él se enfadaba. Es muy protector con Vane. Le aprecia muchísimo. Me atrevería a decir que le admira.

—Es bueno saberlo, supongo. Él no protegería a un asesino, ¿verdad?

Evie soltó una risita.

—¿Un asesino? ¿Ahora también se ha convertido en un asesino? Solo he oído decir que era un marido cruel e injusto.

Isabel se encogió de hombros.

—No sé nada. Y eso es lo más frustrante. La gente no me cuenta nada, ahora que estamos prometidos. Esperaba que tú lo hicieras, ya que lo conoces. Pero mi hermano se ha enterado de algunos rumores y ahora me prohíbe que me case con él.

—¿Has visto a su hija? —le preguntó Evie—. ¿O a su perro? Le adoran. Y también sus criados. La gente suele tener miedo de las personas crueles. No se sienten relajados y cómodos como quienes viven en sus fincas. Y los perros... Bueno, se puede saber mucho del dueño de un perro por la forma en que le trata.

—La única vez que me encontré con su perro, el animal se abalanzó sobre mí y salió corriendo. Así que sí me dice algo de él el hecho de que su único perro intentara escapar de su casa.

Evie se echó a reír.

—Oh, Button es adorable. Tiene un espíritu libre. Difícil de contener en una casa adosada, supongo.

El carruaje se detuvo en ese momento y ambas salieron. Madame Deville era la modista más cotizada de la ciudad. Su establecimiento era el único lugar que Evie frecuentaba y, como era la reina de la nobleza, Isabel confiaba en su gusto impecable.

Las recibieron en una sala de estar y les ofrecieron un té mientras esperaban a que Madame terminara con otras clientas.

—¿Qué decías de Vane? —preguntó Evie después de tomar un sorbo de su té.

—Oh... —Isabel hizo una mueca, pensativa.

Su mente eligió aquel momento exacto para recordar los besos de Vane en el parque. Sintió que comenzó a acalorarse y temió que Evie adivinara por qué se sentía incómoda.

Isabel se obligó a volver a la conversación.

—Claro. Lo de los rumores..., claro. Bueno, el problema con eso es que la gente no me contará nada, ahora que estamos prometidos. Y todo lo que Richard ha descubierto será el último cotilleo que oigamos.

—¿Y cuál es ese cotilleo?

—Solo que Vane se casó joven, tuvo una hija y perdió a su mujer en pocos años. Pero, sobre todo, que ella iba por las fiestas y veladas cotorreando a todo el que quisiera escucharla que él era un marido cruel y violento.

Evie ocultó una sonrisa tras una taza de té.

—No pareces convencida de ello.

Isabel ladeó la cabeza.

—Quizá es simplemente que prefiero no estar convencida. Me voy a casar con él, porque, si no lo hago, arruinaré aún más el buen nombre de nuestra familia. Pero tampoco creo que un marido cruel permita que su mujer salga sola de casa para contarle a todo el mundo lo perverso que es con ella. Sin embargo, nunca he estado casada, así que ¿quién soy yo para sacar esas conclusiones? —Isabel se puso el dorso de la mano enguantada en la frente caliente. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Pediré a Gabriel que hable con tus hermanos y les tranquilice... Aunque eso debería ser responsabilidad de Vane.

Isabel se rio con sorna.

—Dudo que Vane tenga interés en tranquilizar a nadie. Tuve que rogarle que se casara conmigo.

Evie casi se atragantó con el té. Tosió y se secó los labios con el pañuelo.

—¿Que hiciste qué?

Isabel agitó una mano.

—Bueno, no literalmente. Pero no le entusiasmaba la idea de ser mi esposo.

La sonrisa de Evie se volvió amable y palmeó la mano de Isabel.

—Puede parecer un poco brusco y quizá un poco huraño, pero también parece tener un corazón de oro.

Isabel sonrió a su vez.

—Es solo que te niegas a ver lo malo de las personas. O que intentas que no me preocupe.

—Nunca defendería a nadie que me pareciera violento o cruel. Y menos aún animaría a mi querida amiga a casarse con un hombre así. No sé lo que ocurrió entre Vane y su esposa. Yo también estaba de luto en aquella época. Pero Gabriel dice que esa mujer era fantasiosa e infiel. Huyó con su amante, abandonando no solo a su marido, sino también a su hija. Y creo que debemos dejar que las acciones hablen más alto que las palabras. Dijera lo que ella dijera, ella abandonó a su hijita. Y no me imagino a una buena madre haciendo eso. —Evie se llevó una mano al vientre, como si se sintiera mal solo de pensarlo—. Y menos si ella consideraba a su marido una bestia.

Isabel asintió.

—Gracias. Gracias por volver a racionalizar mis pensamientos.

Evie sonrió de nuevo.

—Él se retiró a su finca y se escondió allí justo después de la boda. Y no volvió a aparecer en sociedad durante años tras el fallecimiento de su esposa. Eso debió de avivar las llamas de las murmuraciones hasta que crecieron como un reguero de pólvora. Si fuera un miembro activo de la sociedad, nadie se atrevería a criticarlo. Pero haré que Gabriel hable con tus hermanos para que no se inquieten por dejarte marchar.

Isabel dejó escapar una risita.

—No estoy segura de que alguna vez estén tranquilos respecto a dejarme marchar. Pero ¿estás segura de que St. Clare accederá a hablar con mis hermanos?

Evie la miró, satisfecha.

—Tengo formas de persuadirle.

Isabel sonrió ampliamente.

—El vuestro parece un matrimonio maravilloso.

—Lo es. —La sonrisa de Evie se volvió amarga al fruncir el ceño de repente y llevarse la mano al abdomen—. Oh, hoy tengo el estómago muy revuelto.

Isabel se acercó a Evie y apoyó la mano en su mejilla.

—No tienes fiebre, pero estás pálida. Quizá deberías tumbarte. No tenía que haberte arrastrado hasta aquí...

Evie volvió a sonreír.

—Isabel. Respira. Estoy bastante bien. Es solo que he estado dando vueltas por Londres la mayor parte de la semana, y detesto viajar en carruaje. Me da náuseas. Pero ya se me pasará. Lo único que necesito es un poco de raíz de jengibre...

—¡Ya la han oído! —Madame Deville entró en la habitación en ese momento y se dirigió de inmediato a su personal—. ¡Vayan a buscarle raíz de jengibre!

Una de las costureras se levantó de un salto y corrió a la parte trasera del taller.

—No hay por qué preocuparse. Cuidamos de nuestros invitados —dijo Madame Deville, levantando la cabeza con orgullo—. ¿Me acompaña al pedestal? —Hizo un gesto a Isabel para que la siguiera, y esta obedeció con una sonrisa.

—¿Qué desea encargar hoy? —preguntó Madame mientras observaba a Isabel de arriba abajo.

—De todo —respondió Evie desde su asiento—. Ocho de todo. Vestidos de día, vestidos de noche, trajes de montar, ropa interior... De todo.

—¿Ocho? —Isabel giró la cabeza para mirar a Evie desde detrás de la modista.

—Sí. Una prenda para cada día de la semana y otra de repuesto.

—¿Para qué necesitaría todo eso? Ya tengo unos cuantos vestidos... —dijo Isabel.

—Querida... —Evie se levantó y se acercó a ella—. Todo lo que tienes es ropa de solterona. Ahora serás marquesa y debes tener ese aspecto. ¿Me equivoco? —Dirigió la última pregunta a la modista.

—Nunca se equivoca, Su Gracia —respondió Madame con una reverencia.

—Y lo que es más importante —añadió Evie con una sonrisa—. ¡Necesitamos un vestido de novia!

Isabel arrugó la frente.

—Claro, eso.

A la modista se le iluminaron los ojos.

—Primero he de tomarle las medidas, pero ¿ya sabe qué diseño prefiere? Le traeré algunos bocetos. ¡Marie! Toma las medidas de la marquesa mientras tanto —dijo, y salió a toda prisa de

la habitación.

Isabel se movió, incómoda, cuando Marie se acercó a ella para cumplir las órdenes de su patrona. A Isabel no le gustaba que la llamaran marquesa. Aún no lo era, y no sabía si se acostumbraría pronto a ese título.

—¿Ves? —Evie dirigió su radiante sonrisa hacia Isabel—. No tienes por qué preocuparte. Madame Deville se ocupará de todo. Pero comprendo tu inquietud. Los nervios deben de estar haciéndote un nudo en el estómago.

Isabel intentó esbozar una sonrisa, pero temió fracasar estrepitosamente.

—La verdad es que sí.

—Lo siento. No puedo presumir de saber cómo te sientes —dijo Evie.

—No todo el mundo tiene la suerte de casarse con el hombre del que ha estado enamorada los últimos cinco años.

—¿Tienes a otro candidato en mente? —preguntó Evie—. Porque es tan fácil como arrastrarlo hasta Gretna Green. —Evie sonrió con picardía—. ¿Sabes que mi prima Julie también tuvo un matrimonio de conveniencia? Estaba muy descontenta al respecto.

«¿Julie?». Isabel frunció el ceño, pensativa.

—¿Lady Clydesdale? —preguntó.

Isabel conocía a la prima de Evie. Pero lady Clydesdale era una joven feliz, una madre cariñosa y absolutamente enamorada de su marido. ¿Se había casado en contra de su voluntad? Era difícil de imaginar.

—Oh, sí —añadió Evie asintiendo con la cabeza. Se dirigió hacia el estante de las sedas y pasó la mano por encima de los tejidos. Cogió un trozo de tela tras otro mientras prosiguió su relato—. Era tan infeliz que quería que todo el mundo lo supiera.

—¿De qué modo? —preguntó Isabel mientras observaba a la duquesa jugar con la seda.

—Ella pretendía ponerse el vestido más espantoso que jamás hubiera existido para demostrar lo disgustada que estaba con el acuerdo.

—¿Lo hizo?

—Sí, y pidió a la joven más a la moda de la alta sociedad que la ayudara a diseñarlo.

—¿De veras? ¿A quién se lo pidió?

Evie levantó la cara hacia Isabel y sus ojos brillaron con viveza. Sacó una horrible tela negra de entre una gloriosa selección de sedas y la agitó en el aire como una varita mágica.

—A mí.

Una franca sonrisa se dibujó en los labios de Isabel.

—¿La ayudaste a diseñar un vestido espantoso? Me cuesta creer que pudieras imaginar algo espantoso.

—Oh, sí que puedo. Y lo hice. —Evie asintió con énfasis.

Isabel se mordió el labio.

—¡Oh, no! Estoy segura de que a su familia política no le hizo ninguna gracia.

—No —dijo Evie—. Y tampoco a la suya propia. Su padre fue quien concertó el terrible acuerdo y casó a Julie con un hombre al que ella no conocía, mientras estaba enamorada de otro.

Isabel se quedó boquiabierta.

—¿Cómo escapó de ese hombre atroz con el que debía casarse?

Evie sonrió mientras se dirigía hacia Isabel. Se encogió de hombros y colocó el paño negro sobre la piel de su amiga.

—No escapó. Se casó con él.

Isabel arrugó la nariz.

—Pero está casada con el conde de Clydesdale. Estoy segura de que la pareja está muy enamorada.

Evie retiró la tela.

—El negro no te sienta nada bien. Quizá deberíamos buscar otra forma de protestar por tu boda... —murmuró—. Y sí, Julie está ahora feliz y enamorada. Pero no lo estaba al principio.

Isabel volvió a mirar su imagen en el espejo. Estaba pálida y bastante confundida.

Evie volvió a rebuscar entre las telas.

Lady Clydesdale se había casado por conveniencia y había acabado enamorada. Qué extraño... ¿Había alguna posibilidad de encontrar la felicidad en aquellas horribles circunstancias?

Quizá otros sí la tuvieran. Si algo había aprendido Isabel en sus treinta y un años de vida, era que ella no era una excepción a la regla. Ella era la regla. ¿Y alcanzar la felicidad con un hombre como el marqués de Vane? Imposible.

—No quiero protestar por la boda —dijo ella al fin.

Evie se volvió y levantó una ceja con gesto interrogante.

—No —repitió Isabel—. Quiero que todos piensen que estamos perfectamente enamorados. No quiero más habladurías en torno a mi familia. Tal como están las cosas, ya he avergonzado demasiado a mis hermanos. La prometida de Richard ha cancelado su compromiso a causa de mis errores. No quiero que sufran las personas que me rodean. Quiero ser la esposa y la anfitriona perfectas. Quiero que todos nos miren y susurren detrás de sus abanicos que la nuestra es la unión perfecta.

—Bueno, eso es muy fácil de conseguir, si es lo que quieres.

—¿De veras lo crees? —Isabel observó a Evie, expectante.

—Sí, aunque eso implica que tendrás que sonreír de vez en cuando —señaló Evie—. Pero el resto, déjame a mí. Me aseguraré de que abunden los cotilleos sobre la radiante novia y el afortunado novio. Y no te preocupes por el ajuar. En cuanto madame Deville tenga tus medidas, te encargaré todo lo que necesites.

Isabel exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias —dijo, y tendió una mano hacia Evie, que esta apretó con afecto—. Te estoy muy agradecida de que estés aquí, Evie.

—Siempre lo estaré para ti y para tu familia.

«Están cordialmente invitados a una verdadera celebración del amor entre lord Vane y la honorable Isabel Lewis», leyó Gabriel, el vizconde St. Clare, con una gran pompa, sentándose frente a Rhys al otro lado del escritorio.

—Una verdadera celebración del amor... —se burló este.

—Eso debería despertar la curiosidad de la gente lo suficiente como para asistir a tu boda —señaló el vizconde mientras se recostaba en la silla.

—¿Lo hará? —Rhys se restregó la cara con la mano—. Parece un motivo perfecto para que continúen los cotilleos.

—Lo es. Pero ése es el objetivo. Aviva los cotilleos antes de tu matrimonio, reúne a la mayor cantidad de lores y damas estirados, y luego celebra la boda más convencional a la que nadie haya asistido jamás, aburriendo a todo el mundo hasta la saciedad. Eso les quitará las ganas de seguir chismorreando. O tal vez podrías mentir de forma descarada contando la historia de amor más extraordinaria, escandalizando aún más a la nobleza. De ese modo, los chismes no cesarán, pero al menos la gente te ignorará y se limitará a cuchichear cuando aparezcas en un baile.

—No quiero que la gente me ignore, y tampoco quiero que cuchicheen sobre mí.

—¿No quieres? —St. Clare alzó una ceja.

—No, por el bien de Millie. Necesito establecer tantos contactos como pueda con miembros de la nobleza para ayudar a Millie en su debut.

—Diría que te preocupas demasiado pronto por eso. Para cuando Millie haga su debut, la mitad de los nobles estarán muertos.

Rhys soltó una carcajada.

—Esos viejos dragones vivirán eternamente, estoy convencido.

—Bueno, tienes el valioso favor de la duquesa de Somerset. ¿A quién más necesitarías realmente?

Rhys lanzó un suspiro.

—A alguien con herederos de edad adecuada para mi hija. Incluso si la duquesa diera a luz un hijo en este mismo momento, sería un tanto joven para Millie. Por lo tanto, necesito establecer más conexiones.

—¡No dirás que quieres concertar un matrimonio para ella!

—No, claro que no —dijo Rhys—. Pero quiero que tenga opciones. No quiero que sea una asocial por culpa de mis pecados. No quiero que no pueda casarse por mis errores. Quiero que pueda elegir. Quiero que pueda casarse con quien desee sin que las matronas de la sociedad la tachen de inadecuada. Ya está bien de que su madre la avergüence para siempre. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. No, no permitiré que sufra por mis malas decisiones.

Gabriel hizo una mueca.

—Derribar a la señorita Lewis en el pasillo no fue exactamente una decisión. Yo diría que, en todo caso, fue el destino.

—Entonces, tendré que luchar contra el destino, si es el caso.

—Luchar contra el destino... No parece que funcione la mayoría de las veces.

Rhys se inclinó pesadamente en su respaldo. La mera conversación hacía que se le retorcieran las entrañas.

—No lo entiendes. El hecho de que tú hayas sido el mayor libertino del mundo no afectará a tus hijos. La gente disculpa las transgresiones de los hombres. ¿Pero tener una zorra por madre? Eso es diferente.

St. Clare se removió, incómodo.

—Ese no es el único rumor que circula por ahí —dijo—. La gente aún murmura las mentiras que ella difundió sobre ti.

Rhys agitó una mano con indiferencia.

—Y, sin embargo, todos estaban ansiosos por presentarme a sus hijas casaderas esta temporada —declaró—. La alta sociedad perdona a los hombres. Soy un ejemplo vivo de ello.

St. Clare se rascó la mandíbula.

—No sé a los demás, pero a Gage no le agrada demasiado la perspectiva de entregarte a su hermana.

—¿Entregármela? Fue ella quien insistió en que nos casáramos.

—Sí, bueno, al parecer, a sus hermanos no les entusiasma la idea —dijo St. Clare, estirándose con pereza en la silla.

—Mientras no armen otro escándalo, estaré satisfecho. Tardé años en arrastrarme para salir de mi destierro autoimpuesto. Y ahora que lo he hecho, me las he arreglado para enredarme con otra escandalosa dama de alta alcurnia.

—Deberías dejar de calificarla de esa forma. Antes de que tú aparecieras, ella no tenía ni un solo escándalo unido a su nombre —protestó Gabriel.

—Bueno, eso me sorprende, considerando... —Rhys apretó los labios. No iba a airear los trapos

sucios de la señorita Lewis.

—¿Considerando qué?

—Digamos que conozco mejor que tú una faceta de ella un poco más escandalosa.

Gabriel soltó una risita.

—¿Y no es esa la situación más perfecta? Nadie aparte de mí sabe lo verdaderamente atrevida que es mi esposa. Y prefiero que siga siendo así.

Rhys levantó los ojos hacia el techo.

—No pienso soportar su vergonzoso comportamiento.

—Quizá no. Pero podrías mantener ese comportamiento dentro de las paredes de tu alcoba. — Con un guiño, el vizconde se puso en pie—. Bueno, tengo que irme. Yo sí que necesito mantener ocupados los impulsos escandalosos de mi esposa. Llámanos si necesitas algo, pero no debes preocuparte. Si Evie participa en la planificación de la boda, todo saldrá a pedir de boca.

Capítulo 6

«Como puedes ver, madre, puede que mi vida haya cambiado drásticamente de la noche a la mañana. Pero llevaba toda la vida preparando este cambio. Una serie de acontecimientos desafortunados me han conducido a este momento. El momento que ha puesto mi mundo patas arriba.

Ahora tengo que casarme con un hombre al que detesto, cuya hija me detesta y cuyo perro está empeñado en matarme.

Hoy, mi querida madre, es el peor día de toda mi existencia. Hoy es el día de mi boda».

Isabel se retorció las manos al contemplar su aspecto en el espejo. Parte de su ajuar había llegado la noche anterior, incluido el vestido de novia. Por eso Isabel no había podido probarse nada hasta esta mañana. Se alegró de que el vestido hubiera llegado a tiempo, pues aún quedaba parte del ajuar por terminar, y se preguntó cómo había conseguido madame Deville tenerlo casi todo listo en tan corto plazo.

Su vestido era impecable. No es que ella hubiera pensado que no pudiera serlo. Al fin y al cabo, Evie se había encargado de ello. Y todo lo que Evie se proponía le salía perfecto.

El vestido de color esmeralda intenso tenía un adorno de plumas en el escote y en la parte inferior de la falda. Un fino lazo de satén adornaba su talle.

El verde esmeralda le sentaba de maravilla a Isabel, y contrastaba perfectamente con su piel pálida. Se aplicó colorete en las mejillas, demasiado consciente de su tez clara. Normalmente no utilizaba el colorete, pero hoy quería estar resplandeciente.

Tras un suave golpe en la puerta, Evie entró en la habitación. Isabel dejó escapar un suspiro de alivio al ver a su amiga. En ausencia de su madre o de su hermana, necesitaba una presencia femenina tranquilizadora.

Isabel estaba demasiado nerviosa y, por mucho que sus hermanos la quisieran, dudaba que ellos entendieran su estado de agitación del mismo modo que podría hacerlo una mujer.

—Estás preciosa... —dijo Evie mientras recorría con una mirada acuosa la figura de Isabel.

—¡Oh, Señor! —exclamó Isabel—. Evie, no irás a llorar, ¿verdad?

Evie arrugó un poco la frente y se abanicó.

—No —dijo, con la voz entrecortada.

Isabel se rio y fue a abrazar a su amiga. Nunca había visto a Evie tan sensible.

Esta se separó de Isabel con una risita.

—Se supone que soy yo quien debería consolarte, no al revés. —Evie respiró entrecortadamente y se abanicó la cara con las manos—. Estoy bien, te lo prometo.

Isabel se mordió el labio.

—Nunca imaginé que me casaría así.

—¿Consolando a una duquesa emocionada?

—Eso también. —Isabel sonrió—. Pero, sobre todo, sin tener a mi hermana a mi lado, a mis padres, y con Alan lejos en el continente... ¡Y por casarme con un hombre al que no conozco, un hombre que ni siquiera me gusta!

—Lamento que Sam no pueda estar aquí contigo. Sé que ella hubiera querido venir, pero con un bebé...

—Lo sé. Y nunca sabrás lo agradecida que estoy por que estés aquí.

Evie agitó una mano en el aire.

—Ni lo menciones. Sam y tú sois como de mi familia. Y haría cualquier cosa por mi familia.

Isabel sonrió con afecto a la joven duquesa.

—Pero qué divertido sería que las tres estuviéramos juntas ahora —dijo Isabel con un suspiro.

—Estoy segura de que Sam encontrará una excusa para visitaros en cuanto ella y el bebé estén lo bastante fuertes para viajar —dijo Evie—. ¿Estás ya un poco más tranquila con respecto a este matrimonio?

La pregunta en voz baja y la forma en que Evie la formuló casi hizo que las lágrimas afloraran a los ojos de Isabel. No sabía qué contestar.

Isabel no había visto a su prometido desde el día de su compromiso, y el nudo que tenía en el estómago crecía más y más cada día.

—No estoy segura —respondió con sinceridad.

—Escucha, Isabel... —Evie tomó las manos de su amiga entre las suyas—. No doy ninguna credibilidad a esos rumores sobre Vane. Es amable y considerado, y adoro a ese hombre. Pero no soy yo quien tiene que casarse con él. Así que, si tienes dudas, si temes por tu seguridad o simplemente no estás segura, puedes marcharte. No tienes por qué casarte con él.

Isabel hizo una mueca. Eso sería su ruina.

Y lo que era peor, sería la ruina de sus hermanos. Cancelar un matrimonio ya era motivo suficiente para alimentar las habladurías. Hacerlo justo antes de la boda, sería un escándalo imposible de superar. Y con los rumores que ya rodeaban a Vane, su huida en el último momento avivaría aún más las llamas y lo destruiría también a él.

Pero ¿estaba Isabel dispuesta a jugarse la vida? No estaba tan convencida.

Tal vez si el marqués la hubiera amenazado o lastimado, tendría razones de peso para dejarlo plantado en el altar. Sin embargo, aparte del desdichado beso, él no había actuado con violencia contra ella. E Isabel tampoco calificaría aquel beso de violento... exactamente...

El cuerpo de Isabel empezó a calentarse como cada vez que pensaba en aquel maldito beso.

A veces soñaba con aquel momento. Y los sueños eran bastante agradables.

Sacudió la cabeza. No se trataba de eso.

Probablemente, la esposa de Vane también había disfrutado de sus besos, al menos al principio. Isabel frunció el ceño ante sus pensamientos contradictorios.

Conocía muy bien los cuchicheos de la nobleza. Les encantaba exagerar las cosas y pintar a quien considerasen oportuno bajo la luz menos halagadora. Isabel suponía que tendría que casarse con aquel insolente para averiguar la verdad. Y, si algo salía mal, ella contaba con poderosos aliados de su lado.

—Gracias, querida —dijo—. Pero me temo que no puedo apostar mi posición en la sociedad y la reputación de mis hermanos en base a unos cotilleos. Ya sabes cómo es esto.

—Lo sé —dijo Evie con una sonrisa triste—. Pero me escribirás, ¿verdad? O me preocuparé.

Esta vez fue Isabel quien tomó las manos de Evie entre las suyas.

—Lo último que quiero es que te preocupes. Me aseguraré de escribirte a diario.

—Y si dejas de hacerlo un solo día, iré a visitarte de inmediato.

Isabel soltó una risita y abrazó a la duquesa. Luego se apartó y miró hacia la puerta. Pronto tendría que atravesar el umbral, y entonces se convertiría en la marquesa de Vane. Quería retrasar ese momento todo lo posible.

—En cualquier caso, por terrible que resulte este matrimonio —dijo Isabel—, va a permitirme tener hijos. Espero de verdad que eso suceda más pronto que tarde. Podría hacerlo todo más tolerable. No sé cuánto tiempo suele llevar, pero espero que no demasiado. Sam no tardó mucho en concebir, ¿verdad?

«Cierto, pero Sam es joven, y tú no lo eres», susurró su mente traidora.

Luego miró el rostro pensativo de Evie y se mordió el labio.

—Oh, lo siento. Estoy siendo poco delicada, ¿verdad? —Evie se había casado unos meses después que Samantha, y aún no había conseguido quedarse embarazada—. Estoy segura de que cada mujer tiene su propio ritmo.

Evie encogió los hombros con suavidad.

—Ojalá supiera las respuestas a estas cosas, pero todo forma parte de un milagro. Ocurre cuando ocurre.

—Evie... —Isabel hizo una pausa, insegura de cómo abordar el tema que la inquietaba desde el día de su compromiso.

Se sentó en la cama y Evie se unió a ella. Isabel jugó con nerviosismo con los pliegues de sus faldas.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —dijo Evie—, puedes preguntarme lo que quieras.

—Se trata de... Me resulta muy incómodo preguntártelo, pero la verdad es que no tengo a nadie más a quien pueda planteárselo. Tal vez si Sam estuviera aquí... Aunque también es un poco incómodo preguntarle a una hermana menor, por no decir otra cosa...

—Isabel... —Evie le puso la mano en el hombro dulcemente—. Puedes preguntarme lo que quieras. Ya lo sabes.

—Quería preguntarte por el deber conyugal —soltó Isabel por fin, sin mirar a su amiga. Le mortificaba tener que sacar el tema—. ¿Cómo te sientes acerca de ello?

Evie le dedicó la mayor de sus sonrisas.

—Me gusta mucho. Es uno de mis pasatiempos favoritos.

—¿De veras? —Isabel miró a Evie de frente, con la mente llena de preguntas. Isabel no era virgen. Había sido joven una vez y había estado muy enamorada de Stanhope. Juntos habían probado la fruta prohibida, pero eso había dejado a Isabel con más incógnitas que certezas. Había sido una experiencia rápida, dolorosa y confusa—. Pero no parece una actividad placentera...

—Confía en mí —dijo Evie, ruborizándose—. Es muy placentera. Pero supongo que, si una tiene por marido a un antiguo libertino y no lo disfruta, bueno..., entonces es que algo va muy mal.

Isabel frunció el ceño y se volvió para mirar a Evie de frente.

—Pero ¿por qué te gusta hacerlo? Yo... Discúlpame. No quiero entrometerme si es algo muy personal. Es que estoy muy nerviosa y quiero saber... Perdona, no hace falta que contestes.

Evie se mordió el labio.

—Es personal. Mucho. Pero no quiero que te inquietes, Isabel. Es la actividad más excitante. Cada beso, cada caricia, construye lentamente la anticipación de algo magnífico y maravilloso. Y luego el dulce sabor de la liberación... Siento ser tan franca, pero estar unida al hombre que amas es la mejor sensación del mundo. —Evie se encontró con la mirada de Isabel, y su expresión de felicidad desapareció al instante. Estrechó los ojos y se apresuró a continuar—. Oh, lo siento. Soy una idiota. No amas a Vane, pero quizá con el tiempo...

Isabel hizo una mueca y apartó la vista. Ese parecía ser su destino. Por supuesto, tendría que acostarse con un hombre al que detestaba. Por supuesto, el lecho conyugal no tendría nada de

placentero para ella. Ciertamente, había sentido un extraño cosquilleo en la boca del estómago cuando él la había besado. Había sentido los remolinos de las llamas en lo más profundo de su cuerpo. Pero probablemente solo era el instinto animal por aparearse.

Y ya era hora de que ella sintiera ese instinto. Sin él, dudaba que alguna mujer accediera de buen grado a procrear. A menos que estuviera enamorada, claro.

Evie estaba casada con un famoso vividor. Seguro que él sabía cómo hacer que el lecho conyugal fuera una aventura excitante. No estaba tan segura de que un ermitaño y una supuesta bestia hicieran lo mismo por ella.

—Bueno, si te asusta la perspectiva —dijo Evie, sacándola de sus pensamientos—, te aconsejo que se lo digas a él directamente.

Isabel se rio con ironía.

—No, en serio —continuó Evie—. Pídele que no se precipite y que te dé tiempo a conocerlo fuera de la cama. A menos que desees tanto tener hijos...

Lo último que Isabel quería era alargar la situación. Quería tener hijos y temía que se le acabara el tiempo.

—Preferiría acabar de una vez por todas con esto.

Evie entrecerró los ojos, con los labios fruncidos en un mohín pensativo.

—Bueno, si no quieres retrasar las cosas... Pídele que se tome su tiempo y que sea amable contigo. E intenta disfrutar de vuestros besos.

—¿Besos? —El calor subió por el cuello de Isabel hasta sus mejillas.

—Sí. Un beso puede decirte mucho sobre un hombre. Si sus besos hacen que te hundas en sus brazos y que sientas mariposas en el estómago, sin duda significa que el lecho conyugal será placentero. Pero tienes que darle una oportunidad. Relájate e intenta no preocuparte. Intenta no pensar en nada. Permítete disfrutar de sus besos y caricias... Por indecentes que sean.

A Isabel se le erizó el vello de anticipación y su respiración se hizo más entrecortada. Los recuerdos del beso de Vane hacían que su cuerpo se encendiera.

Aun así, frunció el ceño. Recordaba haber disfrutado también de los besos de Stanhope, al menos en el pasado. Sin embargo, ella no había disfrutado del acto. Y tal vez le esperara el mismo desenlace en la cama de Vane.

—Gracias, Evie —dijo Isabel con una sonrisa—. Pero la verdad es que no tiene ninguna importancia que disfrute o no del acto. Me proporcionará hijos. Y ellos serán la luz de mi vida.

Evie tomó por última vez la mano de Isabel entre las suyas.

—Estoy segura de que tendrás mucha más luz en tu vida aparte de los hijos.

La boda transcurrió como un borrón. Isabel había estado temblando igual que una hoja durante toda la ceremonia, tan nerviosa que se preguntaba cómo había podido mantenerse en pie.

La iglesia se había llenado de gente hasta rebosar. Y había más personas fuera, esperando a que terminara la ceremonia para poder ver a los novios.

Durante toda la mañana, Isabel se había concentrado en parecer feliz y sonreír, de modo que ahora le dolían las mejillas. Pero aquello aún no había terminado. Tenía que sobrevivir al desayuno de bodas y, después, ella, su marido y la pequeña, regresarían a su casa de campo.

Su marido...

La palabra sonaba extraña a sus oídos. Tendría toda una vida para acostumbrarse. Ahora, y por el resto de sus días, iba a ser la marquesa de Vane.

Isabel inspiró hondo y se aventuró a salir del tocador de señoras. En cuanto abrió la puerta, la alta figura de Stanhope apareció ante ella.

—¿Phillip?

Este sonrió, visiblemente complacido de que ella se hubiera dirigido a él por su nombre de pila.
—¿Qué haces aquí? —le preguntó Isabel—. Ni siquiera sabía que estabas invitado.
Él resopló.

—Claro que lo sabías. No finjas que no deseas que esté aquí. Buscabas hacerme daño. Pues ha funcionado. Ahora deja tus juegos infantiles y bésame de una vez.

Stanhope inclinó la cabeza, pero Isabel se apartó, apretando los párpados. Él le besó la mejilla y luego se acercó a su oído.

—¡Oh, para! ¡O gritaré!

—¿Y arriesgarte a otro escándalo? Lo dudo. —Él le besó la barbilla, e Isabel le empujó el pecho.

—¡Basta! ¡Suéltame! Ahora soy una mujer casada.

—Exacto. Y eres libre de tener tus aventuras.

—¿Qué? —Isabel lo miró, estupefacta.

¿Estaba loco? ¿En qué momento, desde su último encuentro, él pensó que ella estaría dispuesta a eso?

—Fue muy inteligente por tu parte casarte —añadió Stanhope de forma apresurada—. Ahora podemos volver a estar juntos y nadie se molestará en cotillear o prestar atención a nuestra relación

—Phillip... —dijo Isabel en voz baja. Quería hacerle comprender que nunca aceptaría su propuesta. Y era evidente que discutir con él, forcejear e incluso darle un pisotón, no le había ayudado a entenderlo, así que tendría que probar con palabras sencillas y tranquilas.

—No me digas que no sigues pensando en mí. Yo pienso en ti todo el tiempo —la interrumpió Stanhope.

Ella recordaba sus sueños en los que él se arrastraba hacia ella de rodillas, pero esos sueños se debían tal vez a su orgullo, desde luego no a sus sentimientos.

—Claro que pienso en ti —iba a añadir ella con repugnancia, pero en ese momento apareció una sombra detrás de Stanhope y una enorme mano se posó en el hombro de este.

—Esta conversación ha terminado —gruñó Vane—. Ahora, váyase de esta casa.

Stanhope se volvió hacia él y se encogió visiblemente. Era unos treinta centímetros más bajo que el marqués —lo cual no era extraño, ya que Vane era el hombre más alto que Isabel había conocido—, pero Stanhope parecía ahora débil, casi infantil. Sin embargo, no se movió.

—Creo que esta no es su casa. Y no puede echarme —dijo Stanhope con cierta calma. Isabel le reconoció el mérito de que no le temblara la voz. La presencia de Vane era bastante intimidatoria—. Te veré en la mesa —le dijo Stanhope a Isabel, y luego se marchó.

Ella se quedó mirando el pecho de Vane.

—Si querías convertirme en un cornudo, ¿no podías al menos haber esperado hasta después del desayuno de bodas? —El tono de Vane era tan seco como un desierto. Su pregunta dejaba muy claro que no dudaba de lo que había presenciado, es más, parecía que esperaba que ocurriera.

—No he hecho tal cosa —dijo Isabel entre dientes.

—No espero que me seas fiel, pero lo mínimo que deberías hacer es ser sincera... Y, por el bien de los dos, prudente.

—Yo no... —empezó a decir Isabel, con las fosas nasales dilatadas. Tomó aire para calmarse—. No ha sido lo que piensas. Él me abordó.

Vane se limitó a mirarla con una evidente expresión de aburrimiento. No la creía. No solo la consideraba una adúltera, sino también una mentirosa. Y ni siquiera estaba enfadado por ello. ¿Qué clase de matrimonio esperaba que tuvieran?

—Ven —dijo él con brusquedad—. Nuestros invitados empezarán a preguntarse dónde te has metido.

Isabel no tenía ganas ni fuerzas para discutir en aquel momento. Ya hablaría con él cuando volvieran a casa.

A casa...

Pero su casa sería un lugar desconocido, con gente desconocida y un perro enorme y maleducado...

Isabel tomó aliento, cuadró los hombros y puso la mano en el brazo de su marido.

Capítulo 7

Volvieron a la mesa justo a tiempo de que empezaran los brindis. Isabel se sentó rechinando los dientes y escuchó los insinceros deseos de buena salud, mucho amor y una prole de hijos.

Después de cada mención a los hijos, tanto las ancianas matronas como las jóvenes damas echaban el acostumbrado vistazo a Isabel. Era evidente que pensaban que, a su edad, tendría suerte si conseguía dar a luz un solo niño, por no hablar de toda una prole.

Isabel mantuvo la espalda recta y una amplia sonrisa. Fingió que aquellas miradas mordaces no le dolían; fingió que los susurros no le escocían mientras ella misma albergaba todas aquellas dudas.

Sabía que no habría un gran amor entre ella y su nuevo marido. Pero lo que verdaderamente ignoraba era si sería capaz de cumplir sus deberes de esposa.

Había sido anfitriona en casa de Gage desde que tenía veintitrés años. Sabía cómo llevar aquella casa, cómo organizar bailes y veladas. Pero siempre había contado con el apoyo de su familia. Ahora viviría con unos completos extraños y con un marido que la aborrecía.

Aun así, estaba decidida a construir un pequeño paraíso en su remota finca. Pero primero tendría que darle a Vane un heredero. Y al igual que la mayoría de los invitados presentes en la mesa del desayuno nupcial, dudaba mucho que fuera capaz de cumplir esa obligación.

Cuando oyó el último brindis, Isabel se hundió en la silla, contenta de que por fin hubiera terminado aquella parte. Pero su alivio duró poco. En ese momento, una frágil anciana —la misma que había alertado sobre la comprometida situación de Isabel y Vane en el pasillo, y que había sido responsable de los cotilleos que habían empujado a los dos a tener que casarse—, se levantó de su silla.

Isabel esperaba que diera las gracias a los anfitriones y dijera que era hora de marcharse. En lugar de eso, lady Crosby miró a los novios antes de decir: —¡Hemos pasado toda la mañana en vuestro desayuno de bodas, y aún tenemos que oír vuestra grandiosa historia de amor!

Isabel parpadeó. ¿Qué?

—¿Cómo dice? —preguntó el marqués desde el otro lado de la mesa.

—La invitación —dijo la mujer en voz alta, agitando el papel en el aire—. Decía que hemos sido invitados a presenciar una celebración del amor verdadero. Sin embargo, nadie nos ha contado la historia aún. Yo, por mi parte, me muero por oírla.

—No lo dudo —masculló Isabel.

—¿Ha dicho algo, querida? —Lady Crosby se volvió hacia ella.

—No, milady —respondió Isabel con dulzura—. Solo decía que mi marido cuenta la historia de forma maravillosa. A mí también me encantaría volver a oírla.

Isabel se volvió hacia su esposo con una sonrisa en los ojos. Estaba segura de que él desviaría la atención hacia ella, por lo que Isabel ya estaba tramando una narración que podría hacer pasar por una gran historia de amor, cuando él se puso en pie.

—Muy bien —dijo Vane, y atravesó a Isabel con una penetrante mirada.

Ella empezó a arrepentirse de sus impetuosas palabras. ¿Qué podría decir él que sonara romántico? ¿O es que estaba decidido a arruinarla? Seguro que no. Su reputación también estaba en juego.

—Isabel —murmuró Richard a su lado.

Ella giró la cabeza hacia su hermano. Luego volvió la vista hacia su propia mano y se dio cuenta de que estaba apretando la copa con tanta fuerza que amenazaba con quebrar el cristal. Isabel relajó su agarre y sonrió a Richard.

—¿Estás bien? —le preguntó este con gesto preocupado.

Isabel asintió y miró a su marido. Él estaba de pie sujetando su copa, con la mirada fija en ella y el ceño fruncido por la concentración.

—Fue amor a primera vista —dijo Vane al fin, y después se aclaró la garganta. Isabel casi gimió. Esto iba a ser terrible—. O al menos lo fue para mí.

Todos comenzaron a reírse por lo bajo, e Isabel miró a su alrededor. Todo el mundo estaba pendiente de su marido. Bien. Nadie se estaba fijando en ella. Se volvió hacia Vane, mordiendo el labio inferior.

—Yo era un solo un chiquillo, de visita en casa de mi tío, que casualmente era vecino del vizconde Gage —continuó él—. Un día, estaba paseando por el bosque y me detuve a descansar junto al arroyo. Me sentía hastiado. Me disgustaba mi nuevo alojamiento y solo quería volver a la escuela. Era muy joven. —Hizo una pausa.

Isabel se preguntó si él estaría urdiendo la historia de forma improvisada. Pero ¿por qué empezaría por un pasado tan lejano, tantos años antes de que se hubieran conocido en realidad?

—Justo entonces, vi a una hermosa muchacha vadear el agua, caminando a lo largo del arroyo. Iba descalza, con las faldas subidas hasta las rodillas. Un escándalo, pero aún éramos demasiado jóvenes para darnos cuenta de eso. Ella levantó la cabeza hacia el sol, se restregó la cara y se rio. El sonido de su risa era la melodía más hermosa que había oído jamás. Ella caminaba dentro del agua como una ninfa del bosque, una sirena, una diosa. —Vane sacudió la cabeza como si tratara de despertar de su aturdimiento. Luego se volvió hacia Isabel y la miró a los ojos—. Y yo me enamoré perdidamente de ella.

—¡Oh, vaya! ¡Qué romántico! —empezaron a exclamar los invitados desde sus asientos.

A Isabel se le calentó el cuello y le costaba respirar. La mirada de Vane seguía clavada en ella, y se sentía muy incómoda.

—Ella no sabía que la estaba observando, por supuesto —prosiguió él con una risita—, y me pareció indecente seguir observándola sin que ella se percatara—. Así que decidí hacer notar mi presencia. Me acerqué más, sin quitarle los ojos de encima... Entonces perdí el equilibrio y me caí de la forma más humillante.

Toda la sala estalló en carcajadas, e Isabel se encontró haciéndolo también. Pero, mientras Vane continuaba su relato, ella frunció el ceño. Aquello le sonaba familiar. ¿No le había ocurrido algo parecido en el pasado?

—Aterricé justo a sus pies —siguió él—. Pero, en lugar de insultarme o gritar, la chica me ayudó a levantarme y atendió mis heridas. Y ese fue el momento en que mi amor por ella se fortaleció. Porque, no solo su rostro era hipnotizante, sino que su alma era igual de hermosa.

—Qué historia tan bonita.... —Una dama que estaba junto a Isabel sollozó en su pañuelo.

—Lo es —resopló Isabel, perdida en el relato ficticio de su amor.

—Ese fue el día en que me enamoré de la bella señorita Isabel Lewis —declaró Vane—. Y me juré a mí mismo que sería mi esposa. —Hizo una pausa—. Por supuesto, ella no me correspondía.

Siguieron más risas de los hombres y algunos jadeos de las mujeres.

—Yo era un joven delgaducho y descoordinado. Mis brazos eran largos y desproporcionados para mi cuerpo. Y si añadimos a eso el hecho de que la primera vez que ella me vio, yo estaba cubierto de barro y no podía pronunciar una palabra inteligente... Nunca tuve una oportunidad con ella.

Isabel dudaba que este perfecto espécimen de hombre, alto, ancho de hombros y apuesto —tenía que ser sincera consigo misma—, hubiera sido alguna vez el joven torpe y desmañado que él había descrito.

Pero ella sí había conocido a un chico así, recordó de repente. Y, si no se equivocaba, se habían encontrado de un modo similar al que Vane había pintado. Él había caído rendido a sus pies y se había pasado todo el verano siguiendo a Isabel a todas partes. La única diferencia con la historia era que ella se estaba bañando vestida solo con una *chemise*. Y tampoco eran tan jóvenes, o al menos Isabel no lo era. Ella tenía entonces diecinueve años, y el chico, quince.

¿Cómo se llamaba él...? Lo tenía en la punta de la lengua.

¡Ah, ya! Thomas. Se preguntó qué había sido de él.

Vane siguió hablando.

—Luego me marché a la universidad y nuestros caminos se separaron. No pensé que volvería a verla. Hasta que me tropecé con ella —de forma bastante literal— en el baile de la duquesa de Somerset.

—¿Y la abordó justo en el pasillo? —La marquesa viuda de Somerville enarcó una ceja.

—Decidí no dejar pasar mi oportunidad por segunda vez —dijo Vane, y todos volvieron a reír.

Isabel soltó una carcajada y sacudió la cabeza. Su marido podía ser bastante encantador cuando lo deseaba. Supuso que debía estar agradecida de que él los hubiera librado del escándalo con tanta habilidad.

Cuando Vane concluyó su discurso, caminó hacia Isabel y le ofreció su brazo para marcharse.

Mientras recorrían las calles de Londres en el carruaje, Isabel observaba a su marido. Él miraba por la ventanilla, con su acostumbrado ceño fruncido.

—Ha sido una historia preciosa la que has contado —dijo Isabel—. ¿Cómo la inventaste con tanta rapidez?

Vane no se volvió para mirarla.

—No la inventé.

—Qué interesante... —dijo Isabel, examinando atentamente el rostro de Vane—. Porque una vez conocí a un chico de forma parecida.

Él no reaccionó.

—Muchos jóvenes se conocen en el arroyo, imagino —dijo él en tono aburrido—. Cuando era joven, yo también conocí a una chica de la misma manera.

Isabel enarcó una ceja. ¿Una coincidencia? Pero no tuvo tiempo de hacer más preguntas ya que, en ese momento, el carruaje se detuvo y el cochero abrió la puerta.

Habían llegado a casa.

Isabel entró en la casa de los Vane y miró a su alrededor. El lugar estaba vacío y silencioso. Eso le produjo unos desagradables escalofríos. La última vez que Isabel había estado allí, el lugar era un caos. Ahora parecía un mausoleo. O tal vez era solo su sombrío estado de ánimo que encontraba su reflejo en el interior de su nuevo hogar.

—Monroe —le dijo Vane al mayordomo—. Por favor, dígame a la señora Ainsworth que reúna a los sirvientes. Estamos listos para partir.

Isabel se volvió hacia él como un resorte.

—¿Partir?

—Sí, nos vamos directamente a mi casa de campo.

—¿Irnos? Pero...

—¿Tenías alguna razón para quedarte en Londres? —le preguntó él mientras avanzaba hacia el interior.

—Bueno, sí. —Isabel lo siguió—. Mis hermanos no saben que me voy.

—Les enviaremos una nota.

—Eso no es suficiente. Se preocuparán.

—Estoy seguro de que se las arreglarán.

—¡Mi ajuar no está listo! La mitad está aún en el taller de la modista.

Vane se volvió entonces y la miró de arriba abajo, deteniéndose ligeramente en su escote. Isabel se cubrió con el chal.

—¿Tienes ropa suficiente para unos días?

—Sí, pero...

—Entonces nos enviarán allí el resto. No tenemos por qué esperar aquí. —Él dio media vuelta y se dirigió a las escaleras sin esperar su respuesta.

—¡Vane! —dijo Isabel tan alto como pudo sin gritar. O tal vez sí lo hizo. No estaba muy segura, pero tenía las manos agarrotadas a los costados y sentía que la cabeza le iba a estallar—. No me gusta que me den órdenes. ¿Acaso mi opinión no cuenta para nada?

Vane se detuvo en los escalones y luego, lentamente y sin prisas, se volvió hacia ella.

—¿No acabas de jurar delante de Dios y de los hombres que me obedecerás el resto de tu vida?

—Bueno, tú juraste cuidarme, y no veo que mantengas ese juramento.

—Señorita Lewis...

Isabel se rio entre dientes.

—Milady —dijo Vane con sequedad—. Vine a Londres por una razón y solo por una: encontrar esposa. Ahora que mi tarea ha concluido, me gustaría volver a casa. Aquí estamos demasiado apretados y no me gusta la vida de ciudad. Y, para ser sincero, a mi perro tampoco.

Isabel entrecerró los ojos. ¿El perro? ¿La comodidad del perro era más importante que su opinión? Ella se dispuso a plantarle cara, pero él levantó una mano, frenándola antes de que tuviera oportunidad de abrir la boca.

—Y es aconsejable que nos vayamos antes de que organices más reuniones clandestinas con tu preciado Stanhope. Así que nos marchamos a mi casa de campo. Ahora mismo. Y tú vendrás con nosotros de buena gana, o te ataré a una silla de montar.

Vane giró sobre sus talones, dejando a Isabel aún de pie con la boca abierta de asombro. Nunca nadie le había hablado jamás con tanta rudeza. El acero de su voz le produjo un estremecimiento. Su mirada era fría, su voz áspera. Y, por un momento, ella comenzó a creer los rumores que circulaban sobre él.

Oh, Señor. ¿En qué se había metido?

Capítulo 8

El viaje a la finca de los Vane fue agotador y tedioso al mismo tiempo. Vane iba a caballo, mientras Millie iba en el carruaje conversando con su niñera, Edith. La niña evitaba a Isabel y no respondía a ninguna de sus preguntas.

Se detuvieron unas cuantas veces para que Millie pudiera jugar con Button, que pasó la mayor parte del viaje en un carruaje aparte, por lo que el viaje se alargó más de lo debido.

Sin nada que hacer, Isabel intentó leer algunos capítulos de su libro, pero como Millie se había pasado la mayor parte del trayecto charlando con Edith, a Isabel le resultaba difícil concentrarse en la lectura.

Lo siguiente que intentó hacer fue coser. Pero, después de pincharse los dedos a cada bache y sacudida, abandonó la idea a los pocos minutos. Como resultado, el resto del viaje lo pasó mirando al horizonte y haciendo una lista mental de todas las cosas que necesitaría enseñarle a Millie. Porque, por muy brillante que pareciera la pequeña, era pedante y maleducada.

Isabel estaba bastante sorprendida de que la niña no tuviera institutriz. Tenía seis años y ya era hora de que empezara su educación. Era demasiado mayor para vagar por el bosque con el perro, cosa que Isabel suponía que era exactamente lo que hacía la mayoría de los días, a juzgar por el comportamiento de Millie. Y cuando Vane estaba ocupado haciendo recados, debía dejarla con los criados.

Millie tuteaba a todos los sirvientes y los trataba de forma amistosa. Isabel también sentía afecto por su personal de servicio. Incluso se había llevado con ella a su lacayo favorito, James, junto con su doncella personal.

Pero a los seis años, Isabel había sido educada lo suficiente como para mantener una conversación cortés con damas de una posición similar. Millie, en cambio, conversaba con todo el mundo menos con ella. Y cuando Isabel intentaba hablarle, Millie se quedaba quieta y la observaba con desconfianza y hostilidad en sus ojos.

Isabel tendría que plantear el tema de la educación de Millie a su marido de alguna manera. Y no estaba deseando tener esa charla, precisamente. Isabel tendría que encontrar una institutriz brillante que la niña no rechazara, como al parecer hacía con ella.

A Isabel le habría encantado estrechar lazos con la pequeña e incluso darle clases. Después de todo, Isabel lo había aprendido casi todo de su madre. Pero dudaba que fuera capaz de traspasar las defensas de Millie, sobre todo, porque su padre demostraba con cada fibra de su ser que Isabel tampoco le importaba.

Cuando llegó la noche, Isabel estaba a punto de desfallecer. ¿Quién hubiera dicho que ser ignorada por una niña de seis años podía ser tan agotador?

Entraron en una pequeña posada y Vane pidió habitaciones para todos sus sirvientes e incluso una cámara aparte para el perro, aunque un mozo de cuadra se quedaría con él para que no ladrara durante la noche.

Isabel encontró el gesto entrañable. ¿Quién si no encargaría una habitación entera para el perro? Por suerte para ellos, la posada estaba casi vacía, y el dueño se alegró mucho de que el marqués

hubiera reservado todo el lugar para su familia, sus criados y el perro.

—¿Quieres cenar en el comedor? —preguntó Vane en cuanto todos los preparativos estuvieron listos.

—Gracias —dijo Isabel—. Pero creo que preferiría cenar en mi habitación. Estoy demasiado cansada y sería una compañía horrible.

Vane asintió y se volvió hacia el posadero.

—Por favor, acompañe a mi esposa a su habitación.

Isabel sonrió mientras el hombre obedecía. Isabel entró en una habitación pequeña y húmeda con una cama individual, y solo entonces las palabras de su marido cobraron sentido. «Su habitación». ¿No iba él a pasar la noche con ella?

No sabía si alegrarse de ello o preocuparse. Sus padres tenían habitaciones individuales, por supuesto, pero rara vez dormían separados y nunca en una posada.

¡Y era su noche de bodas! ¿Vendría él a su habitación, o tendría que pasar la noche sola?

Ninguna de las dos perspectivas la molestaba tanto como no saber la respuesta. En cualquier caso, no tenía elección. Su marido tenía algunas cosas de las que ocuparse antes de subir, y ella no podía perseguirle y exigirle una explicación. Tendría que esperar.

Así que cenó tranquilamente, se puso el camisón y se preparó para acostarse.

Por ahora, necesitaba descansar. Su esposo llegaría pronto y, con suerte, ella estaría un paso más cerca de concebir un hijo.

Isabel se tumbó en la cama, mordiéndose el labio y repasando todas las cosas que Evie le había dicho.

«Necesitas relajarte y no preocuparte».

Era más fácil decirlo que hacerlo. Isabel no podía quedarse quieta. Tenía el estómago revuelto y sentía como si estuviera tumbada sobre agujas.

«Permítete disfrutar de sus besos y caricias... Por indecentes que sean».

Isabel respiró hondo. Si él la besaba como lo había hecho en el parque, entonces no habría nada de que temer. Y en cuanto a sus caricias... Bueno, ella tendría que permitirle todas las libertades que se le antojaran y, si lo que Evie decía era cierto, llegaría a disfrutar del acto.

Isabel no dudaba de la sabiduría de Evie... en su mayor parte. Pero dudaba mucho que las caricias de Vane fueran tan placenteras como eran al parecer las de St. Clare para Evie. Después de todo, Evie estaba perdidamente enamorada, e Isabel... bueno, Isabel apenas soportaba a aquel hombre.

Puede que sus besos fueran agradables, pero seguramente solo se debía a que Isabel había estado sobreexcitada por perseguir al perro y luego discutir con Vane. Estaba en estado de shock y no esperaba que él la besase. Si estuviera en un estado de ánimo sereno, no le habría dejado hacerlo de ningún modo.

Esta corriente de pensamiento no era de ayuda... Debía centrarse en disfrutar de las atenciones de Vane y no convencerse de lo contrario.

Justo en ese momento, llamaron a su puerta.

—Soy yo. Vane —dijo él desde el otro lado.

Isabel tragó saliva, se incorporó y se tapó con las sábanas hasta la barbilla.

—Adelante.

La puerta se abrió y él apareció en el umbral.

Estaba allí de pie, alto como un árbol y ancho como el marco de la puerta. Su rostro estaba ensombrecido, pero ella podía ver su pelo despeinado gracias a la luz del pasillo. No se había cambiado para ir a la cama, se dio cuenta Isabel. De hecho, aún llevaba el abrigo y las botas.

Vane se adentró más en la habitación y, una vez que se acercó a la vela que había junto a su cama, Isabel vio que tenía el ceño fruncido. ¿Acaso ese hombre no fruncía el ceño alguna vez?

Isabel se apoyó en las almohadas y lo miró con curiosidad.

—Solo quería hacerte saber que continuaremos nuestro viaje mañana cuando amanezca —dijo él.

—Eso es aceptable. Estaré lista.

—Bien. —Con una inclinación de cabeza, él se dio la vuelta.

—¿Vane? —Isabel se incorporó para seguirlo, pero enseguida se dio cuenta de que estaba en camisión y volvió a sentarse. Vane la miró por encima del hombro—. ¿Te... te vas?

Él frunció el ceño una vez más.

—Ésa era la idea. Sí.

Isabel estuvo tentada de tomar aquello como una bendición y dejarlo pasar, pero su orgullo no se lo permitió.

—Entonces dormiremos en habitaciones separadas, ¿es así?

—En efecto. —Vane parecía bastante confundido.

«Oh, Dios. No se haría de rogar, ¿verdad?», pensó Isabel.

—Pero... ¿No es...? Es nuestra noche de bodas.

—Soy consciente de ello —dijo él con aspereza.

El maldito ni siquiera pestañeó.

—¿No vas a pasar la noche conmigo?

—No sabía que estuvieras tan ansiosa al respecto. —Vane se volvió por fin hacia ella.

Isabel apretó los dientes.

—Cuanto antes empecemos, antes concebiremos un heredero.

Él la escrutó con una mirada poco halagadora y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

—Pareces tener mucha prisa. —Alzó una ceja con gesto perplejo.

«¡Claro que tengo prisa! Tengo más de treinta años».

—Y tú pareces totalmente desconcertado por la idea. Soy tu esposa.

Vane se rascó la barbilla, pensativo. Luego se acercó más y volvió a estudiarla de pies a cabeza, haciéndola estremecerse bajo la fina sábana.

—Por casualidad no estarás ya encinta, ¿verdad?

—¿Perdón?

—¿Tratas de hacer pasar a tu hijo por mío, tal vez?

—¿Estás loco? —Isabel resopló, indignada.

—No es tan difícil de entender. Tú y tu amante vais a tener un hijo. Para evitar un escándalo, creas una situación comprometida involucrando mi honor, y luego me obligas a casarme contigo.

—No quería casarme contigo.

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Isabel levantó las manos.

—¡No estoy embarazada!

—¿Y cómo podría estar seguro de que no es así? —El insufrible hombre frunció el ceño de nuevo.

—Cuando no nazca ningún bebé dentro de nueve meses, esa será tu primera pista —escupió Isabel con irritación.

—A no ser que consumemos nuestro matrimonio ahora mismo...

Isabel dejó escapar un suspiro frustrado.

—No me apetece nada consumir nuestro matrimonio, créeme. Solo pensé que no querías

retrasarlo.

—No quiero. Pero si estás encinta... Bueno, eso podría ahorrarnos la desafortunada tarea por completo.

Isabel le miró con los ojos entrecerrados. ¿De qué hablaba?

—Ya estamos casados —declaró él—. No importa si el niño es mío o no. Si es un varón, será legalmente mi heredero.

—¡No estoy embarazada! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—Necesito una garantía mejor que tu simple palabra.

Isabel se quedó con la boca abierta. Él no confiaba en ella. Ni siquiera un poco.

—¿Por qué querría pasar la noche contigo, si estuviera embarazada? Si no fuera necesario, lo evitaría como a la peste.

—Quizá quieres hacer pasar al mocoso por mío. Quizá no estás segura de cómo trataría al bebé. Y, desde luego, yo no puedo estar seguro de que no seas tan astuta. Necesito saber la verdad. No me importa que haya un cuco en mi nido. Pero, si eso me libera de la obligación de acostarme contigo, sería espléndido.

Isabel sintió que le ardían las mejillas por la humillación.

—¡Canalla! Ojalá estuviera encinta para no tener que soportar jamás tu contacto.

—¿No sería encantador? —gruñó Vane en voz baja antes de darle la espalda. Luego añadió en voz más alta—: En el caso de que estés diciendo la verdad, ven a verme dentro de unas semanas... con las pruebas.

Se alejó y cerró tras de sí con un suave chasquido.

Isabel miró la puerta con los ojos abiertos como platos. ¿Con las pruebas? ¿Se refería a su flujo femenino? Bueno, ella se aseguraría de mostrarle las pruebas, ¡el pomposo insolente!

Al fin, Isabel se dejó caer sobre las almohadas, dispuesta a urdir un plan para vengarse de él.

¿Cómo había podido pensar que aquella bestia sería amable y complaciente en la cama? Ella se aseguraría de no dejarle compartir su lecho en absoluto. Si él no confiaba en ella y buscaba humillarla, tendría que vivir sin heredero.

A Isabel le dolía el corazón ante la idea de no tener nunca un bebé. Pero, hasta que ese bribón no se disculpara, ella no le dejaría entrar en su cama. Y eso era todo.

El viaje al día siguiente no fue mucho mejor que el anterior. Isabel observó en silencio cómo Millie charlaba animadamente con su niñera en el carruaje, prestando poca atención a Isabel.

Así que ella sacó su bordado y se acercó a la ventanilla para que le diera más el sol. Apartó las cortinas al mismo tiempo que el marqués pasaba a su lado a caballo.

Estaba sentado en la silla recto como una lanza y con un estilo impecable, como si no se hubiera pasado toda la jornada anterior cabalgando.

Por muy buena amazona que ella fuera, estaría dolorida. Su marido no parecía tener el mismo problema. Parecía relajado y bastante cómodo. Las riendas descansaban sueltas en sus largos dedos y controlaba al caballo con sacudidas apenas perceptibles de sus piernas.

La mirada de Isabel se posó en esa parte de su cuerpo. Tragó saliva cuando los poderosos músculos parecieron querer estallar en el interior de la ceñida tela de sus pantalones.

Un fuerte golpe dentro del carruaje sobresaltó a Isabel, y apartó la vista del tentador físico de su marido. Miró a la niñera, que le devolvió la mirada con expresión confundida. Entonces Edith se agachó lentamente y recogió del suelo el bordado de Isabel.

—¡Oh! —exclamó esta al tomarlo de sus manos—. Mis disculpas, me había distraído.

Isabel sintió cómo se ruborizaba al instante y agachó la cabeza. Esperaba que la niñera no notara su sonrojo ni lo que había despertado su interés fuera del carruaje.

Isabel se volvió hacia Millie en su intento de romper la tensión y apartar su mente del embarazoso incidente.

—¿Se te da bien bordar, Millie?

La niña entrecerró los ojos mirando a Isabel antes de responderle con un murmullo.

—Mi nombre es Millicent.

Isabel se echó ligeramente hacia atrás. No esperaba precisamente una respuesta entusiasta. La pequeña había estado evitándola durante todo el viaje, pero Isabel no estaba preparada para su hostilidad.

—Muy bien, Millicent. ¿Eres buena con la aguja?

Millie se dio la vuelta y miró por la ventanilla.

Isabel respiró hondo.

—Se espera que las damas respondan cuando se les dirige la palabra, Millicent —dijo—. Puesto que eres la hija de un marqués, debes conocer esas normas.

Millie fingió no oír nada.

Isabel se volvió hacia la niñera.

—Solo dele tiempo, milady —dijo Edith en voz baja, y luego le dedicó a Isabel una sonrisa tranquilizadora.

Al menos una persona de la casa estaba de parte de Isabel. Eso la hizo sentirse un poco mejor.

—¿Hace mucho tiempo que está al servicio del marqués, Edith? —preguntó Isabel.

—Solo unos cuatro años, milady —contestó la mujer.

—Entonces debe de conocer la casa bastante bien. Estoy deseando...

Isabel fue interrumpida bruscamente cuando Millie tiró de la manga de Edith y señaló la ventana.

—¡Mira, Edith! —exclamó con excitación—. ¡Un tejón! Es un tejón, ¿verdad?

Edith lanzó una mirada de disculpa hacia Isabel, e Isabel se limitó a asentir con la cabeza.

La niñera se acercó más a Millicent y procedió a contarle todo lo que sabía sobre los tejones y otros animales que residían en esta parte de Inglaterra, cuáles había visto y cuáles no había conseguido ver.

Después, debatieron sobre qué animal atraparía Button con más rapidez. A partir de entonces, la conversación giró hacia cualquier tema que excluía a Isabel, por lo que esta no pudo volver a hablar con la niñera.

Llegaron a su destino bien entrada la noche. Su viaje se había retrasado por una tormenta que había estallado a unos kilómetros de la mansión y que les obligó a reducir la velocidad.

Millicent ya dormía, así que Vane la cargó en brazos y condujo a todos al interior.

—Señora Ainsworth, por favor, llame a todos los sirvientes y presénteles a Su Señoría.

Una mujer mayor con un vestido marrón oscuro se apresuró a seguir la orden.

—Eres tú quien... —empezó a decir Isabel, pero Vane la hizo callar e inclinó la cabeza hacia la niña dormida que tenía en brazos—. La señora Ainsworth te mostrará nuestros aposentos —dijo, y luego se dispuso a subir las escaleras sin decir nada más.

Isabel miró al perro, que acababa de entrar en el vestíbulo, seguido por un par de lacayos. Button ladró una vez a Isabel y trotó tras su amo.

Hasta el maldito perro la había abandonado.

Unos minutos después, cansados, pero fingiendo buen humor, los criados se habían reunido en el vestíbulo.

—Bastardo... —murmuró Isabel en voz baja.

¿Era esta su idea de dar la bienvenida a su esposa a su casa de campo? Todos los criados estaban de pie, probablemente a la espera de que su amo les presentara a su señora.

Las mejillas de Isabel estaban ardiendo. Era obvio para todos que ni el señor ni su hija le habían dado una especial bienvenida a la nueva marquesa.

No quería empezar su vida en la mansión con mal pie, pero los sirvientes ya la estudiaban con desconfianza en los ojos. Y ahora, le tocaba a ella presentarse.

Isabel esbozó una alegre sonrisa.

—Buenas noches a todos —dijo con exagerada alegría—. Soy la nueva marquesa y la señora de esta casa.

Los sirvientes se quedaron congelados, clavados en su sitio. Ninguno pestañeó siquiera. El ama de llaves, la señora Ainsworth, dio un paso adelante y empezó a presentar a cada miembro del personal por su nombre y cargo.

Isabel respiró profundamente aliviada. Observó a cada uno de ellos con avidez, intentando recordar sus características distintivas, como su pelo o sus rasgos faciales para poder identificarlos después.

Por ejemplo, la señora Ainsworth, el ama de llaves, era fácil de recordar con su digno porte y su particular atuendo. Rose, la criada de arriba, era pelirroja. Chloe, la camarera, tenía un nombre que empezaba por *c*, igual que su cargo. Una y otra vez, Isabel trató de asociar el nombre y el puesto de todos. Le llevaría unos días, pero este pequeño truco que su madre le había enseñado no le había fallado hasta ahora.

Cuando la señora Ainsworth terminó de presentar al servicio, Isabel sonrió y dejó que todos volvieran a sus tareas.

—Gracias, señora Ainsworth —dijo, intentando no sonar demasiado aliviada—. ¿Podría acompañarme a mis aposentos?

—Por supuesto, milady. Por favor, sígame.

Isabel caminó por la mansión en silencio. Era bonita y espaciosa, aunque estaba escasamente amueblada y apenas contaba con decoración. Ahora la carga de convertir este lugar en un hogar confortable recaía sobre sus hombros.

Esto era algo que se le daba bien a Isabel. Se alegró de tener algo de lo que ocuparse. De lo contrario, no sabía lo que haría.

Llegaron al dormitorio y la señora Ainsworth abrió la puerta con una floritura.

—Bienvenida, milady.

Isabel entró en la amplia habitación y miró a su alrededor. Las paredes estaban cubiertas de un extravagante papel pintado con tonos verdes y dorados. Los muebles parecían muy costosos. Todo destilaba demasiada ostentación para el gusto de Isabel. Y el lujo de su alcoba destacaba especialmente en aquella mansión casi desnuda.

No era la habitación que ella habría elegido, pero era la habitación de la marquesa, y tendría que conformarse. Al menos por ahora.

—¿Algo más, milady? —le preguntó la señora Ainsworth.

—Sí. ¿Podría, por favor, prescindir de una doncella? La mía llegará en breve con el resto de mis baúles, y necesito que alguien ocupe su lugar mientras tanto.

—Por supuesto, milady. —El ama de llaves se retiró, dejando a Isabel sola con sus pensamientos en la rica y extravagante habitación, sintiéndose extremadamente fuera de lugar.

Capítulo 9

Isabel bajó a desayunar a la mañana siguiente sintiéndose descansada tras el agotador viaje. Estaba hambrienta y deseando disfrutar de una buena y prolongada comida matutina.

Entró en el comedor y de inmediato se vio envuelta en una atmósfera serena. El comedor no estaba decorado de forma tan extravagante como la alcoba de Isabel, lo cual agradeció. Las cortinas y los muebles estaban tapizados con una tela azul marino adornada con detalles verdes, lo que le daba la sensación de estar rodeada por el cielo azul y aguas color esmeralda. La luz del sol entraba por las ventanas e iluminaba la estancia con un resplandor suave. El susurro del papel y el aroma a café incrementaban la sensación acogedora.

Pero la tranquila y apacible mañana se arruinó en cuanto se fijó en su marido, sentado a la cabecera de la mesa, tomando su desayuno en silencio. Una sola mirada le recordó a Isabel toda la animosidad que había entre ellos. La forma en que la había tratado en la posada, y cómo la había abandonado después en el vestíbulo de la casa, sin molestarse en presentarla a su personal, hizo que le hirviera la sangre de nuevo.

Había tenido toda la noche para asimilar sus emociones, y pensó que la rabia que había sentido desaparecería por la mañana. Pero el recuerdo de su humillación no cedía.

Su marido pasó la página de su periódico, sorbiendo tranquilamente su café. Estaba bien peinado, aunque aún tenía el cabello húmedo tras un reciente baño. Tenía los labios fruncidos en señal de desaprobación, lo que hizo que Isabel se preguntara si alguna vez había sonreído o reído de alegría. Estaba tan sereno, maldita sea, que Isabel deseó arrancarle el periódico de las manos para hacerlo pedazos y esparcírselos luego sobre la cabeza.

Sonrió; la fantasía le levantó el ánimo cuando él levantó la vista de detrás del periódico.

—Buenos días —carraspeó, con su eterno ceño fruncido.

Isabel recompuso sus facciones y se sentó recatadamente a la mesa. James, el lacayo que había traído consigo, saltó de inmediato para traerle el desayuno de la mesa auxiliar y le sirvió una taza de chocolate. Isabel le dio las gracias y se deleitó con la taza caliente, intentando ignorar la formidable presencia que tenía a su lado. No funcionó.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Vane.

—Como un bebé. —«El que crees que llevo dentro», pensó Isabel, irritada.

—Tengo que irme hoy por negocios —dijo él con aire despreocupado, y ella entornó los ojos.

¿Quería dejarla sola? ¿Con su malhumorada hija y su indisciplinado perro? Su expresión debió de delatarla, porque él se apresuró a añadir:

—Me llevaré a Button y a Millie conmigo. Les gusta mucho corretear por el campo mientras atiendo asuntos con los granjeros.

—Oh —Isabel exhaló un suspiro de alivio—. Entonces aprovecharé para familiarizarme con la mansión y los aldeanos.

Vane hizo una mueca, dejó lentamente el periódico en la mesa.

—Creo que deberías retrasar tu visita a nuestros inquilinos hasta que pueda acompañarte —declaró.

¿Ahora quería vigilarla como si ella fuera una niña?

—¿Por qué debería hacerlo? Soy la señora de esta finca. Necesito conocerlos lo antes posible.

—Porque podrías no ser bienvenida —dijo él con calma.

Isabel sonrió.

—¿Igual que me has hecho tú y tu hija?

Él se irguió en su silla, proyectando su vasta sombra sobre ella.

—Todo el mundo tiene que acostumbrarse al hecho de que estás aquí. No quiero ningún incidente desafortunado.

Isabel bebió un sorbo de chocolate para calmarse, luego se volvió y lo miró fijamente a los ojos.

—No voy a montar un escándalo, si es eso lo que te preocupa. Independientemente de lo que pienses de mí, sé administrar fincas y tratar con inquilinos. Lo he hecho para mi hermano durante más de ocho años.

Vane apretó los puños.

—No me inclino a creer nada de lo que dices hasta que lo vea con mis propios ojos.

—Tu falta de confianza me cansa —dijo Isabel con calma, aunque sintió que el pecho se le llenaba de rabia—. Haré lo que me plazca y, si quieres acompañarme, tendrás que posponer tus propios asuntos.

—No voy a cambiar mis planes por tu terquedad —gruñó él—. Estoy seguro de que mientras tanto encontrarás muchas cosas que te mantengan ocupada dentro de la mansión.

—Me temo que no puedo complacerte. Mi madre me enseñó que una señora debe ponerse primero en contacto con sus arrendatarios. Después, debe averiguar las necesidades de los aldeanos, identificar a los ancianos y a los enfermos, y asegurarse de que disponen de todas las provisiones necesarias. Si retraso este deber, la gente sufrirá. Y eso recaerá sobre tus hombros.

Vane escuchó sus preocupaciones con aire de aburrimiento.

—Sobreviviré a tan pesada carga.

Isabel jadeó. ¿Era realmente un patrón tan despiadado?

—No sé quién te ayudaba a dirigir las fincas antes —dijo Isabel—, pero así no se hacen las cosas. Conozco mi deber principal y lo cumpliré, estés o no de acuerdo conmigo.

—¿Tienes que rebatir todo lo que digo? Soy tu marido y harás lo que yo diga. —La voz de él era pétrea y no admitía discusión.

Pero Isabel siguió discutiendo.

—No soy una esclava. No te obedeceré ciegamente solo porque me obligaron a casarme contigo en las circunstancias más desafortunadas. Nuestra situación es tan culpa tuya como mía. No tienes derecho a actuar con superioridad, sobre todo, porque no tengo pruebas para creer que lo seas.

La expresión de Vane se crispó y, por un momento, Isabel temió que arremetiera contra ella. Pero él se relajó y dejó escapar un profundo suspiro.

—No esperaba que lo hicieras —dijo.

Isabel tragó saliva.

—¿No esperabas que obedeciera, o no esperabas que te encontrara superior?

Vane bebió un sorbo de café y volvió a su periódico.

—No esperaba que fueras la esposa adecuada que necesitaba —dijo, sin apartar los ojos de la página.

—Tampoco esperaba que fueras un amo justo. Así que supongo que ninguno de los dos está decepcionado.

Ella apartó la vista de él con decisión y empezó a comer de nuevo, decidida a ignorarlo.

Unos minutos después, unos fuertes pasos precedieron a la llegada del gigantesco perro, seguido de Millicent, que parecía perseguir al animal. Vane se puso en pie, y el perro corrió de inmediato hacia él, moviendo la cola.

—Millie, ¿cuántas veces tengo que decirte que no corras dentro de la casa? —le dijo Vane en tono cansado.

La niña no contestó y se dejó caer en una silla.

Isabel levantó una ceja. Ni un saludo, ni una reverencia, de hecho, ni siquiera una mirada hacia su padre o hacia Isabel. Aquella chica era absolutamente maleducada. Y para colmo, había traído al enorme perro a la mesa del desayuno.

—Siéntate —le ordenó Vane, y cuando el perro obedeció, acomodándose a su lado, se volvió hacia Millie—. ¿Ya ha desayunado Button?

Millie negó con la cabeza.

—Preferiría que me respondieras verbalmente, querida —dijo Vane en voz baja.

Millie se encogió de hombros.

—Creo que no.

—Bueno, yo diría que es bastante injusto que tú puedas comer, pero Button no.

Millie hizo rebotar la rodilla.

—Button quería comer contigo. Por eso lo he traído.

—Seguro que sí... —bufó Vane.

Isabel levantó los ojos al cielo. El severo amo, el marqués autoritario, parecía no poder disciplinar en absoluto a su hija. Sin embargo, Isabel no empezaría su vida como marquesa enemistándose con la niña.

Se puso en pie.

—Le pediré a la señora Ainsworth que prepare el desayuno de Button. Tengo otros asuntos que tratar con ella.

—Gracias —dijo Vane con una breve inclinación de cabeza y se volvió hacia su hija.

Millie se animó de inmediato y procedió a charlar alegremente. Isabel suspiró y salió de la habitación.

Isabel fue en busca del ama de llaves, murmurando aún en voz baja. El marqués no era capaz de educar correctamente a su propia hija y tenía la desfachatez de decirle a Isabel lo que tenía que hacer y lo que no en la finca. No solo la consideraba escandalosa, sino que, al parecer, también la creía incapaz de realizar la más sencilla de sus tareas. Bueno, esta tarde, él aprendería un par de cosas sobre ella. A Isabel no le gustaba recibir órdenes. Y menos sobre sus obligaciones. Y menos aún de un hombre que probablemente no sabía nada de esas obligaciones, o que pensaba que no eran tan importantes como las suyas.

Isabel sabía que no podía holgazanear y dejar que las cosas siguieran su curso, o nunca podría ponerse al día.

Después de encontrar a la señora Ainsworth e informarle de la situación con el perro, Isabel fue a pedir que prepararan su carruaje. Se detuvo a medio camino y se volvió hacia el ama de llaves.

—Casi lo olvido —le dijo a esta—. Esta tarde voy al pueblo y no puedo ir con las manos vacías. Por favor, tenga listas algunas cestas con comida y medicinas para los aldeanos.

—¿Está segura de que quiere ir hoy a la aldea? —La señora Ainsworth la miró con una expresión de duda.

—Por supuesto.

—Pero Su Señoría...

—Ahora soy la señora de esta finca, señora Ainsworth. Y como tal, es mi deber visitar a mis

inquilinos.

—Sí, milady —dijo la señora Ainsworth con vacilación—. Es que Su Señoría...

Isabel levantó la mano para hacer callar al ama de llaves. Estaba harta de las intromisiones de Vane. Era evidente que el personal de la mansión sentía devoción por él. Bueno, eso también tendría que cambiar.

—Gracias por su preocupación, señora Ainsworth. Pero lo que Su Señoría quiera decir, tendrá que decírmelo a mí. Por favor, prepare las cestas.

Ante el asentimiento de la señora Ainsworth, Isabel fue a su habitación a cambiarse para su salida.

Unos minutos después, adecuadamente vestida y acompañada por Anthea, Isabel partió hacia el pueblo en un carruaje lleno de víveres. Estaba emocionada por ver su nuevo hogar y conocer a los aldeanos. En general, Isabel se sentía más a gusto rodeada de gente.

El sol estaba alto en el cielo y el tiempo no presagiaba lluvias. El camino se había secado lo suficiente para que el carruaje circulara sin mayores problemas, aunque se balanceaba de vez en cuando al pasar por algún charco.

Cuando las casas estuvieron lo bastante cerca, Isabel vio a unos niños que corrían detrás del carruaje y vitoreaban. Ella miró por la ventanilla y agitó la mano. Un par de chicos se detuvieron en seco, con la boca abierta, mientras algunos continuaban persiguiendo el coche.

El carruaje se detuvo junto a una vieja casa, y el mozo ayudó a Isabel a bajar. Ella sonrió al ver a la gente que se reunía para saludarla. Por fin, algo con lo que estaba familiarizada. Algo con lo que se sentía segura.

Anthea la siguió y permaneció a su lado mientras Isabel se presentaba como la nueva marquesa de Vane.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Su sonrisa se tensó al mirar a la multitud.

—Les he traído algunas cosas —dijo ella con alegría.

La multitud reaccionó tras sus palabras, se aproximaron a Isabel y comenzaron a charlar animadamente. Con la ayuda de su mozo y de Anthea, Isabel sacó las cestas y repartió su contenido.

Cuando hubo distribuido la mayor parte, aún quedaban en el lugar algunas personas, entre ellas una anciana con el rostro arrugado.

—¿Y bien? —preguntó la anciana—. ¿Dónde están mis cintas?

Isabel parpadeó.

—¿Cintas?

—Su Señoría prometió traerme cintas de la ciudad. Hago capas y chales para todo el pueblo. Rara vez las adorno con algo, pero me lo prometió.

—Y la fruta —dijo una muchacha—. Su Señoría prometió traernos frutas exóticas.

—Y las acuarelas para la escuela —añadió otra mujer.

Isabel las miró, sin saber qué decir.

—Esto es todo lo que he traído... hoy.

Las mujeres observaron las cestas vacías, desoladas.

—Me aseguraré de traerlo todo mañana —dijo Isabel.

Alguien tiró de su falda. Isabel se volvió y vio a su lado a una niña rubia.

—¿Y mi libro, señora? —dijo la niña con timidez, en un susurro apenas audible—. Su Señoría dijo que me lo traería de Londres.

Isabel sintió un nudo en la garganta. Forzó una sonrisa.

—No lo he traído... Pero Su Señoría no lo ha olvidado, te lo prometo. —Esperaba no estar

mintiendo—. Es que... quería dártelo él mismo.

Isabel se alegró de que se le ocurriera una mentira convincente y rezó para que aquel repugnante zoquete no se hubiese olvidado del maldito libro y todo lo demás que había prometido a su gente.

—Otra señora es lo que necesitamos... —murmuró alguien detrás de ella.

Isabel miró a su alrededor, confundida, sin saber cómo reaccionar ante semejante afirmación.

Todos empezaron a dispersarse mientras un parloteo zumbaba alrededor de Isabel. Ella aún podía oír sus exclamaciones de sorpresa y desagrado.

—En lugar de traernos lo que nos prometió, Su Señoría nos ha traído algo que nunca le hemos pedido. ¡Una señora, ¿eh?! —exclamó una anciana al lado de Isabel.

Esta frunció el ceño. ¿Acaso la anciana no se daba cuenta de que Isabel podía oír sus palabras?

¿Qué había hecho ella para merecer su desprecio?

No iba a obtener su respuesta aquí. Isabel se recogió las faldas con frustración, subió al carruaje y se marchó.

Rhys bajó a cenar aquella noche sintiéndose cansado. Había pasado toda la mañana trabajando en el campo con sus granjeros, como era su costumbre. Hablaba con ellos a diario y se aseguraba de que tuvieran todo lo necesario, porque sus problemas eran, literalmente, los suyos y los de su hacienda.

Los campesinos eran quizá las personas más ocupadas de sus propiedades. Por eso, para conversar con ellos, Rhys necesitaba trabajar a su lado.

Se trataba de una actividad poco habitual para un marqués. Sin embargo, Rhys no era un señor convencional. La gente ya susurraba rumores atroces a sus espaldas. ¿Qué importancia podía tener esta novedad en el esquema de las cosas?

Además, a Rhys le encantaba trabajar al aire libre. Se pasaba todas las tardes encerrado en su estudio, agazapado tras su escritorio y revisando números con sus abogados, y el trabajo matutino era un respiro a su aburrida existencia. También daba libertad a su hija para deambular por la finca mientras él la supervisaba, y a su enorme perro para correr a su antojo por los campos.

Ahora, sentado a la mesa para cenar, miraba su plato con gesto grave, sin fijarse siquiera en lo que le servían. Su mente estaba demasiado ocupada con los asuntos de la finca que necesitaban solución. Tantas cosas requerían su atención, y no podía prestársela a todas como debía.

Ésta era una de las razones por las que se había casado, pero ¿le ayudaría Isabel en su trabajo, o solo entorpecería sus progresos?

—¡Ay! —La exclamación de disgusto de Millie lo devolvió a la realidad—. ¿Qué es esto? —preguntó la niña con una mueca de asco mientras se limpiaba los labios y la barbilla, salpicada con trozos de carne.

—Es pato, con judías y... —empezó a decir Isabel, pero Millie la interrumpió al levantarse de la silla.

—¡Un pato!

Isabel parpadeó, y Rhys se cubrió la cara con la palma de la mano durante un breve instante.

—Millie, querida, habrá un segundo plato. Por favor, vuelve a sentarte.

—¿Qué tiene de malo el pato? —Isabel miró a Rhys y a Millie alternativamente, confundida.

—Nada —dijo él—. A Millie no le gusta el sabor, eso es todo.

Esta refunfuñó y volvió a sentarse, con el rostro todavía contraído con una expresión de disgusto.

Isabel cerró los ojos, con aire derrotado.

—Nadie me lo había dicho.

—Eso no tiene importancia. —Rhys se volvió hacia los lacayos que se alineaban en la pared—. Sirvan el segundo plato, por favor.

—Debería haber preguntado —dijo Isabel.

—Sí, deberías haberlo hecho —asintió Rhys.

—No. —Ella lo miró con fuego en los ojos—. No, deberías habérmelo dicho tú. Yo no podía saberlo. Deberías habérmelo dicho a mí, o a la cocinera... Pero los criados no parecen respetarme, y los inquilinos tampoco.

Rhys se inclinó hacia delante.

—¿Fuiste a la aldea?

—Lo hice. —Ella apartó la vista.

—¿Cuando te lo prohibí de forma explícita!

—No veo cómo puedes prohibirme que cumpla con mi deber. —Isabel clavó el tenedor en el plato, evitando su mirada.

—Y supongo que no ha ido muy bien.

—Claro que no, porque me ocultaste cosas. Los aldeanos esperaban los artículos que prometiste traerles de Londres y, naturalmente, estaban disgustados. Pero nada de eso habría ocurrido si hubieras sido sincero —argumentó Isabel.

Rhys pensó que ella no se equivocaba, pero también sentía que Isabel había actuado a sus espaldas, traicionando su confianza, como solía hacer su difunta esposa, y eso le molestaba mucho.

—Soy tu marido y debes obedecer todas mis instrucciones.

—Papá. —La voz de Millie le llegó lejana.

—¿Deberías confiar en mí lo suficiente como para cumplir con mi deber! —le espetó Isabel—. ¿De qué tenías miedo? ¿Pensabas que iba a arruinar tu relación con los inquilinos?

—¿Papá! —repitió Millie.

—Espera un momento, pequeña —dijo Rhys con indiferencia, girándose hacia Isabel—. Por supuesto, eso es lo que creo. ¿Tengo alguna razón para pensar lo contrario?

—Y, en cambio, decidiste arruinar mi relación con ellos —replicó Isabel—. Ahora me ven como una incompetente y, además...

—¿Papá, mira!

—¿Qué?

—¿Qué?

Isabel y Rhys se giraron hacia Millie al unísono. Button, que al parecer estaba comiendo del plato de Millie, metió de nuevo la cabeza debajo de la mesa. Millie miró a su padre y a Isabel con los ojos muy abiertos y luego rompió a llorar.

Rhys se estremeció. Había discutido delante de su hija, la había ignorado y le había alzado la voz, todo en el transcurso de dos minutos. ¡Perfecto!

Rhys tomó a Millie en brazos con rapidez, intentando calmar su llanto.

—Gracias por la encantadora cena —le dijo a su esposa mientras salía de la habitación.

Capítulo 10

Isabel vio cómo su marido se alejaba con Millie en brazos, y el corazón se le encogió. ¿Había sido ella la causa del llanto de la niña? Tragó saliva, sintiendo las lágrimas aflorar a sus ojos. Se levantó despacio, sin apetito, se limpió la boca con la servilleta y salió lentamente de la habitación. Los lacayos alineados al fondo miraban al frente, fingiendo no haber presenciado la discusión ni la silenciosa partida de su señora.

Todos los criados desconfiaban de ella, y ahora había asustado a su ama favorita, aunque no había sido su intención. Isabel salió del comedor y se dirigió a su alcoba. Nada había salido bien desde que llegó a esta maldita finca. Quería mejorar las cosas, pero todo había empeorado. Todo parecía ir mal desde el baile donde conoció al marqués, y dudaba que algo mejorara pronto. Pero tenía que intentarlo. Por mucho que le disgustara, esta era ahora su vida.

Entró en su habitación y llamó a su doncella para que la ayudara a ponerse el camisón. Anthea, siempre parlanchina, estaba inusualmente callada. Aunque Isabel agradeció el silencio, pues necesitaba despejar la mente, no pudo evitar sentir que Anthea tampoco era feliz en aquella casa. Tal vez había escuchado a las otras sirvientas murmurar sobre su nefasta nueva señora y no quería disgustar aún más a Isabel.

Esta se metió en la cama sintiéndose derrotada. Había sido un día largo y difícil, y solo deseaba cerrar los ojos y dormir, a pesar de que aún era temprano. Pero, como a menudo le ocurría, el sueño la eludió y su mente se vio invadida por pensamientos tumultuosos. ¿Y si todos los rumores sobre el marqués eran ciertos? Tal vez no fuera cruel, sino injusto y poco acogedor, y por eso su pobre esposa no tuvo más remedio que alejarse de él. ¿Y si Isabel no tenía a nadie que la apoyara en aquella finca fría y hostil?

La residencia de Sam en Bedford estaba bastante cerca, y podría coger un caballo y marcharse al galope si lo deseaba. Pero ¿y si el marqués le negaba esa oportunidad y no la dejaba salir de la finca? Los pensamientos oscuros no la abandonaban, y el espíritu de la antigua dama que había ocupado esa habitación aplastaba a Isabel. O quizá era la pesada decoración lo que la estaba volviendo loca.

Isabel se levantó de la cama y abrió las cortinas. No fue suficiente. La estancia, excesivamente recargada y desordenada, la asfixiaba. Empezó a quitar los cuadros uno a uno. Cuando las paredes quedaron desnudas, salvo por el horrible papel pintado, Isabelladeó la cabeza y miró a su alrededor. De algún modo, ahora podía respirar mejor. Sí. No debía vivir con la sombra del destino de la antigua marquesa planeando sobre su cabeza. Ella era ahora la señora, y que la condenaran antes de ceder a sus miedos y a la intimidación de Vane.

La histeria de Millie no duró mucho. En cuanto llegaron al dormitorio de la niña, esta se secó las lágrimas y le pidió a Rhys que le leyera un cuento. No importaba que se hubiera calmado fácilmente y que pareciera haber perdonado su comportamiento. A él no. Se había prometido a sí mismo no levantarle nunca la voz ni hacerla sentir desprotegida y vulnerable. Y había fracasado.

Debía controlar su temperamento y no dejar que Isabel lo irritara. Su hija era lo más importante

para él, y ya había sufrido bastante en su corta vida. Así que se sentó en su cuarto, expiando su vil conducta leyéndole y bebiendo té imaginario.

Pasaron unas horas juntos, y Rhys le pidió después a la criada que trajera a su hija un tentempié ligero antes de acostarse, ya que la pequeña no había comido en la cena, y después la arrulló hasta que se durmió. Rhys se sentía muy culpable por haber hecho llorar a Millicent, pero también avergonzado por la forma en que también había tratado a su esposa. Ella no merecía su desconfianza. En el fondo, él lo sabía. Todos los problemas que tenía en la cabeza procedían de su matrimonio anterior, no de su nueva esposa, y debía disculparse por ello.

Así que regresó a su habitación, solo para verse sorprendido por una pequeña comitiva que se dirigía desde el ala familiar hacia el de invitados, cargada de baúles y otros objetos. Su mujer, con una ligera bata sobre el camisón, cerraba la marcha con una pequeña maleta en los brazos.

—¿Qué está pasando? —ladró Rhys, y sus buenas intenciones se desvanecieron como un charco en un día soleado.

—Me traslado a otra alcoba —dijo Isabel, imperturbable y sin detenerse.

Rhys la siguió.

—¿En el ala este?

—Sí, no encontré ninguna otra que me llamara la atención.

—¿Pero por qué necesitas otra habitación?

—Porque —dijo Isabel al llegar a su destino— están redecorando la de la marquesa.

Rhys parpadeó.

—¿Desde cuándo?

Isabel lo miró con fijeza.

—Desde hace veinte minutos —declaró con una sonrisa socarrona y entró en su nueva alcoba.

Rhys estaba tan perplejo que no insistió más. Volvió al ala familiar y caminó hacia su habitación. Se detuvo ante las puertas de los aposentos de la marquesa antes de abrirlas. Hacía unos siete años que no entraba allí. Pero recordaba su aspecto anterior.

Cuando lady Isabel dijo que la habitación estaba siendo redecorada, no era lo que él había imaginado. No había cuadros ni otros adornos en las paredes. El papel pintado estaba raspado en algunas partes, habían quitado las cortinas de una ventana y todos los muebles, salvo las piezas grandes, estaban reunidos en un rincón. ¿Había dicho ella que había tardado veinte minutos en hacer todo eso? Rhys echó un vistazo a su alrededor antes de dirigirse a la puerta de la alcoba contigua. Las paredes desnudas hacían que la estancia pareciera ahora diferente, como si su anterior esposa nunca la hubiera ocupado.

«Bueno, pues hasta nunca», pensó, y entró en su habitación.

Isabel se despertó a la mañana siguiente sintiéndose fresca y rejuvenecida. Se encontraba en una habitación limpia y luminosa, sin la sombra del pasado planeando sobre ella. Isabel se aseo, se vistió y bajó a desayunar.

Su marido ya estaba sentado a la mesa, pero Millicent no se encontraba allí.

—Buenos días —dijo Isabel al sentarse.

Su marido levantó la vista del periódico.

—¿Qué tal tus nuevos aposentos?

—Perfectos, gracias. ¿Y dónde está Millie?

Vane se aclaró la garganta.

—Decidió no acompañarnos esta mañana.

Isabel sintió una opresión en el pecho. Era por su culpa, estaba segura, pero decidió no darle más vueltas al asunto.

—¿Podemos ir hoy a la aldea para rectificar nuestro error de ayer?

Vane levantó la vista al oír la palabra «nuestro». Bueno, el error no era solo de Isabel; lo mínimo que él podía hacer era compartir la responsabilidad.

—Sí —dijo, y volvió a su periódico.

Isabel reconoció que no era una respuesta entusiasta, pero al menos, él no discutió. Era un comienzo. Ella se aclaró la garganta.

—Desde que empecé a trabajar en mi habitación, me he preguntado que por qué no redecorar toda la casa. Es bastante antigua, y no parece que se le hayan hecho muchas mejoras en años.

Isabel necesitaba ponerse manos a la obra. Cuanto más ocupada estuviera, menos probable sería que pensara en su pésimo matrimonio y en todos los problemas que conllevaba.

Vane apartó la mirada del periódico.

—Tienes razón. No se ha hecho ninguna mejora desde que adquirí el título. Excepto en la habitación de la marquesa. Era la que se redecoraba con más frecuencia.

Isabel tragó saliva. Así que su anterior esposa había transformado su habitación en un caos de elementos extravagantes.

—¿Entonces no te importa?

—En absoluto. Pero no toques mi habitación —dijo él mientras volvía a taparse la cara con el periódico.

Isabel apretó los labios.

—Y ya que estamos redecorando, me preguntaba si no deberíamos aprovechar esta oportunidad para organizar una fiesta en casa, una vez que hayamos terminado.

Vane bajó el periódico, con gesto molesto.

—Parece que quieres cambiar muchas cosas a la vez —observó—. Yo no me daría tanta prisa.

«Claro que quiero hacer cambios. Si no, perderé la cabeza», pensó Isabel.

—No voy a poner toda la casa patas arriba.

—Eso parece que es lo que has hecho con la cámara de la marquesa.

«Ah, ya lo has visto...».

—Solo hablo de unas ligeras modificaciones: pintar las paredes, colgar nuevos cuadros, añadir algunas flores más... No me llevaría mucho tiempo.

Vane la miró, pensativo.

—Entonces, quizá a mi habitación también le vendría bien algún cambio.

Isabel ocultó la sonrisa. Por fin parecía que se comunicaban.

—¿Y la fiesta en casa? —preguntó, esperanzada.

—No estoy tan seguro de que sea una gran idea.

Isabel asintió. Aceptaría la victoria conseguida y, en cuanto a redecorar la casa, sin duda había ganado.

—¿Puedo volver ahora a mi periódico? —Él enarcó una ceja.

Isabel asintió con una sonrisa.

—Puedes hacerlo.

Isabel regresó de su excursión al pueblo unas horas más tarde. Se sentía agotada, aunque no había hecho gran cosa. Quizá por eso mismo estaba tan cansada. Cuando había ejercido de señora de la finca de Gage, siempre se había relacionado con los inquilinos, y siempre volvía llena de energía y vitalidad. Hablar con los aldeanos, idear planes, ayudar a la gente... Todo eso la mantenía viva. En la finca de Vane, parecía que todo le consumía la energía.

Le había ocurrido lo mismo durante el agotador viaje desde Londres, cuando Millie la había ignorado por completo.

Eso era todo. Ser ignorada y sentirse invisible le destrozaba el alma.

Cuando ella y Vane llegaron a la aldea, los inquilinos rodearon a su amo y no pararon de hablar con él. Le transmitieron sus preocupaciones, mostraron su entusiasmo y pidieron consejo, mientras le llenaban de halagos y le invitaban a tomar el té.

Isabel intentó intervenir un par de veces, pero nadie mostró interés por lo que tenía que decir. En pocos minutos, Isabel se vio en la periferia de la creciente multitud de personas ansiosas por hablar con Su Señoría.

Le querían. Al menos ese hecho dio a Isabel algo de paz. Si los inquilinos le querían, eso significaba que era un amo justo. Sin embargo, este pensamiento no la reconfortó tanto como esperaba.

Después de cumplir con su deber, Vane se fue a una reunión con su administrador, e Isabel se dirigió hacia la cocina. Tenía que planear el menú para la semana y esperaba no cometer otro error.

Caminó hacia la puerta de la cocina, pero se detuvo en seco al oír la conversación al otro lado.

—Todo lo que hace la nueva ama es horrible —dijo una mujer.

—¿Lo has oído? —intervino otra—. ¡Hizo que los lacayos sacaran sus cosas del dormitorio de la señora en mitad de la noche, para trasladarse a otra ala!

—¡Qué raro! ¿Por qué lo haría?

Se oyó un sonido como un bufido.

—Probablemente, para alejarse de la antigua marquesa después de haber estado a punto de envenenar a su hija.

—¡Un pato! —dijo la tercera voz, seguida de una carcajada.

—¿Pero por qué trasladarse a otra ala? ¿No había ninguna habitación vacía en el ala familiar?

—¡No, solo quería ejercer su poder sobre los pobres lacayos mientras arrastraban sus pertenencias de una parte a otra de la casa!

Volvieron a reír, e Isabel sintió náuseas. Se había trasladado a otra ala porque había encontrado otra habitación más limpia y sencilla. Y como había caminado junto a los lacayos, no había pensado que fuera un gran problema. Al parecer, lo había sido.

—Ojalá dejara de interferir. La anterior señora no se preocupaba por nada, pero al menos no estorbaba —continuó la primera mujer.

Olvidando el asunto que Isabel había querido tratar con el ama de llaves, se apresuró a salir de la casa. Quería alejarse lo más posible de aquella finca.

Corrió por el jardín y solo se detuvo al llegar a una vieja construcción: los establos.

Qué bien... Necesitaba despejarse.

Pidió al mozo de cuadra que ensillara un caballo y se alejó al galope, sin rumbo fijo, adonde quiera que los cascos del noble animal quisieran llevarla.

Capítulo 11

Después de cabalgar varias horas, Isabel se encontró vagando por el bosque, junto a un arroyo. Ató el caballo a un árbol y caminó por la orilla. En la finca de los Gage, a menudo se sentaba junto a un arroyo como este, y observaba el agua o incluso nadaba un poco. El flujo del agua solía tener un efecto calmante sobre ella. Pero esta vez no funcionó. Se sentó en una gran roca, rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la frente en ellas.

¿Por qué todo era tan difícil? ¿Por qué aquella gente la detestaba? No les había hecho ningún mal. Solo quería ser una buena ama, y parecía fracasar en cada intento.

Levantó la cabeza hacia el cielo.

—Oh, mamá, siempre hiciste que todo pareciera tan sencillo... ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo?

El sol brillaba en lo alto, las nubes pasaban sobre su cabeza y el viento se llevaba su voz, pero no obtuvo respuesta. Permaneció sentada, mirando al cielo, con lágrimas recorriendo su cara, hasta que oyó un grito.

Isabel miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Otro grito. Se acercó al agua y miró río arriba. Un pequeño objeto oscuro se movía corriente abajo, arrastrado por la corriente. Y había una persona, quizás una mujer, moviéndose por la orilla, gritando algo hacia el bulto.

Probablemente se le había caído algo y no podía alcanzarlo. Pues bien, Isabel estaba en una posición perfecta para coger lo que fuera que la mujer hubiese perdido.

Se levantó las faldas y se metió en el arroyo. Resultó ser bastante profundo, el agua le llegaba casi hasta la cintura, y la fuerte corriente la hizo balancearse mientras caminaba con cuidado, pisando las piedras resbaladizas.

Cuando el bulto se acercó a ella, Isabel se dio cuenta, horrorizada, de que no era ningún objeto, ¡era un niño pequeño! Justo antes de que el pequeño escapara de su alcance, Isabel alargó los brazos y atrapó al niño, pero entonces resbaló y se cayó de bruces en el violento cauce.

Intentó sostener al niño, pero la fuerza del agua los arrastró a ambos, y las faldas de Isabel le pesaban. Pero logró impulsarse hacia la orilla con los pies. Por suerte, era una nadadora experimentada. Dio gracias a Dios por haber crecido con hermanos.

Unos minutos después, llegó a la orilla casi sin aliento, con el niño acunado contra su pecho. En cuanto llegaron a tierra firme, el niño tosió y empezó a llorar. A Isabel se le encogió el corazón. La pobre criatura debía de estar aterrorizada.

—¡Jimmie! —Una mujer corrió hacia ellos, cogió al niño de los brazos de Isabel y lo estrechó con fuerza entre los suyos. Luego lo apartó un poco y lo reprendió con severidad—: ¡Te dije que no te metieras en el agua!

Mientras sostenía al niño a una ligera distancia de su cuerpo, Isabel vio que la mujer estaba embarazada. La pobre debía de estar aterrorizada e incapaz de seguir a su hijo corriente abajo mientras este se ahogaba, debido a su avanzado estado.

La mujer abrazó a su hijo una vez más y finalmente se dirigió a Isabel.

—Gracias. No sé cómo darle las gracias por salvar a mi pequeño.

Isabel negó con la cabeza.

—Por favor, no hace falta que me lo agradezca. Solo me alegra haber estado aquí en el momento oportuno.

La mujer la miró con curiosidad, fijándose en su educado acento.

—Usted es la nueva señora.

Isabel se apartó el pelo mojado de la cara.

—Aunque en este momento no lo parezca —respondió con una risita, y luego se arremangó las faldas en un intento de escurrir un poco de agua.

—¡Vamos! Los dos deben secarse o cogerán una pulmonía.

—¡Mamá, puedo andar! —gritó el niño, olvidando su anterior percance.

—Sé que puedes, pero no lo harás hasta que estemos lejos de este arroyo.

Isabel se volvió hacia la mujer.

—¿Quiere que la ayude a llevarlo?

La mujer la miró, extrañada, pero luego negó con la cabeza.

—Gracias, milady. Pero estoy acostumbrada a llevar niños. No es mi único hijo.

—Por favor, llámeme Isabel —dijo esta, aún sin acostumbrarse a que la llamaran *milady*. Además, hoy no se sentía con derecho a llevar ese título.

La mujer le lanzó otra de sus extrañas miradas.

—Pero no puedo...

—Por favor, insisto.

La mujer asintió con amabilidad.

—En ese caso, me llamo Lilian, y este es mi hijo, Jimmie.

Jimmie sonrió e Isabel dejó escapar un suspiro de alivio. De algún modo, saber el nombre de alguien creaba un vínculo. E Isabel necesitaba esa conexión más que nunca en ese momento.

—Ha dicho que tenía más hijos —observó Isabel—. ¿Cuántos tiene?

Lilian se frotó el abultado vientre.

—Este será el sexto.

Isabel la miró con asombro. ¿Seis? Lilian era menuda y no parecía una madre de cinco hijos, con el sexto en camino.

—¡Vaya! Debe de tener una familia bulliciosa.

—Bulliciosa es la palabra adecuada —rio Lilian—. Apenas me dejan atender mis obligaciones. Tengo que perseguirlos todo el día.

—¡No tienes que perseguirme, mamá! —dijo Jimmie.

—No cuando estás en mis brazos —gruñó Lilian.

Isabel se rio a su vez.

—Yo también crecí en una familia numerosa. Es una bendición —Los recuerdos de sus correrías por la finca con sus hermanos le llenaron los ojos de lágrimas. Cómo los echaba de menos...

Salieron del bosque e Isabel vio a su caballo pastando tranquilamente cerca de allí. No quería marcharse, pero ya había pasado demasiado tiempo compadeciéndose de sí misma. Ahora era el momento de volver a su vida.

Lilian se dio cuenta de que Isabel había ralentizado el paso.

—¿No viene con nosotros? Podría prepararle una taza de té mientras se seca.

—Gracias por su amable ofrecimiento, pero tengo responsabilidades propias que he estado evitando.

Lilian sonrió.

—Entonces, ¿tal vez pueda venir mañana a la aldea?

Isabel sintió calor en el pecho.

—Me encantaría.

—¡Mamá! Estamos lejos del arroyo. ¿Puedo caminar ahora? —preguntó Jimmie mientras se agitaba en los brazos de su madre.

—Oh, muy bien —dijo Lilian bajándolo al suelo. Enseguida, el niño echó a correr hacia la aldea. La mujer lanzó un suspiro y se volvió hacia Isabel—. Fue un placer conocerla, milady. La espero mañana.

Lilian hizo una reverencia y siguió a su hijo, que casi había desaparecido de la vista.

Isabel se volvió y caminó despacio hacia su montura, con mucho mejor ánimo. No había sido un día ideal, pero al menos había hecho una amiga.

Rhys apenas se sostenía en pie cuando llegaron a casa tras pasar la mañana en el campo. Temía que lloviera durante toda la semana después de su sombrío viaje. Pero el día resultó hermoso, soleado y con una ligera brisa. Le sentó muy bien pasar una buena jornada de trabajo. Y Millie se divirtió correteando y jugando con Button.

Cuando entraron en el vestíbulo, Rhys ordenó que prepararan un baño para la niña y pidió a los criados que lavasen también a Button. Ese había sido su ritual cada vez que volvía del campo, y después se ocupaba de sí mismo.

Una vez que los criados se llevaron al animal y a Millie, Rhys subió las escaleras sin prisas.

Rhys no era exactamente un anciano. De hecho, él diría que estaba en la flor de la vida. Sin embargo, le dolía la espalda y las rodillas le crujían con cada movimiento. Un largo viaje a caballo desde Londres, seguido de un día de trabajo en el campo, sin duda le habían pasado factura a su cuerpo. Se estiró mientras subía lentamente los escalones.

Al llegar al rellano, se abrió la puerta del vestíbulo, a la vez que se oían unas airadas maldiciones. Ah, su encantadora esposa había llegado a casa. Rhys no entró en el pasillo que conducía a su habitación. En su lugar, apoyó el hombro contra la pared y esperó a que su marquesa subiera. Sentía curiosidad por saber dónde había pasado el día y qué había motivado los improperios tan poco adecuados para una dama.

Un fuerte chapoteo acompañó los pasos, y entonces Isabel apareció por fin en el rellano. Estaba empapada de pies a cabeza. Sus faldas no solo estaban empapadas, sino también sucias. Tenía el vestido pegado al pecho.

Le faltaba el sombrero y tenía el pelo tan mojado como el resto de su cuerpo.

Rhys abrió los ojos de par en par y soltó una carcajada antes de poder contenerse. Isabel levantó la cabeza en cuanto se percató de su presencia. Su rostro adoptó una expresión sombría, o al menos, más sombría que antes.

—¿Estaba lloviendo? —preguntó Rhys y se asomó a la ventana.

—No —dijo ella, pasando por su lado—. Me he bañado.

—¿Con la ropa puesta?

Ella no contestó y siguió caminando, sin prestarle atención. Rhys siguió sus pasos empapados hasta el ala de invitados y finalmente entró en su habitación.

Ella no pareció notar su presencia en absoluto. Se limitó a caminar hacia su tocador y a mirarse en el espejo.

—¡Maldita sea! —Se mordió el labio, sin dejar de mirarse al espejo—. Soy una buena persona. ¿Por qué me pasan estas cosas?

—¿Qué, exactamente? —preguntó Rhys.

Isabel empezó a pasearse por el cuarto.

—Yo solía ser una anfitriona excepcional. La gente hablaba maravillas de mis bailes y veladas. Era un ejemplo a seguir para las jóvenes. ¡Un diamante de la alta sociedad! Mírame ahora. —Se detuvo y levantó las manos.

Estaba calada hasta los huesos, y la tela mojada de su vestido perfilaba perfectamente sus curvas. Rhys pudo notar sus pezones bajo el escote empapado. Su mirada se detuvo allí, y su verga se endureció dentro de sus pantalones. Cuando ella le había dicho que la mirara, seguramente se refería a algo más.

Isabel levantó la vista por fin, pero ella no le miraba. Tenía la mirada desenfocada y se mordía el labio inferior.

—Solo intento hacer lo mejor —continuó ella con un hilo de voz—. Pero parece que este lugar se empeña en malograr todos mis intentos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rhys, y se acercó un poco más.

—¿Acaso te importa?

—Bueno, estoy aquí. Te estoy preguntando.

Isabel bajó los ojos.

—Le caigo mal a tu hija, tus inquilinos desconfían de mí, tú me aborreces... ¡e incluso los sirvientes me odian! —concluyó con un hipo.

—¿Por qué dices eso?

Ella resopló.

—Dime que me equivoco.

—Bueno... —Rhys se rascó la mandíbula—. Yo al menos diría que los sirvientes no te odian.

Ella lo miró con angustia. Él no debería haber dicho eso. Debería haberle asegurado que él no la odiaba. Era cierto, ¿no? Lo que sentía por ella era demasiado complicado para reducirlo a una palabra.

Isabel tragó saliva.

—Les oí hablar... Me odian. Desearían que yo no hubiera venido nunca.

—¿Qué? —Esta vez, Rhys rugió la pregunta.

Isabel hizo una pausa antes de contestar.

—Esta misma mañana les he oído decir que habría sido mejor que dejara de interferir.

—¿Es cierto? ¿Sería mejor que me marchara?

Rhys se acercó y la cogió por los brazos.

—¿Quién ha dicho eso?

Ella levantó sus ojos llorosos hacia él.

—No importa quién lo haya dicho. Ellos ven cómo me tratas.

¿Qué motivo tendrían para tratarme con respeto, cuando tú no lo haces? Ni siquiera me has presentado.

Un sentimiento de culpa empezó a roer el pecho de Rhys. Ella tenía razón.

No la había presentado. La había tratado con desprecio. ¿Qué esperaba? No podía cambiar el pasado, pero sí podía hacer algo respecto al futuro.

Rhys se dirigió al timbre del servicio y llamó a la doncella de Isabel.

—¿Qué haces? —preguntó Isabel, preocupada.

—Sécate, ponte un vestido nuevo y reúnete conmigo abajo.

—¿Por qué?

—Por favor, hazlo.

Cuando Isabel asintió, él se marchó, decidido a mejorar la situación de su esposa.

Capítulo 12

Isabel se tomó su tiempo para secarse el pelo y ponerse un vestido limpio. Después de que Anthea la ayudara a arreglarse, se miró una vez más en el espejo antes de salir de su habitación.

Comenzó a bajar las escaleras, pero se quedó paralizada a medio recorrido. No solo estaba Vane allí, sino todo el personal a su alrededor. Isabel sintió cómo su cuerpo se acaloraba y las manos se le humedecían. ¿La habían estado esperando todo este tiempo?

—Aquí estás —dijo Vane, extendiendo la mano para ayudarla a bajar los últimos escalones.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

En lugar de responder, Vane tomó su mano, la puso en el brazo de él y luego se dirigió a los sirvientes:

—Antes no he tenido tiempo de presentarles debidamente a mi esposa.

Isabel se revolvió. Era demasiado tarde. ¿Qué estaba haciendo?

—Hoy he sabido que algunos de vosotros consideráis que fue una falta de respeto, lo que os ha dado un motivo para mostrar desprecio a vuestra nueva señora.

La señora Ainsworth miró a los criados con el ceño fruncido. Eso tranquilizó a Isabel. El ama de llaves no parecía tolerar semejante comportamiento.

—Estoy aquí para deciros que quien hable mal de mi esposa tendrá que buscarse otra casa.

Se oyó un leve grito ahogado e Isabel se puso tensa. No estaba segura de que esto mejorara las cosas; temía que las empeorara aún más. Oh, ¿por qué había tenido que abrir la boca y quejarse?

—Además, dentro de unas semanas celebraremos una fiesta aquí.

Isabel giró la cabeza hacia su marido, pero él no reaccionó.

—Y haríais bien en obedecer todas las órdenes de vuestra señora en ese sentido. Ahora que tengo a mi esposa para compartir la responsabilidad de cuidar de la finca, con mucho gusto daré un paso atrás y dejaré que ella tome las riendas dentro de la mansión.

El voto de confianza conmovió a Isabel. ¿De verdad confiaba él en ella? Rezó para que no lo hiciera por lástima. Pero incluso si era así, ella podría demostrar su capacidad y disiparía cualquier duda. Era una perfecta señora y una anfitriona ejemplar, y se ganaría el respeto en esta casa sin importar lo que tuviera que hacer para alcanzar ese objetivo.

Al día siguiente, Isabel se sentó con el ama de llaves a discutir cuestiones domésticas y el trabajo necesario para celebrar con éxito una fiesta. Decidió que la celebración tendría lugar dentro de dos meses, lo que le permitiría terminar de decorar la mansión y preparar los jardines para las actividades al aire libre.

Isabel escuchó con atención a la señora Ainsworth mientras esta le contaba las costumbres de la casa, la comida que solían preparar y otros detalles útiles.

—Gracias, señora Ainsworth. Ha sido de gran ayuda. Solo desearía haber tenido esta conversación con usted antes de elaborar el menú de la cena —dijo Isabel con una mueca.

—Todo el mundo comete errores, milady. Sin embargo, eso no define quiénes somos. Lo que

cuenta es lo que hacemos después. Y, por sus actos, veo que será un ama espectacular.

Isabel tragó con un nudo en la garganta. Las palabras de la señora Ainsworth le recordaron a las que solía decirle su madre. Era como si por fin hubiera recibido la respuesta a la pregunta que había formulado en el bosque. La persistencia daba frutos, e Isabel era persistente.

Tras la conversación con la señora Ainsworth, Isabel fue al pueblo a visitar a su nueva amiga. Y ya que los asuntos de la casa avanzaban en una dirección positiva, confiaba en poder hacer lo mismo con los arrendatarios.

Al bajar del carruaje, Isabel vio que Jimmie se acercaba corriendo. El pequeño esbozó una reverencia a la carrera y se detuvo ante ella.

—Mamá me ha pedido que le enseñe nuestra casa. ¡Venga!

Isabel siguió al niño hasta una pequeña cabaña. Luego la condujo a la cocina, donde Lilian estaba amasando.

—¡Milady! —exclamó la mujer e hizo una reverencia.

—Lilian —la saludó Isabel con una sonrisa—. Por favor, llámeme Isabel.

Lilian arrugó la nariz.

—Lo intentaré. Siéntese, por favor. He puesto una tetera al fuego, pero necesito terminar la masa antes de poder sentarme a charlar un rato.

—¿Puedo ayudarle? —Isabel miró alrededor de la casa, deseando de verdad quitarle alguna carga a su nueva amiga.

Lilian se echó a reír, sujetándose el vientre.

—Oh, no. No permitiría que la señora de la finca limpiara mi cocina. Pero venga, siéntese. Estaré encantada de conversar un poco.

Isabel se sentó en la silla y echó un vistazo a la pequeña casa. Era acogedora, si no se tenían en cuenta los objetos que había por el suelo. Isabel no podía culpar a Lilian por un ligero desorden. Si ella tuviera cinco hijos y no dispusiera de sirvientes, probablemente estaría enterrada en tareas interminables.

—¿Cómo encuentra las suficientes horas al día para cocinar, limpiar y cuidar de cinco niños? —preguntó Isabel al sentarse a la mesa.

Lilian se rio.

—Estoy segura de que milady también hace malabarismos con sus numerosas responsabilidades. Sobre todo, cuando tiene que preparar una fiesta o un baile.

—Sí, es cierto —dijo Isabel—. Pero tengo sirvientes que hacen la mayor parte del trabajo. Y también un ama de llaves que me ayuda a llevar la cuenta de todas mis obligaciones. Usted está sola.

—Oh, no. No es para tanto. Tuve muchos problemas con mi primer bebé, pero después del segundo, empieza a ser más fácil. Y ahora tengo a Lizzy, mi hija mayor, que me ayuda con los pequeños mientras los demás ayudan a su padre.

Isabel volvió a echar un vistazo a la cocina.

—¿Está segura de que no quiere que le ayude? De verdad, no me importa.

Lilian volvió a reírse.

—No, no. No puedo permitir que hornee nuestro pan. Déjeme acabar de amasar y luego podremos tomar una taza de té tranquilas.

—Gracias. La verdad es que no disfruto viendo trabajar a los demás mientras yo holgazaneo.

Lilian la miró extrañada antes de seguir mezclando los ingredientes.

—Eso no parece algo que diría una dama ociosa.

Isabel soltó una risita.

—Al contrario de lo que piensa la mayoría, la señora de una hacienda no dispone de mucho tiempo para sentarse y no hacer nada. No puedo compararlo con lo que usted debe hacer, pero no todo son fiestas y veladas.

—Para algunos sí —dijo Lilian en voz baja.

—¿Cómo dice?

Lilian le dirigió una sonrisa de disculpa, pero no contestó.

—¿Y usted también quiere una familia numerosa? Perdóneme, no quería ser indiscreta.

Isabel se sintió sorprendida por el brusco cambio de tema. No le apetecía hablar de los hijos que tal vez nunca tendría, así que no supo qué decir.

—Por ahora, me gustaría establecer una relación afectuosa con Millicent.

Lilian hizo una pausa y miró a Isabel.

—¿Entonces Millicent le da problemas? No puedo imaginarlo. Es una niña encantadora. Muy acogedora.

—Quizá para los demás. Yo no le he gustado nada.

Lilian se rio y continuó con su trabajo.

—Bueno, no me sorprende. Piensa que usted es una amenaza para su relación con su padre. Mis pequeños no me dejan abrazar a mi marido.

—¿De veras? —Isabel se inclinó hacia delante con curiosidad.

—Ah, sí, son muy posesivos. No les gusta que llegue nadie nuevo y les roben la atención.

—Oh... —Isabel no lo había pensado así. Y después del incidente de la cena, Millie no tenía ningún motivo para que ella le cayera bien. Por alguna razón, Isabel pensó que Millicent debería haberle concedido el beneficio de la duda por el simple hecho de existir. Pero los niños no eran criaturas lógicas. Había que ganarse su confianza.

—¿Cómo arreglaría usted esa relación?

—Bueno... —Lilian cogió la masa, la colocó en un cuenco y la cubrió con un paño—. Empezaría por pasar algún tiempo con ella. Darle la atención que ansía.

Isabel pensó en ello mientras Lilian iba a servir una taza de té para cada una. ¿Querría Millicent pasar algún tiempo con ella? Isabel lo dudaba. La chica se empeñaba en evitarla. Pero si Isabel le proponía una actividad que no pudiera rechazar, tal vez tendría más posibilidades.

—Puede que tenga razón.

Lilian sonrió.

—Tengo cinco hijos y el sexto está en camino. Más vale que tenga razón, si no, ¿qué estoy haciendo?

—Gracias por sus amables palabras, Lilian. Estoy acostumbrada a dirigir haciendas, pero, aparte de mis hermanos, nunca he tratado con niños.

Lilian puso un plato con almendras sobre la mesa.

—¿Quiere unas pocas? Pero tengo que advertirle que no son almendras garrapiñadas. Son saladas.

—Qué interesante. —Isabel cogió una y saboreó el fruto seco mientras Lilian se acomodaba frente a ella con la taza de té—. Hum., están bastante buenas.

Lilian sonrió.

—Empecé a tener antojos de algo salado en mi primer embarazo, y se me ocurrió la receta. Ahora no puedo vivir sin ellas cuando estoy encinta. Por desgracia, no tengo mucho tiempo para hacerlas, así que este será el último lote hasta dentro de unas semanas.

Isabel se metió otra almendra en la boca.

—Están muy ricas. Incluso sin ningún antojo.

Lilian sonrió.

—¿Quiere la receta?

Isabel asintió.

—Por supuesto.

Lilian cogió un tarro del alféizar. Sacó un papel y se lo dio a Isabel.

—Tome. Y no creo que tenga que preocuparse mucho por Millicent. Los niños reconocen un corazón bondadoso cuando lo ven. Millicent lo verá muy pronto en usted. Estoy segura.

Isabel dobló el papel con la receta y se la metió en el bolsillo.

—Quizá también pueda ayudarme a ganarme el corazón de los aldeanos.

—Oh, los aldeanos... Bueno, ellos también tienen motivos para desconfiar.

—¿Por qué? —Isabel se acercó al borde de su asiento.

Lilian se limitó a hacer un gesto con la mano.

—El señor era joven cuando heredó el marquesado, era inexperto. Cometió algunos errores. Le costó mucho tiempo volver a ganarse su confianza. Pero ahora pasa mucho tiempo con los granjeros y viene a visitar a los arrendatarios con bastante frecuencia.

—¿Viene él mismo a visitar a los arrendatarios?

Lilian miró a Isabel con extrañeza, y esta se dio cuenta de que había revelado demasiado con sus preguntas. Era evidente que ella y el marqués no conversaban mucho.

—Sí. Se ocupa de los aldeanos —dijo Lilian—. Nos trae todos los suministros necesarios. Incluso lee a los niños cada dos semanas en la librería. Los niños del pueblo no reciben mucha educación, así que todos lo aprecian.

Lilian miró a Isabel con los ojos brillantes, pero algo se hundió en el pecho de Isabel.

No conocía a su marido en absoluto. Y, por mucho que se enfadara con él por juzgarla prematuramente sin saber nada de ella, se dio cuenta de que ella hacía lo mismo. Tenía que cambiar eso, decidió. Pero, mientras tanto, se le ocurrió una idea que la ayudaría con los inquilinos.

Isabel se puso en pie.

—Gracias, Lilian, por el té y la conversación. Le estoy más que agradecida. Pero el sol ya se está poniendo. Necesito volver a casa.

—Por supuesto. —Lilian inclinó la cabeza—. ¡Es bienvenida a mi casa cuando quiera!

Capítulo 13

«Querida Isabel:
Me alegra saber que has decidido hacer tuya tu habitación en la mansión. Por cierto, mi prima Julie conoce a una artista perfecta que decoró sus casas hace unos años, pintando paredes y techos enteros. Acabo de hablar con Julie, y la artista no vive muy lejos de tu residencia. Así que, si quieres, puedo enviarle un mensaje y ella vendrá a ayudarte a decorar el lugar a tu gusto.

Evie».

Isabel escribió una respuesta rápida a Evie y la puso con el resto de su correspondencia para enviarla. Necesitaba toda la ayuda posible para preparar la casa para la fiesta. Había escrito a Sam y a sus hermanos y todos estaban entusiasmados por visitarla y presenciar su primer acto como marquesa de Vane.

Los últimos días habían sido increíblemente ajetreados, pero también gratificantes.

La casa había bullido de trabajo y el cambio era evidente. La casa ya se había despojado de su aspecto lúgubre al llenarse de flores y de los nuevos cuadros que Isabel había adquirido en las ferias.

Los jardines habían adquirido un aspecto celestial, y lo único que había que pulir eran las paredes. Pero, si la artista recomendada por Evie empezaba a trabajar pronto, todo estaría listo a tiempo.

Los criados ya no la miraban con desprecio. Tanto James como Anthea, los sirvientes que Isabel había traído de su casa, también parecían más felices. Se habían hecho amigos y se dedicaban a sus tareas con aire satisfecho.

Isabel visitaba el pueblo todos los días. Le encantaba ver cómo estaba su nueva amiga Lilian y relacionarse con los niños. La gente había dejado de desconfiar y se alegraba de compartir sus preocupaciones y alegrías con ella.

Todo parecía ir bien, excepto su vida personal. Su marido apenas le dirigía la palabra a la hora de comer, y Millie seguía ignorándola por completo. Y ahora que las cosas iban bien en las demás partes de su vida, Isabel decidió prestar especial atención a reparar la relación con su marido y la pequeña.

Por otro lado, habían pasado varios meses, pero Vane aún no había honrado su lecho con su presencia.

Ella no le había dado las pruebas que él le había requerido sobre sus menstruaciones, lo cual era una petición ridícula.

Y no es que Isabel lo quisiera en su cama. Pero sí quería tener hijos, y para ello tendría que seducir a su marido de alguna manera.

Pero no aún. Aún no estaba preparada para eso. Un paso cada vez. Millie primero, Vane después.

Con esa resolución en mente, Isabel fue a buscar a su marido.

Él no estaba en su estudio, y tampoco estaba en su habitación.

Tras preguntar al señor Monroe, Isabel subió las escaleras hasta la habitación de Millie.

Caminó despacio, y la gruesa alfombra del pasillo amortiguaba sus pisadas. La puerta de la habitación de Millie estaba entreabierta, e Isabel pudo oír murmullos procedentes del interior.

Al acercarse, se dio cuenta con gran sorpresa de que la voz que había oído no era la de Vane hablando con su hija. Él estaba cantando.

Isabel se acercó sigilosamente a la puerta y se detuvo en el umbral, sin atreverse a interrumpir la canción de su marido. Apoyó el hombro y la cabeza en el marco de la puerta, absorbiendo en silencio la imagen que tenía ante ella.

Millie yacía en una pequeña butaca, de espaldas a Isabel.

Una sola vela en la mesilla iluminaba la habitación lo suficiente para que Isabel viera el rostro sereno de su marido mientras cantaba tranquilamente una nana. Se veía una mancha de pelo a los pies de Vane, e Isabel dedujo que era el perro.

Button, el animal siempre exuberante, respiraba ahora con suavidad, probablemente calmado por el canto de su amo.

Los rasgos de Vane eran solemnes mientras observaba la forma dormida de su hija, con la garganta moviéndose al compás de las notas graves de la melodía.

La imagen que tenía ante ella era tan íntima que Isabel se sintió como la peor de las intrusas, pero no podía apartarse, hipnotizada por el sonido de la voz de Vane y la relajante atmósfera de la habitación en penumbra.

Perdida en el agradable ambiente de la habitación poco iluminada y en la voz grave de su marido, la mente de Isabel vagó hacia los días despreocupados de su infancia. Tanto su madre como su padre siempre venían a dar las buenas noches a sus hijos. La mayoría de las veces, su madre cantaba y su padre les leía cuentos. Eran momentos perfectos, en los que toda la familia se sentía feliz y tranquila.

Isabel deseaba volver a aquellos tiempos, pero ya no había vuelta atrás. Cuando era joven, deseaba tener algún día el mismo tipo de vida familiar. Anhelaba tener hijos. O al menos una hija con los mismos ojos azules y el mismo pelo oscuro que su madre.

Isabel casi había olvidado aquellos sencillos sueños cuando su vida dio un giro hacia lo impredecible. Tras la muerte de su hermano, todo empeoró y ya no fue a mejor. Sin embargo, algunas cosas salieron bien, decidió Isabel mientras observaba cómo su marido le cantaba a Millie. Se imaginó a su hermana pequeña, Sam, haciendo lo mismo con su hija. Cuánto deseaba estar con ella en aquel instante... Ser abrazada una vez más en el seno de una familia cariñosa parecía algo sacado de un cuento de hadas.

Una lágrima se deslizó desde su mejilla hasta la palma de su mano, y solo entonces Isabel se dio cuenta de que estaba llorando. Se secó la lágrima y carraspeó con suavidad.

Vane, que hasta entonces no se había percatado de su presencia, levantó la cabeza y la miró. Frunció el ceño de inmediato y dejó de cantar.

Isabel inclinó la cabeza en señal de saludo y salió de la habitación. Se asomó al interior un momento después, justo a tiempo para ver a Vane inclinarse sobre su hija y besarla en la frente.

—Duerme bien, hija mía —susurró, y la tapó con las sábanas.

Vane se enderezó y contempló a la pequeña mientras esta dormía, y esbozó una sonrisa suave y hermosa que le quitó diez años de encima. Isabel ladeó la cabeza. Sonriendo así, tranquilo y relajado, le recordaba a alguien. Alguien a quien Isabel conoció una vez, pero que no podía identificar.

Isabel se alejó unos pasos de la habitación, no quería que la volvieran a sorprender espiando. Ella había conocido a bastante gente, y no era de extrañar que los rasgos de Vane le resultaran

familiares.

Él apagó la luz de las velas de la habitación de Millie y el pasillo quedó envuelto en la oscuridad. Isabel temblaba mientras esperaba a que Vane apareciera en el pasillo. Unos pasos firmes alertaron a Isabel de que él se acercaba, y salió a su encuentro. Fue un error. Vane giró hacia el pasillo en ese preciso momento y chocó con ella.

Isabel chilló, pero él la atrapó con rapidez y le tapó la boca con la mano.

—Calla. Despertarás a Millie.

Isabel asintió, con los ojos muy abiertos y el calor de la palma de la mano de él atravesándole la piel. Vane retiró la mano.

—¿Ahora vas a estar siempre detrás de cada esquina? —susurró frunciendo el ceño.

Isabel se recompuso y sonrió.

—Durante el resto de tu vida. En la salud y en la enfermedad...

Vane dirigió su mirada al techo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Te estaba esperando. Pensé que era obvio.

—Muy bien. ¿Por qué me estabas esperando? —dijo mientras bajaba las escaleras con prisa, haciendo que Isabel se apresurara tras él levantándose las faldas para no tropezar.

—¿Puedes detenerte un momento?

Vane no se detuvo, ni siquiera hizo una pausa. Se limitó a ralentizar sus pasos. ¡Qué canalla! Ella había creído que ya había superado su actitud hosca hacia ella. Por lo visto, no era así.

Isabel por fin lo alcanzó cuando él giraba hacia el pasillo, en dirección a su alcoba.

—Quería hablar contigo sobre Millicent —dijo Isabel.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Vane sin volverse.

—Creo que es imperativo que empiece la escuela.

—Sí. Creía que habíamos acordado que le buscarías una institutriz.

—Envié un anuncio a los periódicos y ya he recibido algunas respuestas, pero tardaré días en seleccionar las candidatas y hacer las entrevistas.

Vane asintió.

—Envíame tu lista. Yo haré la elección final.

—Eso está muy bien. Sin embargo, creo que Millicent debería comenzar ya sus estudios.

Vane se detuvo y se giró hacia Isabel con brusquedad.

—¿Y quién le enseñará?

Isabel tragó saliva.

—Yo misma.

—¿Quieres que la deje a tu cargo? —preguntó Vane como si eso fuera algo impensable.

—Sí. No puede seguir correteando por los campos contigo. Además, no queremos asustar a la institutriz con una niña salvaje, ¿verdad? Millie necesita conocer modales básicos, necesita aprender a dibujar, y tal vez a tocar el pianoforte.

—Ella es bastante inteligente —soltó Vane.

Isabel dio un respingo. Le había ofendido. No era en absoluto su intención.

—No lo dudo. Pero sí dudo de sus habilidades. No porque sea torpe, sino porque no ha tenido oportunidad de aprender.

—¿Crees que soy un padre incompetente? —ladró Vane.

«Ay, Dios mío....

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo crees.

Isabel dejó escapar un suspiro frustrado.

—Solo pienso lo que digo. Ella necesita empezar su educación de inmediato. Y a menos que quieras ser tú quien le enseñe etiqueta, música y dibujo, no hay nadie más que yo para hacerlo.

Vane estudió las decididas facciones de Isabel, haciendo que ella se moviera incómoda bajo su mirada.

—Muy bien. ¿Cuándo quieres empezar?

Isabel se lamió los labios.

—Cuanto antes.

Vane soltó una carcajada.

—¿Quieres que la deje contigo mañana, sin avisarle?

Isabel se encogió de hombros.

—Puedes avisarla por la mañana.

Los labios de Vane se curvaron en una media sonrisa.

—No has tratado con muchos niños, ¿verdad?

—Contrariamente a lo que puedas pensar, soy bastante capaz con los niños. Me llevo muy bien con los niños del pueblo. Y tengo dos hermanos pequeños para los que fui como una madre.

Vaneladeó la cabeza.

—¿Tan segura estás de que te llevarás bien con Millie? ¿Así de fácil?

—Creo que retrasarlo no nos hará ningún bien. Tal y como están las cosas, hemos perdido mucho tiempo. Tardaremos un poco en estrechar lazos, pero cuanto antes lo hagamos, mejor.

—¿Y te das cuenta de que Button estará con ella? Millie no aceptará dejarlo a un lado.

Isabel vaciló. Podía ocuparse de una niña de seis años, pero ¿y del perro?

—Tendré un par de lacayos cerca para atraparlos si se porta mal.

Vane se rascó la mandíbula, pensativo. Miró a Isabel con los ojos entrecerrados, hasta que habló al fin

—No —dijo.

—¿No?

—No puedo, en conciencia, dejarlos a los tres solos aquí. Acabará en una catástrofe, tanto para vosotros como para esta casa. Y no estoy dispuesto a esperar a saber cuál de las dos cosas va a ser. Búscale una institutriz y, cuando lo hayas hecho, empezaré a dejar a Millie en la casa.

Isabel sintió aquella respuesta como una bofetada. Él no le confiaba a su hija. Y tampoco confiaba en su capacidad para mantener la casa bajo control. A pesar de su breve muestra de confianza ante los criados, no estaba dispuesto a confiarle nada más de su vida. Sin embargo, estaba dispuesto a dejar a su hija al cuidado de una institutriz.

—¿Prefieres dejar a tu hija a solas con una completa desconocida, antes que con tu propia esposa?

Vane la miró con extrañeza.

—En primer lugar, ¿en qué te diferencias de una completa desconocida? No te conozco en absoluto, y mi hija tampoco. Al menos, la institutriz tendría cartas de recomendación.

Isabel soltó un grito ahogado. Tenía tantas ganas de abofetear a este engreído que le picaba la palma de la mano. Pero era una dama. Y las damas no pegaban a la gente. Consegúan lo que querían por otros medios. Así que le sonrió con dulzura.

—De acuerdo. Si no quieres dejarla conmigo, mañana os acompañaré a los dos.

Isabel le dio la espalda, entró en su habitación y cerró la puerta en las narices de él, dejándolo atónito en medio del pasillo.

Capítulo 14

En contra de las amenazas de Isabel, ella no se unió a Rhys y Millicent en su excursión de la mañana siguiente. En cambio, durante el desayuno, mencionó que una crisis en la cocina requería su atención.

A Rhys no le sorprendió aquel giro de los acontecimientos. De hecho, se lo esperaba.

También dudaba de que hubiera alguna crisis. Abigail, su difunta esposa, había utilizado a menudo pobres excusas para pasar menos tiempo con su hija y aún menos tiempo con él. Tal vez no fuera justo seguir comparando a Isabel con su anterior esposa, pero Rhys no podía evitarlo. Hasta el momento, no había visto grandes diferencias entre ellas. Aunque Isabel era mucho más apta para dirigir la mansión, tenía que admitirlo.

Pero en cuanto a su relación personal y el escandaloso comportamiento anterior de ella, él no tenía motivos para creer que fuera, de hecho, diferente de su difunta esposa. Y dado lo limitadas que eran sus interacciones con las mujeres, no tenía otro elemento de comparación.

En cualquier caso, él tenía trabajo que hacer.

El día empezó sombrío y prometía lluvia, pero al final el cielo se despejó, y ahora Millie se había despojado del abrigo y estaba recogiendo piedras junto al carruaje. Button corría arriba y abajo por la carretera persiguiendo mariposas.

Vane ayudaba al granjero a arreglar su valla mientras conversaba con él y discutía formas de mejorar la cosecha del año siguiente.

Como marqués, Vane poseía unas cuantas fincas, pero su casa de campo era la más extensa y la más rentable, de ahí que pasara allí la mayor parte del tiempo. Se aventuraba a visitar sus otras fincas dos veces al año, y Millie siempre estaba a su lado.

No era fácil tener a la niña bajo su tutela todo ese tiempo. Pero las pocas veces que la había dejado con otra persona habían sido un desastre, así que no podía arriesgarse a que volviera a ocurrir. Pero, además, nunca había tenido tiempo suficiente para encontrar una institutriz adecuada para su hija.

Rhys esperaba que, con la ayuda de Isabel, tendría más posibilidades de encontrar a alguien que encajara a la perfección.

Miró el sol en lo alto del cielo y luego consultó su reloj de bolsillo. Pasaba una hora del mediodía. Se secó el sudor de la frente y miró a su hija, que seguía recogiendo piedras, lanzándolas de vez en cuando y observando cómo Button las buscaba en la hierba. Era tan inocente, tan joven y tan ajena a la agitación de este mundo... Él esperaba que siguiera siéndolo para siempre.

Y eso le trajo otra preocupación a la mente. ¿Y si no lograba concebir un heredero? ¿Y si moría y Millie se quedaba sin nadie en este mundo que cuidara de ella?

Sus primos se apoderarían de las tierras y de su casa, y ella se vería obligada a depender de su generosidad. Esperaba con toda su alma que Isabel estuviera mintiendo al negar que estaba encinta. Porque entonces casi tendría garantizado un heredero sin tener que acostarse con ella. Sin embargo, si no mentía, eso abría el camino a muchas más preocupaciones de las que Rhys

estaba dispuesto a afrontar.

Justo entonces, Rhys advirtió que un jinete solitario avanzaba en su dirección. Se enjugó la frente una vez más e inclinó la cabeza hacia el granjero.

—Millie, apártate del camino, por favor. Se acerca alguien.

Millie levantó la cabeza y miró fijamente al jinete que tenía delante. Button, al ver también al jinete, ladró y se alejó corriendo hacia él. Rhys suspiró. Aquel perro era demasiado entusiasta y se excitaba con facilidad.

No era un problema cuando apenas salían de casa y no tenían planes de recibir visitas. Pero si quería volver a la vida londinense y al Parlamento, tendría que adiestrarlo mejor.

El problema no estaba realmente en Button, ya que era un perro disciplinado con Rhys. Era más bien Millie quien alborotaba al animal.

Otro punto en su lista de tareas para este verano.

El jinete se acercó, y Rhys reconoció a su mujer cuando se sentó recta en su silla. Button saltó a su alrededor, y ella tiró de las riendas, asustada, lo que por poco hace que el caballo se desbocara.

—¡Button! —Rhys soltó un silbido corto, y el perro corrió de nuevo hacia él. Por suerte, Isabel demostró ser una amazona experta, consiguiendo calmar a su caballo y evitar un desafortunado incidente.

—Siéntate. —Rhys levantó la mano, y el perro gimoteó mientras obedecía.

Millie se acercó a Button y le acarició detrás de las orejas, con los ojos fijos en Isabel.

—Quédate aquí —dijo Rhys y caminó hacia su esposa.

Isabel estaba sentada sobre el caballo, erguida y serena. Llevaba un hermoso traje de montar azul oscuro que hacía juego con sus ojos. Su sombrero enmarcaba perfectamente su rostro, y un par de tirabuzones descansaban sobre sus mejillas.

Rhys se acercó a ella e inclinó la cabeza.

—No esperaba verte aquí.

Isabel esbozó una sonrisa radiante, y Rhys se quedó sin aliento. En aquella tarde soleada, sonriendo así, estaba absolutamente preciosa. Le recordó días pasados. Intentó reprimir el pensamiento.

—Dije que hoy te acompañaría, ¿no?

—Eso dijiste. —Rhys ladeó la cabeza hacia el caballo—. ¿Necesitas ayuda para desmontar?

—Sí. Te lo agradecería.

Ella seguía sonriéndole como si realmente se alegrara de acompañarle. Rhys respiró hondo y se acercó a ella.

Cuando ella se inclinó hacia él, apoyando las manos en su hombro, Rhys la cogió por la cintura y la bajó del caballo. Isabel se deslizó por su cuerpo, lo que hizo que Rhys sintiera un agradable estremecimiento. ¿Cuándo había sentido por última vez el calor del contacto de una mujer?

Ahora ella estaba tan cerca, solo a unos centímetros de él... Sus manos seguían en sus hombros, las de él en su cintura. Ella olía a lavanda y su calor le atraía. Solo tenía que estrechar sus brazos y su cuerpo se aplastaría contra el suyo. Y si bajaba la cabeza lo suficiente, atraparía sin esfuerzo sus labios en un beso.

En lugar de eso, se apartó.

Rhys necesitaba despejar de su cabeza todas aquellas ideas indeseadas. Debería haber sabido que mantenerse alejado de ella no sería fácil.

No le resultaba inesperado. Después de pasar los últimos siete años como un monje, mantenerse alejado de cualquier dama sería imposible. Pero Isabel le atraía de un modo que ninguna otra

mujer lo había hecho jamás. Su cuerpo respondía a ella de inmediato, y todo razonamiento lógico salía volando por la ventana.

—¡Papa, ven!

Rhys parpadeó, ordenando sus pensamientos dispersos. Se volvió hacia Millie, que seguía de pie junto al perro, solo que ahora tenía una expresión irritada.

—Button está cansado de esperar.

Rhys contuvo una sonrisa. Por supuesto, era Button quien estaba cansado.

—He traído comida —dijo Isabel—. Pensé que tal vez os apetecería merendar.

Isabel se volvió hacia su caballo e intentó coger una cesta sujeta a la silla. Era demasiado bajita para la tarea, por lo que la imagen resultaba casi cómica.

Rhys apretó los labios para no reírse.

—Permíteme.

Isabel se apartó y Rhys recogió la cesta con rapidez.

—¿Qué dices, Millie? ¿Tienes hambre? —preguntó mientras caminaba hacia su hija.

La curiosidad brillaba en los ojos de la niña, y él supo que debía de estar realmente famélica. A esas horas, solían dirigirse a la casa de algún granjero para comer algo rápido y tomar un poco de té. Pero como Isabel se había ocupado de preparar la cesta, Rhys no diría que no a un picnic.

Su hija, sin embargo, vaciló. Estaba claro que no quería parecer dispuesta a aceptar una comida de una persona a la que estaba decidida a no apreciar.

—Bueno, yo estoy hambriento —dijo Rhys—. Y apuesto a que Button también. ¿Hay comida para él? —Dirigió la última pregunta a Isabel.

—Sí, le he pedido al ama de llaves que prepare una comida para todos.

—¿Bien? —Rhys se volvió hacia su hija—. Aunque no tengas hambre, no puedes negarle a Button su comida, ¿verdad?

Button movió la cola y sus orejas negras se agitaron de emoción.

—Supongo que podemos comer —aceptó Millie.

No hacía suficiente calor para un verdadero picnic, pues el suelo aún estaba húmedo y frío. Así que se alejaron del campo en busca de un lugar donde sentarse. Había un arroyo no muy lejos, rodeado de un bosque. Rhys estaba seguro de que allí encontrarían unas cuantas rocas donde podrían extender las mantas y comer con tranquilidad.

Cuando se dirigieron hacia el arroyo, Millie partió de inmediato en esa dirección, llevando al perro con ella. Parecía decidida a evitar la compañía de Isabel.

Rhys sostenía la cesta con la comida en una mano y el abrigo en la otra mientras seguía a Millicent a paso tranquilo.

Isabel lo imitó.

—Hace un tiempo precioso hoy, ¿verdad?

—preguntó ella, y levantó la cara hacia el sol.

La acción dejó al descubierto su la pálida piel de su cuello, y a Rhys le costó apartar la mirada. Malditos fueran sus años de abstinencia...

—Efectivamente —carraspeó él—. ¿Por qué no te quitas el sombrero?

Isabel lo miró con severidad.

—Una dama no se descubre la cabeza en público.

Rhys miró a su alrededor. Había unos cuantos granjeros en el campo detrás de ellos, pero, por lo demás, no había ni un alma que pudiera verla de cerca.

—¿Ahora es cuando decides comportarte como es debido?

—Que sepas que soy una de las damas más correctas de la alta sociedad. Además, debo ser un

ejemplo para Millie, ¿no es así?

Rhys no tenía nada que decir en contra. Le agradecía que ella tuviera en consideración cómo podrían afectar sus acciones a su hija.

—Además, no quiero que me salgan pecas.

No, no querría estropear su perfecta tez de nácar.

—¡Papá! —gritó Millie a unos metros de distancia—. ¡Mira qué roca más bonita he encontrado!

Rhys sonrió brevemente a Isabel y corrió hacia su hija. Felicitó a Millie por encontrar una roca realmente extraordinaria, y luego prosiguieron su camino para encontrarla. Luego continuaron el camino para buscar un lugar donde comer, con Isabel rezagada mientras Button trotaba en círculos a su alrededor.

Cuando por fin llegaron a la orilla del arroyo, Isabel extendió una manta sobre un tronco caído. Rhys y ella se sentaron frente a frente en otro tronco, mientras Millie se acomodaba en una pequeña roca frente a ellos. Button yacía a los pies de Rhys, pidiendo comida con la mirada.

—Me gusta este lugar —dijo Isabel tras unos instantes de silencio—. Solía ir a un lugar parecido a este en la finca Gage, en la orilla de un arroyo.

—Lo sé —dijo Rhys, y luego levantó la cabeza, dándose cuenta de que había dicho demasiado—. Me refiero a que este también es mi lugar favorito. Apuesto a que a muchos jóvenes les gusta sentarse junto al arroyo y... hacer lo que sea que hagan los jóvenes.

Isabel soltó una carcajada musical.

—¿Como qué? Siendo marqués desde hace tanto tiempo, ¡seguro que no lo recuerdas!

Rhys se aclaró la garganta. Su tono era burlón, y él quería continuar la broma, pero lo único que recordaba en aquel momento era a ella saliendo de debajo del agua como una sirena y hechizando para siempre al joven Rhys.

A él no le gustaba mucho el agua, pero, como joven enamorado, acudía a menudo a su rincón favorito para buscarla. Pero entonces un recuerdo más oscuro nubló los más felices, y sacudió la cabeza.

—Ah, tienes razón. Los recuerdos de mi juventud están empañados por los años transcurridos.

—¡No puede ser! Debes de tener algunas historias divertidas de tus días de juventud. —Isabel le sonrió y dio un bocado a un panecillo.

—¡A mí me gusta nadar! —intervino Millie, y Rhys se alegró de la interrupción.

—¿De veras? ¿Sabes nadar? —Isabel se volvió hacia la niña.

—Sí, y muy bien. Mi padre me enseñó —respondió Millie con orgullo, y Rhys la sonrió.

Isabel se golpeó los labios con un dedo.

—Bueno, está bien saber hacerlo, pero yo no se lo contaría a otras personas.

Millie apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque la alta sociedad desaprueba a las señoritas descaradas que muestran un comportamiento poco propio de una dama —dijo.

Rhys resopló, e Isabel le lanzó una mirada fulminante.

—Hay actividades mucho más adecuadas para las damas. Como bordar, pintar con acuarelas, oh, y tocar el pianoforte. ¿Te gustaría probarlas alguna vez?

Como intento de atraer a una niña a una actividad aburrida, Isabel fracasó estrepitosamente. Millicent hizo una mueca. Pero entonces se le iluminó la cara y proclamó con orgullo:

—¡También sé trepar a los árboles y lanzar piedras!

Rhys se rio entre dientes.

—No asustemos más a Isabel. Podría tener un ataque de nervios.

Millicent salió disparada de su roca y saltó sobre el tronco detrás de Rhys. Luego trepó por encima de él y se acomodó en su regazo. Rhys la hizo rebotar sobre sus rodillas mientras ella cogía una uva y se la metía en la boca.

Isabel frunció el ceño en señal de desaprobación.

—No creo que debas alentar el comportamiento salvaje de tu hija. Si vamos a tener invitados pronto, debería mostrar el decoro adecuado.

—Te dejaré a ti la tarea de aburrirla —dijo Rhys.

Isabel entrecerró los ojos.

—¿Aburrirla? Creía que antes me llamabas escandalosa, ¿y ahora soy aburrida?

Millie seguía cogiendo uvas, con la cabeza oscilando de un lado a otro ante la mirada de Vane, lo que le dificultaba concentrarse en la conversación.

—Bueno, eres aburrida con los niños y, al parecer, escandalosa con todos los demás.

Isabel soltó un grito ahogado.

—Realmente no me conoces lo suficiente como para insistir en semejante valoración de mi carácter.

Vane inclinó la cabeza.

—Tienes razón. Te pido disculpas.

Isabel se sintió sorprendida, pero se recompuso con rapidez.

—Como iba diciendo, lo único que Millie necesita es un buen ejemplo y unas cuantas lecciones....

—¡Papá! Mira! — Millie se giró en su regazo, con la boca llena de uvas, y siguió metiéndose más y más en la boca.

Rhys reprimió una sonrisa.

—Pareces una ardilla, querida.

Millie soltó una risita, y todas las uvas salpicaron la frente de Rhys.

—Quizá necesitemos muchas lecciones —dijo Isabel, derrotada.

Millie se levantó de un salto, riendo. Button también se levantó y empezó a ladrar y a saltar alrededor de su ama.

—Ven, déjame a mí. —Isabel se acercó a Rhys con un pañuelo y empezó a limpiarle la cara con suavidad.

—¿Ves cuántas uvas puedo comer a la vez, papá?! —gritó Millie, saltando en círculos con Button.

Vane se rio.

—No creo que eso cuente, ya que todas tus uvas están ahora mismo sobre mí.

La mano de Isabel bajó por su torso para retirar los trozos de fruta.

—Por mucho que odie ser una pesada, este comportamiento es inaceptable. Deberías saberlo.

Ella le frotó violentamente el pecho, luego su mano bajó hacia los pantalones.

—Tampoco esto —graznó él, luego cogió su mano y le arrebató el pañuelo—. Ya puedo terminar yo solo.

Isabel se ruborizó, dándose cuenta de su insensatez.

—Te pido disculpas. —Se dio la vuelta y empezó a recoger los restos del picnic.

—Papá, ¿podemos irnos ya?

Rhys miró a Isabel y ella asintió.

Millie y Button corrían delante, gritando y jugando, mientras Rhys y Isabel los seguían.

—Ciertamente, no soy un experto —dijo Rhys—. Pero me parece que castigar a una niña por

sus actividades poco propias de una dama no es la mejor forma de establecer un vínculo con ella.

—Solo quería que supiera que hay otras ocupaciones que merecen la pena.

—Bueno, no ha funcionado.

—Pues claro que no. ¿Cómo voy a convencerla de que se siente en casa a tocar el piano, si se pasa la mayor parte del día corriendo como una fiera? Y tiene que interesarse por hacerlo antes de que contratemos a una institutriz. De lo contrario, está abocada al fracaso.

—Quizá te apoyes en tu experiencia personal —dijo él, e Isabel entrecerró los ojos—. Oh, no finjas, mi querida marquesa escandalosa, como si no hubieras conseguido engañar a la sociedad durante años.

—¡No lo he hecho! —gritó ella.

Rhys levantó una ceja.

—¿Así que no sabes nadar ni lanzar piedras?

Él sabía a ciencia cierta que ella sí sabía.

—Eso fue en el pasado —gruñó Isabel.

—¿Quizá cuando tenías seis años? ¿O incluso dieciséis?

Isabel se quedó pensativa.

—Tal vez tengas razón.

Pero aun así deberías apoyarme para que Millie tenga un comportamiento más decoroso. Ella te admira.

—¡Papá! —Millie se detuvo a unos metros de ellos y señaló el horizonte, con los ojos llenos de asombro.

—Mira qué oscuro está allí.

Rhys se separó de Isabel y corrió hacia su hija. El horizonte era gris oscuro, como un muro de nubes.

—Sí, está lloviendo allí —dijo Rhys—. Quizá incluso haya tormenta.

—¿Está lejos? ¿Viene hacia nosotros?

Rhys se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Pero va en dirección a la finca Thornsby. —Thornsby era otra de las fincas de Rhys, la más pequeña y cercana a Vane—. Probablemente debería visitarles cuando pase la tormenta y asegurarme de que todo va bien.

—¿Puedo ir contigo? —Millie miró a Rhys, emocionada.

Rhys cogió un palo del suelo para evitar la mirada expectante de Millie y se lo lanzó a Button para que lo buscara. Button se alejó corriendo, con la lengua fuera de la boca.

—No lo sé —dijo Rhys—. Puede que tengas que quedarte con Isabel. —Cogió el palo de la boca de Button cuando el perro regresó y se lo dio a Millie—. Toma. Ahora lanza tú.

—¿Por qué? —Millicent lanzó el palo y observó cómo el perro corría a atraparlo.

En ese momento, Isabel llegó hasta ellos.

—Porque Isabel tiene razón. Necesitas educación.

Isabel le sonrió.

—Gracias.

—¡Papá! ¡Ahora lanza tú! —Millie le entregó el palo, con un aspecto tan amenazador como las oscuras nubes del horizonte.

Rhys lo lanzó, y Button corrió tras él.

—Bueno, espero que podamos encontrarle a Millicent una institutriz a tiempo —dijo Isabel.

Millicent la miró con el ceño fruncido. Button regresó en ese momento, con el palo en la boca.

Millie lo cogió y se volvió hacia Isabel.

—¡Isabel! —gritó—. ¡Cógelo! —Y le lanzó el palo directamente al pecho. Isabel pudo atrapar el palo, pero Button corrió tras él y la tiró al suelo.

Capítulo 15

«¡Ese pequeño y traicionero demonio!»
Ese fue el último pensamiento que cruzó la mente de Isabel antes de que el mundo se volviera negro. Cuando recobró la conciencia, estaba mirando el cielo azul. Luego, apareció la cara de Button lamiéndole la cara.

—¡Ugh! —Isabel hizo una mueca y se apartó.

—¡Button, fuera! —La voz severa de Vane logró que el perro se apartara. Luego, apareció el marqués, con el rostro preocupado—. ¿Estás bien? ¿Puedes levantarte?

—No lo sé —Isabel se incorporó y miró a su alrededor.

—¿Te has hecho mucho daño? ¿Cómo está el bebé? ¿Debo llamar a un médico?

—¿Qué bebé? —Isabel estaba tan confundida... Tal vez se había golpeado la cabeza muy fuerte.

—El bebé —dijo Vane con firmeza—. Tu bebé.

—Ah, el bebé inexistente —Isabel frunció el ceño. ¿Otra vez con eso?—. Estoy perfectamente. Por favor, ayúdame a levantarme.

Vane la tomó por los brazos, pero antes de que pudiera apoyar el peso en los pies, un dolor agudo le atravesó el tobillo derecho.

—Ay, mi tobillo.

Vane la ayudó a sentarse de nuevo, frunció el ceño y extendió las manos hacia sus faldas.

—¿Puedo?

Isabel asintió. No le importaba la decencia en ese momento. Su maldito tobillo le dolía como el demonio.

Él levantó sus faldas ligeramente hasta la rodilla, luego pasó su mano suavemente por su pantorrilla. Isabel sintió un escalofrío de placer que reemplazó al dolor y gimió.

—¿Te duele ahora?

Isabel negó con la cabeza.

Vane frunció el ceño y le quitó la bota. Apretó suavemente alrededor del tobillo, e Isabel siseó de dolor.

—No parece estar roto, pero parece que lo has torcido.

Isabel respiró hondo.

—Perfecto. ¿Cómo voy a llegar a casa?

Vane hizo una mueca.

—¡Millie!

—¿Sí? —La niña apareció detrás del marqués, con los labios fruncidos, pero los ojos brillantes de alegría. ¡Oh, la pequeña demonio!

—Corre al campo y pide a Jack que mande a uno de los chicos con el caballo de Isabel aquí. Y que Jack te lleve a su casa. Su esposa te dará de esos bollos que tanto te gustan.

—No quiero ir —Millie hizo un puchero.

—Lo siento, pequeña. Isabel necesita tu ayuda. Por favor, haz lo que te digo. Y lleva al perro contigo.

Millie lanzó una última mirada hacia Isabel y se apresuró a irse.

Vane miró a su alrededor. Sacó una manta de la cesta de picnic y la extendió en el suelo.

—El suelo está mojado y frío. Podrías congelarte sentada en la hierba —explicó, luego, sin ceremonias, tomó a Isabel en sus brazos y la acomodó sobre la manta.

—¿Te importa si te quito la media? Podría ayudarme a determinar la extensión de tu lesión.

Isabel se movió incómoda, con las mejillas enrojecidas.

—Um... ¿es necesario?

Vane arqueó una ceja.

—Es mejor quitártela ahora antes de que se hinche más.

—Tú... Bueno... —Isabel titubeó—. No lo sé. Pero no me siento cómoda con esto.

Vane sonrió.

—Soy tu marido. Pronto haré cosas mucho menos cómodas contigo.

Todo el cuerpo de Isabel se calentó con sus palabras. ¿Se refería a sus deberes maritales? ¿Y qué significaba eso? ¿Había finalmente reconocido que ella no estaba embarazada?

Mientras pensamientos tumultuosos corrían por la mente de Isabel, Vane deslizó su mano bajo la falda de Isabel hasta rozar la piel íntima sobre su media. Isabel cerró los ojos y reprimió un gemido.

Vane desató la liga y comenzó a bajar la media lentamente.

La piel de Isabel se cubrió de escalofríos, y apretó los muslos juntos ante una peculiar sensación en su centro.

—No parece que te hayas hecho mucho daño —murmuró Vane. El tono bajo de su voz hizo que Isabel temblara de nuevo.

¿Qué está pasando?

Vane se sentó perpendicular a Isabel y colocó su pierna sobre su muslo.

—He oído que es mejor mantenerlo elevado —dijo, con la mano aún en su espinilla.

Isabel miró a su alrededor. Seguro que esto no era correcto. Estaba desnuda desde la rodilla hacia abajo. ¡Alguien podría verlo!

Se incorporó y cubrió su pierna con la falda.

—Debería estar mejor en unos días. No hay necesidad de preocuparse. No es la primera vez que me tuerzo el tobillo.

—Estoy seguro de que no. Pareces bastante propensa a los accidentes —dijo con una sonrisa.

—¿Accidente? —Isabel se sintió ofendida—. Primero, ¡nunca me habían derribado tantas veces en mi vida antes de conocerte! Y segundo, esto no fue un accidente.

Vane frunció el ceño.

—¡No estarás insinuando que Button hizo esto a propósito! —señaló su pie.

Isabel apretó los dientes.

—No Button.

—¿Millie? —Vane se echó a reír—. No seas ridícula. No es tan maliciosa como para hacerle daño a alguien a propósito.

—¡Por supuesto que no me lastimó a propósito! —Isabel levantó las manos—. Ese enorme monstruo al que llamas perro nunca le ha hecho daño, ¿cómo iba a saber la fuerza que tiene? Solo quería desviar la atención de mí o quizás del tema de la institutriz.

—¿Mandando a Button contra ti? —El claro escepticismo de Vane irritaba a Isabel.

Junto con el dolor sordo en su tobillo, hizo que Isabel se sintiera aún más irritable.

—Como dije, probablemente no pensó que Button me derribaría. Solo quería que dejara de hablar de la institutriz y no quería que te fueras. Y, por cierto, ¿quién llama a un perro tan grande

como un caballo Button? ¡Si algo es ridículo, es eso!

Vane parpadeó. Claramente necesitaba tiempo para procesar la avalancha de palabras. Finalmente, apretó la mandíbula.

—Millie lo llamó así —Isabel arqueó una ceja, así que continuó—. Pensaba que su nariz tenía forma de botón cuando era pequeño. Era un bebé diminuto y apenas podía hablar, así que tocaba su nariz y lo llamaba Button. Y así se quedó.

—¿Por qué comprarías un perro tan grande para un bebé? —Isabel refunfuñó.

—¿Por qué cuestionas todo sobre él? Se llama Button, y es de Millie —Vane levantó las manos y la miró frustrado. Isabel solo arqueó una ceja—. Lo compré después... después...

—¿Sí?

—Después de que su madre se fue —Vane desvió la mirada, como si recordarlo le doliera—. Ya no tenía madre, así que pensé que podría necesitar un amigo, un compañero... un protector.

Un dolor pasó por sus ojos antes de apartar su pierna y levantarse.

Un protector. La gente no se refería a las madres de esa manera. Isabel tragó saliva. Quería saber más. Por alguna razón extraña, quería más que nada que él se lo confiara, pero no insistió.

—Bueno, no estoy diciendo que ella quisiera hacerme daño a propósito. Estoy diciendo que trató de distraernos durante todo el picnic. Cree que estoy aquí para alterar vuestras vidas.

—¿Y no es así? —murmuró Vane.

Isabel levantó los ojos al cielo, de repente cansada de discutir con el marqués.

—No sé cómo ves nuestro matrimonio, Vane. Pero creo que lograr que tu hija se lleve bien con tu esposa debería ser una de tus prioridades. Lograste que mi vida fuera más llevadera con los sirvientes, por lo cual te estoy eternamente agradecida, pero preferiría tener una mejor relación con tu hija.

Isabel no bajó a desayunar a la mañana siguiente, y Rhys no pudo evitar sentirse culpable. ¿Le dolía tanto el pie que había optado por quedarse en su alcoba? ¿O seguía molesta porque Rhys no había alentado su relación con su hija?

Después de todo, Rhys tuvo que admitir que tenía razón. La trataba con desconfianza, pensando que actuaría de manera escandalosa e inapropiada con Millicent, pero la verdad era que tenía poco motivo para preocuparse.

Isabel cumplía con sus deberes a la perfección. Al principio, los sirvientes eran hostiles con su nueva ama, pero ahora la admiraban. La casa había pasado de ser un lugar lúgubre a un reino de flores y colores. La comida era impecable. Todo lo que se proponía, lo hacía espléndidamente.

Y todo ello obligó a Rhys a aceptar una simple verdad. Su desconfianza hacia ella en relación con Millie no tenía nada que ver con su escandaloso pasado, sino todo que ver con el suyo propio. Se volvió hacia Millicent, que estaba dando un trozo de pan a Button.

—Millie, creo que deberíamos visitar a Isabel después del desayuno.

Millie frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque Button la lastimó ayer y debe disculparse.

Millie mordió su labio.

—Pero no lo hizo a propósito.

Rhys ocultó una sonrisa.

—Lo sé. Pero cuando lastimamos a alguien sin querer, debemos disculparnos.

Millicent hizo una mueca, pero sus rasgos se relajaron al cabo de un momento.

—¿Y después podemos ir a jugar fuera?

—Por supuesto.

Para sorpresa de Rhys, cuando terminaron de desayunar y se dispusieron a buscar a Isabel, no la encontraron por ningún lado. Preguntó al mayordomo por su paradero y el señor Monroe levantó una ceja.

—Se fue al pueblo, como siempre hace a esta hora.

Rhys se sintió incómodo. No conocía las actividades de su esposa. Después de su último viaje al pueblo, había asumido que no había vuelto a ir. Resultó que estaba completamente equivocado.

—¿Vamos al pueblo? —preguntó Millie, con los ojos brillando de emoción. Le encantaba jugar con los niños cuando iban de visita.

Rhys sonrió.

—Sí, vamos.

Pocos minutos después, Rhys cabalgaba por el camino con Millicent en su regazo y Button corriendo al lado del caballo, en dirección al pueblo. Vieron la carreta cerca de la librería y Rhys dirigió su caballo hacia ella. Entregó las riendas al mozo, que esperaba junto a la carreta, y desmontó.

—¿Sabe dónde fue Su Señoría? —preguntó Rhys.

El mozo parpadeó y luego inclinó lentamente la cabeza hacia la librería.

—Allí, milord.

Rhys tomó a Millie en brazos y se dirigió a la librería, con Button siguiéndolos. Entró y se quedó helado. La pequeña librería tenía una zona de lectura detrás de las estanterías donde Rhys solía leer a los niños una vez cada pocas semanas cuando tenía tiempo libre. Isabel estaba sentada en su lugar habitual, rodeada de un grupo de niños mientras leía. Todos estaban tan absortos en su lectura que nadie prestó atención a Rhys. Su voz melódica se entrelazaba con la librería, hipnotizando a sus habitantes.

Rhys se volvió hacia Millie.

—¿Quieres esperar fuera?

Pero su hija negó con la cabeza y estiró el cuello, concentrándose en las palabras que salían de la boca de Isabel. Incluso Button se adentró más en la sala y se acomodó en el suelo. Rhys bajó a Millie, que inmediatamente se sentó más cerca de los otros niños, escuchando el relato. Rhys se apoyó contra la pared y observó cómo su esposa leía de manera animada.

Sí, había sido absolutamente injusto con ella, comparándola con su difunta esposa. No se parecían en nada. Y cualquiera que fueran los conceptos erróneos que tenía sobre Isabel por su pasado, también debía estar equivocado. Y de repente, sintió un ardiente deseo de saber más sobre la mujer que era su marquesa.

Isabel vio al marqués en el momento en que entró en la tienda. Pero ¿quién no lo haría? Era increíblemente alto y de anchos hombros; la sombra que proyectaba envolvió de inmediato la pequeña zona de lectura de la librería. Luego su perro lo siguió, igual de enorme y amenazante, pero en lugar de robarle la atención, se acomodaron en el borde de la sala, escuchándola leer. La voz de Isabel tembló un momento mientras intentaba concentrarse en la página. Millie se acercó poco a poco, hasta que se sentó en primera fila, apoyando la mejilla en su mano y escuchando soñadoramente las palabras de Isabel.

Isabel terminó la última frase y cerró el libro.

—Fin —dijo.

Los niños aplaudieron y pidieron otra historia.

Isabel sonrió.

—Quizá en otra ocasión. Me temo que debo volver a mis deberes más aburridos.

Se levantó y Vane se acercó a ella.

—Espero que no te referías a nosotros cuando hablabas de deberes aburridos —dijo.

Las mejillas de Isabel se sonrojaron.

—Me refería a la asignación del presupuesto para el próximo mes que necesito discutir con la señora Ainsworth más tarde esta tarde.

Vane levantó una ceja.

—Bueno, ¿tienes un momento para pasar con Millie y conmigo?

El corazón de Isabel latió con fuerza en su pecho.

—Me encantaría.

Salieron, Isabel aún cojeando ligeramente. Vane tomó su brazo y lo entrelazó con el suyo sin preguntar. Isabel no protestó. Necesitaba una presencia fuerte y firme en la que apoyarse. Antes de que Millie pudiera correr con Button, Vane se dirigió a ella.

—Millie, ¿había algo que querías decirle a Isabel?

La niña miró al suelo tímidamente.

—Quería disculparme en nombre de Button. No quiso hacerte daño ayer.

—¿Y? —Vane la animó.

—Y lo siento porque te atacó por mi culpa.

Isabel sonrió ampliamente.

—Estáis los dos perdonados.

Millie sonrió tímidamente antes de dirigirse a su padre.

—¿Puedo ir a jugar con los otros niños ahora?

Vane asintió, y Millie se fue corriendo en dirección a los niños que jugaban, con Button tras ella.

—Gracias por hacer responsable a Millicent de lo que pasó ayer —dijo Isabel—. Ojalá pudiéramos pasar un poco más de tiempo con ella.

—Eso se puede solucionar fácilmente —respondió su marido.

—¿Sí? —Isabel levantó una ceja—. No creí que quisieras que pasáramos tiempo juntas.

—No quería —admitió—. Pero no puedo seguir protegiendo a mi hija de la vida. Le gustó escucharte leer. Creo que sería un buen comienzo para que vosotras dos os unáis. La traeré aquí cada vez que leas. Y quizá para cuando tu tobillo sane, ella sea más receptiva a pasar tiempo a solas contigo.

—¿Y tú serías receptivo a eso? —Isabel miró a los ojos preocupados del marqués.

Isabel sintió que los músculos de él se tensaban bajo sus dedos, y fue entonces cuando se dio cuenta de algo que debería haber entendido desde el principio. Su desconfianza hacia ella no tenía nada que ver con ella.

Simplemente no confiaba en nadie cuando se trataba de Millicent.

Quería saber por qué. Quería conocer lo que se escondía en los rincones oscuros de su mente, pero no insistió. No todavía.

—Tendré que aprender a serlo —respondió él con voz ronca, y luego se aclaró la garganta—. Mientras tanto, ¿te gustaría aprender a controlar a Button?

Capítulo 16

Durante los días siguientes, Rhys llevó todas las mañanas a Millicent a escuchar a Isabel leer en la librería. Resultaba irónico que tuvieran que salir de casa para pasar tiempo con la marquesa, con quien compartían techo.

Después de la hora de lectura, Rhys intentó enseñar a Isabel a controlar a Button. Sin embargo, ella era totalmente incapaz. El perro se negaba a obedecer sus órdenes y cada vez que corría hacia ella, Isabel se escondía detrás de Rhys, evitando enfrentarse al animal. La escena resultaba cómica porque Button claramente adoraba a su nueva dueña y quería jugar con ella en todo momento.

Jugando afuera con su perro y su esposa, Rhys se sentía joven y libre de preocupaciones. Un antiguo anhelo surgía en su corazón, un deseo de tener una familia real, una esposa cariñosa... Pero tuvo que apartar ese sentimiento. Mientras Isabel demostrara ser una buena madre para Millie, eso tendría que ser suficiente.

Una mañana, él y Millie estaban sentados en la mesa del desayuno cuando Isabel entró en la habitación con una sonrisa radiante y giró sobre sí misma. Sus faldas revolotearon y los mechones de su cabello se agitaron mientras se detenía y miraba a Rhys y a Millicent con expectación.

—¿Qué os parece? —preguntó.

Rhys frunció el ceño.

—¿Es un vestido nuevo?

Isabel levantó una ceja.

—Ha dejado de cojear, papá —señaló Millicent.

—Correcto. Y eso significa que podemos realizar una actividad más laboriosa antes de la lectura —dijo ella, sentándose graciosamente a la mesa y dirigiéndose a Millie—. ¿Qué te parece si damos un paseo por la finca?

Millie se animó visiblemente.

—¿Podemos, papá?

—Hay trabajo que hacer —contestó él.

—Seguro que puede tomarse un día libre para pasarlo con su familia —insistió su esposa.

Familia. Algo se apretó en el corazón de Rhys. ¿Podrían algún día convertirse en una verdadera familia? No quería nada más.

—¿Por qué no?

—¡Sí! —Millicent saltó de su asiento.

—¿Terminaste tu comida? —Rhys señaló su plato con la cabeza.

—No tengo hambre, ¡y necesito prepararme para montar! —exclamó ella, saltando de alegría.

Rhys suspiró, se metió un trozo de tostada en la boca, lo acompañó con café y se levantó.

—Vamos. Tienes que cambiarte.

—¿Montaré contigo o con mi pony? —preguntó Millie, saltando de emoción.

—¿Qué prefieres?

—¡El pony! —La alegría brillaba en los ojos de Millie.

—Muy bien —dijo Rhys, volviéndose hacia su esposa—. Nos vemos en el vestíbulo.

Rhys acompañó a su hija a su habitación y se dirigió a la suya para cambiarse. Antes de llegar, un lacayo lo detuvo en las escaleras.

—Una nota para usted, señor.

—Gracias —dijo Rhys, tomando el sobre.

—El mensajero dijo que es urgente y que debe abrirla de inmediato.

Rhys asintió.

—Muy bien, gracias.

Rhys bajó a su estudio, tomó el abrecartas y leyó el contenido. Frunció el ceño y arrojó la nota sobre la mesa. La salida con su familia tendría que esperar. Tenía asuntos urgentes que atender.

Isabel apenas podía contener su sonrisa mientras Rhys y Millie salían de la habitación. La pequeña estaba muy emocionada con la idea de montar. Después de pasar la última semana con ellos, Isabel se dio cuenta de que había adoptado el enfoque equivocado con la niña desde el principio. Rhys tenía razón.

Isabel había sido bastante traviesa de niña, y eso no le había impedido convertirse en la debutante más buscada durante su primera temporada. Por supuesto, había cometido errores, pero todos lo hacían en algún momento. Solo tenía que asegurarse de que Millicent no repitiera los suyos. Pero en cuanto a crear un vínculo con la niña, dudaba que pudiera hacerlo hablando de modales y etiqueta.

Isabel terminó su desayuno y fue a su habitación a cambiarse. Anthea entró entonces con una expresión preocupada en el rostro.

—Su Señoría me dijo que va a montar.

—Sí —asintió Isabel—. Por favor, ayúdame a vestirme.

—¿Está segura de que es el mejor momento para montar? Su pie... —dijo Anthea, señalando el tobillo de Isabel.

—Está curado, te lo prometo.

Anthea sonrió.

—Solo me preocupo por usted, milady.

—Lo sé.

Anthea ayudó a Isabel a quitarse el vestido y le trajo un traje de montar azul medianoche.

—¿Le gustaría ponerse este hoy?

—Sí —dijo Isabel, radiante.

—Me alegra verla tan feliz, milady. ¿Están mejorando las cosas con la familia? No quiero ser indiscreta.

—Oh, por favor, Anthea. Eres parte de la familia. Hemos crecido juntas. No necesitas medir tus palabras. Pero sí, creo que las cosas finalmente están avanzando hacia una vida familiar normal.

—¿Y con el marqués también? —Anthea evitó su mirada.

Isabel levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Anthea se concentró en abotonar el traje de montar.

—Bueno, en la casa se comenta. Solo desean...

—¿Qué desean?

—Oh, no me haga caso. Son tonterías —dijo Anthea, agitando la mano y dando un paso atrás—. ¿Quiere que ajuste su peinado? No queremos que su cabello se suelte del sombrero, ¿verdad?

—Sí, por favor —dijo Isabel, sentándose frente al tocador.

Anthea empezó a sujetarle el cabello.

Isabel la observó atentamente antes de preguntar:

—¿Qué ibas a decir?

Anthea exhaló profundamente.

—Chismes de sirvientes. Nada importante.

Isabel se volvió hacia ella, deshaciendo el peinado.

—¿Todavía no les agrado?

—Oh, no. Todos piensan que es usted encantadora —dijo Anthea, girando a Isabel de nuevo.

—¿De veras?

—Sí —respondió, volviendo a peinarla—. Hablan de lo mucho que se preocupa por la casa y los inquilinos. Cómo recuerda cada uno de sus nombres, incluso el de las criadas. La aprecian mucho. Y es por eso que hablan.

Isabel miró a Anthea con gesto suplicante.

—¿De qué hablan?

—Es solo que... —Anthea la giró de nuevo, evidentemente incómoda—. Bueno, es un asunto delicado. No debería haber dicho nada.

Isabel frunció el ceño.

—Por favor...

Anthea colocó el último alfiler.

—Ya está.

Isabel se volvió hacia ella, con las cejas levantadas.

Anthea exhaló profundamente.

—Los sirvientes están inquietos. Las criadas y el ayuda de cámara del amo confirman algo de lo que no estoy enterada...

—Anthea, por favor, habla contestó total libertad.

Anthea miró hacia abajo, visiblemente sonrojada.

—Bueno, dicen que usted aún no ha compartido cama con el amo.

Isabel abrió la boca para decir algo, pero se quedó sin palabras. Sintió cómo la sangre se le escapaba del rostro. ¿De eso hablaban los sirvientes? ¿De qué más hablaban? De repente, se sintió ruborizada.

—¿Por qué...? ¿Cómo...?

—Lo siento. No debería haber dicho nada.

—No, por favor. Cuéntame. Quiero saber qué dicen.

Isabel hizo un gesto hacia una silla frente a ella. Anthea se sentó y jugueteó con los pliegues de su falda.

—Al principio, cuando no les caía bien... perdón, cuando desconfiaban de usted, pensaban que era como la anterior señora. No hablan mucho de ella, pero lo que dicen no es agradable. Pero ahora que ven lo maravillosa que es, desean más que nada tener un bebé en la casa... —Anthea miró alrededor y bajó la voz a un susurro conspirativo—. Incluso bromean con que deberían forzarles a estar juntos de alguna manera.

Isabel jadeó. Eso era más que inapropiado.

—Dios, ¿qué harían? ¿Encerrarnos en una bodega?

Anthea se encogió de hombros.

—Ahora que se lo he contado... ¿Quizás pueda decirme por qué el amo no comparte su cama? ¿Sufre de algún problema? —dijo en un tono bajo.

Isabel se inclinó hacia el borde de su asiento.

—¿Qué clase de problema?

Anthea se encogió de hombros.

—No lo sé. No estoy al tanto de esas cosas.

Isabel frunció el ceño, pensando que Rhys podría tener algún problema físico que le impidiera estar con ella. Aunque era una idea infundada. Él era el padre de Millie.

Isabel suspiró.

—No te preocupes, Anthea. Y por favor, dile a los demás que no hagan planes sobre esto. El heredero llegará a su debido tiempo. —«Al menos, rezo por ello», pensó para sí.

Llamaron a la puerta y Anthea se levantó de su asiento de un salto. Entonces entró Vane, sin esperar respuesta.

Anthea hizo una reverencia y salió apresurada.

Isabel sintió cómo sus mejillas y orejas se calentaban. Esperaba que Vane no hubiera oído lo que estaba discutiendo con Anthea. Ya estaba vestido para montar, pero su expresión era sombría.

Isabel pensaba que ya había superado su constante descontento. ¿Qué habría pasado?

—¿Estamos listos para irnos? —preguntó ella, intentando sonreír, sin éxito.

Vane hizo una mueca.

—He recibido una nota... Las nubes negras que vimos el otro día en el campo... Pues bien, tenía razón sobre la ubicación. Al parecer, ha estado lloviendo durante días en mi otra finca, Thornsby. Como resultado, la mitad del pueblo está inundada. Necesito ir a ver si puedo ayudar a los aldeanos de alguna manera.

Isabel se apresuró a levantarse.

—¿Debo ir contigo?

Vane esbozó una media sonrisa.

—No creo que puedas ser de mucha ayuda. Y esto requerirá unos días, así que no puedo llevarme a Millie tampoco.

—¿Entonces se quedará conmigo? —Una suave sonrisa se dibujó en sus labios. Conseguiría lo que quería, después de todo.

—Sí. Acabo de hablar con ella y no está muy contenta con la idea. Así que te sugiero que vayas con cuidado.

Isabel se irguió.

—Lo pasaremos muy bien.

Vane la miró como si no le creyera.

—Quizás tampoco deberías montar.

—¿Por qué? Le prometí a Millicent que lo haríamos. No quiero romper mi palabra.

—Me sentiría más tranquilo si te quedaras en casa, donde los sirvientes puedan ayudarte si algo ocurre.

Isabel sonrió.

—¿Te preocupas por Millicent o por mí?

Vane tragó saliva.

—Por ambas.

Isabel sintió que su corazón se inundaba de calidez. ¿Había él empezado a preocuparse por ella?

—Bueno, no tienes de qué preocuparte, te lo prometo.

Vane asintió, pero su rostro seguía desolado.

—Me esforzaré en regresar lo antes posible.

Hizo una reverencia y salió de la habitación.

Capítulo 17

Isabel decidió que no había razón para deprimirse solo porque su marido tenía asuntos urgentes en otra finca. Había prometido a Millicent un paseo por la propiedad y cumpliría su palabra.

Antes de que Millicent bajara, Isabel habló con la señora Ainsworth sobre las tareas del día. Conversó con la artista, Emmeline, que estaba pintando las paredes, y se dio cuenta de que su habitación estaba terminada. Solo necesitaba ventilarse unos días, y entonces Isabel estaría lista para trasladarse.

Era el momento perfecto. Ahora que Vane se había ido, Emmeline estaba libre para pintar su habitación, y quizás estaría terminada justo a tiempo para su regreso.

Al pasar junto al mayordomo, el señor Monroe, él le informó de que había un par de cartas en el estudio de su esposo sobre el puesto de institutriz y algunas cartas de la familia de Isabel.

Esta sonrió. Parecía que las cosas en casa estaban mejorando. Su marido había sido bastante agradable con ella últimamente, sus sirvientes parecían apreciarla y, aunque Millicent todavía era tímida con ella, Isabel tendría unos días para ganarse su confianza.

Isabel ya no estaba tan preocupada por su futuro. Y hoy podría escribir a su familia y a Evie para decirles que estaba disfrutando de su vida y que no se preocuparan. Y, por primera vez desde que se casó, no mentiría a sus seres queridos.

No todo era perfecto, por supuesto, pero nada lo era. Y esto era lo más cercano a la perfección que sospechaba que vería en esta casa.

Isabel también estaba emocionada por la próxima fiesta. Disfrutaba organizando fiestas y se le daba muy bien. Le encantaba enviar las invitaciones y pensar en las decoraciones y el menú. También le gustaba preparar juegos divertidos y planificar otras actividades. Esperaba con ansias dar la bienvenida a los miembros de la alta sociedad en su casa. Ser anfitriona era algo para lo que había nacido.

Quizás, podría interesar a Millicent para que la ayudase. Isabel había ayudado a su madre desde los ocho años. Millicent era más joven y no estaba interesada en actividades propias de damas, pero quizás Isabel encontraría una forma de convertirlo en un juego divertido.

Pero eso tendría que esperar. Primero, y ante todo, necesitaba estrechar lazos con la niña. Y si eso requería correr por el bosque y revolcarse en charcos, Isabel lo haría.

Millicent apareció en el vestíbulo con la señora Ainsworth llevándola del brazo.

—¿Vamos a dar un paseo? —preguntó, frunciendo el ceño. Probablemente pensaba que cambiarían sus planes por la ausencia de su padre. Pues estaba equivocada.

—Sí, vamos —respondió Isabel con una sonrisa.

La expresión de Millie se despejó de inmediato.

—¿Y Button?

Isabel suspiró.

—Y Button también.

Isabel pidió a dos lacayos que las acompañaran para cuidar del perro, y un mozo de cuadra llevó tanto la yegua de Isabel como el pony de Millie a un paso tranquilo.

Pasearon por la propiedad en silencio, y hasta Button, el animal normalmente excitado que no podía estarse quieto, caminaba en silencio junto al pony de Millicent. Era casi del mismo tamaño que el caballito, lo que Isabel encontraba bastante divertido.

Isabel decidió romper el silencio.

—Cuando yo era pequeña, no tenía ningún perro. Creo que es maravilloso que tengas a Button. Millicent la miró de reojo.

—¿Nunca tuviste un perro?

Isabel frunció el ceño, pensativa.

—Creo que teníamos perros de caza cuando era pequeña. Pero no los recuerdo.

—¿Con quién jugabas? —Millicent sonaba consternada.

—Bueno, tenía cinco hermanos.

Los ojos de Millie se abrieron de par en par.

—¿Cinco?

Isabel soltó una carcajada. Parecía que Millie no podía comprender que alguien tuviese tantos hermanos.

—Sí, cinco. Y solíamos jugar juntos todo el tiempo.

—¿Qué hacíais?

—Jugábamos, leíamos libros, íbamos de picnic.

—¿A qué jugabais?

—A muchas cosas. Fingíamos ser piratas y construíamos un barco en el bosque. Hacíamos duelos con palos como espadas. El escondite era uno de los juegos más populares, y nadie lograba encontrarme —dijo Isabel con orgullo.

Los ojos de Millie brillaron.

—¿Qué más hacíais?

—Oh, organizábamos torneos y lanzábamos piedras a... otras piedras más grandes.

Millicent entrecerró los ojos hacia Isabel.

—Dijiste que las damas no hacen eso.

Ah, así que ella le prestaba atención...

—Bueno, sí. Pero mira, crecí con cuatro hermanos, y ellos me enseñaron algunas actividades poco propias de una dama.

—¿Como mi papá me enseñó a mí!

—Exacto. Y los caballeros no siempre saben qué actividades son adecuadas para las damas y cuáles no. Por eso una dama necesita la educación de su institutriz.

Millicent frunció el ceño.

—¿Por qué los caballeros pueden hacer lo que quieran y las damas tienen que comportarse como damas?

Isabel parpadeó. No tenía una buena respuesta para esa pregunta. Entrecerró los ojos, pensativa.

—Bueno, hay muchas cosas que los caballeros tampoco pueden hacer. Hay reglas en esta sociedad que uno debe seguir. Sin embargo, solo porque no se permiten ciertas cosas en público, no significa que estén completamente prohibidas.

—¿No lo están?

—No. Al menos no con la familia.

Millicent pareció considerar esa idea antes de volverse de nuevo hacia Isabel.

—¿Eso significa que puedo lanzar piedras, nadar y hacer otras cosas poco propias de una dama

cunado estoy contigo?

El corazón de Isabel dio un salto en su pecho. ¿Millicent la consideraba de la familia?

—Sí —dijo Isabel con una sonrisa—. Puedes.

—¿Podemos hacerlo ahora?

Isabel miró su tobillo, aún inflamado, con una ligera mueca. Los sacrificios que se hacen por la familia...

—Sí, hagámoslo ahora.

Isabel y Millicent pasaron unas horas al aire libre lanzando piedras y jugando con Button a atrapar cosas. Luego fueron a visitar a los aldeanos. Isabel habló con los arrendatarios y pasó tiempo con su amiga Lilian, mientras Millie jugaba con los niños del pueblo.

Isabel no había imaginado que el día con Millicent, la niña taciturna y reservada que prefería la compañía de un perro y los sirvientes a la de Isabel, sería tan agradable.

Más tarde, cenaron juntas y luego pasaron una hora leyendo en la habitación de Millicent.

Cuando llegó el momento de que Millie se acostara, Isabel la arropó y se sentó al borde de la cama.

Millicent frunció el ceño.

—¿Vendrá papá a desearme buenas noches?

Isabel tragó saliva.

—No, querida. No esta noche. Sigue ocupándose de la finca de Thornsby, pero volverá pronto, te lo prometo.

—Entonces, ¿puedes pedirle a Edith que me cante? —preguntó Millie.

—Puedo cantarte yo, si quieres —dijo Isabel con suavidad.

Millie la miró, extrañada.

—Me gustaría que me cantara Edith.

Isabel sonrió, aunque sintió un nudo en la garganta.

—Por supuesto.

Arropó bien a Millicent, decepcionada. No debería sentirse herida por el rechazo de la niña. Solo habían pasado un día a solas. Seguramente le llevaría más tiempo ganarse la confianza de la pequeña.

Isabel se levantó, caminó hacia la puerta y tiró del cordón de la campanilla para llamar a los sirvientes. Edith llegó apresurada unos momentos después y Millicent sonrió de forma radiante.

—Buenas noches —susurró Isabel al salir de la habitación.

Vane tuvo un día difícil. Había estado preocupado por Millicent durante todo el viaje a la finca de Thornsby, pero todas sus preocupaciones se transformaron en horror en cuanto llegó.

La nota que había recibido no exageraba. Las consecuencias de la inundación eran devastadoras. Varias casas estaban afectadas, y algunos animales y provisiones se habían perdido.

Vane pasó unos días desembarrando las pertenencias de las personas de sus sótanos y asegurándose de que todos tuvieran un techo sobre sus cabezas durante las próximas semanas. Restaurar esas casas no sería una tarea fácil.

Envío una nota urgente a su abogado para que dispusiera enseguida una compensación para aquellos que habían perdido sus pertenencias o casas en la inundación.

Este incidente le hizo cuestionar la forma en que gestionaba sus fincas. Tenía administradores, sí. Pero no cuidaban las tierras y a los inquilinos como lo hacía Rhys. Necesitaba prestar más atención a sus tierras, aparte de la finca. Y ahora que tenía a Isabel para cuidar de la mansión,

quizás podría permitirse ausentarse en viajes más largos y pasar más tiempo fuera de su residencia principal.

Aun así, estaba agitado y nervioso cuando finalmente regresó a casa unos días después.

Quería ver a Millicent antes de que esta se durmiera. La había echado mucho de menos. Galopó todo el camino, aunque estaba agotado, y aún así llegó a casa bastante tarde por la noche. También estaba sucio, jadeante y cubierto de barro. Pero necesitaba ver a su hija y asegurarse de que todo estuviera bien.

Arrojó las riendas a manos de su mozo y entró a toda prisa.

El vestíbulo estaba extrañamente oscuro. El ominoso silencio en la casa aumentaba su ansiedad.

«Ha ocurrido de nuevo», susurraba su mente con cada latido de su corazón.

«Ha ocurrido de nuevo».

El mayordomo se acercó a él con los brazos extendidos.

La ansiedad subió como bilis hasta la garganta de Rhys.

Tragó saliva.

—Monroe. ¿Dónde está Millie?

—En su habitación, milord. Acaba de acostarse.

Rhys se quitó los guantes y el sombrero y se los entregó al mayordomo. Parte de su ansiedad disminuyó, pero aún temía hacer la siguiente pregunta.

—¿Y lady Isabel?

—También se ha acostado, milord.

Rhys suspiró con alivio.

—Voy a desearle buenas noches a Millie. Por favor, dígle a mi ayuda de cámara que me traiga ropa limpia y una toalla. Iré a lavarme en el arroyo. No es necesario molestar a las criadas para calentar un baño a estas horas.

Monroe asintió y Rhys subió las escaleras hacia la habitación de su hija.

Llamó a la puerta y entró sin esperar su respuesta, como solía hacer. Millie estaba en la cama, y Edith estaba sentada a su lado cantando. Millie lo miró con el ceño fruncido en cuanto él entró, su desaprobación era evidente.

El corazón de Rhys se llenó de ternura. Había echado de menos esa expresión severa. ¿Cómo había podido pasar tantos días sin verla?

—¿Cómo fue tu día, querida? —preguntó mientras se acercaba a la cama.

—¿Por qué estuviste fuera tanto tiempo? —Millie cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tenía cosas que hacer, Millie. Cosas importantes.

Edith se levantó en silencio, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Rhys se agachó frente a Millie.

—Soy un marqués, ¿recuerdas? Muchas personas dependen de mí.

Ella desvió la mirada deliberadamente.

Rhys suspiró.

—Eres la persona más importante de mi vida, querida. Lo sabes. Y te he echado mucho de menos. Pero no puedo descuidar mis tierras.

Ella no respondió.

—¿Lady Isabel te trató bien mientras estuve fuera? —preguntó él.

Millie continuó en silencio.

Rhys frunció el ceño, con su temor en aumento.

—¿Qué hizo ella? —preguntó esta vez con firmeza.

Millie se volvió hacia él, aún frunciendo el ceño.

—Nada. Salimos a cabalgar todos los días, luego jugamos y lanzamos piedras.

Rhys parpadeó.

—¿De verdad? Qué escándalo...

—Dijo que no es escandaloso mientras sea con la familia.

Algo se retorció en el estómago de Rhys. ¿Acaso su pequeña veía a Isabel como parte de su familia? Solo esperaba que su esposa fuera digna de ello.

—Tiene razón —murmuró mientras acariciaba la mejilla de su hija.

—¿Por qué estás sucio? —preguntó Millie con una mueca, pero luego estalló en risitas.

Rhys soltó una carcajada.

—Tuve que limpiar mucha suciedad esta semana, pequeña.

Millie sonrió y se acurrucó más bajo sus mantas.

—¿Me cantarás una canción?

Rhys asintió.

—Por supuesto, querida. Para eso vine.

La arropó y comenzó a cantar su nana favorita.

Rhys salió de la casa con el paquete de ropa limpia y toallas que su ayuda de cámara había preparado para él y se dirigió al arroyo. Solía bañarse allí en verano después de un día duro de trabajo con los granjeros, pero el clima aún era frío en primavera y el agua estaba casi helada.

Aun así, no tenía otra opción si quería quitarse la suciedad del día y acostarse en un estado relativamente limpio.

Se quitó la ropa y entró en el arroyo. El agua estaba tan fría que tuvo que apresurarse para que sus extremidades no se entumecieran. Una vez listo, se puso la ropa limpia y regresó a la casa, deseando una taza de chocolate caliente o leche junto al fuego.

«Al diablo el chocolate y el fuego», pensó después. Todo lo que quería era acurrucarse en su cama y dormir en una habitación cálida y acogedora hasta la mañana, sin interrupciones.

Llegó a la casa bastante rápido y subió los escalones de dos en dos. Al fin abrió la puerta de su habitación y... se quedó paralizado.

Si se quedaba allí el tiempo suficiente, se congelaría literalmente.

Rhys entró en la fría y oscura habitación, tratando de averiguar qué iba mal.

Se asomó a la chimenea solo para darse cuenta de que el fuego estaba apagado.

¿Qué demonios...?

¿Por qué no habían encendido la chimenea antes de su llegada? Para colmo, las ventanas estaban abiertas. Se acercó a una de ellas ventanas e intentó cerrarla, pero el marco estaba demasiado rígido. Vane tembló, ya fuera de frío o de irritación, posiblemente por ambos, y tiró del cordón de la campanilla.

Su ayuda de cámara apareció enseguida con una vela en la mano.

—¿Qué ha pasado aquí, David? ¿Por qué mi chimenea está apagada y las ventanas abiertas?

David, el ayuda de cámara de Rhys, acercó la vela a las paredes.

—¿No lo sabía, milord? Están pintando las paredes. Y como huele horrible, las ventanas deben estar abiertas unos días.

—¿Y cuándo terminaron de pintar mi habitación? —gruñó Rhys.

David tragó saliva.

—No han terminado aún. Deberían tardar unos días más.

¿Unos días, y luego otros más para ventilarla? Rhys apretó los dientes.

—¿Y dónde voy a dormir mientras tanto?

—Lo siento, milord, pensé que había aceptado que decoraran su habitación.

Rhys suspiró.

—Sí, pero aún así me gustaría tener un lugar donde dormir.

—La señora marquesa ordenó preparar otra habitación para usted, pero no esperábamos que llegara tan pronto. Las criadas no tuvieron tiempo suficiente para hacerlo. ¿Quiere despedirlas?

—Sus labios se torcieron, y había un brillo extraño en los ojos del sirviente. Sabía bien que Vane no despediría a nadie por este pequeño error.

—No, pero me gustaría que encontrara otra habitación donde pueda dormir. Preferiblemente una que no esté tan fría como esta.

David frunció los labios. Su comportamiento era cada vez más extraño. ¿Qué tramaba?

—Bueno, todas las demás habitaciones en este piso están siendo pintadas o no son aptas para pasar la noche —dijo el sirviente, y luego se calló como si estuviera pensando en el problema, aunque su expresión era demasiado teatral para ser real. A Rhys no le importaba. Estaba congelado y solo quería que el maldito ayuda de cámara llegara a una conclusión. Entonces, el rostro de David se iluminó y Vane suspiró, aliviado. Por fin.

—¿Y bien?

—No es la solución más conveniente, milord, pero es la única viable.

Rhys se frotó las manos para calentarlas.

—¿Sí?

—La habitación de la señora marquesa, la que está contigua a la suya, milord, está preparada, pero creo que la señora aún no se ha trasladado allí.

Rhys entrecerró los ojos ante el astuto ayuda de cámara, que casualmente se negaba a mirarlo a los ojos. Rhys habría reprendido a David por su comportamiento manipulador si no fuera porque los dientes le castañeaban.

—¡Maldita sea! —exclamó Rhys. —Sea lo que sea que estés tramando, tú ganas. Parece que no tengo otra opción.

Así que se dirigió hacia la puerta de la habitación contigua y entró.

Capítulo 18

«Querida Isabel:
Espero que esta carta te encuentre bien de salud y ánimo. Sé por tus cartas diarias, las cuales han sido un gran alivio para mí, que aunque la vida en la nueva finca es bastante agradable, aún no has compartido el lecho con tu marido. Sé que eres testaruda y no quieres tener al bruto en tu cama hasta que se disculpe por el comentario sobre la «evidencia». Sin embargo, si eso sucede y decides que lo aceptas en tu cama, lo cual sé que harás, porque deseas tener un hijo, este regalo podría suavizar su humor.

Con todo mi afecto,
Evie».

La nota había llegado temprano, acompañada de un paquete bellamente envuelto.

Después de acostar a Millie, Isabel fue al despacho de su marido y revisó las cartas de las posibles institutrices. Respondió a todas, pensando que algunas parecían prometedoras. Después, recogió su correspondencia personal y subió a su habitación.

Se había mudado a la cámara contigua a la habitación de su marido solo dos días antes, pero ya se sentía como en casa. Le encantaban los suaves colores de las paredes y los muebles robustos, pero cómodos. Su colcha también era nueva.

Así que se metió en la cama y leyó las cartas.

Sam había escrito que ella y el bebé estaban bien y que pronto estarían listas para viajar. Justo a tiempo para la fiesta en la casa. Gage escribió en su habitual estilo lacónico, prometiendo que habría problemas si Vane no la trataba bien. Y luego estaba la carta de Evie, que venía acompañada con el paquete.

Isabel lo desenvolvió con gran interés y sacó una tela delicada y semitransparente.

Frunció el ceño. ¿Una bufanda? ¿Qué se suponía que debía hacer con ella? La tomó en sus manos y la dejó caer al suelo.

No era una bufanda, Isabel se dio cuenta enseguida. Era el camisón más indecente que había visto jamás. No solo era translúcido, sino que, entre la abertura en la falda y el amplio escote, se preguntaba cómo cubriría algo en absoluto.

Isabel lo miró desde todos los ángulos y llegó a la improbable conclusión de que la costurera simplemente había olvidado coserle algunas piezas.

Aun así, la curiosidad ganó, y decidió probárselo.

Primero, estaba la ardua tarea de quitarse su vestido de día. Desvestirse sola sin una doncella no parecía una perspectiva placentera. Pero se negó a llamar a Anthea para que la ayudara, ya que no quería que nadie fuera testigo de su vergüenza al ponerse esa cinta que Evie llamaba camisón.

Si esa era la idea de su amiga de suavizar el humor de Vane, Isabel bien podría aparecer en su cama completamente desnuda.

Después de unos minutos de luchar con su vestido de día, finalmente logró quitárselo. Para entonces, sin embargo, estaba acalorada y sin aliento, y tuvo que refrescarse con el aguamanil.

Su cabello estaba todo desordenado, así que se quitó todos los alfileres y pasó unos minutos cepillándolo.

Ahora que era lo bastante tarde y no tenía más tareas que hacer, Isabel guardó su ropa de día y, vestida solo con su chemise, se acercó al camisón casi inexistente.

Isabel se dio cuenta de que había estado demorando la ocasión.

¿Por qué iba a ser reacia a ponerse el camisón? No era como si alguien fuera a verla con él puesto...

Respiró hondo. Supuso que ponérselo era reconocer que realmente deseaba tener la atención de Vane. Era doloroso admitir, incluso para sí misma, que quería que él la mirara con hambre en los ojos.

Con un suspiro de resignación, Isabel se quitó la chemise y se puso el nuevo camisón sin prisa. El material fresco y suave se deslizó sobre su piel, despertando sus sentidos. La piel se le puso de gallina, no por el frío, sino por la agradable sensación.

Isabel caminó hacia el espejo y se quedó helada.

¡Tenía razón! ¡El camisón no cubría nada en absoluto!

La prenda colgaba de sus hombros, cubriendo sus pechos apenas por encima de los pezones. La abertura en la falda dejaba ver sus piernas cada vez que daba un paso.

Isabel tuvo que admitir que se veía bastante atractiva, si esa era la palabra correcta para describirlo. Y se sentía más segura que si estuviera desnuda por completo.

Se dividió el cabello por la mitad y lo echó sobre sus hombros, cubriendo su cuerpo hasta la cintura.

Así. Eso estaba mejor.

Le gustaba su cabello. Era grueso y ligeramente rizado. Y con los pechos cubiertos, se veía un poco más modesta. Inclino la cabeza hacia un lado, examinando su reflejo.

Se giró de costado y estudió su perfil. Su trasero sobresalía con claridad, con el suave tejido delineando cada una de sus curvas.

No, nunca debería dejarse ver así frente a su marido. Era absolutamente indecente.

La puerta que conectaba sus habitaciones se abrió de repente.

Isabel soltó un gritito y miró alrededor, presa del pánico. Quería correr hacia su cama y cubrirse con las sábanas, pero antes de que pudiera reaccionar, Vane había entrado en su habitación.

¿No había dicho David que esa cámara estaba desocupada? El pequeño bastardo astuto... ¿Qué se proponía?

Isabel estaba frente al espejo, con expresión temerosa. Al principio, Rhys ignoró ese detalle, pensando que solo estaba asustada por su llegada. Pero entonces él la recorrió con su mirada y abrió los ojos como platos.

—¿Qué demonios llevas puesto?

Isabel cruzó los brazos sobre el pecho.

—Un camisón. ¿No te gusta?

Rhys parpadeó, olvidando por completo que estaba congelado hacía un instante. El castañeteo de sus dientes cesó y ahora temblaba por una razón completamente distinta.

—No lo veo —intentó decir con su habitual tono seco, pero su voz lo traicionó.

El camisón que ella llevaba era una pieza translúcida a través de la cual podía ver claramente la silueta de sus curvas. Una pierna se asomaba por una abertura que recorría la falda desde la cadera.

Podía imaginarse qué vista le esperaba desde arriba de su cintura si su oscura melena no cubriera la mayor parte de su cuerpo. Por un momento, su imaginación se desbordó con la

imagen de unos senos cremosos y suaves con sus pequeños picos rosados...

—¿Vane?

Él se lamió los labios, pues había empezado a salivar, antes de mirarla a los ojos.

—¿Estás sola?

Isabel lo miró, desconcertada.

—Iba a acostarme, así que sí, estoy sola.

Rhys observó la habitación. Tal vez estaba actuando como un loco, pero quería asegurarse de que no hubiera nadie detrás de las cortinas o en el vestidor. ¿Por qué otro motivo se vestiría ella de manera tan provocativa, justo antes de acostarse, y se mostraría tan asustada cuando él entró sin previo aviso?

El extraño comportamiento de su ayuda de cámara y su insistencia en que él pasara la noche en la habitación de su esposa también eran sospechosos.

Rhys caminó hacia la ventana y miró hacia afuera.

—¿Qué estás buscando? —La voz de Isabel sonaba confundida.

«Sí, estoy actuando como un lunático», pensó él.

—Veo que tus ventanas están en buen estado. —Se volvió hacia ella y cruzó los brazos sobre el pecho, apoyando el hombro contra el marco.

—¿Por qué no habrían de estarlo?

—Verás, al parecer, están pintando mi habitación y todas las ventanas están abiertas. Lo que significa que mi alcoba está helada. No puedo dormir allí. Y mi ayuda de cámara sugirió amablemente que pasara la noche en esta habitación.

Isabel parpadeó y abrió la boca como si fuera a decir algo. Luego la cerró y caminó hacia la habitación de él.

—¡Dios mío! ¡Hace tanto frío que parece el monte Snowden! —exclamó Isabel desde el interior del cuarto—. Mi habitación fue aireada recientemente, pero supongo que me mudé cuando ya estaba caldeada.

Ella volvió temblando y mordiéndose el labio inferior. Se apoyó contra la puerta, su falda todavía rozando sus tobillos y dándole a Rhys una vista deliciosa de sus piernas hasta las rodillas.

Maldita sea, su esposa era indudablemente atractiva... El calor lo invadió y sintió una familiar agitación en sus partes íntimas. Rhys se movió, incómodo, inclinándose ligeramente hacia adelante para ocultar el abultamiento que se formaba bajo sus pantalones. ¿Por qué estaba ella vestida así?

—Bueno, ordené a las criadas que te prepararan una habitación. ¿No lo hicieron? —preguntó Isabel con una vaga esperanza en los ojos.

Rhys trató de no sentirse ofendido por su nerviosismo. Después de todo, él fue quien le dijo que no la honraría visitando su lecho, a menos que le proporcionara pruebas de que no estaba embarazada.

—Mi ayuda de cámara me informó que todas las demás habitaciones están igual de frías que la mía —dijo Rhys—. Y me dijo que no estarán listas pronto. Y no iba a decirle que el ambiente en la habitación de mi esposa es igual de hostil.

Isabel frunció el ceño y luego soltó un suspiro de derrota.

—La mayoría de las habitaciones están siendo redecoradas. Quizás las criadas olvidaron... —Frunció el ceño de nuevo, sin creer del todo en su propia teoría. Caminó otra vez hacia su tocador, con la incomodidad evidente en su rostro. No debería estar paseándose con esa pieza de seda a la que llamaba camisón. La falda se agitaba alrededor de sus tobillos, descubriendo su

pierna derecha hasta el muslo al moverse. Isabel se apoyó en su tocador, y la pose hizo que la abertura del vestido se pronunciara aún más. Su cabello también se movió hacia atrás, dejando al descubierto el amplio escote.

Rhys parpadeó, sin querer apartar la mirada, aunque sabía que debía hacerlo. Isabel percibió su incomodidad, o quizás se dio cuenta de que nada podía evitar que su figura semidesnuda revelara demasiada piel mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—¿Dijiste que tu ayuda de cámara insistió en que pasases la noche en esta habitación?

—En realidad no insistió en que durmiese aquí, solo me informó que no había otra alcoba disponible.

—Hmm... ¿Todas las demás habitaciones están ocupadas o están siendo redecoradas?

—Parece que sí.

Isabel asintió.

—Debes de pensar que soy una señora de la casa del todo incompetente.

Rhys frunció el ceño. ¿A qué venía eso?

—Pero no es culpa mía. Al menos no en el sentido que piensas. —Ella suspiró y comenzó a caminar de nuevo—. Intento hacerme amiga de una niña de seis años y me tuerzo el tobillo. Intento darte herederos y me destierras hasta que pueda demostrar que no estoy embarazada.

—Desterrar no es exactamente lo que...

Isabel continuó hablando, sin prestarle atención.

—Y nuestros sirvientes piensan que soy incapaz de atraer a mi marido a mi cama, lo cual, seamos honestos, es cierto. Y deben de haber conspirado para engañarte y que duermas en mi habitación.

—¿Qué? —ladró Rhys, y dio un paso adelante.

Estaba fuera de sus cabales. Tenía que estarlo. ¿Por qué iban a entrometerse sus sirvientes en algo así?

Isabel asintió.

—Anthea, mi doncella, me dijo que habían comentado que no pasamos la noche juntos. Estoy completamente mortificada.

Se cubrió la cara con las manos.

—¿Fueron ellos también quienes te engañaron para que te pusieras ese camisón?

—¿Qué? ¡No! —Isabel descubrió su rostro sonrojado—. No, esto fue un regalo de una... amiga.

—¿Qué amiga? —Las sospechas de Rhys volvieron a golpearlo.

Isabel gimió.

—Necesito cambiarme ahora.

Rhys todavía no entendía por qué ella llevaba una prenda tan provocativa. No podía imaginar que fuera cómoda para dormir. Las mujeres llevaban cosas así por una sola razón: para quitárselas fácilmente después de unos pocos besos con sus amantes. El camisón también tuvo el efecto deseado en Rhys. Dudaba que eso fuera lo que ella quería, sin embargo. Él tampoco no deseaba pasar la noche con esta libertina semidesnuda. Pero, de alguna manera, disfrutaba incomodándola.

—¿Por qué? —le preguntó él entonces—. ¿No te lo pusiste para irte a la cama?

Ella se aclaró la garganta.

—Sí. Pero pensé que estaría sola.

—Permíteme ser sincero. Esa prenda es un desperdicio si nadie puede verla.

Isabel apretó más los brazos alrededor de sí misma.

—Voy a cambiarme —repitió con tono molesto.

Rhys soltó un suspiro.

—¿Eso significa que puedo pasar la noche en tu habitación? —dijo mientras ella caminaba hacia su vestidor.

Isabel asintió.

—Supongo que sí.

—Debería despedir a todos si lo que dices de nuestros sirvientes es cierto.

Isabel negó con la cabeza.

—Tienen buenas intenciones. Y es culpa tuya que actuaran de esta manera.

Él frunció el ceño.

—¿Por no acostarme contigo?

—Porque eres demasiado familiar con ellos. Pero sí, eso también —dijo ella tristemente y entró en su vestidor.

Rhys, solo en la habitación, la estudió una vez más. Era completamente diferente de cómo había sido antes. Los tonos verde oscuro y dorado se habían cambiado por colores más cálidos, las paredes eran acogedoras, y las cortinas caían con suavidad hasta el suelo. Incluso el aroma en la habitación era dulce y tierno. De repente, se dio cuenta de que le gustaría pasar sus noches aquí. Solo esperaba que su propia habitación fuera igual de encantadora.

Miró la cama y recordó que también necesitaba cambiarse de ropa. Era desagradable porque su camisa de dormir estaba en su habitación. Y no quería regresar a la gélida cámara, sobre todo, después de haberse excitado. Con un suspiro de resignación, regresó a su habitación y se cambió con rapidez. Cuando el frío se apoderó de su cuerpo, Rhys sintió cómo su deseo disminuía y su mente se aclaraba de su velo lujurioso.

Ahora Rhys podía contemplar la horrible realidad de que deseaba a su esposa. Anteriormente, cuando actuó de forma impulsiva y la besó en el parque, se había justificado diciendo que estaba enojado y que besarla era una forma de desahogar su ira. No golpearía a una mujer, pero el beso fue suficiente castigo. No era ingenuo ni tonto, pero estos pensamientos eran fáciles de mantener cuando no tenía más contacto con ella que cruzarse en el pasillo y cenar juntos dos veces al día.

Ahora que la había visto con aquel camisón, podía decir con certeza que la imagen de ella, con el cabello hasta la cintura, estaba grabada para siempre en su mente. Y mientras la recordara así, nunca podría decir con confianza que no la deseaba. Porque en cuanto se atreviera a mentirse a sí mismo, acudiría de inmediato al oscuro rincón de su mente y recordaría su imagen con la maldita prenda.

Cuando Rhys regresó a la habitación de su esposa, estaba de nuevo helado hasta los huesos. Mientras su cuerpo no estuviera en condiciones de excitarse, no haría ni diría nada de lo que se arrepintiera. Por suerte para él, Isabel ya estaba en su cama. Su camisón blanco y con volantes se asomaba ligeramente debajo de las sábanas, y su cabello estaba recogido bajo un horrible gorro de dormir.

Acostada así, enterrada en la enorme cama, debería haberle parecido absolutamente poco atractiva. Pero su mente rescató la imagen de su figura seductora y la exhibió ante sus ojos. Así que lo único que él podía ver mientras miraba su cuerpo envuelto era su piel suave y blanca y su pierna asomándose por la profunda abertura de una falda transparente.

Rhys sacudió la cabeza y caminó hacia la cama. Apagó las luces y se deslizó bajo las sábanas.

Capítulo 19

Isabel estaba acostada en la cama, temerosa de moverse por si rozaba las extremidades de su marido. Nunca había dormido en una cama con otra persona. Era extraño y un poco inquietante.

Con todos sus pensamientos y aspiraciones sobre seducir a su esposo, ahora que él estaba en el mismo lecho, se sentía completamente aterrada. Solo la idea de tener su alta y robusta figura a tan corta distancia, hacía que su corazón palpitara con fuerza y las palmas le sudaran. No, eso no la ayudaría a seducirlo.

Abandonando sus planes de seducción, Isabel se concentró en regular su respiración. ¿Cuáles eran las reglas de dormir en una cama con el marido? ¿Era grosero moverse demasiado? ¿Debía decir algo antes de girarse hacia el otro lado? ¿Estaba pensando demasiado en esto?

Isabel soltó un suspiro frustrado. Se había conducido por la alta sociedad con absoluta facilidad, pero siempre había tenido las reglas de la sociedad educada a las que recurrir. Sabía cuándo presentarse, de qué podía o no hablar, con quién debía asistir a la cena, e incluso cuántos bailes podía bailar con un caballero. Esta vida de casada era absolutamente confusa.

La madre de Isabel la había preparado para ser la anfitriona perfecta; le había enseñado a ser un miembro impecable de la sociedad. Pero lo único para lo que nadie la había preparado era para ser una esposa. Evie le había dado algunos consejos sobre cómo actuar en la cama con su marido, pero eso era para sus deberes maritales. ¿Cómo debía actuar cuando solo dormían?

—Puedes moverte —dijo la profunda voz de Vane, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Me has leído la mente? —Isabel se giró de lado para mirarlo—. ¿Cómo sabías que no estaba durmiendo?

—No te has movido desde que me metí en la cama. De hecho, no creo que ni siquiera hayas respirado. Pero no necesitas preocuparte. No te tocaré.

—No era eso lo que me preocupaba —murmuró Isabel.

—¿Qué te preocupaba?

El crujido de las sábanas y una hondonada en la cama indicaron que Vane se había girado para mirarla, pero Isabel no lo vio, salvo su silueta. Era enorme. Sus anchos hombros sobresalían de la cama, bloqueando su vista. El calor irradiaba de él, calentando a Isabel de pies a cabeza. Contuvo el aliento y las mariposas revolotearon en su estómago. ¿Por qué tenía tal efecto en ella?

Isabel trató de recordar lo que él le había preguntado. Ah, por qué estaba preocupada. Bueno, no podía decirle la verdad. ¿O sí? Decidió ser sincera.

—Me preocupaba interrumpir tu sueño si me movía... Nunca he dormido en la misma cama con nadie.

—Puedes moverte —repitió él, y se giró de nuevo.

¿Eso era todo? ¿Se acabó la conversación?

—Espera. —Vane giró la cabeza hacia ella—. ¿Nunca has dormido en una cama con alguien?

Isabel puso su mano bajo la mejilla y se acomodó bajo las sábanas.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque los amantes suelen pasar la noche en la misma cama.

Isabel puso los ojos en blanco, aunque él no podía verla. ¿Volvían a eso?

—Puedes interpretar esa información como desees —dijo Isabel—, ya que de todas formas no me creerás.

Vane soltó un gruñido. Hubo un momento de silencio antes de que hablara de nuevo.

—¿Cómo fueron tus días con Millie?

—Muy buenos. Disfruté de mi tiempo con ella y creo que se está encariñando conmigo.

—Yo también lo creo.

Isabel estudió su forma sombreada.

—¿De veras?

—Sí. Solo espero que no la decepciones.

Isabel contuvo un gemido. ¿Cómo se había ganado el desprecio de su marido? Y ella, que pensaba que ya habían superado eso...

—He recibido algunas respuestas de posibles institutrices —dijo—. Podemos entrevistar a un par de ellas en los próximos días.

—Has sido muy eficaz —declaró Vane.

Isabel soltó un suspiro.

—Soy bastante competente en muchas cosas.

Otro gruñido.

—No me crees —murmuró Isabel, mordiéndose el labio inferior. Se estaba frustrando con su frialdad e indiferencia hacia ella. Pero, más que eso, estaba cansada de su desprecio.

—Creo que tenemos mucho trabajo por delante —dijo Vane—. Y hará falta mucho más que respuestas de posibles institutrices para convencerme de tu competencia en lo que respecta a mi hija.

—No sé por qué la confianza y el respeto parecen estar fuera de tu alcance, pero me niego a dejar que me afecte, milord. Puedes examinar mi competencia todo lo que quieras. Mientras tanto, tengo una fiesta que organizar y una niña a la que educar. Buenas noches.

Isabel se dio la vuelta. Quizás se había equivocado al pensar que las cosas estaban mejorando en la casa. Su marido parecía ser tan obstinado como antes. No importaba. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, y encontrar una institutriz perfecta para Millie estaba en la cima de la lista.

—Creo que los niños deben ser disciplinados estrictamente —dijo la mujer mayor sentada frente a Isabel, con las manos decorosamente en su regazo y su apariencia impecable, sin un solo cabello fuera de lugar.

Isabel trató de sentarse más erguida ante la posible institutriz, la señora Pemberley.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo —dijo Isabel.

Esta era la décima entrevista en más de una semana, e Isabel estaba extremadamente cansada. Encontrar una institutriz adecuada no era una tarea fácil. Cada vez que pensaba que había encontrado a alguien, su marido la rechazaba. Él había objetado que dos de ellas eran demasiado jóvenes e inexpertas. Bueno, no podría criticar a la señora Pemberley por eso. La mujer había trabajado en el campo durante más de cuarenta años. Y a la tercera le había visto un brillo inexplicable en los ojos que a Vane no le había gustado. Isabel no había discutido con su marido, pero no había notado ningún brillo en los ojos de nadie y esperaba que él no lo viera también en la señora Pemberley.

La mujer era su última opción. Si no la contrataban, Isabel tendría que publicar un anuncio en el periódico una vez más y esperar semanas para reunir respuestas y realizar más entrevistas.

—Una dama debe comportarse como tal desde el nacimiento. La niña no debe hacer ruido innecesario. Debe ser invisible a menos que se la llame —continuó la señora Pemberley.

Isabel contuvo una mueca. No estaba de acuerdo con esa parte. Los niños eran niños. Necesitaban espacio para correr y jugar, cantar y bailar si lo deseaban. Pero todo esto debía hacerse lejos de los adultos, o al menos de los invitados. Así que tal vez eso era lo que la señora mayor quería decir con invisible. Isabel recordaba su infancia con cariño. Su familia era grande y muy ruidosa. Su hogar nunca estaba en silencio. Pero esto no se trataba de ella. A pesar de toda la diversión bulliciosa, Isabel fue criada como una dama desde el nacimiento. Millicent, por otro lado, no había tenido ese privilegio.

—¿Cuál es su opinión sobre la educación femenina? —preguntó Isabel.

—Una dama debe hablar al menos cuatro idiomas, conocer Debrett's de arriba abajo, servir un té impecable, tocar el pianoforte a la perfección, y dos instrumentos más de forma aceptable que sean apropiados para una dama, como el violín y el arpa. Su bordado debe ser impecable y debe saber pintar acuarelas.

—¿Y puede usted enseñar todo esto?

La señora Pemberley frunció los labios.

—No soy una dama. No poseo todo el conocimiento necesario. Creo que la tarea principal de una institutriz es enseñar a las niñas lo básico. La música, la danza y el arte no son mi fuerte. Sin embargo, siempre asisto a las lecciones con otros tutores para supervisar el comportamiento de mi alumna.

Isabel cerró su diario y se inclinó hacia la señora Pemberley.

—Debo ser bastante honesta con usted. Millie es... No está del todo lista para las lecciones de música y baile. Creo que necesita un poco de orientación. Necesita aprender modales, primero y ante todo. Y quizás solo lo básico.

Isabel había pasado unas pocas horas cada día en compañía de Millie desde su primera salida. Y por mucho que disfrutara pasar tiempo con la niña, nunca había logrado enseñarle nada útil. En el momento en que Isabel intentaba inculcarle disciplina, Millie se rebelaba de inmediato.

—Todo está interconectado, milady. El baile enseña a la dama la postura correcta, la música le enseña perseverancia, y las acuarelas le enseñan paciencia. No hay una sin la otra.

—Muy sabio. —Isabel sonrió. Le gustaba la señora mayor. Estar cerca de ella era como estar envuelta en un cálido abrazo maternal, aunque había rigidez en su voz y postura.

Era delgada y alta. Probablemente rondaba la cincuentena y aún tenía un paso ágil, aunque llevaba bastón.

—Señora Pemberley, muchas gracias por tomarse la molestia de viajar hasta aquí. Creo que es una candidata perfecta y sus recomendaciones son ejemplares. Pero mi marido es quien tomará la decisión final. ¿Estaría dispuesta a pasar la noche en una habitación de invitados y hablar con él al día siguiente?

—Oh, desde luego. De todos modos, soy demasiado vieja para viajar de inmediato a Londres. Agradezco su hospitalidad. Pero ¿puedo pedirle una cosa más antes de instalarme para pasar la noche?

—Por supuesto.

—Me gustaría conocer a la joven.

Isabel sonrió con rigidez. No le parecía en absoluto una buena idea. Pero quizá se equivocaba. Tal vez eso era exactamente lo que debían hacer antes de seleccionar a una institutriz.

—Desde luego.

Subieron a la habitación de Millicent un momento después. Millie estaba sentada con Edith,

hojeando sus libros.

—Buenas noches, Millicent —dijo Isabel con una sonrisa—. Quiero presentarte a la señora Pemberley. Señora Pemberley, esta es lady Millicent.

Millie levantó la cabeza para mirar a la señora mayor, pero no dijo una palabra.

—Lo cortés es saludar a la persona que te presentan —dijo suavemente la señora Pemberley.

Millicent se quedó mirándola. Isabel se movió incómoda.

—Le pido disculpas, pero, como ya le he dicho, aún no está preparada.

—No os preocupéis, milady. —La señora Pemberley sonrió y se acercó a Millicent—. ¿Y qué estáis haciendo, lady Millicent?

Millie bajó la vista hacia su libro.

—Leyendo.

—¿Le importa que le escuche leer?

Millie negó con la cabeza.

La señora Pemberley se acomodó junto a Millicent y escuchó mientras Millie recitaba de memoria los pasajes del libro, pasando las páginas en todos los lugares adecuados.

Isabel se quedó de pie en la puerta, observando a la pareja leer. La señora Pemberley murmuró algo, y Millicent se enderezó enseguida en la silla.

Isabel parpadeó sorprendida. Aquella señora hacía verdaderos milagros.

Isabel fue en busca de Vane para darle la buena noticia. Pensaba que la señora Pemberley era una candidata perfecta para institutriz, pero necesitaba obtener la aprobación de Vane antes de poder contratarla.

El marqués no estaba en ninguna parte de la casa, aunque era bastante tarde y normalmente ya estaba de vuelta a esas horas.

Isabel se acercó al mayordomo.

—Señor Monroe, ¿ha visto a mi marido?

—Sí, milady. Ha ido a bañarse en el arroyo.

Isabel miró por la ventana y al instante se abrazó. El tiempo era sombrío, y no podía hacer calor. Entonces, ¿por qué se lavaba en el arroyo en vez de en la casa?

—Gracias, señor Monroe.

Se echó un chal sobre los hombros y fue en busca de su marido. El viento soplaba directamente en su cara, ralentizando su paso. Ahora que lo pensaba, debería haber esperado dentro de la casa. ¿Y qué esperaba conseguir dándole caza?

Sin embargo, no era de las que se echaban atrás ante un desafío. Y quizá el aire fresco del campo era exactamente lo que necesitaba. Levantó la cabeza hacia el cielo, disfrutando de su paseo y pensando en todas las cosas que podría enseñar a Millie una vez comenzada su educación.

Una leve sonrisa adornó sus labios. Cuando Isabel era más joven, le había encantado enseñar a su hermana pequeña Samantha todo lo que sabía.

Con todas las dificultades de sus vidas y todas las obligaciones de Isabel, se había olvidado por completo de lo mucho que le gustaba pasar el tiempo enseñando a Sam.

Isabel siempre había querido tener una hija. Cuando las circunstancias cambiaron y se vio obligada a abrazar la soltería, se había olvidado de sus sueños, pero siempre estaban ahí, en el fondo de su mente. Y ahora tal vez pudiera tener por fin su sueño.

Isabel se acercó al bosque unos diez minutos después. Miró a su alrededor, preguntándose si no habría visto a su marido. No había nadie cerca, y no vio pasos que la llevaran de vuelta a la casa.

Si su marido seguía en el arroyo, iría a reunirse con él allí. Se adentró en el bosque y se dirigió

hacia el merendero, con la esperanza de que fuera allí donde él había decidido bañarse.

Solo cuando llegó al lugar comprendió su insensatez.

¡Su marido se estaba bañando en el arroyo!

¿Qué debía hacer cuando lo encontrara? ¿Ayudarle a lavarse? Soltó una risita y se le calentó la cara ante la idea. Tal vez ya hubiera terminado.

Buscó en la orilla, pero no vio a Vane. ¿Se había marchado ya? ¿Se lo había perdido?

Se volvió hacia el agua y le vio al instante. ¿Cómo no iba a verlo?

Estaba hasta la cintura, salpicándose la cara y los hombros.

Isabel se quedó con la boca seca. Su marido era absolutamente magnífico. Le brillaban los músculos, tenía los hombros grandes y poderosos y el pecho cubierto de vello oscuro que se adelgazaba en el vientre plano y definido. Su mirada siguió más abajo, pero el agua cubría el resto de él. Isabel no pudo evitar desear ver más.

Se sorprendió a sí misma y cerró los ojos. ¿Qué estaba haciendo?

Oyó más chapoteos y abrió los ojos justo a tiempo para ver a Vane saliendo del agua. Caminaba hacia la orilla, con el agua corriendo por su cuerpo resbaladizo en forma de riachuelos. Su mirada se deslizó hacia el lugar que había entre sus piernas. Una mata de pelo cubría un diminuto apéndice.

Oh...

Isabel solo había visto esa parte de la anatomía masculina una vez, y no la recordaba demasiado. De algún modo había pensado que sería más grande.

Cuando Vane se alejó un poco más del agua, su mirada se distrajo con sus muslos, los poderosos muslos de un jinete experto.

Isabel se quedó inmóvil, observando a su marido en todo su esplendor desnudo. Unos pasos más y llegó a la orilla.

«¡Ay, Señor! ¿Qué estoy haciendo?».

Isabel se dio la vuelta y se tapó los ojos con las manos. Sentía la cara caliente al tacto y una gran vergüenza se apoderó de su pecho. Tenía que marcharse, y rápido. Antes de que Vane se diera cuenta de que lo estaba observando como una completa perversa.

Dio un paso y tropezó con las faldas. Se agarró a un árbol cercano, pero ya era demasiado tarde.

El ruido debió de llamar la atención de Vane, porque gritó:

—¿Quién está ahí?

Isabel hizo una mueca. No podía seguir escondiéndose de él y luego esperar huir del hombre de vuelta a casa. Se levantó las faldas y subió a la orilla.

—Soy yo.

Para su alivio, Vane ya se había puesto los calzones y las botas, aunque seguía desnudo de cintura para arriba.

Vane miró a su alrededor.

—¿Qué haces aquí?

Isabel no podía apartar los ojos de su musculoso pecho. Sus pezones se endurecían en picos por el frío, y su piel estaba cubierta de piel de gallina, pero tenía un aspecto deliciosamente apetecible.

—Necesitaba hablar contigo —le dijo al pecho.

Vane se inclinó lentamente, cogió su camisa y se la echó sobre los hombros. Isabel lamentó la pérdida de la visión de su piel resbaladiza y desnuda. No le habría importado volver a echarle un vistazo mientras hablaban.

Él se puso el abrigo, sin preocuparse del chaleco, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y bien?

Isabel intentó concentrarse.

—¿Por qué te bañas en el arroyo? Debe de hacer un frío incómodo. —Acercó los extremos de su chal porque, justo al decirlo, el viento le refrescó los brazos y las mejillas acaloradas.

—Porque mi habitación aún está por decorar, y allí hace tanto frío como aquí. Al bañarme aquí, evito que las criadas calienten el agua y preparen el baño.

—Oh. Qué considerado eres.

—¿Preferirías que me bañara en tu habitación?

Sí. Muchísimo. Las mejillas de Isabel se encendieron aún más. Agitó una mano para desechar las ideas licenciosas de su cabeza.

—Volvamos a la casa. Debes de estar helado.

Vane recogió sus cosas en silencio y le indicó el camino.

—Así que, ¿a qué debo tu inesperada visita?

Claro. A la institutriz.

—Creo que he encontrado a la institutriz perfecta para Millie.

—¿La has encontrado?

—Sí, está muy bien informada y armada. Ya ha conocido a Millie y creo que han congeniado.

Vane enarcó una ceja.

—¿Conoció a Millicent?

—Sí.

—¿Y Millicent no se enfadó ni se disgustó?

—Bueno, no le echó encima a Button, así que yo lo consideraría un éxito.

Vane soltó una risita.

—Muy bien. Me gustaría conocer a este mirlo blanco.

—La alojé en una habitación de invitados para pasar la noche. Ha viajado desde Londres para esta entrevista y no podía echarla. Así que tendrás la oportunidad de conocerla mañana por la mañana.

—Bien.

Recorrieron parte del camino en silencio. Casi habían llegado a la casa cuando él volvió a hablar.

—¿Eso es todo lo que tenías que decir?

—Sí. Estaba muy entusiasmada con esta nueva institutriz. Tenía que decírtelo.

—Hmm —se rascó la mandíbula—. Y yo que pensaba que habías venido a mirarme el torso desnudo... Tienes suerte de haber llegado cuando lo hiciste y no antes.

Isabel se mordió el labio inferior con dolor. Si él supiera...

Capítulo 20

Algo malvado brilló en los ojos de Isabel. Se había puesto muy colorada desde que él la vio en la orilla del arroyo, y su rubor aumentó cuando Vane hizo el comentario sobre su torso desnudo. Parecía tímida, casi avergonzada. Había imaginado que tenía bastante experiencia si había sido amante de Stanhope durante más de una década, y no esperaba que se ruborizara por el pecho desnudo de Vane.

—Al menos ahora estamos en paz —dijo mientras subían las escaleras hacia el primer piso.

Ella lo miró con evidente confusión. Ah, aún no se había dado cuenta. Él sonrió satisfecho y la condujo a su dormitorio. Le abrió la puerta y ella entró deslizándose con lentitud.

—Si te refieres a la primera noche que compartimos esta habitación, me veo obligado a recordarte que yo no estaba ni mucho menos tan desvestido como tú.

Rhys sonrió, recordando el endeble camisón y cómo abrazaba sus curvas de mujer.

—Gracias por el recordatorio. Pero no, no me refería a eso.

Se adentró en la habitación y se sentó en la cama.

—¿A qué te referías?

—A la primera vez que nos vimos —dijo con sencillez.

Isabel frunció el ceño.

—¿Te refieres a que me empujaste en el baile?

—En primer lugar, tú me empujaste a mí. Y en segundo lugar, no fue la primera vez que nos vimos. —Vane se permitió una lenta sonrisa.

Ella parecía totalmente confundida.

—¿No?

—No.

Isabel levantó las cejas.

—Por favor, ilumíname.

Rhys apoyó las caderas en el borde de la mesa del tocador.

—Nos conocimos en el arroyo. En la finca de tu padre.

—¿En mi...? —Entrecerró los ojos—. ¿Estás contando otra vez esa historia que contaste durante nuestro desayuno de bodas?

Rhys enarcó una ceja.

—¿La recuerdas?

Ella lo miró extrañada.

—Claro que sí. Y te he preguntado al respecto.

—Y te he dicho la verdad. Dije que una vez conocí a una chica igual. Me refería a ti.

Isabel parecía bastante confusa.

—Tenía diecinueve años. Y estaba nadando en mi turno.

—Bueno, no podía contárselo muy bien a los invitados de nuestra boda.

—Y el chico que conocí era más joven que yo —Rhys hizo una mueca—, ¡y se llamaba Thomas!

Rhys soltó una risita.

—Ay, buen Dios. ¿Sabes cómo me llamo?

Ella se echó hacia atrás, ofendida.

—Claro que sé cómo te llamas.

—¿Mi nombre completo?

—Vizconde Carlton, quinto marqués de Vane.

—Esos son mis títulos. ¿Y mi nombre?

Isabel puso los ojos en blanco.

—Thomas Rhys Townsend.

—Sí, ¿cuál era el primero?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Thom-Thomas? ¡Pero no puede ser! —Ella lo miró con intensidad.

—Sí, he madurado un poco desde entonces.

—¡Yo diría que sí! Mírate. —Le hizo un gesto con la mano.

Rhys ahogó una sonrisa.

—Tú, en cambio, no has cambiado nada.

—Oh, por favor. —Ella ni siquiera sonrió, todo su ser estaba concentrado en encontrar algo familiar en él—. Pero... Tú no eras marqués.

—No, pero mi tío sí lo era. Lo heredé antes de cumplir veinte años.

Ella frunció el ceño, pensativa, y luego sus rasgos adoptaron una expresión de horror.

—Eres más joven que yo.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—¡Mucho más joven!

—No tanto...

—¡Oh, Señor! —Isabel empezó a pasearse por la habitación—. ¿Qué estará diciendo la gente de mí?

—Probablemente que eras una zorrita astuta para arrebatarse a un marqués tan apuesto —dijo él con suficiencia.

—Oh, silencio. Eres... eres mucho más joven.

—Para. —Caminó hacia ella y la cogió por los hombros, girándola para que le mirara—. Eso no importa. Ya estamos casados. Además, después del escándalo de nuestros esponsales, ¿de verdad crees que algo más puede eclipsarlo?

Isabel negó con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de él.

—Bien, entonces. —Él le soltó los hombros y se apartó.

Ella se acarició los hombros donde él acababa de sujetarla mientras lo miraba.

—Dime qué ha pasado... —Su voz se volvió suave.

—¿Dónde?

—No dónde, sino cuándo. Después de... Quiero decir, hace una década que no te veo. ¿Qué ocurrió durante esos diez años?

Rhys hizo una mueca.

—No creo que sea necesario repetirlo.

—Thomas...

Rhys sacudió la cabeza.

—Nadie me llama así. No me llaman así desde el día en que... desde hace mucho tiempo.

—¿Desde qué día?

Desde el día en que se había alejado para siempre de la finca de su padre. Desde el día en que

su padre había muerto. Desde el día en que todo había cambiado. Él no respondió.

Tras un momento de silencio, preguntó:

—¿Cómo te llama la gente?

—Vane.

Isabel tragó saliva.

—¿Y un nombre de pila?

—Si es necesario... prefiero Rhys.

—Me gusta Rhys.

Su nombre en su lengua hizo que su corazón se estremeciera. Ahora lo miraba de forma extraña, como si volviera a aprender sus rasgos, y Rhys se sintió incómodo bajo su mirada atenta.

—Es tarde —farfulló, y se aclaró la garganta—. Quizá deberíamos irnos a la cama.

Sin esperar su respuesta, entró en su dormitorio. Necesitaba cambiarse de ropa. Y quizá también de corazón.

Isabel no daba crédito a lo que oía. Su amigo de hacía mucho tiempo, Thomas, era efectivamente su marido. ¿Por qué no había dicho nada antes?

Lo recordaba como un joven desgarrado que la había seguido durante un par de veranos antes de desaparecer. Hacía más de una década que no lo veía.

Se había convertido en un magnífico espécimen de hombre. No se culpaba por no haberle reconocido. Pero él siempre lo había sabido. Le había contado la historia de su encuentro en su boda.

Isabel llamó a Anthea y se puso el camisón. Se metió bajo las sábanas, esperando a que volviera su marido. ¿Cómo iba a poder mirarle de la misma manera ahora que lo sabía? Cada vez que le veía, veía al joven sonriente y tímido que había sido. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué le había vuelto tan severo y hosco?

La puerta se abrió y Vane —no, Rhys— entró en la habitación. Apagó las velas y se acomodó en la cama. Isabel no pudo evitar seguir con la mirada todos sus movimientos. Aquel hombre alto, de hombros anchos y ceño siempre fruncido, no podía ser su vecino bonachón, ¿verdad?

—Buenas noches —murmuró y se apartó de ella. Isabel miró su figura perfilada, aún incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Nos separamos como amigos —dijo finalmente Isabel.

—¿Perdón? —Él seguía sin volverse para mirarla.

—Que yo recuerde, nos separamos como amigos —repitió ella—. Estoy intentando averiguar en qué momento de tu vida te convertiste en un anciano huraño, porque seguramente te recuerdo como un joven amante de la vida.

—Claro que sí. —Por fin se volvió hacia ella—. Era un joven idiota encaprichado que no podía dejar de sonreír al ver tu cara.

Isabel parpadeó.

—¿Estabas encaprichado de mí?

Sintió que fruncía el ceño.

—Creía que lo sabías.

—Sabía que estabas encaprichado de mí. Pero creía que era en plan fraternal. —Se burló—. ¡Eras tan joven!

Rhys dejó escapar un suspiro cansado.

—Solo soy cuatro años más joven que tú. No es una diferencia tan grande.

—Quizá ahora no lo sea, aunque yo diría que sí, ¡pero yo tenía diecinueve años cuando nos

conocimos! Tú solo tenías quince.

Rhys se encogió de hombros.

—Quizá.

Isabel respiró hondo. No se podía discutir con el obstinado marqués.

—¿Por eso estabas tan enfadado conmigo cuando nos conocimos en el baile? ¿Porque no te correspondí hace más de una década?

Rhys resopló.

—No soy tan mezquino.

—Entonces, ¿por qué?

No respondió. Isabel dejó escapar un suspiro de cansancio. Hablar con su marido era como arrancarse una muela.

—Dime una cosa, si estabas tan encaprichado de mí y no creías que nuestra diferencia de edad fuera un obstáculo importante, ¿por qué no dijiste nada?

—Casi lo hice —dijo irritado, pasándose una mano por el pelo—. Era demasiado joven cuando nos conocimos, pero ni siquiera durante mis años en Eton pude olvidarte. Así que cuando cumplí diecinueve años, volví. Pensé que estarías más dispuesta a cortejarme, ya que era mayor de edad. Era un caballero educado, más digno de ti.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó ella, cautivada por su voz grave.

—Vine a tu finca y pedí verte, pero no estabas en casa —tragó saliva—. Pensé que tal vez estabas en tu lugar favorito junto al arroyo, así que fui a buscarte. Cuando te encontré... No estabas sola.

Hubo una larga pausa.

—¿Con quién estaba?

Su voz se volvió ronca.

—Estabas en un acalorado abrazo con el conde de Stanhope.

Isabel casi se traga la lengua. No podía ser. Oh, Señor, por favor, que no sea cierto. ¿La había visto con Stanhope el día exacto en que...?

Isabel sacudió la cabeza.

—Oh, Señor.

—Sí —él asintió para dar énfasis.

Isabel rodó sobre la espalda y se cubrió la cara acalorada con las manos. No era suficiente. Quería taparse con una almohada. O esconderse debajo de la cama. O caer en el olvido.

—¿Has sido testigo?

—Me temo que sí. Al principio, pensé que te estaba forzando... Me enfadé e iba a intervenir, pero tú le susurraste algo. Y él te llamó... cariño —a Rhys se le quebró la voz y se quedó en silencio.

Isabel se quedó así, con la mente en blanco, sin querer revivir la aterradora realidad de que la única vez que había actuado de forma licenciosa había sido presenciada, ¡y nada menos que por su futuro marido! Nunca se recuperaría de la mortificación que sintió en aquel momento.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. Se volvió hacia él.

—¿Y esa es la base de todas tus acusaciones? ¿Indiscreción juvenil?

—No, es...

—Me gustaría saber si fuiste tan casto durante toda tu juventud, mientras paseabas por clubes y...

—¡Era casto! —rugió—. Te estaba esperando.

—¿Qué? —la voz de Isabel se hizo pequeña.

—Pensé... No importa lo que pensé. Pero era casto cuando fui a verte aquel día, no es que importe. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello ni en ti. Aquel día me fui y me enteré de que mi tío y mi padre habían muerto en un accidente —hizo una pausa—. Me convertí en tutor de mi sobrino el marqués... Y entonces él también falleció unas semanas después a causa de la fiebre. Por aquel entonces, mi mente no estaba en nuestro noviazgo ni en nada relacionado contigo. No sabía qué había sido de ti ni si te habías casado. Unos meses después, conocí a una chica de una finca vecina y me casé con ella. Seguí adelante.

Isabel tragó saliva. Tenía una extraña sensación en la boca del estómago.

—¿Estabas enamorado de ella? —su voz era curiosamente aguda.

—Al principio creía que sí. Pero no importa. Esa indiscreción juvenil, como tú la llamas, no es —y nunca fue— la razón de mi frialdad hacia ti. Bueno, tal vez un poco. Al fin y al cabo, aplastaste mis sueños de juventud. Pero no te hagas la inocente desde que te volví a ver con Stanhope en aquel baile y una vez más en nuestro desayuno de bodas. No me digas que no habéis continuado vuestra relación, aunque ahora sea un hombre casado.

Su voz se volvió fría, e Isabel se estremeció.

—Para tu información, aquella noche en el baile fue la primera vez en años que conversé con Stanhope durante más de un saludo de diez segundos. No fui a su encuentro. Me abordó en la alcoba. Me alejaba de él a toda prisa cuando tropecé contigo. Y sé que no me crees, así que eres libre de pensar lo que quieras —ella resopló y se apartó de él.

—¿Qué hizo qué? —la pregunta de Rhys fue más bien un gruñido.

—Oh, ahora te interesa. Pues no quiero seguir hablando contigo.

—Date la vuelta.

—No.

—Date la vuelta. Quiero verte la cara cuando te hable.

—Pues no quiero hablar contigo.

Isabel chilló cuando Rhys la cogió por la cintura y la giró hacia él.

—¿Qué ha hecho? —gruñó.

—¿En qué eres mejor que él, arrastrándome como un bruto?

—Bueno, me casé contigo, así que tengo derecho a mangonearte.

—¡Bruto arrogante! —Isabel le empujó el pecho. Él no se movió. Al contrario, le rodeó la cintura con los brazos.

—Cuéntame —la tranquilizó, con voz suave.

Isabel se estremeció ante el agradable timbre de su voz. Allí, en la habitación oscura, rodeada por el calor del cuerpo de su marido, sintió la respuesta a él en lo más profundo de su alma. En vez de apartarlo, quiso apretarse contra su pecho tranquilizador, duro y cálido, y contarle todos sus problemas. ¿Qué le estaba haciendo?

—No quiero decírtelo —mintió, con la voz curiosamente entrecortada.

Sus brazos se tensaron aún más, acercando peligrosamente su cuerpo al de él.

—Dímelo, o tendré que cazarlo y preguntárselo yo mismo.

Isabel puso los ojos en blanco, aunque en el fondo disfrutaba con aquella muestra de protección.

—Me besó —respondió ella—. Pero me encargué de ello.

—¿Cómo?

Isabel sonrió socarronamente, aunque él no pudo verlo.

—Le di una patada y me soltó.

Una risa profunda sacudió el cuerpo de Rhys, e Isabel lo sintió como un terremoto. De repente,

bajó la cabeza y la besó ligeramente en la nariz.

—Buena chica —susurró, luego la soltó y se dio la vuelta.

Isabel parpadeó, sintiendo frío y soledad sin los brazos de su marido a su alrededor. ¡Qué canalla era su marido! Le enseñó lo agradable que podía ser que la estrecharan entre sus brazos y luego se lo quitó en cuestión de segundos.

Rhys se despertó sobresaltado en mitad de la noche. ¿Qué le había despertado? Estaba acostumbrado a levantarse con las primeras luces del alba, pero cuando su mirada viajó hacia la ventana, no había ni una línea de luz a la vista. Incluso la luna se ocultaba tras las nubes.

Tembló en el fresco aire nocturno, preguntándose por qué no estaba cubierto con sábanas. Se dio la vuelta e inmediatamente chocó con algo, o más bien con alguien. Su mente tardó un momento en procesar lo que ocurría antes de recordar que no estaba en su propia cama. Estaba durmiendo con su mujer, en su habitación, en su cama.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, intentando comprender con qué parte del cuerpo se había chocado. Cuando por fin sus ojos se adaptaron a la penumbra de la habitación, casi se ríe a carcajadas. Apretó los labios y sacudió la cabeza.

La mitad de la enorme cama con dosel estaba completamente vacía, mientras Isabel, su encantadora esposa, yacía acurrucada a su lado. Lo más divertido era que ella acaparaba las sábanas, las metía entre las piernas y las abrazaba contra sí. Como resultado, la mayor parte de su cuerpo estaba al descubierto, y no quedaba sábana suficiente para calentar a Rhys.

¿Esto ocurría todas las noches que Rhys dormía con ella? No era de extrañar que la mayoría de las mañanas se despertara con frío y cansado. Qué dormilona tan egoísta era.

Se le escaparon algunos mechones de pelo y Rhys movió los dedos para recogerlos. En lugar de eso, se tumbó de lado, se apoyó en el codo y la observó dormir. Parecía tan inocente.

Se le había subido el camisón, dejando al descubierto sus deliciosas pantorrillas y sus pies. Vane quería pasarle los dedos por las piernas. Solo una caricia. Pero se resistió.

Volvió a mirar su rostro dormido. Tenía los labios hinchados y las pestañas le temblaban ligeramente.

¿Podría haber sido de otra manera? Si por un milagro se hubiera enamorado de él cuando eran jóvenes y se hubieran casado entonces, ¿podrían seguir felizmente casados ahora? ¿O su matrimonio se habría vuelto amargo como el de él y Abigail? Suponía que no había forma de saberlo con certeza y que no había razón para pensar en el pasado.

Pero ¿había alguna forma de hacer que su matrimonio fuera diferente ahora? Rhys cerró los ojos y bajó la cabeza hacia la almohada. Parecía que aquellos sueños infantiles no se le habían escapado del todo. En el fondo, seguía siendo un joven ingenuo que soñaba con el amor.

Pero debería saberlo. Isabel no lo amaba, no como lo había amado Abigail. Amar a alguien invitaba al dolor, la miseria y el arrepentimiento. Rhys se conocía demasiado bien. No podía dejar que las emociones entraran en su corazón. No podía volver a sufrir un desengaño amoroso.

Tenía a Millie para darle su amor, y eso debería bastarle. La última vez que le rompieron el corazón, descuidó a la única persona que le importaba, y no podía permitir que eso volviera a suceder.

Capítulo 21

La casa bullía de preparativos para la fiesta que se avecinaba. Isabel había decorado todo en tonos suaves y claros y había llenado la casa de flores. Las flores mejoraban todo.

Por primera vez desde que Isabel se casó con Vane, todo iba sobre ruedas. Bueno, casi sin problemas.

Millie los miraba con frialdad por haber contratado a una institutriz. Isabel pensó que estaría contenta porque parecía llevarse bien con la señora Pemberley, pero la niña había dicho varias veces que no le gustaba su nueva institutriz y que no quería pasarse el día estudiando. Incluso le suplicó a Isabel que dejara las clases, pero Isabel insistió en que Millie necesitaba conocer la etiqueta antes de que llegaran los invitados.

La verdad es que Isabel no podía hacer nada. Se acercaba la fiesta en casa y Millie no solo necesitaba conocer las normas de etiqueta, sino también alguien que la cuidara durante la fiesta.

Cuando se celebraban grandes fiestas en casa, siempre se separaba a los niños, e Isabel sabía que vería a Millicent incluso menos que ahora. Isabel se aseguraba de sacar a Millicent de clase y pasar con ella una o dos horas cada día. Normalmente pasaban el tiempo en el jardín, seleccionando flores para la casa. Una vez Isabel llevó a Millicent a una feria, y esta corrió de un lado a otro, mirando todos los puestos con entusiasmo.

Ahora, Isabel había decidido llevarse a Millie con ella mientras daba una vuelta por el pueblo.

Isabel se puso un sombrero.

—Señora Ainsworth, ¿ha envuelto las almendras saladas para el viaje?

—Sí, lo hice —la mujer asintió.

Desde que recibió la receta, Isabel había pedido a su cocinera que hiciera unas cuantas tandas de almendras saladas al día. Con el tiempo, la cocinera perfeccionó la receta, de modo que ahora las almendras sabían aún mejor.

Isabel se dio cuenta de que le gustaba mucho el nuevo brebaje y pensó servir unas cuantas tandas también durante la fiesta en la casa. Pero, sobre todo, le pidió a su cocinera que preparara algunas cada día para poder llevárselas en su visita a Lilian.

Lilian estaba ocupada con sus cinco hijos y todas sus obligaciones, así que lo único que Isabel podía hacer para ayudarla era proporcionarle golosinas que le gustaran.

Un momento después, Millicent bajó con cautela las escaleras. Isabel apenas pudo reprimir la sonrisa. Millie iba vestida como una señorita y ahora también caminaba como tal. ¡La señora Pemberley estaba haciendo milagros con la niña!

Aunque, si Isabel era sincera, echaba de menos las zancadas galopantes de Millie escaleras abajo.

La mayoría de los días, Vane se llevaba a Button al campo, así que Isabel comprendía el mal humor de Millie. Le habían quitado a su cachorro y se veía obligada a quedarse en casa cuando el tiempo empezaba a ser cálido.

—¿Estás lista para nuestro viaje? —preguntó Isabel.

Millicent jugueteó con los lazos de su sombrero.

—Sí.

La señora Pemberley apareció detrás de ella.

—Buen viaje, milady.

Isabel asintió y metió a Millicent en el carruaje. Millicent miró por la ventana durante todo el viaje.

Isabel se sentía culpable del mal humor de Millie. Acababan de empezar a estrechar lazos y ahora sentía que volvían a ser extrañas.

—¿Has aprendido algo nuevo hoy? —preguntó Isabel.

—Sí. —La respuesta de Millie fue cortante y añadió—: Milady.

Isabel se tragó la incomodidad que sentía en el pecho.

—No tienes por qué llamarme así.

—La señora Pemberley dice que debo hacerlo.

Se le formó un nudo en la garganta. Isabel lamentó la pérdida de la breve, pero amistosa relación que había compartido con la muchacha. Quizá había sido un error contratar a una institutriz tan pronto. Sentía como si Millie lo considerara una traición.

Vane también había expresado su preocupación. Al parecer, Millie estaba tan disgustada con él como con Isabel. Pero al menos seguía permitiendo que la arropara y se quejaba con él de las muchas cosas que la señora Pemberley la obligaba a aprender.

Ambos habían decidido darle unas semanas más. Quizá Millie solo necesitara tiempo para adaptarse a su nueva institutriz. Y con la fiesta en la casa cerniéndose sobre ellas, no podían dar marcha atrás en su decisión. Tendrían que discutirlo cuando acabara la fiesta.

El carruaje se detuvo bruscamente, e Isabel se alegró. Millie jugaría ahora con los hijos de los aldeanos, e Isabel expresaría todas sus preocupaciones a su querida amiga.

En cuanto los pies de Millicent tocaron el suelo, salió corriendo hacia sus amigas. Isabel sonrió. Dejémosla ser un bebé durante una hora y no una dama.

Conversó un rato con los aldeanos, escuchando sus preocupaciones y problemas antes de caminar hacia la casa de Lilian.

Lilian debió de verla desde la ventana porque salió de la casa y le hizo señas para que entrara. Su amiga parecía mucho más grande que la última vez que Isabel la vio. ¿O era su imaginación?

Lilian entró y puso la tetera.

—Me alegro mucho de que hayas venido a visitarme —exclamó—. Me encuentro en la necesidad constante de quejarme a alguien de esta enorme barriga que llevo todo el día. Pero no puedo quejarme a mi marido, que siempre está igual de cansado que yo. No puedo quejarme a mis hijos, porque no lo entenderían. Y sobre todo a mis vecinos.

Isabel sonrió y sacó la caja con las almendras saladas.

—Puedes quejarte conmigo todo lo que quieras —dijo sonriendo.

Los ojos de Lilian se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, gracias! Esta semana no he tenido tiempo de hacerlas yo misma, ¡y las deseaba tanto! —Se tapó la boca con la palma de la mano e hipó.

Isabel se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Va todo bien?

Lilian asintió y se secó las lágrimas.

—Sí, solo que me emociono demasiado por cualquier cosa.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —preguntó Isabel mientras ambas se acomodaban ante la mesa.

—En una semana o dos. No lo sé con certeza. Solo espero que sea pronto. —Se apartó el pelo de la cara—. No puedo agacharme bien, no puedo andar tan deprisa como antes, ¡y esta casa me

parece tan pequeña! —Respiró hondo.

La tetera silbó e Isabel se levantó de un salto.

—Por favor, Lilian, déjame coger la tetera. Sé cómo servir té.

—¡Oh! —Los ojos de Lilian volvieron a humedecerse. Sopló en su pañuelo—. ¡Una señora de la finca me está sirviendo té! Eres excepcionalmente amable.

Isabel ahogó una risita. Cuando Lilian decía que estaba demasiado emocionada, no exageraba.

Lilian se abanicó las mejillas sonrojadas.

—Estaré llorando todo el día si me dejas. Por favor, dime, ¿cómo van las cosas en la mansión?

—Bueno, en realidad, yo también he venido con la esperanza de quejarme contigo.

—¡Oh, qué bien! —Lilian se animó al instante—. Por favor, cuéntamelo. Quiero oír quejarse a otra persona por un momento.

Isabel le contó rápidamente a Lilian los problemas con la institutriz y cómo su relación con Millie había retrocedido en tan poco tiempo.

Lilian la escuchó con ávido interés.

—¿Así que no le gusta su institutriz? Bueno, no es ninguna sorpresa. A una joven de espíritu libre como Millicent no le gusta estar encerrada en la guardería. Y siempre estuvo al lado de su señorita. No hay por qué preocuparse, te lo prometo.

—¿Tú crees? —Isabel exhaló un suspiro de alivio.

—Tuve cinco bebés, querida. Sé cómo pueden comportarse a veces. Dale tiempo para que se adapte.

Isabel asintió.

—Gracias, ahora me siento un poco mejor.

Lilian se metió una almendra en la boca.

—Me alegro de haber podido tranquilizarte —dijo con la boca llena.

Al día siguiente, Rhys bajó los escalones y se dirigió a la habitación de Isabel, con el corazón encogido. Acababa de ver a Millicent y le decepcionó verla ya dormida. Se había perdido algunas noches de arroparla en la cama porque trabajaba más tarde de lo habitual. Y ahora no la vería hasta dentro de unos días.

Suspiró, se sentía muy cansado. Necesitaba hablar con Isabel sobre el nuevo giro de los acontecimientos, y esperaba que ella le tranquilizara respecto a Millicent.

Al aventurarse hacia la alcoba de Isabel, se dio cuenta de que no quería entrar en su habitación en absoluto. Ni siquiera para cambiarse. Ni siquiera para comprobar si las ventanas estaban cerradas y la chimenea encendida. ¿Cuánto tiempo tardaban en secarse las paredes?

Sabía que era una estratagema de los criados para juntarlos a los dos y, la verdad, no le importaba en absoluto. Se había acostumbrado bastante al pequeño bulto de calor que tenía a su lado. Se había habituado a su pelo enredado en la almohada. Incluso se había acostumbrado a que le diera patadas en mitad de la noche. No quería volver a su habitación.

No solo hacía frío en aquella habitación, sino que también se sentía solo. Y ya estaba harto de sentirse solo.

Abrió la puerta de una estancia poco iluminada. Isabel ya estaba en la cama, leyendo a la luz de una vela solitaria. Al verlo, se irguió de inmediato y se colocó el gorro de dormir sobre la cabeza.

—Buenas noches —carraspeó Rhys. Volvió a carraspear y se adentró en la habitación.

Isabel dejó el libro sobre la mesilla y observó con cautela cómo se acercaba.

—¿Qué tal el día, marido?

Las mariposas le revolotearon por el estómago al oír la palabra marido. Qué fácil era irritarlo.

Se sentó en la cama junto a ella.

—Ha ido bien. Ocupado. ¿Cómo está Millicent? Se quedó dormida sin volver a verme.

—Hoy hemos ido al pueblo y se lo ha pasado muy bien jugando con los niños. Tenía el vestido sucio y había perdido el sombrero, pero parecía contenta.

Rhys soltó una carcajada.

—Me habría gustado verlo.

—Bueno, la señora Pemberley se habría cambiado gustosamente contigo. No le hacía ninguna gracia.

—¿Y Millicent sigue siendo tan reservada con su institutriz?

—Sí. Pero el hecho de que estuviera saltando alegremente con los niños del pueblo me dice que solo necesita algo de tiempo para acostumbrarse a ella. Y que sigue necesitando tiempo para saltar en los charcos.

Rhys alargó la mano y ocultó un mechón suelto de pelo bajo su gorro de dormir. Isabel sonrió tímidamente.

—Confío en tu juicio —dijo.

Isabel lo miró, sorprendida. Era evidente que no esperaba que él dijera aquello. Pero él tenía que decirlo, más por su propio bien que por el de ella.

—Bueno, me aseguraré de rescatarla de vez en cuando y llevarla al pueblo. Le encanta estar allí. Y le despeja el habitual ceño de la cara.

Rhys frunció las cejas.

—¿Qué ceño fruncido?

Isabel soltó una risita.

—El que tiene ahora mismo. Es la hija de su padre.

Algo dentro de Rhys se estrujó. Carraspeó.

—He recibido algunas noticias... Puede que tenga que volver a viajar a Thornsby.

—¿Ocurre algo?

—Al contrario, las cosas parecen progresar, y necesito vigilar de cerca para asegurarme de que todo está construido para resistir mejor las inundaciones si vuelven a producirse. Y... Y eso requiere que me quede unas cuantas noches allí. Trabajaré hasta altas horas de la noche, y no tiene sentido que viaje de un lado para otro.

—Oh. —Bajó la mirada, con la expresión perdida—. Pero la fiesta en casa es dentro de menos de dos semanas.

—Volveré para entonces, te lo prometo. Pero tengo que irme ya, o no podré ir hasta que acabe la fiesta. —Hizo una pausa—. ¿Te las arreglarás bien sola?

Ella le miró entonces, con fuego encendido en los ojos.

—¿Todavía me crees incapaz? Creía que confiabas en mí.

—Lo hago. —Rhys le cogió la mano. No podía evitarlo. Quería tocarla.

Como Isabel no protestó, se la llevó a los labios y le besó los nudillos.

—¿Y después? —Su pregunta fue jadeante.

—Solo creo que te echaré mucho de menos —carraspeó, y luego atrapó la palma de ella entre la mejilla y la mano de él—. Y supongo que esperaba... que tú también me echaras de menos.

Isabel parpadeó, con la boca ligeramente abierta.

—Lo haré. —La voz le salió extrañamente ronca.

—¿Prometido? —Se acercó más a ella.

—Prometo...

Rhys inclinó la cabeza y la besó con ternura.

El beso de Rhys la cogió por sorpresa. Extrañamente, lo sorprendente no era que la hubiera besado. Lo que la cogió desprevenida fue la forma en que la besaba. Antes, la había cogido con impaciencia, sin darle margen para oponerse. Le había puesto las manos en la cara para que ella no pudiera apartarse, aunque no hubiera querido.

Esta vez, el beso fue un suave roce de sus labios contra los de ella. Fue lento y sensual, y fue su ternura lo que la desató.

Él se apartó, e Isabel se agarró a su camisa y tiró de él hasta que sus labios volvieron a encontrarse. Él sonrió antes de apretar sus labios contra los de ella. Isabel soltó un suave gemido, y entonces sus manos se posaron en el pelo de él, aún húmedo por el baño en el arroyo. Le quitó el gorro de dormir y empezó a soltarle las horquillas del pelo.

—Qué... —murmuró ella, pero él la silenció con otro beso.

Todo el cuerpo de Isabel zumbaba de expectación. Se volvió lánguido y flexible, ardiendo por su contacto.

Sin embargo, Rhys no se apresuró a tocarla. Siguió intensificando la sensación de hormigueo en lo más profundo de su vientre mientras le mordisqueaba los labios y le lamía el contorno de la boca.

Isabel gimió y se tumbó en la cama. Rhys se subió encima de ella sin apartar la boca de la suya.

Isabel le rodeó los hombros con los brazos y le pasó los dedos por la camisa, deseando sentir su cuerpo, rozar su piel con las yemas de los dedos y sentir los escalofríos en su piel. Tiró del cuello de la camisa, frustrada.

En lugar de acceder a su ruego, Rhys le cogió las manos y se las puso a ambos lados de la cabeza. Entrelazó sus dedos e Isabel se estremeció.

La besó más profundamente, buscando con la lengua la entrada de su boca. Isabel se abrió con un suspiro, y todo su cuerpo se estremeció al contacto de sus lenguas. Enroscó los dedos contra la piel de él, retorciendo la palma, buscando más contacto de piel desnuda contra piel desnuda. Sus caderas se levantaron solas, deseando sentirlo más cerca, mientras la tensión crecía entre sus piernas.

Isabel sintió que el calor se desplegaba en su interior y... se filtraba. Algo goteó sobre la sábana mientras el familiar malestar en su vientre la alertaba de que algo iba increíblemente mal.

—Oh, Dios mío —consiguió susurrar entre los besos de Rhys.

—Mm, sí —murmuró él, bajando la boca por el cuello de ella.

Isabel apretó los muslos y tensó el abdomen con la esperanza de que se le pasara o de que solo fueran imaginaciones suyas, pero fue inútil. Empujó el pecho de Rhys y rodó por debajo de él.

Rhys se incorporó y la miró con los ojos muy abiertos.

—Yo... Discúlpame. Me he excedido.

—No. —Isabel hizo una mueca. Apretó las rodillas e intentó cubrirse el turno en los lugares más delicados por si el líquido conseguía filtrarse—. Tengo que irme.

Isabel se apresuró a entrar en su camerino y respiró hondo. Era la experiencia más embarazosa de toda su vida. Acababa de permitirse disfrutar de las caricias de Rhys, de sus tiernos besos. ¡La boca de Rhys había estado sobre su piel! Estaba segura de que acababa de tirar la cautela al viento y estaba dispuesto a cumplir su deber marital con ella.

Su relación había salido por fin de un punto muerto, ¡y esto tenía que ocurrir!

Se quitó el turno y, efectivamente, había una mancha de sangre en la falda.

—¡Maldita sea!

Le ardían los ojos por las lágrimas no derramadas, y respiró hondo. Al menos, ahora tenía la prueba que Rhys había deseado todo el tiempo.

Hizo las abluciones necesarias, se colocó algunas capas con tiras de tela entre las piernas y apoyó la espalda contra la pared. ¿Cómo iba a enfrentarse a él después de este embarazoso incidente?

—¿Todo va bien? —Sonó la voz de Rhys desde el otro lado de la puerta.

Lágrimas de frustración brotaron de los ojos de Isabel. Siempre estaba un poco más sensible durante los cursos, pero no podía culpar a sus nervios después de lo que acababa de ocurrir.

—Isabel, no pretendía disgustarte...

Isabel se mordió el labio. ¿Hasta qué punto podría este incidente hacer retroceder su relación? ¿Qué debía decirle? ¿Acaso los casados hablaban de esas cosas? Volvió a ponerse una bata limpia y regresó a su habitación.

Rhys se paseaba por la alfombra como una bestia enjaulada. Se pasó los dedos por el pelo, parecía angustiado y confuso.

—No pretendía ofenderte —dijo cuando ella se acercó—. Quizá fui demasiado atrevido. No debería haberlo hecho.

Isabel levantó una mano que se mantenía firme.

—¿Rhys?

Él se detuvo, con la respiración aún acelerada, y esperó a que ella hablara.

—¿Recuerdas cuando exigiste la prueba de que no me encontraba en estado delicado antes de que pudiéramos consumir el matrimonio? —Ella apretó los labios para no reírse.

Rhys hizo una mueca de dolor.

—Lo sé. He sido un imbécil...

Isabel soltó una risita, y él parpadeó, deteniéndose a mitad de frase.

—Sí, lo has sido, pero no es eso. Es que tienes tus pruebas.

Le recorrió el cuerpo con la mirada y volvió a mirarla a los ojos, todavía confuso.

Isabel se mordió el labio, aún aguantando la risa.

—Tengo la menstruación, Rhys. Lo siento.

Capítulo 22

Rhys entró en la habitación de Millicent por la mañana temprano. No podía marcharse sin verla y hablar con ella. Seguía durmiendo, pero cuando Rhys se sentó junto a su cama, ella se agitó y se frotó los ojos.

Parpadeó y sus pestañas se agitaron.

—Papá —susurró, con la voz ligeramente áspera por el sueño.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

Ella asintió y se estiró en la cama.

—¿Vamos a ir hoy al campo?

Rhys le acarició la mejilla roja y caliente.

—Hoy no, pequeña. Hoy me voy a Thornsby.

Millicent hinchó los labios.

—¿Sin mí?

—Sin ti. Pero tengo mucho trabajo, así que no puedo llevarte conmigo. Además, tienes que seguir estudiando.

—No me gustan mis estudios —refunfuñó Millie—. Y no me gusta la señora Pemberley. Cuando sea mayor, haré que las niñas no necesiten institutrices.

Rhys lanzó un suspiro de sufrimiento.

—Algún día cambiarás el mundo, mi pequeña. Serás una fuerza a tener en cuenta. Pero hasta entonces, necesitas saber cosas. Porque el conocimiento es tu mayor arma.

Millie pareció contemplar sus palabras.

—¿Por qué no puedo aprender de lady Isabel en lugar de la señora Pemberley? Me gusta más lady Isabel.

Rhys sonrió, sintiéndose reconfortado.

—Me alegro de que te guste, pequeña. Pero recuerda que ella también te disgustaba al principio. Quizá puedas darle una oportunidad a la señora Pemberley.

Millie frunció las cejas.

—¿Cuándo volverás?

Rhys apartó el pelo de la cara de Millie y le besó la frente.

—Tan pronto como pueda. Nunca te dejaría más tiempo del necesario.

Los días sin Rhys eran en cierto modo vacíos. Isabel no había pasado mucho tiempo con él durante el día cuando estaba en la finca, pero se encontraba pensando en él constantemente ahora que se había ido. Las noches eran lo peor.

Se había acostumbrado a tenerlo en su cama mientras se dormía. Echaba de menos sus conversaciones cada noche antes de acostarse. Echaba de menos su sonrisa burlona y su ceño feroz. Echaba de menos mirar sus anchos hombros perfilados por la luz de la luna. Sencillamente, le echaba de menos.

Isabel no sabía cómo se había encariñado tanto con su marido ni cuándo había empezado a

hacerlo. Solo sabía que ahora que estaba lejos, lo quería a su lado. Echarlo de menos era una sensación muy extraña. No se había imaginado que llegaría a suceder. Sin embargo, aquí estaba. Llevaba fuera menos de setenta y dos horas, y ya tenía un gran vacío en el corazón.

Para disimular el dolor de alguna manera, Isabel decidió sacar a Millicent de sus estudios y llevarla a dar un paseo no programado. Se vistió con su hermoso vestido de día y subió los escalones. Podrían recoger más flores para la casa o incluso dar un paseo. ¡Seguro que el poni de Millicent echaba de menos el ejercicio!

—¿Qué haces, niña inútil? —la áspera voz de la señora Pemberley sonó en el pasillo.

Isabel se quedó con la boca abierta. ¿Acaso la institutriz estaba castigando a Millicent con tanta rudeza? Se arrastró hacia la puerta, no dispuesta a creer lo que oía y necesitando ver lo que ocurría por sí misma.

—¡Date la vuelta! —otra dura orden sonó detrás de la puerta cerrada—. ¡Uno! —sonó un crujido en el aire y luego gemidos—. ¡Dos más! ¡Quieto!

Isabel corrió hacia la habitación y abrió la puerta de golpe. La imagen que tenía ante sí la dejó muda de horror.

Millicent estaba inclinada sobre su escritorio, con el diminuto trasero al aire. Tenía el vestido levantado hasta la espalda y unas marcas rojas le delineaban la piel. La señora Pemberley estaba de pie junto a ella, con un bastón levantado por encima de la cabeza.

—¡Qué demonios está haciendo! —gritó Isabel.

Millicent se giró inmediatamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy disciplinando a su maleducada niña —dijo la señora Pemberley en tono tranquilo y mesurado.

Isabel apretó los dientes con tanta fuerza que casi se le rompió la mandíbula.

—¡Fuera de esta casa! —gruñó y corrió hacia Millicent para abrazarla.

Millie dio un paso atrás, pero tropezó y cayó al suelo. Miró a Isabel, con la mirada llena de lágrimas de traición. Isabel la cogió en brazos y la apretó contra su pecho. Millie golpeó a Isabel en el brazo con su pequeño puño, llorando ahora en serio.

—No sabe disciplinar a los niños como es debido. No me extraña que sea una niña salvaje —dijo la señora Pemberley.

—¡He dicho que se largue o, Dios me perdone, la echaré y usaré su bastón para hacerlo! —La voz de Isabel se quebró mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. ¿Cómo había podido invitar a ese monstruo a su casa?

—¡Me dijo que le enseñara disciplina y ahora está arruinando mi trabajo! —insistió la vieja institutriz.

Isabel sentó a Millie, se levantó y se acercó al timbre del servicio con pasos seguros. Tocó con tal fuerza que casi arrancó la campanilla.

Edith entró corriendo, con los ojos desorbitados. Vio a Millicent acurrucada en el suelo e inmediatamente corrió a abrazarla. La señora Ainsworth le pisaba los talones.

—Señora Ainsworth —dijo Isabel, respirando hondo. Tenía la voz ronca y no podía calmar los latidos desbocados de su corazón—. ¡Por favor, pídales a Rogers y a James que echen de casa a este monstruo golpeador de niños!

La señora Pemberley le lanzó una mirada amenazadora.

—Sus ideas sobre la educación de los hijos son las monstruosas. Será una amenaza para la sociedad. Intenté hacer de ella una dama. Pero ahora veo por qué es una infernal. Se parece a su madre.

La señora Pemberley echó la cabeza hacia atrás y salió de la habitación, con la columna

vertebral erguida.

La Sra. Ainsworth la siguió.

—Me aseguraré de que se vaya rápidamente —dijo en voz baja mientras se escabullía de la habitación.

El pecho de Isabel se agitó con la fuerza de su respiración. Se secó la cara y se echó el pelo hacia atrás. Millicent estaba sentada en el suelo, acunada por su niñera, y sus llantos se habían reducido a suaves sollozos. Isabel se acercó a ella, pero Millie, al verla, gritó y hundió la cara en el cuello de su niñera.

Isabel tragó saliva. Se merecía la ira de Millie. Todo era culpa suya. Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas y sus labios temblaron cuando intentó hablar.

—Edith, por favor, no te separes de ella hasta que se duerma.

—No lo haré, milady.

Isabel asintió y salió de la habitación. Tenía que escribir una carta a su marido. Era hora de que se diera prisa en volver a casa.

Capítulo 23

«No sé qué me duele más, si el hecho de que alguien haya hecho daño a Millicent o que yo sea la culpable del incidente.

Fui yo quien trajo al monstruo a nuestra casa y quien pasó por alto las protestas de Millicent y desechó sus palabras como si fueran las de una niña malcriada.

¿Cómo puedo vivir en este mundo sabiendo que esto puede volver a ocurrir y que no podré protegerla? ¿Cómo lo hiciste, madre? Porque cuando estabas aquí, nunca me habían hecho daño en mi vida. Y ahora que te has ido, llega un golpe tras otro, y no sé qué hacer. ¿Qué hago, Madre? ¿Cómo me aseguro de que Millicent esté protegida? ¿Cómo me aseguro de que soy suficiente? Porque temo no serlo.

Solo rezo por llegar a ser algún día una pizca de la mujer que fuiste, y hasta entonces, me esforzaré por seguir tus pasos. Es difícil explicar con palabras cuánto te echo de menos, querida Madre. Ojalá estuvieras aquí».

Isabel se levantó de un salto, despertada por unos fuertes gritos. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? Sí, había pasado la noche en la silla junto a la cama de Millie. Isabel había estado todo el día disgustada por el incidente con la institutriz y más por el hecho de que Millicent se negara a verla y buscara consuelo en los brazos de su niñera. No era su madre, había razonado Isabel. Millicent conocía a Edith desde hacía mucho más tiempo.

No había funcionado. La boca del estómago no se cerraba y seguía sintiéndose tan ansiosa como antes. Pero era imposible que durmiera profundamente en su cama. Así que se escabulló dentro de la habitación de Millicent y se instaló junto a la cama, decidida a proteger los sueños de Millicent. Isabel no podía sustituir ni a la madre ni al padre de Millicent. Pero lo menos que podía hacer era estar allí cuando la niña la necesitara.

—¡Papá!

Ese fue el sonido que despertó a Isabel. Se volvió y vio a Millie sentada en la cama, agarrada a las sábanas, con los ojos asustados.

—¡Papá!

Isabel corrió hacia ella y se sentó en la cama.

—Millicent, querida, ¿qué te pasa?

Los labios de Millicent temblaron antes de subirse al regazo de Isabel. Isabel respiró hondo y la abrazó con fuerza.

—He tenido una pesadilla —susurró Millie.

La puerta se abrió y Edith se asomó al interior de la habitación, con los ojos desorbitados. Se fijó en Isabel y sus facciones se aclararon. Isabel hizo un gesto con la cabeza hacia la niñera, y esta salió suavemente de la habitación y cerró la puerta.

Isabel acunó a Millicent más cerca de su corazón y le besó la coronilla.

—¿Quieres contarme de qué iba el sueño?

Millicent negó con la cabeza.

—No lo recuerdo. Pero me daba miedo.

Isabel asintió y le acarició el pelo.

—Ya está todo mejor. Solo fue un sueño.

Hubo un instante de silencio. Y entonces Millicent dijo contra el pecho de Isabel:

—¿Me cantarás?

Isabel se quedó sin aliento. Sonrió entre lágrimas.

—Por supuesto.

Cogió en brazos a Millicent y la acunó cómodamente en su regazo mientras la mecía para que se durmiera y le cantaba una nana que su madre solía cantarle.

Por favor, vuelve a casa. El asunto es de suma importancia.

Aquellas crípticas palabras pasaron ante los ojos de Rhys mientras galopaba hacia su casa a un ritmo vertiginoso. ¿Qué podía ser tan importante como para que tuviera que regresar y, sin embargo, no pudiera revelarse en una nota? Por supuesto, su primer pensamiento fue que algo le había ocurrido a Millie. ¿Estaba enferma? ¿Estaba herida?

Rhys maldijo al mensajero, que no le encontró hasta por la mañana. Maldijo al caballo por no poder galopar más deprisa. Maldijo al sol y a la luna y a todo lo demás por no poder estar en casa, estrechando a su hijita contra su corazón. Cuando por fin llegó a casa, lanzó las riendas al mozo que se acercaba y subió corriendo los escalones de dos en dos. El mayordomo apenas abrió la boca cuando Rhys pasó junto a él.

—¿Dónde está Millie? ¿Dónde está mi esposa?

—Isabel está en la sala de desayunos, y lady Millicent sigue durmiendo.

—Bien. —Rhys apresuró sus pasos y se precipitó en la sala del desayuno.

Isabel se levantó al instante y dio un paso hacia él.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien Millie?

—Todo va bien. Está durmiendo.

Rhys exhaló un suspiro de alivio.

—¿Qué era tan urgente?

Isabel tragó saliva. Rhys esperó impaciente mientras ella se mordía el labio inferior.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

Por fin ella levantó los ojos hacia los de él.

—Dejé marchar a la señora Pemberley.

—¿La Sra. Pemberley, la institutriz? —Una oscura sospecha se instaló en lo más profundo de su pecho. Rhys bajó la voz—. ¿Por qué?

Isabel volvió a tragar saliva.

—Ella... azotó a Millicent.

Rhys hizo una mueca de dolor y se le encogió el corazón.

—Confiaba en ti —gruñó—.

—Lo sé, y en cuanto...

—¡No! —rugió Rhys—. Confié en que elegirías a una institutriz cariñosa. Confié en tu juicio. Pero también dejé a mi hija, lo único que importa en mi mundo, a tu cuidado. ¿Dónde demonios has estado?

Isabel miró incómoda a su alrededor. Los lacayos permanecían de pie, alineados junto a la pared, fingiendo no oír nada.

—¡Déjanos! —rugió Rhys, y los criados se alejaron corriendo.

Empezó a pasearse por el suelo, reacio a ir a ver a Millicent porque sabía que la asustaría en su

estado actual. Isabel se quedó inmóvil, siguiéndole con la mirada.

—¿No crees que me culpo a mí misma? —preguntó en voz baja.

—No lo suficiente —gruñó Rhys.

Estaba siendo cruel e insensible. Pero en el fondo, sabía que toda su rabia no iba dirigida a su mujer. Se la dirigía a sí mismo. Él era quien tenía la última palabra en el asunto de la institutriz. Era él quien había dejado a su hija en la mansión mientras él se iba a otra finca. Era él quien había vuelto a fallar a su hija. Con un rugido, barrió los platos de la mesa. Isabel chilló y se apartó de él de un salto. Tenía los ojos llenos de terror. Tras el breve episodio de violencia, a Rhys se le enfrió la sangre. Se pasó una mano por el pelo.

—Ahora iré a ver a Millicent.

—Rhys...

—¡Ahora no!

Rhys salió de la habitación y cerró la puerta de un portazo.

Isabel se quedó de pie, temblando, tras la ira de su marido. Nunca lo había visto así, y esperaba no volver a verlo así nunca más. Isabel nunca había sido cobarde, pero en aquel momento estaba muerta de miedo. No había previsto una reacción tan severa ante la noticia. No esperaba que él se enfadara tanto. Respiró hondo, asimiló la destrucción causada por su marido y salió silenciosamente de la habitación. Los lacayos se quedaron fuera, ocultando la mirada. Isabel pasó junto a ellos como si nada.

Buscó al ama de llaves, le pidió que enviara a alguien a limpiar la sala del desayuno y a cargar una cesta con comida y almendras saladas, y se fue a su habitación a cambiarse. No esperaba a que su marido le gritara más. Tampoco se acobardaría en casa. Necesitaba salir, y necesitaba hacerlo ya.

Capítulo 24

Isabel salió de casa una hermosa tarde soleada. El sol brillaba en lo alto del cielo y no había ni una nube en el horizonte. Normalmente, Isabel habría galopado con alegría, dejando que la brisa le acariciara la cara, pero ahora cabalgaba, mirando con desprecio a los animales que se atrevían a cruzarse en su camino y aplastando irritada a las libélulas.

Era bastante molesto que el tiempo no acompañara su estado de ánimo. En las raras ocasiones en que Inglaterra decidía regalarle un tiempo maravilloso, el resto de su vida parecía un caos. Su marido la odiaba y la culpaba de todo. Para ser justos, ella también se culpaba. Rhys había confiado en su juicio. Se lo había dicho hacía unas noches, calentándole el corazón, y ella había traicionado su confianza de la forma más horrible posible.

Isabel solo esperaba que Millicent olvidara con rapidez el incidente. Sus institutrices tampoco habían sido precisamente amables con Isabel y su hermanita Sam. Eran estrictas y de vez en cuando las castigaban con azotes. Pero utilizaban una vara fina en el trasero y nunca con un bastón. ¿Qué clase de monstruo golpea a una niña indefensa con una vara gruesa?

Isabel se tragó los tórridos recuerdos. Millicent había intentado contárselo. Le había dicho que la institutriz era estricta. Le había dicho que le disgustaba. Probablemente no podía expresar con palabras lo que aquel monstruo había hecho en realidad. ¿Qué más había hecho aquella mujer?

Isabel apretó los ojos con fuerza. Se dirigió hacia la casa de Lilian y exhaló un suspiro de alivio. Por fin podría desahogar todas sus preocupaciones ante su buena amiga. Caminó hacia su casa y llamó a la puerta. Isabel oyó ruidos en el interior, pero nadie le abrió la puerta. Volvió a llamar.

Cuando por fin se abrió la puerta, un joven casi tropezó con ella en su prisa por salir de la casa.

—Oh, perdóneme, milady. Pero tengo que irme. Necesito encontrar... —Hablaban mientras se alejaba a toda prisa, pero Isabel no distinguió las últimas palabras que había dicho.

¿Necesita encontrar qué? No importa. La puerta estaba abierta, así que Isabel entró. Un ligero grito o medio gruñido sonó desde algún lugar del interior de la casa. Isabel corrió hacia la habitación principal.

—¿Qué está pasando?

Abarcó la pequeña habitación con la mirada. La habitación, normalmente acogedora y con muchos objetos desordenados, parecía vacía, salvo por las mantas del suelo, las tiras de tela y las palanganas con agua. Lilian estaba sentada sobre un montón de mantas, con la cara roja y la frente brillante de sudor, cogida de la mano de María, la curandera de la aldea. Lilian tenía la otra mano en el vientre y respiraba de manera entrecortada.

—Lilian, ¿te encuentras bien? —Isabel miró a su alrededor, conmocionada. María miró a Isabel con extrañeza, cogió el paño húmedo y limpió la frente de Lilian—. Lo siento, veo que no te encuentras bien. ¿Puedo ayudarte?

Lilian levantó la vista y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Me alegro de que estés aquí —gritó—. Voy a tener al bebé. Pero la maldita cosa no sale.

Isabel se tensó al oír aquellas palabras. ¿Qué significaba aquello?

—¿Cómo puedo ayudar? —Se precipitó hacia Lilian.

—¿Puedes...? —Lilian volvió a gruñir. Luego parpadeó mirando a Isabel—. ¿Tienes más almendras contigo?

Rhys había pasado todo el día con Millie. Cuando entró por primera vez en su habitación, ella se levantó de un salto y corrió a abrazarlo. Él se quedó así, estrechándola contra su cuerpo, con la nariz hundida en su pelo, hasta que ella se zafó de sus brazos. Estaba tan exuberante y feliz como siempre. Era como si no hubiera pasado nada.

Había hablado con Edith mientras Millicent desayunaba, y la niñera le había asegurado que, aparte de la ligera contusión, su hija estaba ilesa. Le había dicho que la reacción de su esposa al presenciar el suceso y la posterior vergüenza de Millie eran una razón más importante para las lágrimas de Millicent que la paliza en sí.

Rhys decidió no darle más vueltas al asunto. La institutriz se había ido y Rhys no iba a perder de vista a Millicent otra vez. Se dio un baño rápido en la habitación de su esposa y, después, se aventuraron a salir y pasaron todo el día correteando por la finca, tirando piedras y jugando al escondite. Millicent no paraba de contarle a Rhys los juegos que Isabel le había enseñado y todas las cosas que habían hecho juntas. No podía callarse lo mucho que había congeniado con la señora de la casa, y Rhys no podía evitar sentirse culpable por la forma en que había tratado a su esposa.

Por el lado bueno, Millicent no mencionó ni una sola vez a la antigua institutriz. Era una buena señal, ¿no? Rhys no quería que le recordaran a la asquerosa anciana más que Millicent. Quizá menos. Más tarde trajeron a Button con el carruaje desde la finca de Thornsby. Rhys había partido por la mañana temprano a caballo, y no podía obligar a su oso de perro a seguir el ritmo vertiginoso.

Millicent estaba muy contenta de tener a Button de vuelta, así que jugaron con él en el campo hasta que las nubes estiraron el cielo, los truenos retumbaron sobre sus cabezas y empezaron a caer gotas de lluvia sobre ellos. Necesitaban volver a casa, y Rhys necesitaba disculparse con su mujer. Le debía algo más que una simple disculpa. Tal vez una postración a sus pies. Ella no merecía su ira, y él se aseguraría de hacérselo entender. Estaba muy enfadado consigo mismo. Se sentía tan indefenso y débil que su debilidad le había hecho arremeter contra ella.

No volvería a hacerlo. Y si lo hacía, tenía pleno permiso para golpearle en la cabeza con cualquier objeto que tuviera a mano. Sonrió, pensando en cómo le gustaría seguramente a ella ejercer ese derecho. Una vez le había tirado un guante a la cara, y él imaginó que le habría encantado que fuera un mueble.

Llegaron a la casa y Millicent le miró extrañada.

—¿Por qué no ha venido Isabel con nosotros?

Rhys se aclaró la garganta. Porque le grité, la asusté, bastante injustamente, debo añadir.

—Tenía que acudir a una cita muy importante. Pero te prometo que lo único que deseaba era pasar este tiempo contigo.

—¿Estará siempre con nosotros? —preguntó Millicent con cautela.

Rhys miró a su hija, intentando calibrar su estado de ánimo.

—¿Quieres que lo haga?

Millie asintió.

—Sí. Me gusta mucho.

El corazón de Rhys se llenó de alegría. «A mí también me gusta mucho», pensó.

Entraron en la casa y Rhys sintió al instante que algo iba mal. Hacía más frío de lo habitual, estaba más oscuro. Y no se debía a la tormenta que se avecinaba fuera. Miró al mayordomo.

—¿Está Isabel en su habitación?

—No, mi señor. Se fue hace unas horas.

Unas horas... Se le encogió el corazón. Millie lo miró, percibiendo el cambio en su estado de ánimo, y Rhys forzó una sonrisa.

—Ya te he dicho que tiene asuntos que atender. Pero vayamos a cenar juntos.

Sus ojos se iluminaron al instante. Rhys cenó con su hija, intercambiando historias y anécdotas como si nada hubiera ocurrido. No había rastro del trauma de Millie. O quizá no fuera un trauma tan grande como Rhys lo había imaginado. Los niños eran resistentes. Y un incidente no iba a quebrar el espíritu de Millie. Un incidente más, le recordó su mente traicionera.

Rhys metió a Millicent en la cama después de cenar, y ella le miró con ojos suplicantes.

—¿Vendrá Isabel a cantarme una canción?

Rhys parpadeó.

—¿No quieres que cante?

—Quiero a lady Isabel. Me gusta su canción.

—Isabel aún no está en casa, cariño —carraspeó Rhys—.

—¿Cuándo volverá?

Rhys tragó saliva.

—No lo sé. Espero que pronto.

Así que Rhys cantó una canción de cuna, observando la lluvia lloviznar por la ventana y esperando que su caprichosa esposa hubiera vuelto a casa y simplemente no hubiera subido los escalones hasta la habitación de Millicent. O quizá le había visto con Millie y se había negado a ocupar la misma habitación que él. Sí, eso era mejor. Porque mientras ella estuviera en casa, él podría razonar con ella y pedirle perdón. Mientras ella no le hubiera abandonado, aún existía la posibilidad de hacer que se quedara.

Cuando Millicent se durmió, Rhys salió despacio de su habitación y caminó hacia la de Isabel. Debía de haber vuelto. Era demasiado tarde y la tormenta arreciaba con fuerza.

Pero mientras Rhys caminaba por el oscuro pasillo que conducía a su habitación, de algún modo lo supo. Ella se había ido. No sabía si fueron las flores marchitas de las mesas del vestíbulo las que le alertaron del hecho. Tal vez fuera el cambio de aire lo que le hizo sentirse asfixiado. Las paredes parecían más apagadas, y toda la casa estaba envuelta en la oscuridad.

Quizá toda la belleza que Isabel había traído consigo a la casa no estaba en las pequeñas cosas como cuadros y accesorios. Tal vez era solo ella y su espíritu. Se apresuró a recorrer el pasillo con la esperanza de que todo aquello solo fuera fruto de su imaginación. Puede que solo estuviera sentada en su habitación, apuñalando con rabia sus bordados.

La idea dio alas a Rhys, que voló hasta su habitación. Pero también en la habitación de ella le recibió la misma monotonía. Me ha dejado. La maldita voz no le dio ni un momento de paz. Me ha abandonado. Y ni siquiera la culpaba, porque la había tratado como a un imbécil desde el momento en que se cruzaron en el salón de baile de la duquesa de Somerset.

Me había dejado. Y darse cuenta de ello fue como un puñetazo en el estómago. Siguió caminando hacia la habitación y se sentó en su cama, luego se tumbó, abrazando la almohada que aún olía a ella. Allí estaba. Un trozo de ella seguía presente en la casa. Seguía aquí. Respiró hondo, inhalando su maravilloso aroma. Esta no podía ser su vida. Esta casa no parecía su hogar sin ella.

Se incorporó. ¿Qué demonios hacía olisqueando la almohada y paseando por la casa todo sensiblero? No podía haberse ido lejos. Tenía que encontrarla y traerla de vuelta. Si no por su bien, por el de su hija.

Con esta resolución en mente, se apresuró a bajar las escaleras, solo para ser recibido por una

enorme ráfaga de viento. Una figura embozada entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Se quitó el sombrero y se sacudió el agua de la lluvia antes de levantar la cabeza. Rhys reconoció inmediatamente a su criado, Jorge. ¿Qué hacía aquí?

Jorge levantó la cabeza, con una expresión de miedo en sus ojos.

—¡Milord! —gritó—. El caballo de Isabel acaba de regresar... sin ella.

Aquel día fue posiblemente el más largo de la vida de Isabel. No podía ni imaginar lo que sintió Lilian. Cuando Isabel llegó a casa de Lilian, resultó que Lilian ya había pasado unas horas de doloroso parto. María le había dicho que algo iba mal y que el bebé estaba saliendo al revés. Isabel no tenía la menor idea de lo que eso significaba. Pero el marido de Lilian había corrido a un pueblo cercano en busca de una comadrona experimentada que pudiera ayudarla.

Cuando Lilian estaba muy cansada y a punto de rendirse, una mujer vieja y curtida entró en la casa e hizo algo milagroso. Puso las manos sobre el vientre de Lilian y dio la vuelta al bebé. Y poco después, el bebé vino al mundo. Pero no todo fue tan fácil. Isabel aprendió un hecho crucial durante aquel día. Se dio cuenta de por qué nadie enseñaba nada a las mujeres sobre su deber conyugal. Porque si supieran cómo se desarrolla el proceso del parto, no aceptarían casarse en toda su vida. Preferirían ser solteras antes que pasar por una experiencia tan horrible.

Isabel dudaba de que alguna vez fuera capaz de soportar semejante tortura y traer un niño al mundo. ¿Cómo lo había hecho Lilian seis veces? Si a Isabel la hubieran partido así, con sangre y otros líquidos saliendo de ella, estaba segura de que nunca volvería a recomponerse. Estaba horrorizada.

Isabel estaba segura de que nunca consideraría el proceso del parto como un milagro... hasta que cogió a la niña en brazos y miró su cara arrugada y rosada. La niña era absolutamente hermosa. Y quizá mereciera la pena revivir aquel dolor y terror solo por poder tener a su propio bebé en brazos.

Isabel miró a Lilian, que seguía tumbada en el suelo, ahora cubierta con mantas, con aspecto cansado, pero feliz. Se le cerraban los ojos mientras luchaba por mantenerse despierta.

—¿Qué se siente? —preguntó Isabel, refiriéndose al proceso del parto.

—Es la mejor sensación del mundo —respondió Lilian.

Isabel dudaba de que Lilian hubiera sido sincera con ella al contestar, pero no insistió. Tal vez Lilian necesitaba creerlo por el momento antes de que todo el dolor abandonara su cuerpo, lo que probablemente tardaría semanas o meses.

Isabel volvió a mirar al bebé que tenía en brazos. El bebé gorjeó y se movió, e Isabel sonrió. Sí, sin duda quería uno de estos para ella.

¿Con Rhys? La idea la desconcertó. Con el milagro del nacimiento sucediendo ante sus ojos, se había olvidado por completo de sus propios problemas. Sus problemas parecían insignificantes en comparación. Al menos, no merecían la atención de Lilian. ¿Estaba Isabel preparada para perdonar a Rhys por su comportamiento y empezar a trabajar para concebir un bebé? ¿Tenía siquiera elección? Él necesitaba un heredero, y ella era su esposa. No podía divorciarse de él por su grosero comportamiento.

—¿Me la devuelves? —preguntó Lilian, e Isabel sonrió.

—Creo que me gustaría quedármela —bromeó—. Pero dudo que le parezca bien la idea.

Lilian se rio.

—Creo que mi marido también protestaría.

Isabel acercó la criatura a su amiga y la colocó sobre su pecho.

—¿Cómo la vas a llamar?

Lilian sonrió.

—He pensado llamarla Isabel... si no te importa.

La sonrisa de Isabel se ensanchó.

—Sería un honor.

Mirando a Lilian, que yacía satisfecha con su bebé, Isabel sintió un repentino deseo de ver a Millicent. Miró hacia la ventana y soltó un grito de horror. ¡Ya había oscurecido!

Se había perdido la cena y, probablemente, también la hora de acostarse de Millicent. ¿Millie la echaba de menos? ¿Estaba preguntando por ella? Se le estrujó el corazón cuando empezó a recoger apresuradamente sus cosas y a vestirse para marcharse.

—¿A dónde va, milady? —preguntó el marido de Lilian.

—Necesito volver a casa. Ya es tarde. Ni siquiera me había dado cuenta de lo tarde que se ha hecho.

—Pero ahora no puedes irte —intervino Lizzy, la hija mayor de Lilian—. Está lloviendo. Y las nubes son de mal agüero. Seguro que va a llover.

En ese momento, un relámpago partió el cielo y le siguieron los truenos. Los caballos relincharon y los perros empezaron a ladrar, maldiciendo al cielo.

—Con más razón tengo que irme ya —insistió Isabel—. Antes de que la tormenta empiece en serio.

No iba a dejar a su familia preguntándose qué le había ocurrido. Y no quería pasar la noche lejos de Millicent. ¿A Millie le daban miedo las tormentas? Ni siquiera sabía la respuesta. Pero sabía con certeza que Millie estaría preocupada por Isabel si no volvía a casa. Y quizá Rhys también estaría preocupado.

Capítulo 25

Rhys salió corriendo de la casa y se adentró en el diluvio. Montó en el caballo que el mozo de cuadra le había preparado y se aventuró a buscar a Isabel. ¿Adónde había ido la obstinada mujer con semejante tiempo? ¿Hasta dónde se había alejado antes de que el caballo la tirara? ¿Estaba ahora vagando en medio de la tormenta? No quería pensar en una posibilidad más horripilante, pero la imagen de ella tendida en el suelo, con su cuerpo sin vida siendo tamborileado por la lluvia, no abandonaba su mente.

Rhys se maldijo por su comportamiento a primera hora del día. Se maldijo por no haber ido a verla, por no haberle dicho que no estaba enfadado con ella. Se maldijo por no saber a quién recurriría su esposa en su hora más oscura. Cabalgó hacia la aldea a paso tranquilo. No quería cruzarse con Isabel si se apresuraba demasiado, pero apretaba las riendas con impaciencia porque quería encontrarla cuanto antes.

Le pareció que pasaba una eternidad mientras recorría el camino sin suerte. Un relámpago iluminó el cielo justo en ese momento, revelando la figura solitaria que caminaba por la carretera hacia él. Saltó del caballo, casi cayéndose al resbalar contra el suelo mojado, y corrió hacia ella. Ella levantó la vista en ese momento y echó un vistazo bajo el sombrero, y el corazón de Rhys se aceleró.

—Isabel.

Corrió hacia ella y la cogió por los hombros. Tenía el sombrero empapado y las faldas no solo estaban mojadas, sino cubiertas de barro. Llevaba una extraña capa, también empapada. Le castañeteaban los dientes y le temblaban los labios mientras le miraba con sus grandes y hermosos ojos azules.

—¿Dónde demonios has estado? —rugió Rhys por encima del sonido de la lluvia.

—Yo...

Rhys no la dejó terminar. En lugar de eso, la estrechó contra su cuerpo, con el alivio recorriéndole las venas. Ella estaba allí. Estaba en sus brazos. Su cuerpecito acurrucado contra el suyo, el sombrero clavándose en su cuello. Rhys le desató las cintas de la barbilla y tiró el sombrero al barro.

Isabel parpadeó.

—Me estorbaba —farfulló Rhys—. Compraré uno nuevo. Pero volvamos a casa ahora.

Isabel asintió, pero no se movió.

—¿Me oyes? —La preocupación de Rhys aumentó al ver que ella no contestaba.

—Lo siento —dijo finalmente.

—No te preocupes, cariño. Llegaremos a casa y todo irá bien.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Siento haber faltado a tu confianza, haber fallado a Millicent. —Le temblaban los labios mientras hablaba, y él no sabía si estaba llorando o simplemente se había quedado helada.

No importaba. Nada de eso importaba. Se agachó y la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué tal si hablamos de todo esto cuando lleguemos a casa?

Ella apretó la cara contra su mejilla como un gato en busca de más contacto y calor. Rhys giró la cabeza y le besó la frente. Subió a Isabel a la silla de montar y montó en el caballo detrás de ella. Isabel temblaba en sus brazos y Rhys maldijo. Impulsó al caballo a galope, pues no quería que el animal los lanzara a ellos también.

Rhys se quitó el sombrero y cubrió con él la cabeza de Isabel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras subían hacia la casa.

Isabel se arrimó más a su pecho.

—Fui a visitar a mi amiga Lilian. Estaba dando a luz y se me fue el tiempo. Pero no podía quedarme allí toda la noche, así que me fui.

—¿En la tormenta? —gruñó Rhys. ¿Por qué aquella gente había dejado marchar a Isabel?

Isabel asintió.

—No querían dejarme marchar, pero insistí. Su marido me dio su capa, para que no me congelara.

—Tendrías que haberte quedado dentro.

—No quería perderme la hora de dormir de Millie... ¿Me perdí su hora de dormir?

—No, cariño —mintió Rhys.

—Pero entonces mi caballo se asustó por el trueno y me tiró —continuó ella, con voz temblorosa.

Rhys asintió.

—¿Cuánto tiempo has estado bajo la lluvia?

—No mucho.

Rhys apretó los brazos en torno a ella y rezó para que no estuviera mintiendo.

El alivio que recorrió el cuerpo de Isabel cuando vio al jinete en la carretera y se dio cuenta de que era Rhys fue una entidad viva, que respiraba. Todo su cuerpo se encendió y quiso correr hacia él, abrazarlo, besarlo y suplicarle perdón. Sin embargo, sus miembros estaban lastrados por la ropa húmeda y pesada, y tenía la cara entumecida por el frío. Así que lo más que podía hacer era decir que lo sentía.

Cuando Rhys la subió al caballo y la abrazó, por fin se relajó. Estaba en casa. Había sido una locura emprender el camino con aquel tiempo. Pero, en su defensa, cuando salió de casa de Lilian, solo lloviznaba y el suelo no era tan resbaladizo. Esperaba llegar a casa antes de que empezara el diluvio. Pero, para su agravio, su caballo la tiró a los pocos minutos de iniciar el viaje.

Tendría que haber dado media vuelta. Tendría que haber vuelto a casa de Lilian, tomar una taza de té junto al fuego y esperar a que amaneciera y el cielo se despejara antes de emprender el viaje de vuelta a casa. Pero Isabel era testaruda. Y sabía que Millicent la esperaba y se preocupaba por ella. Así que, en lugar de dar media vuelta, siguió adelante.

Un escalofrío la recorrió y se estremeció. Rhys maldijo por encima de su cabeza y la abrazó con fuerza.

—Agárrate a mí —gritó por encima de la lluvia—. Aceleraré el caballo. Necesito llevarte al fuego lo antes posible.

Isabel asintió contra su pecho y abrazó su cuerpo al de él. La ropa de Rhys estaba tan mojada y fría como la suya. Pero tenía el cuello desnudo, sin corbata, así que Isabel acercó la cara a su cálida piel. Olía a lluvia, a tierra mojada, y debajo de todo ello había su propio aroma masculino. Isabel no se daba cuenta de lo mucho que se había acostumbrado a ese olor. Le era muy querido. Lo asociaba con la seguridad y la comodidad, probablemente porque habían compartido la cama durante algunas noches, y ahora asociaba su olor con su habitación, su cama.

Isabel deslizó las manos bajo su capa, buscando más calor. El brazo de Rhys la rodeó con fuerza mientras impulsaba al caballo al galope. Unos instantes después, llegaron a su casa. La puerta se abrió al instante, y el mayordomo y el mozo de cuadra salieron corriendo bajo la lluvia. Rhys saltó del caballo y entregó las riendas al mozo.

—¡Monroe! Dígale a la señora Ainsworth que prepare una tetera de té y lleve todas las mantas que encuentre a la habitación de Isabel. —Se volvió hacia Isabel—. Ven.

Ella se deslizó por el caballo y cayó en sus brazos. Rhys le besó la frente cuando cayó al suelo, y luego volvió a cogerla en brazos.

—Puedo andar, Rhys —protestó ella, pero él ni se inmutó.

—Si crees que te voy a soltar de mis brazos, estás loca —gruñó en voz baja.

Isabel se relajó contra él. Los sirvientes empezaron a bullir a su alrededor, e Isabel se sintió avergonzada por haber provocado semejante alboroto en mitad de la noche. Rhys entró en su habitación y la sentó en la silla junto a la chimenea. Isabel se estremeció agradablemente cuando el calor del fuego ahuyentó los escalofríos.

Rhys se quitó la capa y se agachó ante ella. Le cogió la pierna por el tobillo e Isabel se la apartó de un tirón.

—¿Qué haces?

Rhys volvió a cogerla por la pierna y apretó los dedos alrededor de la pantorrilla.

—Quédate quieta.

Le quitó las botas con cuidado y frunció el ceño al ver que las medias estaban empapadas. En ese momento entró Anthea con un fardo de mantas.

—Anthea —Rhys se volvió hacia ella—. Por favor, saca un par de medias limpias, un par de toallas y una camisa para su señoría. Y luego trae una jofaina con agua caliente, por favor.

—Enseguida, milord.

Mientras Anthea se apresuraba a hacer lo que le pedían, Isabel miró a su marido.

—Gracias por cuidar de mí, pero puedo arreglármelas sola desde aquí.

Rhys la ignoró, hundiendo las manos bajo sus faldas y desatándole las ligas. La sensación de cosquilleo en los muslos la hizo apretar las rodillas.

—De verdad, esto es innecesario —volvió a intentar.

Rhys la miró con el ceño fruncido.

—Mi querida esposa —dijo entre dientes mientras bajaba una media—. Creo que ya has hecho bastante por hoy. Ahora deja que te eche una mano.

Bajó otra media y miró el trozo de tela mojado.

—No es justo. Solo porque me haya pillado la lluvia...

Rhys se sentó sobre las rodillas, cogió la cara de Isabel entre las palmas de las manos y la besó con fuerza. Isabel se estremeció entre sus brazos cuando Rhys le pasó la lengua por la boca. La soltó de repente, e Isabel tuvo que sujetarse para no caerse. Le miró con el ceño fruncido.

—Si crees que tus besos son una forma de...

Se ganó otro beso, más urgente ahora, mientras las manos de Rhys recorrían su cuerpo. Le desató las ataduras del cuello y le quitó la capa.

—Soy tu marido. Y harás lo que yo te diga.

Isabel volvió a fruncir el ceño. ¿Acababa de besarla para poder hacer lo que quisiera sin que ella protestara?

Anthea colocó todos los objetos que Rhys necesitaba a los pies de la silla. Se sonrojó mientras se alejaba a toda prisa, e Isabel se dio cuenta de que había visto a Rhys besándola. Las mejillas de Isabel se encendieron por la vergüenza.

—Levántate —le ordenó Rhys mientras tiraba de sus brazos.

Ambos se pusieron de pie, y Rhys empezó a liberarla de las faldas.

—Rhys, Anthea podría ayudarme con la ropa. No tienes por qué...

Isabel vio el enfado en la cara de Rhys antes de que volviera a besarla. Esta vez le metió la lengua en la boca, provocándole un cosquilleo. Isabel se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Cuando Rhys por fin levantó la cabeza, ambos respiraban agitadamente.

—Date la vuelta —susurró Rhys.

Le puso las manos en los hombros y la ayudó a hacerlo. Luego empezó a trabajar en los botones.

—No me estás escuchando en absoluto —gruñó Isabel—. Intento plantearte mis preocupaciones. Intento hablarte como un ser humano racional, y tú...

Sintió un rasgón antes de que la bata cayera al suelo en un montón. Isabel se volvió con cuidado hacia él, en ropa interior, con los ojos muy abiertos.

—¿Me acabas de romper el vestido?

Rhys se encogió de hombros.

—De todos modos estaba estropeado. Los botones no cedían y estaba empapado.

Se miró y soltó un grito de horror. La bata estaba empapada hasta la camisa, que ahora mostraba sus pezones en todo su esplendor. Isabel se cubrió los pechos con los brazos, a punto de llorar de vergüenza.

Rhys dejó escapar un suspiro de cansancio. Se inclinó y apoyó la frente en la de Isabel.

—Lo siento, cariño —dijo en un ronco susurro—. Solo quiero que te seques cuanto antes. No puedo dejar que te pongas enferma por mi culpa. Date la vuelta y deja que te desabroche las medias. Luego podrás vestirme sola.

Isabel quedó tan sorprendida por la dulzura mezclada con angustia de su voz que se dio la vuelta sin decir una palabra. Él le quitó las medias y se apartó de ella. Isabel le miró por encima del hombro.

—Por favor, aléjate.

Rhys se volvió hacia la chimenea e Isabel empezó a quitarse la ropa mojada. Se quitó las enaguas antes de que el significado de sus palabras acabara por alcanzarla.

—¿Qué quieres decir con «por tu culpa»? —Se quitó la camisa de los hombros. Ahora estaba completamente desnuda, así que miró por encima del hombro para asegurarse de que Rhys no la estaba espiando—. Nada de esto es culpa tuya.

Rhys se pasó una mano por el pelo, aún de espaldas a ella.

—¿Cómo puedes decir eso?

Isabel se puso una camisa nueva y se volvió completamente hacia él.

—¿De qué tienes exactamente la culpa?

Rhys se abalanzó sobre ella.

—De todo. Nada de esto habría ocurrido si hubiera controlado mi temperamento y no me hubiera comportado como un completo imbécil esta mañana. Y si... si hubiera prestado más atención a quién contrato, quizá esto tampoco habría ocurrido —dijo esto último con voz más baja.

Isabel negó con la cabeza.

—Tenías razón al enfadarte conmigo —dijo en voz baja.

Rhys se acercó a ella y la sentó de nuevo en la silla.

—No la tenía. Ahora deja que te limpie para expiar mis pecados.

Vertió agua caliente en una palangana, subió las faldas de Isabel y procedió a lavarle los pies y

las pantorrillas. Isabel cogió una toalla del suelo y empezó a secarse el pelo.

—Has sido muy grosero —dijo con una sonrisa—. No lo negaré.

Rhys hizo una mueca de dolor.

—Pero tenías razón. Todo fue culpa mía.

—No, no lo fue —Rhys negó con la cabeza—. La verdad es que... La verdad es que me culpé a mí mismo. Estaba tan enfadado porque... porque —respiró hondo, pues le parecía imposible pronunciar las palabras— no es la primera vez que ocurre algo así.

Isabel hizo una pausa.

—¿Qué ha pasado?

Rhys hizo una mueca. Se enjabonó las manos y le masajeó las pantorrillas, concentrando toda su atención en la tarea. Isabel se agachó y le empujó la barbilla con los dedos para que la mirara a los ojos.

—Cuéntame.

Rhys tragó saliva. Le quitó el jabón de las piernas y la secó con las toallas en silencio. Luego la levantó y la depositó en la cama. La cubrió con las mantas y se alejó de ella. Se quedó de espaldas a ella, con la postura rígida, mientras hablaba.

—¿Has oído un rumor sobre mí?

Isabel frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando?

Él se volvió hacia ella, con la mirada acalorada.

—El que dice que asesiné a mi mujer.

Capítulo 26

La mirada culpable de Isabel decía todo lo que Rhys necesitaba saber. Ella lo sabía. Se había enterado del rumor, pero había decidido no hablar de ello con él por una razón u otra. Le dolía. Por alguna razón desconocida, le dolía no haber sacado el tema. Tal vez intentaba no herir sus sentimientos porque, de todos modos, se había casado con él. Pero su mente racional se negó a intervenir.

—Nunca lo creí —dijo, y luego bajó la mirada—. Bueno, quizá solo por un momento.

Rhys dejó escapar una risita ronca.

—No estabas muy lejos de la verdad.

Ella levantó la cabeza y se quedó boquiabierta.

—Era muy joven cuando nos casamos —dijo y empezó a pasearse—. Tenía una nueva responsabilidad sobre mis hombros, una responsabilidad para la que no estaba preparado. Y encima, tenía una esposa joven y hermosa. No era de la nobleza. Era la hija de un vicario. Así que ambos no teníamos ni idea del peso que teníamos sobre nuestros hombros. —Sacudió la cabeza—. Ella pensaba que las damas de la casa se pasaban el día tomando el té e intercambiando cotilleos. Estoy medio convencido de que ese fue el solo motivo por el que se casó conmigo. Porque ahora veo tan claro como el agua que nunca me quiso.

—¿Pero tú la querías?

Rhys levantó la cabeza. Casi había olvidado que no estaba solo en la habitación. Asintió con la cabeza.

—Creía que sí. Es difícil decirlo con certeza debido a lo que siguió, pero en aquel momento, creía que sí.

—¿Qué ocurrió?

Rhys miró hacia el fuego, con la mirada borrosa.

—Tardé en conocer mis responsabilidades como terrateniente. Demasiado tiempo. Siempre estaba ocupado, siempre fuera. Mi esposa se volvió inquieta. Tuvimos dificultades para concebir, y eso solo añadió presión a nuestra relación. Empezamos a discutir todos los días. Abigail —así se llamaba— se volvió fría y distante. Cuando por fin empezó a aumentar, pensé que las cosas mejorarían, pero no fue así. Cada vez estaba más irritable. Pero yo tampoco mejoré mucho. Era grosero, arrogante, malhumorado...

—No me lo imagino —dijo Isabel con una sonrisa en la voz, pero a Rhys no le hizo ninguna gracia.

—Una noche, después de una gran discusión, salió corriendo, y en un arrebato de ira, yo también me marché aquella noche. —Se aclaró la garganta—. Los dos dejamos a Millicent sola en casa.

Isabel se incorporó.

—¿Seguro que no estaba sola? Los criados debían de estar con ella.

Rhys asintió.

—Sí. Abigail había contratado una niñera para Millie. —Tragó saliva—. Aquella mujer

abofeteaba a mi hija por cada pequeña infracción.

Isabel se cubrió la cara con las manos.

—No lo sabía. Nadie lo supo hasta que la señora Ainsworth se enteró de lo que pasaba, como tú. Pero Millie era solo una niña entonces. —Sacudió la cabeza, con lágrimas de frustración punzándole en el fondo de los ojos—. Cuando regresé unas semanas después, mi mujer seguía sin aparecer. En su lugar había una nota que decía que no volvería. Y por si fuera poco, la señora Ainsworth me contó por qué había despedido a la niñera. Temía que yo la reprendiera por despedir a una criada sin mi aprobación. Por lo visto, a Abigail no le gustaba que la gente desobedeciera sus órdenes por ridículas o perjudiciales que fueran.

—¿Qué edad tenía Millicent? —preguntó Isabel, con voz queda.

—Poco más de dos años.

—¡Era solo un bebé! —A Isabel se le humedecieron los ojos y su rostro enrojeció de rabia.

Rhys asintió.

—Tenía moratones en su cuerpecito. Yo no los vi, pero la señora Ainsworth me lo contó más tarde. Desde aquel momento juré que nunca perdería de vista a Millicent. Y no lo he hecho desde entonces...

Isabel hizo una mueca.

—Hasta que confiaste en mí para encontrar una institutriz adecuada.

—No es culpa tuya. Debería haber estado allí...

—¡Eso no es racional! No es posible que vigilaras a Millicent toda su vida. Pero estuve en la casa, yo... —Se le quebró la voz.

Hubo un momento de silencio mientras Isabel se enjugaba las lágrimas, y Rhys se quedó mirando a su esposa, que lloraba. Llevaba tanto tiempo reteniendo aquel dolor y aquella rabia que era bueno dejarlos salir.

—Después tuvo otras institutrices —dijo—. Pero en cuanto Millie mencionaba que no le gustaban, o si las miraba con su adorable ceño fruncido, las descartaba inmediatamente.

Isabel apartó la mirada.

—Quizá fue una decisión acertada. Mi amiga me dijo que los niños reconocen un corazón bondadoso cuando lo ven. Ojalá hubiera escuchado antes a Millie.

Rhys sabía lo que se sentía cuando la niña sufría por algo que él había hecho, y no quería que Isabel se sintiera así.

—Ambos deberíamos haberlo hecho. Y espero que ambos lo hagamos en el futuro.

Isabel respiró hondo.

—¿Pero qué hay de los rumores sobre tu mujer?

Rhys dejó escapar un profundo suspiro.

—Llegó una carta unas semanas después del incidente. Decía que el barco en el que viajaba mi esposa se había hundido. No había supervivientes. Así que, como ves, en cierto modo, las habladurías tienen razón. Aleje a mi mujer con mi mal humor y murió. Luego dejé a mi niña sola, y sufrió... He sido la razón de todas las desgracias en la vida de las personas que me importaban. Y si te hubiera ocurrido algo esta noche... —Se le quebró la voz.

Isabel se levantó de la cama y se acercó a él lentamente, como si fuera un animal asustado.

—No me ha pasado nada —dijo, y le puso la palma de la mano en la mejilla.

Rhys se inclinó hacia ella, mirándola fijamente a sus solemnes ojos azules.

—Pero te alejé.

—No lo hiciste. Nunca os abandonaría, ni a ti ni a Millicent. No por voluntad propia. —Se acercó más a él y le rodeó la cintura con los brazos.

Rhys estaba tan sorprendido que ni siquiera respondió. Se quedó de pie, con los brazos flácidos a los lados, mientras ella estrechaba su cuerpo contra el suyo.

—Ahora, ¿podemos ir a ver a Millicent? Quiero verla. La he echado tanto de menos.

Las palabras de Isabel descongelaron el corazón helado de Rhys. La rodeó con los brazos y la estrechó contra su corazón. ¿Cómo podía una mujer que había conocido a su hija hacía unas semanas preocuparse por ella más que su propia madre? Separó los brazos de Isabel de su cuerpo y le cogió la mano.

—Sí, vamos.

Isabel caminó por el oscuro pasillo, con la mano en la de su marido. El calor de él parecía viajar a través de sus dedos contiguos y extenderse por su cuerpo. El hecho de que le hubiera hablado de su primera esposa, confesado sus pecados y revivido los dolorosos recuerdos sobre Millicent le decía algo muy importante. Ella le importaba. No quería perderla como había perdido a su primera esposa. Y ese pensamiento le dio fuerzas.

Sí, a veces era hosco y grosero, pero ella ya estaba acostumbrada al ceño constantemente fruncido de él. Y tal vez si aceptaban ser francos y abiertos el uno con el otro, podrían darse más motivos para sonreír. Tal vez, con el tiempo, podrían convertirse en la familia feliz con la que había soñado de niña.

Llegaron a la habitación de Millicent y entraron. Millie estaba tumbada en su cunita junto a la ventana. La tormenta seguía arreciando fuera, pero a ella no parecía molestarle en absoluto. Isabel sonrió. Era una niña resistente. Isabel se aseguraría de protegerla siempre de todo lo malo de este mundo.

Cuando Isabel entró, Button, que estaba tumbado a los pies de la cama, se despertó y soltó un bostezo audible. Millie se removió en la cama y abrió los ojos.

—¡Isabel! —Se incorporó de golpe en la cama e Isabel corrió a su lado.

Isabel se sentó en la cama y abrazó el cuerpecito de Millicent contra el suyo. Button soltó un ladrido y volvió a acomodarse a los pies de Isabel.

—¿Dónde has estado? —preguntó Millicent contra el pecho de Isabel.

Isabel sonrió.

—Estaba con una amiga, presenciando el milagro del nacimiento.

—¿De veras? ¿Fue interesante?

La ráfaga de preguntas que salieron de la boca de Millicent reconfortó a Isabel. Pensó un rato, recordando toda la sangre y los gritos que había presenciado aquel día.

—Fue... hermoso —mintió.

Bueno, el resultado había sido hermoso, pero el proceso del parto no tanto. Sin embargo, Millie era demasiado joven para conocer los detalles.

—¿Quieres contármelo?

Isabel se rio entre dientes.

—Quizá mañana. Ya es tarde. Deberías estar durmiendo.

—Te estaba esperando —hizo Millicent un mohín.

Isabel le acarició la coronilla, con el corazón hinchado.

—Bueno, ahora que estoy aquí, puedes volver a dormir.

—¿Quieres cantarme una canción?

Isabel lanzó una mirada a su marido, que seguía de pie en la puerta.

—Por supuesto, querida.

Millie se separó de Isabel y volvió a meterse en la cama. Isabel la arropó, le besó la frente y empezó a cantarle una nana. Cuando Isabel terminó la canción, Millie y Button estaban

profundamente dormidos.

Se levantó y caminó hacia su marido. Se pasó las manos por los brazos y volvió a temblar. Solo había conseguido ponerse una bata por encima de la camisa cuando salió de su habitación, y estaba claro que no era suficiente.

—Tienes una voz preciosa —dijo Rhys mientras la acompañaba fuera de la guardería.

Isabel sonrió.

—Prefiero cuando cantas.

Rhys soltó una risita.

—Quizá pueda arroparte esta noche.

Isabel lo miró, sorprendida. Tras sus ojos se encendió un fuego juguetero. Abrió la boca para replicar y... estornudó.

Rhys la miró con el ceño fruncido.

—Tienes frío —dijo, y le tocó la mejilla con los dedos.

Isabel se encogió de hombros.

—Este pasillo no está bien caldeado.

Rhys negó con la cabeza.

—Vamos a meterte de nuevo en la cama.

Cuando llegaron a la habitación de Isabel, Rhys puso en práctica sus palabras y arropó a Isabel para que solo asomara la cabeza por encima de las sábanas. La señora Ainsworth entró en ese momento con un plato de sopa. Cuando se marchó, Isabel miró el cuenco y frunció el ceño.

—¿Cómo voy a comerme la sopa si tengo las manos agobiadas por las mantas?

Rhys se rio.

—No te preocupes. Tu marido te dará de comer.

Fiel a su palabra, cogió una cucharada de sopa y se la llevó a los labios. Isabel tragó saliva y soltó una carcajada.

—Es bastante incómodo comer sopa cuando alguien te está dando de comer.

Rhys gruñó.

—Tendrás que acostumbrarte.

Unos minutos después, Rhys se quedó mirando el dosel que había sobre la cama, escuchando el uniforme staccato de las gotas de lluvia que golpeaban la ventana. Su mujer seguía moviéndose en la cama, incapaz de encontrar una postura cómoda.

Por fin se volvió hacia él.

—¿Rhys?

Gruñó.

—¿Estás durmiendo?

Rhys dejó escapar una risita.

—¿Y si digo que sí?

Isabel sonrió.

—No te creeré.

Se volvió hacia ella.

—¿Qué te pasa?

—Todavía tengo frío... ¿Puedes...? Quizá si me abrazas...

Rhys ocultó su sonrisa y se giró hacia ella. La envolvió en sus brazos, de espaldas a él, y le pasó una mano por el cuerpo en un intento de calentarla. Pero ella se estremeció.

—Maldita sea. Tienes frío. Mete los pies entre mis piernas.

—¿Creías que mentía? —Isabel soltó una risita, pero hizo lo que él le pedía. Incluso a través de

su camión, sintió que tenía los pies como bloques de hielo. ¿Por qué tardaba tanto en entrar en calor?

Le pasó las manos por los brazos y las piernas, y ella suspiró satisfecha.

—Hazlo otra vez.

Rhys se rio y le frotó las piernas y el cuerpo. Ella empezó a calentarse y, a su vez, él empezó a calentarse. Maldita sea la respuesta de su cuerpo. Ella estaba sufriendo por el frío, pero a su estúpido cuerpo no parecía importarle. Su miembro se puso en posición de firmes mientras todo su ser se tensaba.

Isabel eligió ese preciso momento para apoyarse en él, con su cálido trasero acunando su dolorida erección. Rhys apretó los dientes. Aquello era una tortura. Se apartó lentamente de ella e Isabel se volvió hacia él.

—¿Qué? —parpadeó, toda inocencia.

—Creo que ya te has calentado lo suficiente —farfulló.

Isabel hizo un mohín.

—Todavía tengo las manos frías, ¿ves?

Para demostrárselo, le apretó la mejilla con la palma de la mano. Su tacto era cálido. ¿Qué hacía?

—Me parecen calientes —dijo Rhys, con la voz ronca.

—Quizá si me besaras...

Rhys dejó escapar una risita ronca.

—¿Intentas seducirme, mi querida esposa?

Las mejillas de Isabel se tiñeron de rojo oscuro en la habitación poco iluminada.

—¿Y qué si es así?

Su atrevimiento era a la vez excitante e inquietante. Él sabía que no era virgen. La había pillado en pleno acto con Stanhope hacía tantos años. Quizá había tenido más amantes desde entonces. No tenía forma de saberlo y no iba a preguntar. Por otra parte, Rhys solo había tenido una amante: su exmujer. Y su experiencia no le había dado precisamente confianza en su destreza. Después de todo, su primera esposa había huido con su amante tras meses de engañarlo. Quizá en el fondo seguía siendo un joven ingenuo, pero quería que su primera vez con Isabel fuera especial, mágica.

Pero ella apretó su cuerpo contra el de él, y todas sus preocupaciones, intenciones y pensamientos desaparecieron de repente. Rhys inclinó la cabeza y le besó la boca con sensualidad. Isabel gimió en su boca y levantó las caderas, exigiendo más contacto. Acunó su cabeza con la mano y luego le acarició los mechones con los dedos. Rhys gimió en respuesta. Le acarició la espalda y bajó hasta el trasero suave y maduro. Lo apretó con la mano, e Isabel jadeó.

Rhys la puso boca arriba, con el miembro endurecido apuntándole al vientre. Le besó la mandíbula, el cuello...

De repente, Isabel se despezó y... estornudó sobre la almohada. Se cubrió la cara con las manos, y luego enterró aún más la cara en la almohada, con los hombros temblándole de risa. Rhys soltó una risita y le frotó los hombros.

—Qué romántico —dijo Isabel entre carcajadas, con la voz ahogada por la almohada.

—Quizá no deberíamos hacer esto esta noche —la voz de Rhys seguía cargada de pasión.

Isabel negó con la cabeza.

—Oh, pero si acababa de empezar a calentarme.

Rhys le rodeó la cintura con el brazo y la puso de lado, abrazándola, de espaldas a él.

—Tenemos todo el tiempo —dijo y le besó el pelo—. No hay necesidad de precipitarse. Ahora

duerme.

Capítulo 27

Rhys se despertó con la familiar sensación de sentirse abrazado por su mujer. Tenía una pierna sobre sus muslos y se había subido el camisón, dejando a la vista sus deliciosas pantorrillas. Tenía la mano sobre su pecho y la cabeza cómodamente apoyada bajo su clavícula. El pelo estaba esparcido por la almohada en hermosas ondas, y su gorro de dormir no aparecía por ninguna parte.

Y si esa no era la imagen más perfecta para despertarse, no sabía qué podía serlo.

Desgraciadamente, su calor, el tacto de sus suaves curvas y el aroma de su pelo le atraían tanto que quería tumbarla boca arriba, separarle las rodillas y penetrarla. Así las cosas, sus entrañas estaban duras y palpitantes de necesidad. Rhys intentó salir lentamente de debajo de ella, pero ella se agitó y sus dedos le rozaron el pecho a través del camisón. Rhys reprimió el impulso de gemir. Dios, qué tentadora era su mujer.

Su imaginación se desbocó al pensar en desnudarla lentamente, bajarle el camisón de algodón, descubrir su piel blanca como el mármol y tocar sus suaves pechos. Deseó poder levantarle las faldas y poseerla allí mismo, a la luz del día. Pero su mujer merecía algo más que aquel trato animal. Se merecía luces tenues y la modestia de su ropa de dormir, sobre todo para su primera vez. Quizá más tarde se mostraría dispuesta a hacerlo a la luz del día.

Recordó el día en que la había sorprendido con Stanhope al aire libre y a la luz del día. Rhys hizo una mueca. No era un grosero desconsiderado como el conde. Trataría a su esposa con el respeto que se merecía. Pero ¿y si ella no quería que se le concediera ese respeto? Anoche había actuado con suficiente descaro.

Rhys sabía que los amantes clandestinos y las parejas casadas actuaban de forma diferente en la cama. Su primera esposa, Abigail, había sido una delicada flor en sus brazos. Había llorado las primeras veces que compartieron lecho, aunque él había intentado ser lo más suave posible con ella. Con el paso de los meses, Abigail exigió más indulgencia a Rhys, pero fue a buscar satisfacción en otra parte. Al segundo año de matrimonio, apenas dejaba que Rhys la tocara. La pasión no era algo que hubiera existido en su matrimonio durante mucho tiempo, y Rhys temía que a él y a Isabel les ocurriera lo mismo.

Y haría cualquier cosa por evitar esa inevitabilidad. Porque por mucho que le hubiera dolido que Abigail lo abandonara, no creía que sobreviviría si Isabel lo hacía.

Isabel se revolvió y levantó la vista hacia él en ese momento. Sonrió y se estiró, antes de darse cuenta de que estaba tumbada encima de él, con las piernas desnudas y la grupa sobresaliendo. Sonrió tímidamente y ocultó sus extremidades bajo las sábanas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Rhys y se volvió hacia ella.

—Me siento bien —dijo ella con una sonrisa.

—¿No estarás resfriada?

Alargó la mano y le tocó la mejilla. Estaba tibia y agradable, pero no tenía fiebre. Qué bien. Así que la noche anterior no había afectado a su salud.

—No —ella sonrió, con los ojos brillantes de picardía. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo

revuelto. Rhys no pudo evitarlo; se inclinó y la besó. La mano de ella fue inmediatamente a acunarle la mejilla. Rhys rodó sobre ella, su rodilla aterrizó entre sus piernas y su miembro presionó su muslo. Estaba dispuesto a tirar por la borda su resolución de tratarla como a una dama. Estaba dispuesto a renunciar a su anterior convicción de tratarla con el respeto debido a su esposa. Maldito respeto cuando ella estaba tan caliente y abierta ante él. Quería hundirse en su calor y maldecir sus resoluciones.

Llamaron a la puerta. Rhys maldijo y se apartó de Isabel. Su miembro hinchado palpitaba de necesidad y apretó los dientes.

—¡Un momento! —gritó.

Isabel se metió inmediatamente bajo las sábanas y sus mejillas se tiñeron de un rojo más intenso. Rhys lamentó la pérdida de su calor y la visión de su piel desnuda. Malditos sean sus apetitos carnales.

«Tengo que controlarme», pensó.

Se ajustó el camisón, se acercó a la puerta y se asomó. El mayordomo intentó ocultar una sonrisa al ver a su amo abriendo la puerta de su señora, pero no lo consiguió.

—¿Qué ocurre, Monroe? —ladró Rhys.

—Tenemos un invitado, mi señor.

¿A estas horas? Rhys enarcó una ceja.

—¿Un invitado?

—Sí, e insistió en ver a su señoría de inmediato.

—¿Dice que ha insistido? ¿Quién es ese insolente? —¿Un caballero que quiere ver a su esposa? Rhys se erizó de indignación.

—Visconde Gage, milord.

Rhys gimió interiormente.

—Gracias, Monroe. Llévelo a uno de los salones. Su Señoría bajará enseguida.

Cuando el mayordomo se retiró, Rhys cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Isabel se sentó en la cama, todavía abrazada a las sábanas.

—¿Qué ocurre?

—Tu hermano —dijo Rhys y se pasó los dedos por el pelo—. El vizconde Gage está aquí de visita.

Isabel se vistió apresuradamente con ayuda de su criada mientras Rhys iba a ver a Millicent. No quería que se precipitara a la sala de desayunos con Button mientras había invitados. Isabel intentó asegurarle que su hermano no era esa clase de invitado, pero él se limitó a burlarse, besarle la frente y subir a la habitación de los niños.

Con todo lo que estaba ocurriendo, Isabel casi se había olvidado de la aparente aversión de Rhys hacia su familia. Esperaba que se le hubiera pasado con todas las revelaciones que habían compartido. Y tal vez fuera así, pero aún quedaban residuos, e Isabel estaba segura de que no solo existían por parte de Rhys.

Cuando Anthea terminó de peinarla, Isabel bajó las escaleras y entró en el salón azul, donde la esperaba su hermano. Richard estaba de espaldas a ella, con las manos entrelazadas detrás, mirando por la ventana.

—Richard —dijo Isabel con una sonrisa.

Él se volvió, con el ceño fruncido.

—Pareces bastante sana —dijo, recorriendo su cuerpo con la mirada.

—Por supuesto que estoy sana —Isabel se adentró en la habitación—. Aunque esperaba un saludo apropiado.

—Perdóname, hermana mía —Richard se acercó a ella, le cogió las dos manos y la besó en la mejilla—. Estás preciosa.

—Gracias —ella hizo una reverencia fingida—. ¿Qué te trae por aquí una semana antes de que empiece la fiesta en la casa?

Isabel señaló las sillas junto a la chimenea. Richard se sentó, pero no dejó de fruncir el ceño.

—Digamos que he oído una información inquietante sobre tu estancia aquí —dijo mientras se acomodaba en una silla.

Ahora le tocaba a Isabel fruncir el ceño.

—¿Qué tipo de información inquietante?

—Que te están maltratando —Richard se puso los dedos sobre el pecho, con la mirada fija.

Isabel entrecerró los ojos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Que te maltratan? —saltó hacia delante, con el ceño fruncido.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Isabel con calma.

—Tú tampoco.

Isabel puso los ojos en blanco.

—Dime lo que has oído y te diré si es cierto.

—Muy bien —soltó Richard—. He oído que les caías mal a tus criados.

Era cierto, lo habían hecho en el pasado. Pero ¿qué tenía eso que ver con la presencia de Richard?

—También oí —prosiguió Richard— que te habías torcido el tobillo. Que supuestamente fue un accidente, pero no estoy tan seguro.

Isabel ahogó una risita.

—¿Crees que alguien me torció el tobillo a propósito?

Él se encogió de hombros.

—¿Te empujó, tal vez?

Isabel apretó los labios.

—¿Qué más has oído?

—Que ayer tuviste una discusión con tu marido tan fuerte que saliste de casa con una cesta de comida a caballo.

Isabel se levantó de un salto, obligando a Richard a levantarse también.

—¿Me has estado espionando?

—¡Pues claro que te he estado espionando! ¿Crees que te dejaría ir sola y desprotegida a la guarida de una bestia? De ninguna manera.

El entrometido ni siquiera se disculpó por ello.

—¿Y cómo te has enterado tan rápido?

—Estaba en Bedford visitando a Sam cuando recibí... —Richard cerró la boca, pero ya era demasiado tarde.

A Isabel se le hinchó el pecho, pero se obligó a calmarse.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Acaso importa? —Richard cruzó los brazos sobre el pecho.

—Fue James, ¿verdad? Ese pequeño traidor.

—¡James no es el problema! Lo es tu marido.

Por supuesto, ese fue el momento exacto en que su marido decidió aparecer por la puerta. Isabel gimió.

—Buenos días, lord Gage —le espetó Rhys—. ¿A qué debemos el placer de que agracies

nuestra casa con tu presencia y me insultes a mis espaldas?

—Como puedes atestiguar, eres tú quien lo hace a mis espaldas.

Isabel se dejó caer en la silla con un gemido. Ahora tenía que lidiar con dos hombres obstinados, como si uno no fuera suficiente. Rhys entró en la habitación y se colocó detrás de la silla de Isabel. Le rozó la piel del brazo, justo debajo de la manga, e Isabel levantó la vista con una sonrisa. Le guiñó un ojo antes de dirigir la mirada hacia su hermano.

Gage los observaba con los ojos entrecerrados.

—Creía que no os caíais bien.

Isabel se encogió de hombros.

—He cambiado de opinión.

Se volvió hacia su marido y le tiró de la manga. Él la miró, desconcertado.

—No he cambiado de opinión. Siempre me has gustado.

—Mentirosa —Isabel le dio un manotazo en el brazo, pero él le cogió la mano y le besó los nudillos.

—¡Señor, dame fuerzas! —Richard sacudió la cabeza y se restregó la cara con la mano—. Creo que necesito café o whisky. O ambas cosas.

—Tengo de eso en mi estudio —ofreció Rhys.

—¡Espléndido! —Isabel se levantó de la silla—. Vosotros dos podéis discutir vuestros asuntos de caballeros en vuestro estudio, y yo tengo que ir al pueblo a ver cómo está mi amiga. Llevaré a Millie conmigo, si no te importa. Creo que le gustará ver a un bebé diminuto.

Isabel se alegró de escapar de la compañía de los dos testarudos. Solo esperaba que no se pegaran un tiro en su ausencia.

—También tendrás que llevarte a Button —le recordó Rhys.

Isabel arrugó la nariz.

—Haré que James cuide de él por mí —dijo y sonrió a su hermano.

Isabel regresó a la casa unas horas más tarde. Millicent se lo pasó en grande jugando con los niños del pueblo mientras Isabel conversaba con Lilian, que ya andaba por la casa como si nada. Millicent resultó no estar interesada en la pequeña. La tuvo en brazos un momento, luego se la devolvió a Isabel y salió corriendo a jugar con Button y los demás niños de su edad.

Ahora iba dando saltitos por el carruaje, contándole a Isabel todo lo que había hecho y visto. Cuando el carruaje entró en la entrada, Isabel vio que se alejaba otro carruaje. Alguien debía de haberse apeado.

¿Más invitados? ¿O más familiares preocupados?

Entró en el vestíbulo con Button empujando a su lado y corriendo delante de ella, ladrando.

—¡Button, no! —Una voz femenina, suave, pero firme, hizo que Button se detuviera de repente.

Isabel abrió la boca, sorprendida. ¡Ese demonio traicionero! No escuchaba sus órdenes, pero sí... Levantó la vista y su rostro se dividió en una sonrisa.

—¡Evie! —Fue a abrazar a la duquesa y luego miró de reojo a su perro—. ¿Cómo lo has hecho? No consigo que haga nada.

Button se sentó a los pies de Evie, moviendo alegremente la cola. Millicent corrió hacia la duquesa y le hizo una reverencia descoordinada. Evie le correspondió y se postró en el suelo con elegancia.

—Milady —dijo con una sonrisa radiante, y Millicent soltó una risita.

¿Millie acababa de hacer una reverencia? ¿Por su propia voluntad y sin que nadie se lo recordara? Isabel se quedó con la boca abierta y no pudo cerrarla del todo antes de que el marido

de Evie, el vizconde St. Clare, apareciera detrás de su esposa. Se quitó el sombrero y se inclinó con una floritura.

—Mis señoras.

Puso la mano en la espalda de Evie y le sonrió. Isabel suspiró para sus adentros. Aquel hombre estaba muy enamorado de su duquesa. Millicent se volvió hacia Isabel y exclamó con asombro inconfesable:

—¡Es duquesa!

—Sí, lo es —Isabel se volvió hacia sus invitados—. ¿Acabáis de llegar? Creo que he visto alejarse vuestro carruaje.

—Sí, acabamos de entrar en el vestíbulo un momento antes que tú —Evie sonreía, pero Isabel podía ver claras líneas de fatiga en su rostro. Y tenía la cara ligeramente verde.

—Una bonita coincidencia. Pero debes de estar cansada. Deja que te acompañe a tus habitaciones.

—Si me disculpas, iré a buscar a Vane —dijo St. Clare. Luego se volvió hacia Evie—. No te importa instalarte sola, ¿verdad?

—Lo prefiero —Evie sonrió, y luego añadió ante su mueca—: Estoy bastante cansada, y sé que no me dejarías descansar.

—Claro que no —dijo St. Clare en voz baja, le dio un rápido beso en la mejilla, se inclinó ante Isabel y Millie y se marchó.

Evie se volvió hacia Isabel.

—¿Vamos?

Isabel iba delante, Evie y Millicent detrás, y el perro cerraba la comitiva. Millicent parloteaba alegremente, contándole a Evie todo sobre su vida, e Isabel no pudo evitar sentirse celosa. Aquella niña apenas le había dirigido la palabra durante las primeras semanas en que se conocieron, y sin embargo apenas se detenía en su narración a la duquesa. Más que eso, escuchaba a Evie e intentaba imitarla en su forma de andar y hablar. Incluso el maldito perro, que se empeñaba en matar a Isabel, estaba enamorado de la duquesa.

Se acercaron a una de las habitaciones de invitados e Isabel abrió la puerta.

—Bienvenida, Su Gracia.

Evie rio entre dientes y entró en la habitación. Miró a su alrededor, asombrada.

—Esto es precioso.

—Yo ayudé a decorarlo —dijo Millie con orgullo. Lo cual era cierto. Había ayudado a elegir los cuadros y las flores para las superficies.

—Algún día serás una anfitriona ejemplar —la felicitó Evie.

Millie sonrió al principio, luego apartó la mirada tímidamente y se rascó detrás de las orejas de Button.

—Debes de estar fatigada después del viaje, y sé lo que sientes por los carruajes, así que te dejaré descansar —dijo Isabel.

—Gracias. Deseo hablar contigo lo antes posible, pero no sería muy buena compañía en este momento.

Isabel sonrió.

—Comprendo.

—¿También tenemos que irnos? —Millie hizo un mohín.

—Yo diría que Button es la primera que tiene que irse —respondió Isabel.

Evie hizo una profunda reverencia.

—Ha sido un placer volver a verla, milady.

Millie intentó imitarla y estuvo a punto de caerse. Isabel la agarró por el hombro para evitar su indigna caída. Millie soltó una risita y se alejó corriendo con su perro.

—Antes de acostarme y descansar, dime una cosa. ¿Te va todo bien? —preguntó Evie.

—Sí —respondió Isabel con énfasis—. Y por mucho que me alegre de verte, es decir, me encantaría tenerte para mí sola unos días antes de la fiesta en casa, ¿por qué has llegado antes?

Evie enarcó una ceja.

—¿Es una sorpresa?

—Bueno... —Ahora Isabel estaba confusa. ¿Le había pedido a la duquesa que llegara antes?

Evie cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cuándo fue la última vez que me enviaste tu carta diaria?

—¡Oh! —Isabel hizo una mueca. Con todo lo que estaba ocurriendo en la casa, se había olvidado por completo. No había enviado ni una sola carta a nadie desde el incidente con la institutriz.

—Me preocupaba que te hubiera pasado algo, aunque Gabriel se limitó a poner los ojos en blanco. Pero no podía negarme el viaje unos días antes.

—Siento mucho haberte preocupado.

—No importa —Evie se puso una mano en el abdomen y respiró hondo. Era evidente que estaba agotada—. Pero recibí una carta de Sam, que decía que ella también quería llegar pronto. Pero quería que fuera una sorpresa. Siento haberlo estropeado.

Isabel se rio entre dientes.

—Me haré la sorprendida. Ahora te dejo descansar. Cuando estés preparada, estaré encantada de intercambiar cotilleos.

Capítulo 28

Evie no salió de su habitación en todo el día. St. Clare había anunciado que se encontraba indispuesta y que no les honraría con su presencia hasta por la mañana. Isabel entendió que eso significaba que Evie seguía sufriendo los efectos del viaje y esperaba que el descanso le sentara bien.

Millie hizo pucheros durante toda la cena porque la duquesa no se había unido a ellos. Pero entonces se enteró de que no se le permitía cenar con los adultos durante la fiesta de la casa, y su enfado se elevó a otro nivel.

Solo dejó de enfurruñarse el tiempo suficiente para pedir a Rhys e Isabel que le cantaran antes de acostarse. Isabel lo tomó como una señal de que Millie había superado la traición de haber sido excluida de las comidas durante la fiesta.

Isabel se alegró de que Millie fuera fácil de enfadar e igual de fácil de perdonar. Eso le daba margen para cometer errores, que sin duda cometería muchos. Criar a una niña de seis años no era algo que jamás hubiera pensado que tendría que hacer, y agradeció a las estrellas que la niña que tenía que criar fuera Millicent.

Tras acostar a Millie, Isabel y Rhys se dirigieron a sus respectivos aposentos. Isabel se había cambiado para ir a la cama y se había metido bajo las sábanas cuando su marido entró en la habitación.

—¿Sabes —dijo al acercarse a la cama— que la pintura de mi habitación se ha secado?

Isabel sonrió.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No tengo ni idea —Rhys se subió a la cama y la besó en la boca antes de acomodarse bajo las sábanas—. Voy todos los días a cambiarme, pero acabo de darme cuenta de que las ventanas están cerradas y la chimenea está ardiendo.

Isabel ocultó la sonrisa. Su habitación volvía a ser un cómodo lugar de hábitat, y aun así, él elegía pasar la noche con ella. Apagó las velas y se echó encima de ella. La besó lentamente, e Isabel dejó escapar un profundo suspiro. ¿Empezarían por fin su deber conyugal? Su cuerpo zumbaba de excitación.

Anoche, cuando él le había dado la espalda, le había preocupado que simplemente no quisiera acostarse con ella, aunque su cuerpo había estado duro y ella había sentido la evidencia de su deseo contra su vientre. Hoy la besaba hambriento y sus manos recorrían su cuerpo, estrechándola contra él con avidez.

Se sentía deseada, necesitada, y era la mejor sensación del mundo. Pero hacía tanto tiempo que no intimaba con un hombre. Y la única vez que lo había hecho, ese hombre la había rechazado a los pocos días. Esperaba que no le ocurriera lo mismo con Rhys, pero ¿cómo podía asegurarse de ello?

¿Qué era lo que Evie le había dicho? «Permítete disfrutar de sus besos y caricias... por indecentes que sean».

Bueno, tal vez Isabel fuera indecente porque no encontraba nada indecente en lo que Rhys le

estaba haciendo. Rhys la besaba ahora profundamente, con la lengua jugueteando en la comisura de sus labios. Su sabor embotó sus sentidos y todas sus preocupaciones anteriores desaparecieron. Estaba tan consumida por el beso que no se dio cuenta de que él le había subido las faldas del camisón. Le ensanchó las rodillas y se acomodó en la cuna de sus muslos.

Siguió besándola mientras colocaba la punta de su virilidad en el centro de su feminidad, e Isabel jadeó. El eje caliente de él se sacudió y empujó su centro, exigiendo la entrada. Isabel cerró los ojos y giró las caderas, deseándolo dentro de ella. Rhys movió las caderas, invadiendo su calor lenta y suavemente. Isabel sintió el estiramiento y ensanchó las piernas para acomodarlo mejor. Rhys apretó los dientes y le puso las manos a ambos lados de la cabeza.

—Ah, cariño. Te siento demasiado bien —farfulló.

—Bésame, Rhys —suplicó Isabel.

Con un gemido, le cubrió la boca con la suya, mordisqueándole los labios, lamiéndole las comisuras de los labios mientras se mecía y se introducía en su interior de un solo empujón. Isabel abrió mucho los ojos y jadeó.

—¿Duele? —Rhys se mantuvo inmóvil, con una mueca de dolor en el rostro.

Estaba caliente y duro dentro de ella, llenándola deliciosamente. No le dolía. Al contrario, estar completamente unida a él era realmente la mejor sensación del mundo.

—No —dijo ella, con la voz entrecortada—. ¿Te duele?

Gotas de sudor cubrieron la frente de Rhys, que parecía realmente dolido. Pero negó con la cabeza.

—Demasiado bien.

Rhys se retiró ligeramente y volvió a empujar, la cama temblando por la fuerza. Isabel dejó escapar un gemido por el contacto.

—Agárrate a mí —susurró.

Isabel lo rodeó con los brazos y las piernas, estrechándolo contra ella. Cuando él volvió a empujar, Isabel enroscó los dedos en su camisón. Rhys la besó en las mejillas y la barbilla, antes de volver a penetrarla. Cada vez que se introducía en su interior, golpeaba un punto de su cuerpo que la hacía estremecerse y saltar de placer. Si pudiera saborear esa sensación...

Volvió a penetrarla, e Isabel gimió.

—Lo siento, amor. No puedo aguantar.

—¿Qué? ¡No! ¡No dejes que termine! —Isabel quería gritar sus protestas, pero él volvió a penetrarla y lo único que pudo hacer fue gritar su nombre.

Rhys aceleró el ritmo, la cama crujía con cada una de sus embestidas, y los sonidos de la carne encontrándose con la carne se mezclaban con sus gemidos. Un extraño cosquilleo empezó a acumularse en la boca del estómago e Isabel volvió a gemir. Con un gruñido, Rhys derramó su semilla, llenando a Isabel de líquido caliente. Ambos respiraban con dificultad, y Rhys abrió por fin los ojos y la miró.

—Eres magnífica —dijo Rhys. La besó ligeramente en la nariz y se apartó.

Permanecieron así unos minutos, con sus respiraciones agitadas como único sonido en la habitación. Rhys se levantó de la cama y fue a su camerino. Regresó unos instantes después, con una toalla húmeda en las manos. Inclino la cabeza hacia ella.

—¿Te importa?

A Isabel se le calentó todo el cuerpo de vergüenza. ¿Quería limpiarla? ¿Ya está?

Isabel se levantó de la cama y le quitó la toalla de las manos.

—Gracias, lo haré yo misma.

Se apresuró a ir al vestidor para limpiarse después de su momento de pasión. La creación de

una nena seguro que la dejaba desordenada. Tenía el pelo despeinado, el camisón arrugado y su mutua humedad se deslizaba por la pierna. Se aseó y luego trató de arreglarse el pelo para que pareciera ordenado, pero temía no haberlo conseguido. A Isabel le temblaban las manos y se sentía confusa. Le había gustado su acoplamiento, de verdad. Había disfrutado de los besos de Rhys y el momento de su unión fue una de las sensaciones más maravillosas de su vida. Pero no fue la experiencia que Evie mencionaba. ¿Lo había hecho mal? ¿Debía actuar de otro modo? ¿Debía preguntárselo a Rhys?

Soltó una bocanada de aire, frustrada. Entonces, tras unos minutos de tanteo en el oscuro vestidor, volvió a entrar en su habitación. Rhys estaba sentado en la cama, con su habitual ceño fruncido. Sus facciones se suavizaron al ver a Isabel y sonrió. Isabel le devolvió la sonrisa y volvió a meterse en la cama. Rhys la ayudó a acostarse, pero no la siguió. En lugar de eso, se sentó a su lado y la miró a la cara.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ya está. Ésa era su señal para decir exactamente cómo se sentía. Confundida, en conflicto, perpleja. Cualquier cosa para hacerle saber que deberían hacer algo diferente.

—Tengo bastante sueño —respondió ella.

Rhys la besó en la frente y le arropó el cuerpo con las sábanas.

—Entonces duerme, querida. Te dejaré descansar.

Y por primera vez desde que empezaron a compartir su cama, se dirigió a la puerta de la habitación contigua, entró en su cámara y no volvió aquella noche.

A la mañana siguiente, Rhys observó a Isabel en silencio desde la puerta, de pie frente a la ventana, mirando hacia los jardines. Tenía el rostro pensativo y las cejas juntas sobre el puente de la nariz. No parecía haberse dado cuenta de que él había entrado en su habitación.

Había echado de menos despertarse a su lado esta mañana y lamentaba su decisión de pasar la noche sin ella. Y el motivo era porque no podía controlarse cuando estaba con ella.

Había querido saborear su primer momento de unión, llevarla al borde de la pasión, pero en cuanto entró en ella, supo que no duraría mucho más.

Era increíble estar dentro de ella. Era cálida, apretada, suave y acogedora. Perfecta. Por eso tardó menos de dos minutos en derramar su semilla. Y tardó aún menos en volver a desealarla.

Desde el momento en que ella se limpió y salió del vestidor, él ya estaba deseándola de nuevo. Lo único que quería era volver a sumergirse en su calor y hacer lo que quisiera con ella, tal vez más de una vez.

Pero ella tenía un velo de confusión en el rostro y, cuando él le preguntó cómo se sentía, le dijo que tenía sueño. Eso no dejó a Rhys más opción que dejarla sola.

Si hubiera pasado la noche con ella, ninguno de los dos habría podido dormir.

Rhys entró lentamente en la habitación de Isabel y la agarró por la cintura. Ella chilló y se dio la vuelta, pero su rostro se iluminó con una sonrisa al verle.

—¡Me has asustado! No te he oído entrar.

—Perdona. Creo que estabas muy ensimismada.

—Lo estaba. —Isabel sonrió, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos—. Pero siempre me alegra una distracción.

Rhys inclinó la cabeza y la besó lentamente. Ella gimió en su boca y apretó su cuerpo contra el de él.

A Rhys lo dominó el deseo y lo único que quería era levantarle las faldas y poseerla allí mismo, contra la ventana.

Pero se apartó.

—¿Cuáles son tus planes para hoy? —preguntó, esperando que pudieran pasar algún tiempo juntos.

—Voy a montar a caballo con Millie y la duquesa. Y luego tengo mucho trabajo en casa. Hoy también llega el entretenimiento.

Rhys se tragó su decepción. No la vería en todo el día. Se contuvo de ofrecerle un momento íntimo allí mismo.

No seas tan impaciente.

—¿Qué te dijo Gage ayer? —preguntó Isabel, pasándole las manos por el pecho.

Rhys puso las manos sobre las de ella para detener su movimiento. Sus nervios ya estaban sobreexcitados.

—¿A qué te refieres?

—Olvidé preguntártelo ayer, pero después de que llegó, os escondisteis un rato en el estudio.

Rhys sonrió.

—Ah, lo de siempre. Amenazó con matarme si te maltrataba, lo cual, lo admito, es justo. Pero se pasó de la raya cuando amenazó a mi perro.

—¿Amenazó a Button? —Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Sí, algo sobre enviarlo a Escocia a pastorear ovejas si no se comportaba.

Isabel soltó una risita.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que si lo intentaba, tendría que responder ante Millie. Y después de eso, nuestra conversación se volvió amistosa.

Isabel volvió a reírse.

—Debería recordar esa táctica para la próxima vez que Richard se ponga exasperante.

—Estoy seguro de que no tendrás que esperar mucho —dijo Rhys con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo.

Ella lo miró como si quisiera decir algo. Pero se puso de puntillas y le besó en la barbilla. Rhys agachó la cabeza y atrapó sus labios, saboreando el gusto de su boca.

—¿Vendrás conmigo esta noche? —preguntó contra sus labios.

El cuerpo de Rhys se tensó. ¿Quería que lo hiciera? ¿O lo temía?

—Si tú quieres —respondió él.

Isabel volvió a besarlo, y Rhys estrechó su cuerpo contra el suyo, rozando sus suaves curvas contra su endurecida longitud.

Isabel se apartó, respirando con dificultad.

—Hasta esta noche, entonces.

Rhys se dirigió a su despacho y resolvió no pensar en su mujer durante el resto del día. Ojalá su mente fuera tan obediente.

En lugar de eso, se sentó detrás de su escritorio, mirando sus libros de contabilidad con la mente en blanco, pensando en su esposa.

¿Qué tenía Isabel que resultaba tan seductora?

Durante el día, Rhys no podía quitársela de la cabeza. Por la noche, había durado un tiempo vergonzosamente corto antes de perder el control.

Pero no podía negar que iba más allá de la mera atracción física. No podía apartar sus pensamientos de ella. Siempre pensaba en ella cuando estaba fuera, pero lo atribuía a que echaba de menos su casa, su hija y todo lo que asociaba con ellas.

Ahora que había pasado el día anterior en casa, no podía seguir engañándose así. Durante todo el día había tenido la esperanza de verla. Y la noche sin ella era una tortura.

Rhys no podía seguir negando lo evidente. Empezaba a enamorarse de su mujer.

Lanzó un suspiro. Ahora tenía que asegurarse de que ella también se enamorara de él. O que, al menos, no se sintiera inclinada a abandonarle. Y para ello necesitaba mantener viva la pasión en su matrimonio.

Isabel había tenido al menos un amante antes que Rhys. Y Rhys estaba seguro de que lo que hacían los amantes era diferente del lecho conyugal dentro de la sociedad educada. No estaba seguro de hasta qué punto era diferente, pero había oído historias de búsquedas desvergonzadas por parte de muchos miembros de la sociedad.

De hecho, había oído la mayoría de las historias de una persona que actualmente residía bajo su techo.

El vizconde St. Clare, hasta entonces el vividor más famoso del país y actualmente el marido más devoto de su esposa, entró en el estudio de Rhys justo en ese momento.

Se acercó al escritorio de Rhys y se dejó caer en la silla frente a él.

—¿Estás ocupado?

—No. —Rhys miró al vizconde con curiosidad.

—Oh, bien. Me encuentro sufriendo un inusual ataque de tedio.

—Déjame adivinar, tu mujer se fue con la mía y mi hija, así que ahora te aburres.

St. Clare sonrió.

—Eres increíblemente astuto. ¿Vas a ofrecerme una copa o tengo que ir a buscarla yo mismo? En realidad —dijo levantándose—, no importa. Lo haré yo mismo.

Fiel a su palabra, se dirigió a la mesa auxiliar y les sirvió una copa a cada uno.

—Es realmente reconfortante veros felizmente casados tras años de libertinaje —observó Rhys.

—Puedo decir lo mismo de ti. Solo que en tu caso serían años de ermitaño. Diría que hemos hecho un buen trabajo encontrándote una esposa.

Rhys se burló.

—No recuerdo que hayas trabajado mucho.

—¿Qué quieres decir? —exclamó St. Clare, ofendido—. Te invitamos al baile y dejamos a tu mujer a tus pies.

Rhys se rio entre dientes.

—Bueno, fuera lo que fuese, tengo que decir que estoy realmente contento con mi suerte.

—¿Lo estás? —El vizconde, demasiado perceptivo, enarcó una ceja.

Rhys se aclaró la garganta y se tiró de la corbata.

—Quería preguntarte algo.

—¿Sí? —St. Clare se animó de inmediato mientras bebía un sorbo de whisky.

—¿Tratas a tu mujer como a tu amante?

St. Clare enarcó una ceja. Cualquier otro hombre escupiría la bebida por la boca, sorprendido por la pregunta. St. Clare, no.

—No, trato a mi mujer mucho mejor de lo que he tratado nunca a ninguna de mis amantes.

—Eso no es exactamente lo que quería decir... —Rhys volvió a aclararse la garganta.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

Rhys se rascó la sien.

—Quiero decir en la cama.

—Oh... —Gabriel frunció el ceño—. Creo que no te entiendo.

—Bueno, quiero decir... Todas las cosas depravadas que hacías con tus amantes, ¿se las haces a tu mujer?

Gabriel levantó una ceja.

—Si por depravadas te refieres a si doy placer a mi mujer de todas las formas que he aprendido, entonces sí. Y ella hace lo mismo conmigo.

—¿La dejas...?

—La dejo que me haga todo lo que quiera y luego le enseño a hacer aún más —añadió con un guiño.

Rhys volvió a tirarse de la corbata, agitado.

—Lo que quiero decir es... He oído una y otra vez que las damas son criaturas delicadas que no pueden soportar actividades intensas... Hay cosas que son indecentes...

—Déjame que te detenga ahí, mi querido y virtuoso amigo. Lo que a ti te parece indecente, yo se lo hago a mi mujer todas las mañanas antes del desayuno. Y lo que tú llamas degradante o vergonzoso, yo lo llamo martes. —Terminó su bebida y golpeó el vaso contra el escritorio—. No existe nada indecente entre un marido y una mujer. Lo único indecente es un frío lecho matrimonial. Te lo dice un antiguo vividor.

Capítulo 29

Isabel llamó a la puerta de la habitación de Evie, esperando que la duquesa se hubiera levantado de su siesta vespertina.

—Por favor, entra —dijo Evie desde el interior, e Isabel se deslizó hasta la habitación.

—¿Has descansado entonces? —preguntó Isabel al ver a Evie sentada junto a la ventana, leyendo.

—Sí, gracias. —Evie guardó el libro y se levantó para saludar a Isabel.

Ambas habían pasado la mañana cabalgando con Millicent y, tras unas horas de agotadora actividad, Evie subió a su habitación a descansar mientras Isabel seguía afanándose por la casa. Pero a medida que se acercaba la hora del té, Isabel esperaba poder hablar con la duquesa antes de que llegaran más invitados y resultara imposible mantener conversaciones a solas.

Isabel y Evie se acomodaron alrededor de la pequeña mesa de té del salón, y la criada trajo galletas y almendras saladas para acompañar el té.

Isabel sirvió una taza a cada una y Evie se metió una almendra salada en la boca.

—¡Oh, estas almendras son mágicas!

—Es un gran elogio viniendo de ti —dijo Isabel—. Sé que no es fácil encontrar algo que te guste.

—¡Lo sé! Y últimamente es aún peor —se quejó Evie—. Sin embargo, he desarrollado un gran antojo de golosinas saladas, ¡y estas son perfectas!

Isabel se echó hacia atrás y miró a la duquesa con más atención. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y parecía... diferente de algún modo. Isabel entrecerró los ojos.

—¿Estás...?

Evie levantó la vista y parpadeó.

—¿Qué?

—Discúlpame por ser poco delicada, pero... ¿Estás embarazada?

Las mejillas de Evie se sonrojaron furiosamente e intentó ocultar su sonrisa, pero no lo consiguió.

Isabel sonrió y se levantó para abrazar a la duquesa.

—¡Me alegro mucho por ti!

Evie se mordió el labio.

—Solo han pasado unas semanas, y es una de las razones por las que Gabriel no quería que viajáramos, pero no podía perderme tu fiesta.

—Oh, Evie. —Isabel ladeó la cabeza y volvió a sentarse en la silla.

A pesar de la felicidad que sentía por su amiga, seguía sintiendo una ligera punzada en el pecho. ¿Podría Isabel tener un hijo pronto también?

Evie se metió otra almendra en la boca.

—Son espectaculares. Tendré que apuntar la receta.

—Por supuesto, le pediré a la señora Ainsworth que te la apunte. Pero la receta original me la dio mi amiga, que también estaba embarazada —dijo con una risita.

—Gracias. —Evie se metió otra almendra en la boca, saboreando cada crujido—. Debes de tener mucho que hacer para la próxima fiesta en casa. ¿Necesitas que te ayude?

Isabel negó con la cabeza.

—Esta casa es muy competente. Lo tengo todo preparado. Y los invitados deberían llegar hoy. Querían ver el lugar antes y preparar sus cosas.

—¡Oh, qué interesante! ¿A quién has contratado para el entretenimiento?

—A una compañía de teatro —dijo Isabel con orgullo—. Es la primera vez que los utilizo para una fiesta, pero ya los he visto actuar antes.

—Eso suena intrigante. Entonces, ¿estás segura de que no necesitas ayuda? —insistió Evie.

—Lo estoy. Pero si sientes que necesitas algo en lo que ocuparte, eres libre de pasar un rato con Millie. No te sientas obligada, es...

—¡Me gustaría mucho! —interrumpió Evie.

Isabel sonrió.

—Te estaría muy agradecida. Millie tiene una niñera, pero sin una institutriz, no recibe mucha educación de señorita, que parece copiar de ti. No quiero decir que debas actuar como su institutriz...

—Oh, por favor, Isabel, deja de divagar. Adoro a la niña y me encantaría pasar más tiempo con ella. Y te prometo que encontraré energía suficiente para ocupar a Millie y luego bailar en tu baile.

Isabel se rio entre dientes.

—No sé. Millie es una niña muy exuberante.

—¡Todo va bien porque yo también lo soy! —dijo Evie entusiasmada.

—Solo no te esfuerces demasiado, por favor. Pero Millie parece muy prendada de ti. Tengo que decir que estoy un poco celosa —confesó Isabel.

Evie enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí. Parece que se ha encariñado conmigo, pero te mira con tanto asombro en los ojos. Y copia todo lo que haces y quiere ser como tú. Supongo que debería alegrarme de que te haya elegido como modelo, porque eres perfecta.

Evie hizo un gesto de despedida con la mano y se metió otra almendra en la boca.

—Soy una novedad para Millie. Alguien que aparece de vez en cuando y la deslumbra con bonitos vestidos y una brillante melena pelirroja. Al fin y al cabo, siempre te elegirá a ti.

—¿Cómo lo sabes? —Isabel se mordió el labio.

Evie dejó la taza de té y miró a Isabel directamente a los ojos.

—Porque puede que tú veas cómo me mira, pero yo veo cómo te mira a ti. Puede que no la hayas parido, Isabel, pero eres su madre. Y así es exactamente como ella te ve.

A Isabel se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Santo Cielo, Evie. Sabes cómo hacer que a una dama se le salten las lágrimas. —Ambas se rieron y se secaron las lágrimas con un pañuelo—. Pero eso es exactamente lo que necesitaba oír. Gracias.

—Es verdad. —Evie sonrió.

Isabel negó con la cabeza.

—Nunca pensé, cuando conocí a esa niña salvaje, que la querría tanto.

—Es bastante extraño cómo unos completos desconocidos pueden convertirse en las personas más importantes de tu vida en un lapso de pocas semanas, ¿verdad? Al fin y al cabo, ¡así de rápido me hice amiga vuestra!

Isabel soltó una risita. Era cierto. Evie se hizo amiga íntima de Sam, la hermana de Isabel, en cuestión de días. Después, pasó a formar parte de la familia Lewis.

Sorbieron el té en silencio durante un momento antes de que Evie volviera a hablar.

—Ahora que hemos resuelto la relación con tu hija, ¿qué tal si me hablas de tu relación con tu marido?

A Isabel se le encendieron las mejillas y luchó por no sonreír.

—Así que ya no elude su deber conyugal, supongo, por la mirada tímida que pones.

—No lo hace —dijo Isabel y frunció los labios contra su sonrisa.

—¿Y todo es..., cómo decirlo sin ser grosera..., satisfactorio por ese lado?

Isabel dudó antes de asentir. Era satisfactorio, ¿no? Y en cualquier caso, no le parecía que fuera algo que debiera discutirse con un tercero. Sobre todo, porque no lo había hablado con su marido.

—Sí, lo es —dijo al fin.

Isabel llegó cansada a su habitación aquella noche. Todo parecía preparado para la fiesta en casa, y lo único que le faltaba era esperar a que llegaran los invitados. Richard no había causado ningún problema. Parecía bastante amable, aunque tenía esa mirada como si tuviera algo en la cabeza.

Isabel se lo preguntaría más tarde. Tenía demasiados problemas propios. Y quizá eso la convertía en una hermana egoísta, pero hoy decidió priorizarse un poco. No hacía daño pensar en una misma de vez en cuando, ¿verdad?

Llamó a Anthea antes de darse cuenta de que había un paquete envuelto sobre su cama. La criada entró en ese momento y empezó a preparar la ropa de noche de Isabel.

—Anthea, ¿sabes de quién es este paquete que hay sobre mi cama? —preguntó Isabel.

Anthea miró el paquete y negó con la cabeza.

Isabel se encogió de hombros. Pronto lo sabría. Se puso el camisón con la ayuda de su criada antes de despedirla. Luego se sentó en la cama y miró el paquete y la nota que lo acompañaba.

« Querida Isabel:

De nuestra conversación de hoy he deducido que el lecho conyugal no es todo lo agradable que puede ser. Puede que me equivoque, y si es así, por favor, disculpa mi intromisión. Pero sé lo nerviosa que estabas al respecto, y solo te deseo lo mejor. Así pues, te adjunto una baraja de cartas.

No es una baraja normal. Las encontré en la biblioteca de mi marido, y esto debería indicarte que no son para mostrarlas a desconocidos. Pero podrían ayudarte en tu empeño por seducir a tu marido.

Con afecto,

Evie».

Isabel guardó la nota y desenvolvió el paquete. Efectivamente, dentro había una baraja de cartas. Las cartas eran un poco más grandes que las que se utilizan para jugar, y tenían palabras escritas. Sin leerlas, dio la vuelta a una carta y se quedó boquiabierto. Era la imagen de un hombre erguido, completamente desnudo. Una mujer, vestida con un delicado vestido rosa que le caía por los hombros y mostraba sus pechos, estaba agachada ante él, y... ¡tenía la parte masculina de su anatomía dentro de la boca!

Isabel volvió a girar la carta y cerró los ojos. Tenía las mejillas sonrojadas y se sentía incómoda. ¿Quería Evie que Isabel hiciera eso? Eligió otra carta. La imagen era igual de indecente. Solo que esta vez, una mujer se sentaba a horcajadas sobre un hombre mientras este le

acariciaba los pechos. Isabel hojeó con rapidez el contenido de la baraja y se dio cuenta de que en todas aparecían imágenes escabrosas. En todas ellas, un hombre y una mujer estaban en algún estado de desnudez, y en más de una, una mujer o un hombre tenían los genitales del otro en la boca.

Aquello era más que indecente. Isabel no pudo evitar echar otro vistazo a las cartas. Sentía la piel caliente y húmeda. Se movió incómoda, sintiendo que se le acumulaba líquido entre los muslos. Isabel volvió a coger la primera carta y la giró para leer el texto. Resultó que eran instrucciones sobre cómo realizar la tarea que aparecía en la otra cara. Isabel entornó los ojos al leer las palabras, pero no pudo apartar la mirada. Respiraba entrecortadamente y no dejaba de apartarse el pelo de la cara caliente.

El picaporte de la puerta chirrió al girarse. Isabel dio un salto de culpabilidad, recogió las cartas y las arrojó bajo las almohadas. No quería que la sorprendieran mirando las imágenes escabrosas. La puerta se abrió y su marido entró en la habitación.

Cuando Rhys entró en la habitación, su mujer dio un grito ahogado y un salto de culpabilidad. ¿Qué estaba haciendo?

—¿Está todo bien? —preguntó, adentrándose en la habitación.

—Sí. —Isabel parecía algo ruborizada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Estás lista para ir a la cama?

Isabel negó con la cabeza.

—No del todo.

—¿No?

—No... Aún no he hecho mis abluciones nocturnas. —Se escondió el mechón de pelo suelto detrás de la oreja y se lamió los labios. Se comportaba de un modo extraño.

—Muy bien —dijo—. Haré lo mismo entonces.

Se volvió para salir de la habitación, pero Isabel lo detuvo.

—Rhys, espera...

—¿Sí? —Se volvió hacia ella.

—Pasarás la noche conmigo, ¿no es así?

Rhys parpadeó, sobresaltado.

—Por supuesto. ¿No quieres que lo haga?

—Oh, sí, quiero que lo hagas. —Su voz era curiosamente jadeante.

Rhys se apresuró a entrar en su habitación, hizo sus abluciones nocturnas y se puso el camisón. Entró en la habitación de Isabel justo cuando ella salía de su camerino... con su indecente camisón semitransparente que ya le había visto puesto antes.

Supongo que no debería llamarlo indecente. Lo llamara como lo llamara, Rhys no podía apartar los ojos de su mujer. Se le secó la boca y su miembro se endureció. Maldita sea. No volvería a durar mucho.

Isabel caminaba hacia él, moviendo las caderas de un lado a otro y enseñando las piernas a cada paso. Finalmente, se detuvo a pocos centímetros de él y lo miró a los ojos. Rhys extendió lentamente la mano y le apartó el pelo por detrás de la espalda. Isabel tragó saliva, un murmullo en la garganta atrajo su atención antes de que su mirada se deslizara hacia abajo y se detuviera en la cima de sus pechos redondos y turgentes.

—Quería hablar contigo —dijo, con la voz entrecortada.

La conversación era lo último que Rhys tenía en mente. Levantó los ojos hacia su rostro, e Isabel se lamió los labios. Los ojos inquietos de Rhys se posaron en su boca. Una boca tan

regordeta y hermosa. Preferiría mamar de sus labios antes que mantener esta conversación, pero se resistió. Si ella necesitaba decir algo, él la escucharía. Aunque quizá no debería haberse vestido de forma tan provocativa si quería que él le prestara atención.

—¿Sí? —graznó.

—Sobre anoche...

—¿Sobre qué? —Los ojos de Rhys no pudieron evitar recorrer su cuerpo.

Ella se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—¿Piensas hacerlo todas las noches?

Rhys volvió a mirarla a la cara.

—¿No... no quieres que lo haga?

Isabel hizo una mueca y a él se le encogió el corazón. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había puesto el vestido más seductor que pudo encontrar para decirle que ya no quería que compartiera su cama?

—¡Claro que no! —exclamó y se alejó de él, balanceando el trasero a cada paso—. Prefiero que te quedes aquí.

Rhys parpadeó. ¿Me había perdido algo?

—Disculpa, cariño, ¿puedes aclararlo? ¿Qué quieres que no haga?

—Me dejaste anoche después de... después de... Bueno, ya sabes.

—Después de que compartiéramos un breve, pero apasionado interludio. Sí.

—Y tuve que dormir sola... Y eso no me gustó.

Los labios de Rhys se movieron en una sonrisa. ¡Gracias a Dios!

—Querida —dijo mientras se acercaba a ella—. Dijiste que estabas cansada. No quería molestarte.

—Oh. —Isabel parpadeó. ¿Había pensado que realmente quería dormir lejos de ella?—. No me importa en absoluto que estés aquí, aunque esté cansada.

Rhys ocultó una sonrisa.

—Como desee, milady. ¿Algo más?

—Sí. —Se sentó en la cama y se miró las manos, cruzadas recatadamente sobre el regazo.

—Espero con inquietud tu próxima petición, milady —dijo él, con voz grave.

—Estaba pensando que quizá, tal vez, si me complacieras en...

Dio un gran paso y apareció ante ella. Isabel levantó sus brillantes ojos azules.

—Esperaba que la próxima vez que compartiéramos cama... dedicaras un poco más de tiempo a besarme.

Rhys parpadeó. Tampoco había previsto aquella petición. Se agachó ante ella y le cogió las manos.

—Me alegro mucho de que te sientas lo bastante cómoda como para contarme tus deseos y necesidades. Quiero que sigas haciéndolo.

Una tímida sonrisa apareció en sus labios.

—Entonces quiero que me beses. Y no quiero que pares.

Rhys inclinó la cabeza.

—Estaré encantado de complacerte —dijo contra sus labios y la besó profundamente.

Isabel gimió y hundió los dedos en su pelo. Rhys no pudo evitar responder con un gemido. Era tan agradable sentir los dedos de Isabel hurgando entre sus mechones, sus uñas rozándole el cuero cabelludo. Más que eso, se sentía increíblemente bien al sentirse deseado. Necesitado. Le metió la lengua, saboreando las comisuras de los labios. Ella tocó tímidamente su lengua con la suya, y él se perdió en su danza sensual. Rhys separó suavemente sus rodillas y se colocó entre ellas. El calor de sus muslos rozándole el cuerpo y el ritmo sensual de su respiración

abanicándose contra su cara lo volvieron loco de lujuria.

Le pasó las manos por la espalda y luego rodeó su delicada cintura. Sus manos subieron por sus costados y se moría por tocarle los pechos. ¿Se lo permitiría? Subió las manos y, en un instante, los suaves globos de Isabel se posaron en sus palmas. Isabel jadeó, pero en vez de apartarse, se apretó más contra él. Le rozó los pezones con los pulgares, y ella volvió a jadear.

—¿Te gusta? —susurró, mirándola a los ojos encendidos por la lujuria.

—Sí —suspiró ella.

Volvió a rozarle los pezones, que se convirtieron en picos endurecidos, y todo el cuerpo de Rhys se puso rígido de deseo. Dios, era maravillosa. Ella echó la cabeza hacia atrás, feliz, y Rhys le rozó el cuello con la boca. Chupó su piel sedosa y luego rozó el lugar con los dientes.

—¡Rhys! —Su nombre fue un gemido jadeante.

Las manos de Rhys se dirigieron a las cintas de sus hombros. Las enganchó con los dedos y la miró a los ojos oscuros y llenos de pasión.

—¿Puedo? —preguntó.

Isabel se tragó el pequeño murmullo que se le formó en la garganta, provocando un efecto desmesurado en la ya dolorosa erección de él. Entonces Isabel asintió, y él hizo todo lo posible por no romperle el camisón en pedazos. En lugar de eso, bajó lentamente las cintas por sus hombros blancos como el mármol hasta que el corpiño se hundió en su cintura.

La besó justo en la unión entre el cuello y el hombro, y ella gimió.

—¿Quieres más?

—Sí... Mucho más.

Rhys soltó una risita y la mordió allí, luego calmó el punto con la lengua. Isabel hundió los dedos en su pelo y tiró ligeramente.

—Mm... sí, guíame, mi amor —susurró él contra su piel.

Volvió a tirar, y Rhys siguió sus instrucciones, lamiéndole el hombro, luego la clavícula, hasta que por fin estuvo cara a cara con sus pechos. Lamió alrededor de la oscura areola, e Isabel volvió a gemir.

Le lamió justo debajo del pecho, y ella le tiró del pelo, frustrada.

—Parece que quieres algo más —murmuró él—. Quizá debería volver al principio.

Rhys hizo ademán de levantar la cabeza, pero Isabel apretó los dedos en torno a ella.

—¡No! Oh, por favor, no —gritó, y Rhys se rio entre dientes.

—¿Estás segura?

—Por favor, Rhys... Por favor, no me hagas suplicar más.

—Mm, pero me gusta oírte suplicar —murmuró antes de llevarse el pico endurecido a la boca.

La sacudida de placer que se originó en lo más profundo de su estómago creció cuando su lengua entró en contacto con el pezón. Señor, si el cielo era real, entonces era este, en brazos de aquella mujer, de rodillas ante ella, con la boca sobre ella.

Siguió lamiéndole la piel con renovado vigor, estrechándola contra sí, alimentándose de cada gemido de ella. Bérame y no pares nunca, había dicho ella. No podría parar aunque lo intentara.

Isabel se retorció en su abrazo y él levantó la cabeza.

—Estoy tan caliente, Rhys. No puedo...

Ella no terminó la frase, pero le suplicaba con la mirada.

—¿Quieres quitarte esto? —Rhys tocó con los dedos la tela enredada en su cintura.

Ella asintió.

Rhys se levantó y tiró de ella. El camisón se desprendió de sus curvas y se amontonó en el suelo. Rhys estudió el cuerpo desnudo de Isabel y su mirada se posó en la oscura mata de rizos

que tenía en la unión de los muslos.

—¿Rhys?

Odiaba que hubiera una nota de incertidumbre en su voz. Quería que supiera que era lo más hermoso que había visto en su vida. Levantó la mirada hacia sus ojos.

—Eres magnífica —su voz sonó ronca, casi un susurro. Carraspeó y la besó sonoramente en la boca.

Sin romper el beso, cogió a Isabel en brazos y la tumbó en la cama.

Capítulo 30

Rhys se colocó encima de Isabel y volvió a besarla en la boca. Sus manos acariciaron los suaves globos de sus pechos, jugueteando con sus pezones. Isabel gimió y Rhys la miró.

—Dime lo que quieres —susurró.

—Tócame —respondió ella.

—¿Aquí? —volvió a pasarle un pulgar por el pezón.

Isabel se arqueó contra él, levantándose de la cama.

—Más abajo.

La verga de Rhys se sacudió ante su petición. Deslizó su dedo índice por su cuerpo.

Isabel gimió.

Rhys le hundió el dedo en el ombligo.

—¿Aquí?

Otro gemido.

—Más abajo.

Rhys se rio y bajó la mano. Llegó a la mata de pelo en la unión de sus muslos, e Isabel levantó las caderas.

—¿Aquí?

—¡Más abajo! Un poco más... ¡Ah! —gritó cuando Rhys hundió el dedo más abajo, en un mechón de vello húmedo.

Separó sus labios femeninos y luego rodeó su centro antes de retirar la mano y llevarse los dedos a los labios. Isabel lo miró con los ojos muy abiertos mientras él lamía la evidencia de su deseo en sus dedos. Sabía tan bien que su aroma lo estaba volviendo loco de lujuria.

Rhys volvió a colocar la mano en su centro y la besó profundamente mientras seguía jugando con sus pétalos húmedos. Isabel movió los muslos, atrayendo sus dedos más profundamente. Rhys hundió los dedos en su interior y ella gimió en su boca. Rhys apoyó la frente en la de ella.

Tenía el cuerpo bañado en sudor mientras metía y sacaba los dedos de su interior, tratando de controlar su propia necesidad. Su verga estaba dolorosamente dura, y cada vez que rozaba accidentalmente su piel, amenazaba con estallar. Isabel le rodeó los hombros con los brazos y apretó con fuerza la tela del camisón. Se retorció bajo él, con una mueca de tensión insatisfecha en el rostro. Agitó las caderas y el pulgar de él rozó el pequeño capullo que tenía sobre el centro.

Isabel gritó y volvió a mover las caderas.

—Otra vez —pidió—. Hazlo otra vez.

Rhys rodeó el capullo hinchado con el pulgar, con los dedos aún dentro de ella. Las manos de Isabel se enroscaron en sus hombros y echó la cabeza hacia atrás. Rhys continuó con sus caricias, observando cada rasgo de su rostro hasta que ella gritó y cayó flácida entre sus brazos.

Rhys se incorporó, se quitó el camisón y se tumbó en la cama. Cerró los ojos, cogió la erección con la mano y apretó. Dios, la deseaba. Pero si ella necesitaba un respiro de él tras un momento de pasión, él se lo daría. Ella se movió en la cama, y Rhys abrió los ojos justo para ver su rostro sobre el suyo.

Ella le sonrió y le pasó un dedo por el torso.

—Ahora me toca a mí.

Isabel se puso encima de Rhys y le besó la boca. Después de las increíbles cotas de placer a las que la había llevado, quería hacer lo mismo con él. Le lamió los labios y le metió la lengua en la boca. Sabía a té con azúcar, dulce con un poco de picante. Su pelo caía a ambos lados en gruesas cascadas, cubriéndolos como cortinas en un ambiente íntimo.

Rhys pasó los dedos entre sus mechones y luego le acarició los hombros. La piel de ella se estremeció bajo su contacto, y él sonrió. Isabel rompió el beso y lo miró. Su marido era absolutamente guapísimo. Isabel le miró el pecho desnudo y luego pasó los dedos por la pequeña mata de vello grueso del centro, antes de frotar la piel con las yemas de los dedos. Sí, eso era lo que siempre había deseado sentir. Piel contra piel.

El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras seguía explorando su cuerpo. Le besó el cuello y luego el hueco de la base de la garganta. Rhys le cogió el trasero con las manos y apretó. Isabel gimió y echó la cabeza hacia atrás. Rhys aprovechó para hundirle la boca en el cuello y luego en los pechos.

Isabel gimió, moviendo las caderas a un ritmo sensual. De repente, recordó las cartas que había estado ojeando y sintió curiosidad por probar algo. Su mano se deslizó hacia abajo y le tocó el miembro hinchado.

—Espera —dijo Rhys en un siseo y atrapó los dedos de ella entre los suyos—. Si me tocas ahí, no voy a durar más de dos minutos.

No le importaba si tardaba dos minutos o dos segundos. Quería que llegara a su fin, y quería ser ella quien lo provocara. Isabel sonrió socarronamente y, sin romper el contacto visual, se deslizó por su cuerpo. La respiración de Rhys se aceleró y se echó hacia atrás con un gemido. Isabel llegó a su pene y se lamió los labios. Era bastante grande, de color rojo oscuro y estaba cubierto de pequeñas venas. Palpitaba y parecía a punto de estallar. Isabel recordó lo pequeño que era aquel día en el arroyo e ingenuamente pensó que así se quedaría. No podía decir que le disgustara enterarse de la verdad.

Isabel soltó una risita. Rhys levantó la cabeza.

—La risa de una mujer no es algo que a un caballero le guste oír cuando está expuesto a ella en toda su gloria varonil.

Isabel se tapó la boca con la mano y volvió a soltar una risita.

—Lo siento. Creo que eres guapísimo.

Rhys sonrió satisfecho.

—No lo parece.

—Oh, no. Sí que lo parece —Tanteó su miembro con la punta de los dedos y este dio un respingo—. Es solo que... cuando te vi desnudo por primera vez, pensé que era más bien pequeño.

Rhys volvió a sentarse, con un ceño familiar adornando su hermoso rostro.

—¿Cuándo fue eso?

Isabel se lamió los labios.

—No te lo he dicho, pero te vi aquel día en el arroyo.

—¿Ese...? —Los ojos de Rhys se abrieron de par en par—. ¿Lo viste?

—Sí. —Se le encendieron las mejillas.

—¿Y pensaste...?

—Sí.

Rhys volvió a caer con un gemido.

—Hacía frío. Mis partes bajas no responden bien al frío.

Isabel volvió a soltar una risita y le tocó el miembro, luego lo envolvió con su mano en la base. Era suave y sedoso al tacto. Rhys dio un respingo al agarrarlo, e Isabel sonrió.

—¿Pero responde bien al calor? —Su voz salió gruesa y entrecortada por la pasión.

—Sí, muy bien —dijo Rhys con un gemido dolorido.

Isabel intentó recordar las instrucciones de las tarjetas mientras se agachaba ante él y se llevaba la punta de su miembro a la boca. Sus caderas se agitaron y su mano fue a cubrirle la cabeza.

—¿Qué...?

Isabel movió la lengua, saboreándolo, y lo introdujo más profundamente. Rhys le enredó el pelo en el puño y tiró.

—¿Qué haces, zorrita? —graznó.

Isabel se lamió los labios.

—¿Quieres que pare?

Con un gemido de rendición, Rhys aflojó el agarre, aunque no la soltó del todo. Isabel lo tomó como un estímulo, bajó la cabeza y lo lamió desde la base hasta la punta.

—Isabel —gruñó Rhys—. Hagas lo que hagas ahí, tienes menos de un minuto.

Isabel soltó una risita y volvió a llevárselo a la boca. Recordando más instrucciones del reverso de las cartas, empezó a bombear su longitud con la mano mientras lo penetraba más profundamente. Moviéndolo, saboreándolo, chupándolo. Sus entrañas se estremecieron y un líquido caliente salió de ella. Apretó los muslos sin soltarlo.

Isabel le pasó la lengua por la punta, saboreando su esencia salada. Rhys la guió hacia abajo, y ella obedeció, llevándose más adentro una vez más. Rhys gimió y la agarró con más fuerza mientras apartaba la cara de Isabel. Ella aún lo sujetaba con la mano cuando el líquido caliente se derramó y cubrió sus dedos.

—Maldita seas —gruñó Rhys postrado en la cama, con el pecho agitado.

Isabel parpadeó.

—¿Pasa algo?

—¿Pasa algo? —Rhys frunció el ceño—. No... Hubiera preferido durar un poco más, pero tú lo haces imposible.

Cerró los ojos, su rostro seguía siendo una mueca. Isabel rodó fuera de la cama y se dirigió al vestidor con piernas temblorosas. Seguía sin saber qué había hecho para ganarse su desagrado.

Estaba segura de que él había disfrutado de sus atenciones. Se lavó las manos y limpió la humedad entre las piernas. Estaba muy mojada y sentía una gran incomodidad.

Cogió otra toalla, la mojó en agua y se la llevó a Rhys. Él estaba sentado en la cama, mirándola con curiosidad. Isabel le entregó la toalla, con todo el cuerpo enrojecido por la vergüenza. Casi había olvidado que estaba completamente desnuda.

Rhys se limpió, dejó la toalla a un lado y fue a ayudarla a meterse en la cama. Sacó las mantas de debajo de las almohadas y las cartas que Isabel había estado hojeando cayeron al suelo. Isabel chilló al verlas, pero era demasiado tarde. Rhys ya las había recogido y las estudiaba con una mirada fija.

—¿Qué son? —preguntó, sin dejar de mirar las cartas.

Isabel se metió en la cama y se cubrió con las sábanas. No había una buena forma de explicarle aquellas cartas a su marido.

—Isabel... —Rhys fruncía el ceño.

Ella quiso estirar la mano y alisarle las arrugas de la frente. Rhys se sentó a su lado, aún completamente desnudo. La mirada de Isabel recorrió su cuerpo musculoso y húmedo. —

¿Has...? No tienes que responder si no quieres. No me debes tu pasado, pero... ¿Son tuyas? ¿Las usaste con Stanhope?

Isabel abrió y cerró la boca, pero no emitió ningún sonido. ¿Qué tenía que ver Stanhope? Se incorporó, apretando la sábana contra el pecho.

—¿Las cartas?

Rhys asintió, e Isabel soltó una carcajada. Sacudió la cabeza con fuerza.

—No. Son un regalo de un amigo para nuestra luna de miel.

Rhys enarcó una ceja.

—¿Una amiga?

Isabel suspiró, exasperada.

—De Evie.

—Oh —los rasgos de Rhys se aclararon de inmediato, el alivio evidente en su rostro—. Eso explica muchas cosas. ¿Y aprendiste todo lo que sabes de esas cartas?

Isabel hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—¿No te gustó?

—¿Si me gustó? Fue la experiencia más dichosa de mi vida.

La boca de Isabel se abrió en una sonrisa.

—Estabas frunciendo el ceño, pero ahora me doy cuenta de que siempre lo haces.

Rhys volvió a fruncir el ceño.

—¡No siempre frunzo el ceño!

Isabel levantó una ceja.

—No. A veces frunces el ceño o miras mal.

Rhys la cogió por la cintura y ella soltó una risita.

—Isabel —carraspeó—. Lo que acabas de hacer ha sido encantador, pero... si no te ha gustado...

—Sí me gustó. —Su sonrisa se suavizó y le acarició la mejilla.

—¿Estás segura? Porque no querría que lo hicieras si no te gustara.

—Sí.

Bajó la mano y le acarició el brazo. Qué brazo tan fuerte y hermoso. Podría contemplar eternamente la forma desnuda de Rhys. Bajó la mirada y su boca formó una o silenciosa al ver que el apéndice que tenía entre las piernas empezaba a crecer de nuevo.

Rhys se dio cuenta de que estaba distraída y sonrió. —Sabes que lo que acabamos de hacer no resultaría en una niña. Y si aún no te sientes cansada, podemos...

Isabel le rodeó el cuello con los brazos. Tal vez eso la convirtiera en una libertina, pero no le importaba. Era, y sería para siempre, la prostituta de su marido.

—No estoy cansada —dijo y le besó en la boca.

Al día siguiente, más carruajes rodaron por el camino de entrada cuando Sam, la hermana de Isabel, llegó con su marido y su bebé. Y solo unos minutos después, otros dos visitantes aparecieron en su puerta: sus hermanos Adam y Alan.

El exuberante saludo en el vestíbulo sorprendió incluso al reservado mayordomo, pero ahora que toda la familia Lewis estaba reunida bajo el mismo techo, el silencio no sería algo que se observara en la casa durante mucho tiempo.

Pasaron al salón, mientras todos seguían charlando. Rhys y el marido de Sam, Ashbury, enseguida estrecharon lazos sobre el tema de la reconstrucción de viviendas en sus fincas. Rápidamente se desentendieron de la familia Lewis, dando a los hermanos espacio para ponerse al día.

—¿Cuándo llegasteis del continente? —preguntó Isabel mientras abrazaba a su hermano Alan por primera vez en años.

—Hace unos días. Parece que ya me he perdido bastantes acontecimientos familiares —dijo, mirando fijamente al bebé de Sam que gorjeaba en sus brazos—. No quería perderme más.

Richard le dio una palmada en el hombro.

—Tuvimos que casar a nuestras dos hermanas sin ti.

—Y lo lamento inmensamente —respondió Alan con solemnidad.

—¿Por qué no me dijiste que Alan había vuelto? —Isabel lanzó una mirada acusadora hacia Richard.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Quería que fuera una sorpresa.

Adam soltó una carcajada.

—¡Claro, una sorpresa! Tendrías que haberle visto galopar furioso al recibir la última correspondencia de James.

—Lo van a despedir. Deberías saberlo —gruñó Isabel.

Todos se rieron.

—Me lo llevaré si no lo quieres —dijo Alan con una sonrisa—. Tengo que preparar mi casa ahora que he vuelto. Y James parece un buen tipo.

—¡Sí, si quieres que Richard se entere de todos tus pasos! —se burló Isabel.

—¡Oh, no te hagas la inocente! —intervino Sam—. Recuerdo una época en la que James me espiaba y te lo contaba todo.

Isabel frunció los labios.

—¡Tú no estabas casada y yo estaba justificadamente preocupada por tus actividades!

—¿Desde cuándo una familia deja de preocuparse por sus hermanas solo porque se han casado?

—Preferiría que te preocuparas como la gente normal. Ya sabes, preguntando de verdad en vez de espiando —dijo Sam mientras mecía a su bebé en brazos.

—¡Dámela! La pobre Ángela tendrá vértigo si sigues meciéndola así —Adam extendió los brazos.

—¡Como si supieras cuidar a un bebé! —exclamó Sam con una risita, pero aun así le entregó la niña a su hermano.

La niñera de Sam permanecía en silencio en un rincón, esperando a que su señora le entregara al bebé. Isabel dudaba que eso ocurriera pronto ahora que había tanta gente para llevarla en brazos.

Adam cogió a la niña y se alejó, murmurando algo mientras lo hacía.

—Creo que Adam solo necesitaba una excusa para dejarnos —observó Isabel.

Sam extendió los brazos.

—Bueno, puede quedarse tanto con la excusa como con el bebé. Siento que los brazos se me van a caer pronto.

—¿Por qué no dejas que la cuide tu niñera si estás cansada?

—No estoy cansada —protestó Sam, y luego añadió con una suave sonrisa—: Bueno, al menos no tanto como para entregarla durante mucho tiempo. Pronto lo entenderás.

A Isabel se le calentó toda la cara y estaba segura de que se ruborizaba furiosamente. Apartó la mirada. —¡Oh, estoy siendo una anfitriona terrible! Pediré un té y luego os acompañaré a vuestras habitaciones. Adam, si quieres...

Adam la hizo callar.

—Ángela se está durmiendo —susurró en voz baja y se dio la vuelta.

Sam parpadeó.

—¡Pues parece que ha obrado un milagro con esa niña!

Isabel se encogió de hombros.

—Eso parece. Bueno, deja que se relacione con el bebé mientras tomamos un té.

—Sí, y puedes poner a Adam en la habitación más cercana a la nuestra, para que arrulle a Ángela cuando le cueste dormirse —añadió Sam, exultante.

Isabel soltó una risita.

—Me aseguraré de hacerlo. —Llamó al timbre y acababa de ordenar al ama de llaves que les preparara unos bocadillos y té cuando Rhys se acercó a ella.

—Ashbury quiere ver a Thornsby —dijo—. Quizá pueda ayudar con un consejo.

Ashbury era un nuevo barón y, solo recientemente, él y Sam habían sacado a toda la aldea de la ruina. Él y sus compañeros habían trabajado día y noche construyendo viviendas para los nuevos habitantes, y no era de extrañar que deseara ver los progresos de Vane y estuviera dispuesto a ayudar si era necesario.

—¿Hoy? —Isabel se acercó a Rhys y le puso la mano en la manga.

—Sí, a menos que quieras que me quede.

Isabel miró a los miembros de su familia que descansaban en la habitación. —Quizá ahora sea el mejor momento. Tendré a mi familia para que me haga compañía.

Además, me alegro de que te lleves bien con el marido de Sam. Tenéis que estar unidos si queréis sobrevivir a mis obstinados hermanos.

Rhys soltó una risita, bajó la cabeza y la besó en la mejilla.

—Volveremos antes del anochecer.

Isabel se volvió hacia su familia en cuanto Rhys se marchó, con las mejillas encendidas. Todos los ojos estaban puestos en ella, mientras sus hermanos levantaban las cejas y Samantha le sonreía abiertamente.

—Lo hacen mucho —comentó Richard—. Besarse, me refiero.

—Creía que él no te gustaba —dijo Sam, riendo entre dientes.

—Parece que ella ha cambiado de opinión —respondió Richard.

Isabel puso los ojos en blanco y soltó un gemido. Se alegraba de tener a su familia de nuevo con ella, de veras que sí. Por muchas burlas que estuviera a punto de soportar.

Capítulo 31

Los carruajes llegaban cada pocos minutos. Rhys estaba en el vestíbulo, con el brazo de su esposa en la manga, y era la mejor sensación del mundo. Cuando era más joven, había soñado con tener a Isabel del brazo o reclamarla como suya para que todo el mundo la viera. Y ahora, por fin, ese sueño se había hecho realidad. Nunca había pensado que lo sería, y el hecho de que lo fuera le seguía pareciendo irreal.

En cada momento que pasaban juntos, esperaba que algo saliera mal, que ocurriera algo que alejara a Isabel de él. Y a cada momento que no ocurría, en lugar de relajarse en su nueva y agradable realidad, se ponía aún más ansioso. El miedo a perder a Isabel era tan intenso que a veces soñaba con ello. Se despertaba sudando frío solo para sentir a su lado el cálido cuerpo de su mujer. Le encantaba despertarse junto a ella. Probablemente era su momento favorito del día.

Dejó que su mente divagara mientras saludaban a otra pareja. Isabel le sonrió cuando la pareja se marchó.

—¿Ya estás cansado?

Rhys negó con la cabeza. Le cogió la mano y le besó los nudillos.

—Nunca me cansaría de estar a tu lado.

La mirada de Isabel se apaciguó, y Rhys se perdió en la profundidad de sus ojos azules. Llegó otro carruaje y los lacayos ayudaron a dos ancianas a bajar del vehículo. Rhys dejó escapar un profundo suspiro.

—Aunque disfrutaría más si estuviéramos solos. Y preferiblemente desnudos.

Isabel soltó una carcajada ahogada. Rhys la cogió por la cintura y le dio un rápido beso en los labios antes de soltarla en cuanto la pareja de mujeres mayores entró en el vestíbulo. Isabel tropezó, pero se agarró a su brazo. Le lanzó una mirada de reojo antes de dirigir una dulce sonrisa a las damas que se acercaban. Rhys se volvió hacia ellas y su boca formó una línea sombría. Esbozó una reverencia superficial.

—Señoras...

Isabel hizo una reverencia perfecta a su lado.

—Es un placer volver a veros —dijo lady Crosby, observándolos con los ojos entrecerrados.

—Un placer, desde luego —se hizo eco la marquesa viuda de Somerville.

—Por favor, disfrutad de la fiesta —dijo Isabel con dulzura—. La señora Ainsworth os acompañará a vuestros aposentos.

—¿Por qué las has invitado? —gruñó Rhys en voz baja cuando las mujeres pasaron junto a ellos.

Isabel soltó una risita.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Ellas son quienes nos unieron.

—Supongo que tienes razón. Será mejor que vaya a darles las gracias por el mejor regalo de mi vida. —Se dio la vuelta como si fuera a marcharse, pero Isabel le agarró del brazo.

—¡Quédate! —Isabel le tiró hacia atrás con una risita—. Se acercan más carruajes.

—¡Veis, os dije que estaban enamorados! —dijo la marquesa viuda de Somerville a lady

Crosby mientras subían las escaleras.

Rhys miró a su esposa, pero ella apartó tímidamente la vista, fingiendo que no había oído las palabras de la mujer mayor. Pues la vieja marquesa no se equivocaba con respecto a Rhys. Estaba completa y absolutamente enamorado de su esposa.

Los dedos de Isabel se apretaron en el brazo de Rhys cuando la siguiente pareja entró en el vestíbulo. Rhys apartó la mirada de su esposa justo a tiempo para encontrarse con ellos. Los Stanhopes. Rhys esbozó una reverencia.

—Lord Stanhope. Milady.

Isabel hizo una reverencia.

—Me alegro de verte —dijo entre dientes.

Rhys cubrió la mano que descansaba sobre su manga, y la mirada de Stanhope siguió la acción.

—Qué casa tan bonita —exclamó lady Stanhope—. ¡Es tan fresca, con tantas flores!

—Por desgracia, no puedo atribuirme el mérito —respondió Rhys—. El mérito es de mi encantadora esposa.

Lady Stanhope miró a Isabel con extrañeza, y su marido parecía igualmente incapaz de apartar los ojos de la esposa de Rhys. La ira bullía en el interior de Rhys. No quería quedarse allí intercambiando cumplidos con el hombre que una vez había traicionado a Isabel y luego la había abordado en dos ocasiones distintas. Quería echarlo a la calle y cerrar la puerta con llave.

—Espero que disfrutes de tu estancia —dijo Isabel—. Nuestros lacayos te acompañarán a tus habitaciones.

Stanhope se inclinó el sombrero.

—Estaré deseando volver a verte durante la fiesta.

Los dedos de Isabel se apretaron aún más en el brazo de Rhys. Cuando la pareja se marchó, Isabel se volvió hacia Rhys.

—Tenía que invitarlos. Mis esponsales con Stanhope eran públicos y, si no lo hacía, habría cotilleos —dijo en una ráfaga de palabras.

Rhys la silenció con un dedo en los labios.

—Isabel, eso no me preocupa. Me importa un comino que estén aquí mientras no te sientas amenazada por él.

—¿Por Stanhope? —Isabel frunció el ceño—. No me preocupa ni un ápice. Solo me preocupaba que tú...

Rhys negó con la cabeza.

—Admito que no es agradable ver a un hombre con el que mi esposa solía intimar. Pero tú eres mía. He ganado. Y por mucho que lo sienta por el tipo, me alegro de que todo haya salido como ha salido.

Isabel no dijo nada, pero le brillaron los ojos cuando se volvió hacia las puertas para recibir a más invitados.

Isabel se deslizó de un grupo de invitados a otro durante todo el día. Seguramente llegarían más carruajes durante la noche y al día siguiente, pero de momento tenía que asegurarse de que todos estuvieran cómodos y relajados. El grupo de actores estaba representando breves sketches en el salón. La obra que iban a representar estaba programada para el tercer día de la fiesta, pero estaban invitados a quedarse todo el tiempo que durara, y no les importaba entretener a la gente antes y después de su obra.

Miró el reloj. La cena sería pronto, y antes quería ver a Millicent. Isabel no había visto a la chica en todo el día, y la había echado muchísimo de menos. Millie estaba pasando el día con Edith, así que Isabel no se preocupó en su mayor parte. Se suponía que estaban jugando en el

jardín, e Isabel les permitía ir al pueblo si James las acompañaba.

Aun así, Isabel quería saber cómo le había ido el día a Millie y si, por casualidad, había conocido a algunos de los hijos de los invitados. Sería estupendo que Millie se hiciera amiga de algunos niños de su misma condición, pero Isabel también temía que se burlaran de ella.

En cualquier caso, tantos pensamientos sobre Millie se arremolinaban en su mente que no podía concentrarse en sus tareas. Caminó hacia su marido, que discutía acaloradamente con unos caballeros junto a la chimenea. Parecían estar discutiendo algún asunto parlamentario importante, así que Isabel dudó antes de darse la vuelta. Aquello podía esperar. El objetivo de la fiesta era que Rhys estableciera contactos.

—Isabel —la llamó, e Isabel se volvió hacia él.

—Vane, esto es importante —ladró uno de los caballeros.

—Sí —asintió Rhys—. También lo es mi esposa.

Esbozó una reverencia y se dirigió hacia Isabel, con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo?

Isabel tenía las mejillas encendidas.

—No hacía falta que... —Se aclaró la garganta—. No quería interrumpir.

Rhys le cogió las manos.

—Parecías preocupada. ¿Ha pasado algo?

Isabel negó con la cabeza.

—No, pero se acerca la hora de la cena y tenemos que cambiarnos. Antes tengo que hablar con la cocinera. Pero aún no hemos tenido tiempo de ver cómo estaba Millie.

El rostro de Rhys se suavizó en una sonrisa.

—Menos mal que interrumpiste entonces.

—Pero tu discusión... —Isabel echó un vistazo a los hombres junto a la chimenea—. Parecía importante.

—Isabel —dijo Rhys con énfasis—. Nada es más importante para mí que Millie y tú.

A Isabel se le aceleró el corazón y de repente le flaquearon las rodillas. Él le ofreció el brazo e Isabel, agradecida, le puso la mano en la manga mientras salían del salón. Sonreía como una tonta. Era lo más importante en la vida de su marido, aparte de su hija. Y si eso no era una confesión de amor, no sabía qué lo era.

Isabel seguía caminando con la cabeza en las nubes mientras pasaban por el vestíbulo. En ese momento, las puertas se abrieron y una pareja más entró en su casa. Isabel tiró del brazo de su marido. Más les valía saludar a los recién llegados.

Se volvieron hacia el hombre de mediana edad y estatura media, con una ligera bolsa en el vientre, acompañado de una mujer rubia, alta y hermosa, con un vestido recatado. Rhys se tensó cuando la pareja se dirigió hacia ellos.

Isabel conocía al caballero. Era el barón de Mowbray, de una finca vecina. La dama, supuso, era su esposa, pero nunca la había visto. Intercambiaron cumplidos, pero Rhys no apartaba los ojos de la mujer, e Isabel empezó a sentirse incómoda. ¿Qué estaba ocurriendo?

La mujer también miraba a Rhys con un extraño brillo en los ojos. Isabel no pudo evitar sentir celos. ¿Se conocían? ¿Compartían un pasado? ¿Había algo más que Isabel no supiera sobre su marido?

Mientras enviaba a la Sra. Ainsworth a acompañar a los invitados a sus habitaciones, se volvió hacia Rhys.

—¿Quién era?

Rhys apretó la mandíbula.

—El hombre era el barón de Mowbray. Y la dama... es la hermana de mi difunta esposa.

En el momento en que Rhys vio a la hermana de Abigail, Beatrice, entrando en su salón principal, de algún modo lo supo. Así era como sus pesadillas se harían realidad.

No sabía por qué ni cómo, pero sintió que ella no estaba allí solo para disfrutar de la fiesta. Aquella mujer con un odio tan abierto en los ojos no podía haber venido a su residencia para disfrutar de un par de bailes y compartir cotilleos durante las partidas de cartas. Estaba allí para arruinarle.

Beatrice siempre había detestado abiertamente a Rhys, incluso cuando su hermana aún vivía. Tras la muerte de Abigail, fue una de las mujeres que avivó el fuego de los cotilleos, insinuando que Rhys había asesinado a su hermana. Además, Beatrice afirmaba que Abigail nunca había abandonado a Rhys y que este había inventado la historia del naufragio para encubrir sus crímenes, aunque ella era una de las pocas personas que sabía con certeza que no era así.

Hacía años que no la veía, y le habría encantado no verla en absoluto, pero aquí estaba. Por supuesto, no ayudaba el hecho de que se pareciera demasiado a su difunta esposa, y eso por sí solo bastaba para distraerlo.

Isabel le tiró de la manga.

—¿Estás listo para ir a ver a Millicent? —En sus ojos brillaba la preocupación, y él odiaba ser de nuevo la causa de su inquietud.

—Sí, cariño. Vamos.

Subieron los escalones en silencio, pero todos los problemas de Rhys desaparecieron en cuanto entraron en la habitación de Millie. Millie era la luz de su vida, y siempre le había hecho sonreír sin importar las circunstancias.

Por supuesto, Millicent estaba bastante disgustada por haber sido desatendida la mayor parte del día por sus dos padres, pero se olvidó rápidamente de ello cuando empezó a relatar todas las aventuras del día.

Al cabo de unos minutos, Rhys metió a Millie en la cama, turnándose para cantar una nana con su mujer. Era casi la hora de irse a cenar, así que salieron de la habitación, deteniéndose junto al marco de la puerta para echar un último vistazo a su hija dormida.

Rhys se volvió hacia su mujer.

—Hoy ha sido un día perfecto —carraspeó.

Isabel sonrió.

—Estoy de acuerdo.

—Todos los días contigo son perfectos.

Isabel soltó una risita.

—Mentiroso.

—Te amo —susurró él, y antes de que ella tuviera oportunidad de contestar, le tapó la boca con la suya.

Capítulo 32

Aquella noche, Isabel estaba sentada frente al tocador, cepillándose el pelo. Rhys seguía jugando al whist con los caballeros de abajo cuando ella se acostó, e Isabel había aceptado la inevitabilidad de tener que dormir sin su marido aquella noche. Sabía que él acudiría a ella más tarde, pero la cama fría y vacía no le parecía tentadora en absoluto. Después de ver a la preciosa hermana de su difunta esposa, se sentía bastante intimidada por ella.

Rhys había actuado de forma extraña toda la noche, lanzando miradas hacia la mujer, e Isabel se preguntó si le habría recordado a su difunta esposa y tal vez le despertaría sentimientos que había tenido por ella. Rhys había dicho que amaba a Isabel y, en lugar de alegrarse, a Isabel le preocupaba que lo hubiera dicho en un momento de desesperación tras ver a la hermana de su mujer. Sobre todo porque no había dejado reaccionar a Isabel y la había evitado durante el resto de la noche.

Era irracional, ¿no? Rhys nunca había recordado con cariño a su difunta esposa. Pero los celos eran un sentimiento bastante irracional. ¿Celos? ¿Desde cuándo Isabel había sentido celos por Rhys? No sabía la respuesta, pero el hecho era innegable. Era suyo y no iba a compartirlo con nadie. Ni siquiera con el recuerdo de su difunta esposa.

Isabel se tomó su tiempo con las abluciones nocturnas, se cepilló el pelo con doscientas pasadas, y aun así, se demoró en dormirse. Justo cuando estaba a punto de apagar la luz de las velas, llamaron a la puerta. Isabel esperó un momento a que su marido entrara sin esperar su permiso, como hacía siempre, solo para oír otro golpe. Y tampoco procedía de la puerta de la habitación contigua. ¿Quién podía ser?

Se puso la bata y se la envolvió con fuerza antes de ir a abrir la puerta. La abrió de un tirón y vio la figura alta de su marido. Apoyaba una mano en la jamba de la puerta, tenía la cabeza caída, el pelo revuelto y la corbata le colgaba floja del cuello. Isabel soltó una risita.

—¿Puedo suponer que tu estado de atuendo significa que has perdido todo nuestro dinero jugando al whist?

Él levantó entonces la cabeza, con la picardía acechando en sus ojos marrones.

—No, señora. Seguimos siendo ricos.

Isabel abrió más la puerta.

—¿Quieres pasar?

Él negó con la cabeza.

—He venido a invitar a una dama a salir.

Isabel esbozó una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué no entras, milord?

Él enarcó una ceja.

—Temo que tu querido marido venga y nos sorprenda en una posición comprometida.

Isabel dejó escapar una risita.

—¿Qué haces, Rhys?

Rhys la cogió por la muñeca y tiró de ella para sacarla de su habitación. Luego le rodeó el

cuello con los brazos. Su cara estaba peligrosamente cerca de la de ella mientras susurraba:

—¿No sabes, milady, que las fiestas en casa son los acontecimientos más escandalosos de la alta sociedad? Se espera que las damas sean pilladas, ya sea en la cama con el marido de otra mujer o al aire libre.

Isabel se lamió los labios y su mirada se posó en la boca de Rhys.

—Bien, milord, entonces has llegado a la puerta correcta. ¿Te he dicho alguna vez que estar comprometida a la intemperie es mi pasatiempo favorito?

—¿Mm?

—Sí, eso fue lo que me consiguió un marido una vez.

Rhys soltó una risita ronca.

—No parece que te arrepientas de ello.

Isabel se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—En absoluto.

Sus labios estaban a un centímetro de distancia. Sus alientos se entremezclaban y los pechos de Isabel rozaban el chaleco de Rhys con cada inhalación. Se puso de puntillas y sus labios se habrían encontrado, pero Rhys se apartó de repente. Le cogió la mano y volvió a tirar de su brazo. Atravesaron la casa a toda velocidad y se dirigieron a la salida del servicio.

—No querría que me pillaran antes de tiempo —razonó Rhys.

Isabel se rio como una niña tonta, corriendo por la casa con su marido en ropa de dormir. Él abrió la puerta, y solo entonces Isabel se dio cuenta de que no llevaba zapatillas.

—¡Rhys! —Se detuvo en el umbral—. Estoy descalza.

—Hmm... —Rhys soltó un leve gruñido, luego se agachó y la cogió en brazos. Avanzó por el jardín, llevando a Isabel como si no pesara nada. Ella se aferró a su cuello y apoyó la cabeza en su hombro. Ser abrazada tan fuerte por el hombre al que amaba era un sueño hecho realidad.

¿El hombre al que amaba? La idea la sorprendió. Pero al mirar su rostro tan cerca del suyo, la severa determinación de sus ojos, su mandíbula cuadrada cubierta de sombra de medianoche, sus labios seductores y, lo que era más importante, sus profundos ojos castaño oscuro, no pudo negarlo por más tiempo. Le amaba. Le amaba con su habitual ceño fruncido. Le amaba cuando le sonreía. Lo amaba vestido impecablemente y en cualquier estado de deshabillé. Le encantaba cuando ladraba y gruñía como una bestia cuando algo no era de su agrado, pero le encantaba aún más su hermosa voz grave cuando hablaba con dulzura o cantaba a Millie. Le quería. Y se dio cuenta de que era una sensación tan liberadora que quería cantar.

Rhys entró en el cenador que había en el centro del jardín e Isabel se apoyó en la columna. Isabel no tuvo tiempo de recuperar el aliento cuando su boca se posó en la suya. La besó hambriento, comiéndole los labios, pasándole la lengua por todos los rincones de la boca. Isabel le enredó los dedos en el pelo, acercándolo a ella. Rhys le pasó la mano por el pelo, luego se la enroscó en el puño y tiró de ella, inclinándola para tener mejor acceso. Isabel gimió y le rodeó las caderas con las piernas.

Rhys rompió el beso y deslizó la boca por la barbilla y el cuello. Le pasó la lengua por el hueco de la base de la garganta, e Isabel gimió.

—Rhys... —suspiró.

Lo quería más cerca, mucho más cerca. Rhys apartó la boca de su piel e Isabel lloró de frustración. No estaba preparada para que aquello terminara. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho si él no volvía a besarla. Se sentía vulnerable ante su nueva revelación. Le quería. Y le dieron ganas de llorar de alegría.

Rhys apoyó la frente contra la suya, con la respiración agitada. La besó suavemente en la boca

y le pasó los pulgares por los pezones. Isabel se arqueó contra su contacto.

—¿Sabes —le habló a los pechos— que últimamente me aburro bastante durante el día mientras trabajo? Me he encontrado mirando los libros de contabilidad con la mirada perdida, y mi mente no deja de desviarse por una seductora zorra.

—¿Oh? —Su corazón dio un brinco.

Rhys le desató la bata y apartó las esquinas de su cuerpo. Luego bajó la cabeza y le lamió el pezón a través de la tela de la bata. Isabel gimió.

—Así que en vez de trabajar, decidí dedicar algo de tiempo a estudiar.

Otro lametón.

Isabel volvió a arquearse.

—¿Qué estudiaste?

—Las cartas —dijo Rhys con una sonrisa.

Tardó un momento en darse cuenta de qué cartas hablaba. Para entonces, él se había arrodillado ante ella y le había levantado la barandilla nocturna por encima de la cabeza. Isabel echó la cabeza hacia atrás. Rhys le pasó las manos por los muslos y la piel se le puso de gallina.

—Déjame enseñarte lo que he aprendido —dijo Rhys con voz cargada de pasión.

Cogió una de sus piernas y se la echó por encima del hombro, luego le agarró el trasero con firmeza y le partió los labios femeninos con la lengua. El sonido que salió de la garganta de Isabel fue animal. Era un sonido de puro placer. Isabel se apoyó en el pilar, agarrándose con las manos a los bordes de la base. La rodilla le falló y temió desmoronarse en el suelo, pero Rhys la sujetó fuerte y con firmeza entre sus brazos. Volvió a lamerla, y luego su lengua subió hasta el sensible capullo que había sobre su centro, e Isabel se perdió.

No podía controlar el movimiento de sus caderas ni los sonidos que salían de su boca. Las estrellas estallaron tras sus párpados, y estaba volando en algún lugar del cielo, contemplando la imagen de Rhys comiéndose su centro.

Isabel volvió a la tierra solo para que la sensación de éxtasis total volviera a apoderarse de ella... y volviera a hacerlo mientras Rhys se negaba a interrumpir sus caricias. Cuando por fin cayó flácida en sus brazos, él salió de debajo de sus faldas y se lamió los labios. Su boca y barbilla seguían cubiertas de su esencia.

Rhys cogió a Isabel en brazos y la colocó en su regazo mientras él se sentaba en el suelo de piedra. La acunó cerca de su corazón mientras su respiración volvía a la normalidad.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó por fin.

Isabel dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Eres un alumno ejemplar, milord.

Rhys soltó una risita y le besó la boca, con el sabor de su liberación aún presente en los labios. Le acarició el cuello y recorrió su cuerpo con la mano. Cuando Isabel se relajó, notó el bulto duro y caliente que se le clavaba en el trasero. Puede que ella hubiera alcanzado la cima del placer, pero Rhys aún no se había liberado. Estaba deseando rectificar ese error.

—¿Algo que desees que haga por ti, milord? —preguntó, agitando las pestañas.

Rhys dejó escapar una risita ronca.

—No, milady. Pero tengo algunas cosas que me encantaría hacerte.

—¿Oh?

Rhys levantó la ceja de forma coqueta.

—Te prometo, milady, que he estudiado mucho.

Isabel soltó una risita, y él atrapó su boca en otro prolongado beso. La besó más profundamente y le quitó la bata de los hombros.

—Quiero verte —carraspeó.

Y si su mente estuviera en orden, podría haber protestado, pero a Isabel no le importaba nada en aquel momento excepto los besos de Rhys, sus manos sobre ella, su lengua contra su piel desnuda, así que se quitó el camisón con un movimiento suave. Rhys se quedó mirando sus pechos durante un largo instante. Sus pezones se endurecieron, ya fuera por su mirada atenta o por el aire fresco, o tal vez por ambas cosas. Luego bajó la boca y le succionó el pezón. Atendió a sus pechos mientras su mano se dirigía a su centro y trabajaba en su pequeño y sensible clítoris hasta que la llevó de nuevo al orgasmo.

La puso en pie y ella intentó mantenerse erguida, aunque se balanceaba y sus piernas se negaban a sostenerla.

—Date la vuelta —susurró, y luego le apoyó las manos en la columna del cenador—. Aguanta, cariño. Ahora me toca a mí.

Isabel gimió de placer. Su humedad corría por su pierna y estaba más que preparada para recibirlo. Entonces lo sintió, su calor, su miembro duro como el acero clavándose en sus nalgas. Se dirigió lentamente hacia su centro, e Isabel jadeó al contacto.

Rhys la penetró de un fuerte empujón, presionando a Isabel contra la columna. Sus manos la rodearon y le apretaron los pechos. Sus pezones rozaron las palmas mientras él se retiraba y volvía a penetrarla. Continuó el ritmo implacable, con sus gruñidos y los gemidos de ella puntuando cada embestida. El sonido de su carne al encontrarse resonó en los jardines. Rhys le mordió el hombro y gruñó.

—Rhys... —Isabel gimió su nombre, incapaz de callarse. Estaba cerca, tan cerca otra vez. Rhys bajó una de sus manos y presionó ligeramente con el dedo el clítoris hinchado de Isabel. Los fuegos artificiales volvieron a encenderse tras sus párpados y ella soltó un gemido gutural.

Rhys gruñó contra su piel y su semilla llenó su vientre. Permanecieron allí, aún unidos, con la respiración acelerada y los cuerpos enfriándose con la ligera brisa.

—Bueno —dijo Isabel, secándose el sudor de la frente—. Esto ha durado algo más de dos minutos.

Isabel estaba tumbada en brazos de Rhys, mirando las estrellas. Rhys las había limpiado con su barandilla nocturna, la había envuelto en su bata y ahora estaban tumbados en la hierba, mirando el cielo.

—¿Soñaste hace un año que...? —empezó Isabel.

—No —la interrumpió Rhys.

—Pero ni siquiera terminé mi pregunta.

Rhys sonrió contra su hombro.

—Lo que ibas a preguntar, no. Había renunciado a soñar con nada que me implicara antes de encontrarme contigo en aquel baile. El mejor baile de mi vida, por cierto.

Isabel soltó una risita. Se volvió y lo miró, al hombre más querido de la tierra, y no pudo contenerse más.

—Te amo —le dijo, volcando en las palabras todos los sentimientos que llevaba dentro.

Él se limitó a sonreír y a besarle el pelo.

—Gracias a Dios.

Capítulo 33

Al día siguiente, hacía un tiempo estupendo, así que la fiesta se trasladó al aire libre. Los hombres jugaban en el césped mientras las mujeres se sentaban con los niños al margen, observando a sus caballeros en sus actividades. Isabel estaba especialmente contenta porque había podido pasar tiempo con Millie, y ella había visto a sus padres relacionarse con los miembros de la alta sociedad.

Isabel y Rhys habían acordado que Millie no tendría institutriz durante un tiempo. Isabel pensaba que era imprescindible que Millie aprendiera etiqueta observando y copiando a los demás. Y tener a tanta gente interactuando a la vez redundaba en su beneficio. Pero había otra razón por la que disfrutaba de aquel día. Le encantaba observar a Rhys en cualquier tipo de actividad extenuante. Aquel hombre era increíblemente hermoso. El viento en su pelo y el sol en su piel solo mejoraban su atractivo. Isabel observó cómo se le marcaban los músculos bajo la ropa y se abanicó.

—Isabel —Millicent tiró de su manga.

—¿Sí, querida? —Isabel se volvió hacia ella.

—¿Puedo ir a jugar allí? —Millie señaló un árbol solitario a unos metros, donde unos cuantos niños reían mientras Josephine Claremont, la actriz principal de la compañía, parecía estar representando alguna parodia dramática.

Isabel sonrió.

—Por supuesto.

Se levantó para acompañar a Millicent, pero antes de que pudiera dar un paso, Millie ya se había marchado en dirección a los niños que reían y a la actriz divertida. Isabel la siguió lentamente, volviéndose de vez en cuando para mirar a su apuesto marido. Se deleitaba en la sensación de felicidad, preguntándose cómo había salido todo tan perfecto, cuando alguien la llamó por su nombre. Se detuvo en seco y miró en dirección al sonido. Isabel se protegió los ojos del sol y entrecerró los ojos para ver a la mujer que se acercaba.

Cuando la mujer la alcanzó, Isabel por fin la reconoció. Era lady Mowbray, la hermana de la difunta esposa de Rhys.

—¿Puedo ayudarla, lady Mowbray? —preguntó Isabel con una dulce sonrisa.

—Al contrario, milady. Tal vez pueda ayudarlos —respondió la mujer y miró a su alrededor.

—¿Oh?

—¿Podemos dar un paseo? No te robaré mucho tiempo, te lo prometo —insistió la mujer.

Isabel lanzó una mirada más hacia Millicent. Estaba rodeada de niños y se reía a carcajadas de algo que había hecho la actriz. Isabel miró a su marido, que no parecía haberse dado cuenta de su desaparición, y luego se volvió hacia lady Mowbray y asintió con la cabeza.

—Muy bien, caminemos.

Se alejaron de la casa con pasos pausados.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Isabel tras un momento de silencio.

Lady Mowbray volvió a mirar a su alrededor como si temiera algo o a alguien.

—He querido hablar contigo desde el momento en que llegué. En realidad, desde el momento en que oí la noticia de tu boda.

—Bueno, en ese caso, tengo mucha curiosidad por oír lo que tienes que decir —dijo Isabel con una sonrisa tensa.

Lady Mowbray jugueteó incómoda con las puntas de sus guantes.

—Normalmente no soy de las que se entrometen, ya ves. Pero el marqués estaba casado con mi hermana. No sé si te dijo...

—Lo hizo —interrumpió Isabel.

—Oh... Bueno, entonces ya sabes quién soy. Y sabes que mi hermana murió por su culpa.

Isabel se detuvo en seco y apretó la mandíbula.

—Lady Mowbray, no pretendo faltarle al respeto, pero no estoy segura de que conozcas todos los hechos relacionados con la muerte de tu hermana, y no eres lo bastante lúcida al respecto.

—¿Y eres tú quien tiene la cabeza despejada? —replicó lady Mowbray.

—Sé que debías de querer mucho a tu hermana —trató de decir Isabel en voz baja.

—Y he visto cómo miras al marqués. Le quieres —insistió lady Mowbray—. Y quizá ese amor esté perjudicando tu juicio.

Isabel dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—¿Qué es lo que quería decirme, lady Mowbray?

Aparecieron lágrimas en sus ojos.

—Quería a mi hermana. Aún la echo muchísimo de menos —tragó saliva y se secó las comisuras de los ojos con un pañuelo—. Y no era un ángel, seré la primera en admitirlo, pero no merecía morir.

—Siento mucho tu pérdida —dijo Isabel, ligeramente confusa.

—Cuando me enteré de tu precipitado matrimonio, me horrorizó que repitieras el destino de mi hermana —continuó lady Mowbray—. Pero no pude llegar hasta ti en la boda, y no me arriesgué a enviarte una misiva.

Isabel frunció el ceño.

—¿Qué es tan importante que querías decirme?

Lady Mowbray tragó saliva y volvió a mirar a su alrededor. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de cartas.

—Tengo la salida para ti.

Isabel cogió el fajo y las hizo girar en sus manos.

—¿La salida de qué?

—De este matrimonio. —Ante la mirada sorprendida de Isabel, añadió—: Mira, creía que te habían obligado a este matrimonio. Eso oí. Y quería ayudarte, pero, como ya te he dicho, antes no pude contactar contigo. Ahora pareces contenta, quizá incluso enamorada, pero mi hermana también estaba enamorada del marqués, aunque no por mucho tiempo. Me escribió cartas en las que describía su mala conducta y, sí, sus propias indiscreciones, pero tal vez la lectura de estas cartas te ayude a comprender quién es realmente tu marido. Y por qué mi hermana quería dejarle.

—Lo que digas que hay en estas cartas me parece demasiado personal para leerlo. No tengo derecho a hurgar en las misivas personales de tu difunta hermana. Y lo que necesite saber sobre mi marido, confío en que lo comparta conmigo.

Lady Mowbray asintió.

—Entonces quémalas. No necesito conservar los recuerdos del doloroso pasado de mi hermana. Pero puede que cambies de opinión. Si dentro de unos años sigues sin tener hijos y tu matrimonio se enfría... Tal vez quieras respuestas o una salida. Comprende que no te deseo

ningún mal. Solo quiero ayudarte, si mi ayuda es apreciada. Si no... bueno, puedes desechar esas cartas y volver a tu vida. No te molestaré más.

Isabel había desaparecido del campo mientras Rhys estaba demasiado concentrado en su partida de bolos sobre hierba. Ni Isabel ni Millicent le estaban viendo jugar, y él intentaba que eso no afectara a su ego, aunque su principal objetivo era lucirse, sobre todo para ellas.

Recorrió el campo con la mirada y por fin vio a Millicent sentada en la hierba, observando a una actriz que saltaba alrededor del árbol, riendo alegremente. Sin embargo, Isabel no estaba allí.

—No está mal —dijo Gage al pasar junto a Rhys y darle una palmada en el hombro.

—Gracias —dijo Rhys distraído. Como seguía sin encontrar a su esposa, Rhys paró en seco al vizconde—. Gage, ¿te importaría vigilar de cerca a Millicent durante un rato? Isabel ha desaparecido en alguna parte y deseo encontrarla.

—Por supuesto —Gage se encogió de hombros y caminó hacia el árbol que ocupaban los niños.

Rhys se apresuró en la otra dirección y, al cabo de unos instantes, vio por fin a Isabel ligeramente apartada, hablando con una dama. La dama miró entonces a su alrededor, y Rhys pudo ver claramente su rostro. Beatriz.

¿De qué podrían estar hablando?

Se apresuró hacia ellas, pero antes de que pudiera alcanzarlas, Beatrice se dio la vuelta y se alejó a toda prisa. Rhys se dirigió hacia Isabel con pasos largos mientras ella permanecía de pie jugueteando con algo en las manos.

—Isabel —la llamó al llegar a su lado—. ¿Qué quería?

Isabel se volvió hacia él, con el ceño fruncido por la confusión. Se lamió los labios.

—No lo sé...

Rhys inclinó la barbilla hacia el fajo que tenía en las manos.

—¿Y qué son?

Isabel miró las cartas.

—Dice que son cartas de tu difunta esposa para ella.

Un escalofrío desagradable recorrió la espina dorsal de Rhys.

—¿Por qué te las dio?

—Dijo que eran una salida para mí.

—¿Una salida a qué? —La voz de Rhys estaba extrañamente ronca.

—De este matrimonio.

Rhys se quedó inmóvil.

—¿Te describió el contenido? ¿Sabes lo que contienen?

Isabel negó con la cabeza.

—No. Y no voy a leerlas.

Rhys se movió de un pie a otro.

—¿Por qué no?

Isabel lo miró, extrañada.

—Porque no necesito una salida.

—Pero... ¿no sientes curiosidad?

Isabel sacudió la cabeza con decisión, y Rhys dejó escapar un suspiro de alivio. Confiaba en él. Pero ¿y si el contenido de aquellas cartas hiciera cambiar de opinión a Isabel? Quería saber qué pruebas comprometedoras tenía Beatrice contra él. Probablemente todo eran mentiras. Rhys podía ser grosero y arrogante, pero nunca había actuado de un modo que Isabel considerara tan repulsivo como para abandonarlo. O al menos esperaba que no lo hubiera hecho. Aun así, quería ver qué mentiras había reunido Beatrice sobre él.

—Lo que haya ahí, Beatrice quería que lo supieras —insistió Rhys.

—Pues no quiero saberlo. No quiero leer lo que tu exmujer tenía que decir de ti —dijo Isabel, levantando el fajo que tenía entre las manos—. Y probablemente sean mentiras.

—¿Y si no lo son?

Ella se mordió el labio y estudió su rostro con atención.

—Tienes curiosidad. Es comprensible. Tal vez, si yo estuviera en tu lugar, también querría saberlo. Pero no me corresponde leerlas —le tendió las cartas—. Puedes hacerlo si quieres.

Hubo una pausa mientras Rhys observaba el fajo que tenía en las manos con la mirada vacía.

—Y cuando hayas terminado, puedes decirme si aún quieres que sepa lo que contienen. Quiero decir que, verdad o mentira, son detalles íntimos sobre tu vida con tu exmujer. Y no quiero entrometerme a menos que leas primero el contenido.

Le acercó el paquete. Rhys respiró hondo y aceptó las cartas. ¿De verdad quiero saberlo? Algo le decía que necesitaba hacerlo.

Isabel entró en su habitación para prepararse para el baile de inauguración. No había visto a Rhys desde la mañana, cuando le había acercado el fajo de cartas. Se había marchado para leerlas en paz. Una parte de Isabel deseaba haber ido con él, haberle cogido de la mano o simplemente haberse sentado a su lado. ¿Dónde estaba? ¿Qué había escrito en aquellas cartas atroces para hacerlo desaparecer? Y si no volvía pronto, ¿qué haría Isabel? ¿Cómo organizaría el baile de inauguración de la fiesta de la casa sin él? ¡Seguro que no pretendía dejarla sola!

Se adentró en la habitación y estaba a punto de llamar a Anthea para que la ayudara a cambiarse para el baile cuando se fijó en las cartas esparcidas por la cama. Caminó hacia ellas con pasos rápidos y las recogió en sus manos. Una nota que las acompañaba estaba garabateada por la mano de Rhys, y solo decía: «Léelas». Isabel miró el reloj de la repisa de la chimenea. «Las leeré más tarde», pensó. Primero tenía que prepararse para el baile. Si no lo hacía, no tendría fuerzas después de leer lo que tuvieran que decir aquellas cartas.

Así que Isabel llamó a Anthea, se vistió y fingió que no pasaba nada hasta que la criada salió de la habitación. Se acomodó en la cama, respiró hondo y empezó a leer. Las cartas empezaron más o menos al año de casarse Abigail y Rhys. Al principio, no parecían tan importantes. Abigail se había quejado de que no disfrutaba de su suerte en la vida, llamando cruel a Rhys por no comprarle más vestidos o quedarse mucho tiempo en el campo mientras ella quería estar en Londres. Se aburría en la casa de campo y no estaba contenta con su marido. Más de una vez mencionó que deseaba poder concebir un heredero para que Vane pudiera dejarla por fin en paz, y ella sería libre de llevar a cabo sus aventuras en público, sin miedo.

Isabel tragó saliva. Así que ya había tenido sus aventuras en aquella época. A Isabel se le estrujó el corazón por Rhys. La mujer nunca le había amado, y Rhys parecía incapaz de complacerla hiciera lo que hiciera. Pero sus cartas también estaban llenas de miedo. ¿Y si soy estéril como susurra la gente en las sombras? Tendré que quedarme con él para siempre. A Isabel se le estrujó el corazón porque temía un destino similar, pero por motivos distintos. ¿Y si nunca concebía un heredero para Rhys?

Isabel llegó hasta la última carta, sin llegar a comprender qué información de los pensamientos dispersos de la mujer la ayudaría a escapar de su matrimonio en caso de necesidad. O qué pensaba Rhys que era tan imperativo que ella supiera. Cogió el último sobre y leyó el contenido.

«Querida Beatrice:

Por fin estoy embarazada, aunque sin la ayuda de mi marido. La facilidad con que he concebido me hace comprender que yo no he sido el problema todo el tiempo. Nadie me creería que es el marqués quien no puede darme hijos. El pobre bastardo me ató a él y no fue capaz de cumplir su

principal deber: engendrar un hijo.

Si estoy embarazada de una niña, rezad por mí, porque intentaré huir con Marco.

Con mucho amor, Abigail».

Isabel parpadeó y releyó la carta varias veces para asegurarse de que la había entendido bien. La fecha de la carta se correspondía con la del nacimiento de Millicent. Abigail hablaba de Millicent en la carta. Millie no era de Rhys. Isabel dejó caer la carta sobre la cama, con el corazón dolido por Rhys.

—¿Las has leído? —dijo Rhys desde la puerta, e Isabel dio un respingo.

—¡Rhys! ¿Dónde te habías metido? —Se puso en pie de un salto y corrió hacia él, pero él se apartó de ella.

Iba impecablemente vestido para el baile, pero tenía los ojos rojos como si hubiera estado llorando. Isabel dio un paso vacilante hacia él.

—Rhys...

—¿Lo hiciste?

Isabel asintió.

—Sí.

—¿Y sigues queriendo seguir casada conmigo?

Isabel parpadeó.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a querer?

—¿Aunque no pueda darte hijos?

Llamaron a la puerta y el Sr. Monroe entró con una floritura.

—Es hora de vuestro primer baile, milord, milady.

Isabel miró a Rhys. Él permaneció en silencio un momento antes de ofrecerle el brazo. Isabel lo cogió y le temblaron los dedos al apoyar la mano en el brazo duro como el acero.

Atravesaron la casa y entraron en el salón de baile en silencio. Como señor y señora de la casa, era tradición que empezaran el baile con el primer vals. Así que se deslizaron hasta el centro del salón, Rhys cogió a Isabel en brazos y, en cuanto empezó la música, la arrastró a bailar. Rhys era un bailarín perfecto. Su forma era impecable, sus movimientos suaves y elegantes, e Isabel habría disfrutado del baile en cualquier otra circunstancia, pero sus pensamientos no estaban en la pista de baile.

—¿Has pensado en ello? —preguntó Rhys.

—¿Sobre qué?

—En el divorcio —dijo él con indiferencia mientras la hacía girar alrededor de la pista de baile. Otras parejas empezaron a unirse a ellos, e Isabel les sonrió cuando sus miradas se cruzaron.

—¿Estás loco? —dijo Isabel a Rhys—. ¿Por qué iba a pensar en el divorcio?

—Dijiste que habías leído las cartas.

—Y no me decían nada, salvo que tu difunta esposa —que Dios la tenga en su gloria— era una mujer egoísta y vil. Y no sé cómo Lady Mowbray pensó que alguna de esas divagaciones me ayudaría a escapar del matrimonio si yo quisiera.

—Declarándome incapaz de darte un hijo.

—Las divagaciones de un alma difunta y perdida no constituyen una prueba, Rhys. Eres físicamente capaz. La gente preferiría pensar que soy estéril a creer que tú...

—No se trata de eso —interrumpió Rhys con severidad.

—Entonces, ¿de qué se trata? —exclamó Isabel, y luego recompuso las facciones cuando pasaron junto a otra pareja—. Porque no lo entiendo.

—La cuestión es que puedes divorciarte. Puedo concedértelo. Podemos decir que he sufrido una

lesión y que soy incapaz de cumplir mi deber conyugal.

—Pero puedes cumplir...

—No importa si el resultado no es un bebé —apartó la mirada.

A Isabel empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Rhys, no puedo hablar de esto mientras damos vueltas en el salón de baile.

Rhys asintió y, tras unos compases, se deslizó fuera del círculo de bailarines y sacó a Isabel del salón de baile y del patio.

—Aquí, ahora no estamos girando —dijo cuando se detuvieron.

—Rhys, estás loco —dijo ella al separarse de él—. Tu mujer podría haberse equivocado. Millie aún podría ser tuya. No sabes...

—¡Pero sí lo sé! —Rhys se dio la vuelta y se pasó la mano por el pelo—. Lo sé —repitió en voz más baja.

Se volvió hacia ella, con los ojos angustiados.

—Las cuentas no cuadraban. No había intimado con Abigail durante más de diez meses antes de que naciera Millie —sacudió la cabeza—. Siempre lo supe, aunque prefería no creerlo.

Isabel se quedó mirando el juego de emociones en el rostro de su marido: arrepentimiento, angustia, dolor. Se le humedecieron los ojos y dio un paso hacia él.

—¿Y la quieres menos por eso?

Rhys se volvió bruscamente hacia ella.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿cómo puedo quererte menos solo porque no puedes darme un bebé?

—No piensas con claridad. Si sigues casada conmigo... nunca tendrás un hijo propio. Y sé que lo deseas.

Isabel se aclaró la garganta.

—Tengo un bebé. Tengo una hija maravillosa de seis años que es tan libre de espíritu y testaruda como su padre. Es mi hija, Rhys, y tú eres mi marido. Mi familia. Y no desearía tener otra.

—Podrías arrepentirte después —carraspeó.

Isabel miró a las parejas que se arremolinaban en el salón de baile. La mayoría de los matrimonios que había allí no se profesaban afecto, ni siquiera respeto. Cuando caía la noche, se iban a otra sala a buscar consuelo en los brazos de otra persona. Las únicas parejas felices que conocía eran su hermana Samantha y su marido, que no podían compartir cama a causa de los sueños violentos de él, y Evie y su marido, el famoso vividor al que el escándalo esperaba tras cada esquina.

Todos tenían cicatrices, pero eran felices. Y ella prefería tener un matrimonio imperfecto, pero feliz que lo que los demás percibían como perfecto, pero miserable para ella. Porque cualquier otro matrimonio, cualquier otra relación que no implicara a Rhys y Millicent, nunca le traería la felicidad.

Tomó su mano entre las suyas.

—Puede que me arrepienta de muchas cosas, Rhys. Pero de lo único que nunca me arrepentiré es de haberme casado contigo.

Rhys le apretó los dedos.

—Espero que no llegues a arrepentirte de estas palabras.

Isabel sonrió.

—Sabes que antes de encontrarme contigo en el salón de baile de Evie, me conformaba con ser una solterona. Sin hijos, sin marido, nada más que yo y mi vida tranquila y apacible. Desde que

te conocí, no he tenido ni un momento de paz —dijo riendo—. Y sí, pensé que quería una nena, alguien a quien amar y que me diera consuelo en un matrimonio no deseado. Pero gané mucho más. Tú me diste mucho más —sus ojos empezaron a lagrimear y se lamió los labios.

Rhys la acercó y apoyó la frente contra la suya. Isabel respiró hondo, inhalando el aroma agradable y tranquilizador de su marido.

—Y no sé si de verdad no puedes darme un bebé. No soy una joven doncella, Rhys. Tal vez no sería capaz de dar a luz a un niño tal como es. Pero sé una cosa.

—¿Qué es? —su voz era ronca.

—De todos modos, podemos pasar muchas noches intentándolo.

Rhys dejó escapar una risita y la besó en los labios. La música cesó en el salón de baile, el vals terminó.

Isabel lanzó un suspiro.

—No quiero volver a ese salón de baile. No quiero volver a esas paredes sofocantes.

Rhys la miró, con un destello de picardía en los ojos.

—Podemos irnos. No tenemos por qué volver.

Isabel soltó una risita.

—Es nuestro baile. Si no volvemos, habrá un gran escándalo.

Rhys soltó una risita y le apretó la cara con la palma de la mano.

—Me he pasado los últimos siete años evitando el escándalo. Pero resultó que un escándalo contigo fue lo mejor que me ha pasado nunca.

La sonrisa de Isabel se convirtió en una mueca.

—Entonces... —volvió la vista al salón de baile, recordando cómo había intentado ser una anfitriona perfecta, una amante perfecta durante toda su vida. Rhys tenía razón. Lo mejor le había ocurrido cuando por fin se convirtió en la dama más escandalosa de la alta sociedad. Miró a Rhys a los ojos—. Entonces, llévame lejos, milord.

—Sé exactamente el lugar —Rhys sonrió antes de tirar de su brazo y alejarse en dirección al cenador.

Capítulo 34

—Tendrías que haber visto las caras de la gente cuando empezaron a darse cuenta de que habías desaparecido —dijo Samantha a la mañana siguiente, mientras hacían un picnic en el césped.

Todos los invitados estaban dispersos en pequeños grupos. Isabel se sentó junto a Sam y Evie, escondida en la sombra, mientras sus hermanos y maridos se sentaban a unos metros, bajo el sol inclemente. Los niños volvieron a reunirse a la sombra del árbol para ver la actuación de Josefina.

—Sí, podían esperarlo de mí —tener por marido a un antiguo vividor sin escrúpulos da margen para actividades escandalosas—, ¡pero nadie esperaba que desaparecierais de vuestro propio baile! —exclamó Evie con una risita.

—Tienes suerte de que nos hayas tenido a nosotras para recoger el manto de anfitriona en tu lugar —dijo Sam.

Isabel frunció los labios.

—Esperaba que Richard me regañara, pero esperaba que vosotros dos fuerais comprensivas.

—Oh, somos muy comprensivas —dijo Evie moviendo las cejas y riéndose.

—Richard también te estaría regañando si no se hubiera pasado toda la velada flirteando con Josefina, demasiado ocupado para darse cuenta —dijo Sam.

Isabel puso los ojos en blanco. No quería saber nada de los desvergonzados afanes de su hermano.

—No creo que pueda culpar a tu hermano —dijo Evie—. La actriz es guapísima.

Isabel se volvió para mirar a la belleza de pelo castaño. No estaba en desacuerdo. Pero estaba más contenta con su actitud que con su belleza. Mantenía a los niños ocupados todos los días y, en ausencia de la institutriz, era la distracción perfecta que Millicent necesitaba.

Sin embargo, Isabel no podía ignorar el hecho de que Josefina hacía girar las cabezas de los hombres. Isabel se volvió para ver si la actriz tenía el mismo efecto sobre su marido, pero en su lugar chocó con su mirada acalorada.

Isabel sonrió, y Rhys le guiñó un ojo.

—¿Vane? ¿Has oído algo de lo que he dicho? —llamó Adam. Luego se giró para ver qué lo tenía distraído y gimió—. Deja de mirar a mi hermana. Me estás incomodando.

Todos se rieron.

—Por vergüenza —llamó St. Clare—. Es tu esposa. Es indecente mirarla así —y se volvió hacia Evie.

Adam se cubrió la cara con las palmas de las manos. Isabel se rio y se abanicó las mejillas encendidas.

—Me alegra verte tan feliz —observó Samantha—. Creo que no te había visto así en los últimos diez años.

—Siento que es la primera vez en años que lo estoy —dijo Isabel sin poder evitar una sonrisa.

—¿Y Millicent? —preguntó Evie—. ¿Cómo le irá sin institutriz?

Isabel se enderezó al oír la palabra institutriz.

—He decidido que es demasiado joven para una.

—¿Tú crees? —preguntó Sam.

—Sí. Me preocupaba demasiado que fuera una niña salvaje, teniendo en cuenta que no la había criado una dama, pero ya no me preocupa. Me tiene a mí para que la admire, te tiene a ti, y estoy segura de que ambos la visitaréis a menudo. Y cuando tenga unos diez o doce años, podremos empezar a pensar en contratar a una institutriz que la prepare para su debut.

—O antes, si tienes una prole que te robe la atención —bromeó Sam.

Isabel pensó que sentiría una opresión en el pecho al oír aquellas palabras, pero no fue así. Ya no estaba tan segura de querer una prole. Tenía a Millie, y eso era suficiente.

Ashbury, el marido de Samantha, se acercó a su mujer.

—Nuestro Ángel te necesita. O al menos, nuestra nodriza pidió una nodriza —dijo riendo entre dientes.

—¡Oh! —Sam se echó a reír—. Pues esa soy yo. Gracias, Isabel, por el encantador picnic. Nos veremos en la cena, ¿no?

Isabel se rio entre dientes.

—De momento no tengo planes para evitarlo.

Evie también se levantó.

—Creo que yo también necesito una siesta antes de la cena. Además, mi marido no deja de mirarme e irrita a tu hermano —añadió con una risita.

Isabel besó a Sam y Evie en las mejillas. Fue a reunirse con Millicent bajo el árbol, pero Richard la alcanzó y la detuvo con la mano en el brazo.

—¿Puedo hablar contigo?

Isabel parpadeó.

—Por supuesto.

La apartó de la multitud.

—¿Ocurre algo? —preguntó Isabel, observando el ceño fruncido de su hermano.

—No —dijo él—. Todo está perfecto.

—Me alegra oírlo —dijo Isabel lentamente, poco convencida de la sinceridad de las palabras de su hermano.

Se detuvieron a unos metros y Richard se volvió hacia ella.

—Necesito que me hagas un favor.

—Por supuesto —contestó Isabel de buena gana—. Lo que sea.

—He invitado a otra familia a venir a la fiesta de tu casa. Espero que no te importe.

Isabel se abrazó contra la ligera brisa de la tarde.

—Por supuesto que no me importa. Tengo algunas habitaciones libres. ¿Me haces el favor?

Richard negó con la cabeza.

—No.

Isabel enarcó una ceja.

—Richard, por favor. Me estás poniendo nerviosa.

Richard respiró hondo.

—Quiero... —se aclaró la garganta—. Me gustaría hacer un anuncio durante el baile de clausura de tu fiesta.

Isabel parpadeó.

—Por supuesto, pero ¿de qué anuncio se trata?

Richard se aclaró la garganta y miró a algún punto más allá de la cabeza de Isabel.

—Mi compromiso matrimonial.

Isabel estaba de pie en el jardín, contemplando la belleza de las flores y disfrutando del agradable aroma floral.

—Te vi venir hacia aquí. Pensé que querías que te siguiera —dijo una voz masculina familiar, e Isabel se volvió.

Gimió interiormente al ver que Stanhope se acercaba a ella. ¿Cuándo aprendería aquel hombre?

—No —dijo Isabel con firmeza—. En realidad estoy esperando a otra persona.

—No estoy tan segura de que lo estés —replicó él.

Isabel estuvo tentada de poner los ojos en blanco. Justo entonces sonaron unos pasos fuertes, y pareció como si el suelo temblara. Stanhope se volvió hacia el sonido, perplejo, antes de que Button apareciera detrás de un rosal. El exuberante cachorro vio a su ama y, como era su costumbre, se abalanzó sobre ella.

Isabel se escabulló detrás de Stanhope y se apresuró a ir al otro lado del jardín justo cuando Button tiraba al pobre hombre al suelo. Millicent apareció de detrás de los arbustos, seguida de Rhys.

—¿Qué ha pasado aquí? —ladró Rhys al ver a Stanhope tendido en el suelo mientras Button le lamía la cara.

Isabel soltó una risita.

—Parece que Button ha hecho un nuevo amigo.

Se acercó a su marido y le besó en los labios.

—¡Ay! —Millie se apartó con una mueca—. ¡Button, ven!

El perro corrió hacia su pequeña dueña, y toda la familia salió del jardín hacia el arroyo para hacer su pequeño picnic.

«Querida madre:

Aunque toda esta situación empezó como un desastre, ahora soy una madre muy orgullosa de una vivaracha niña que pronto tendrá siete años, y una esposa del marido más atento de la tierra.

Tenías razón, a veces los errores nos alcanzan y nos hacen pagar, pero a veces son una bendición disfrazada. Al fin y al cabo, no tendríamos hielo sin ventisca.

Espero que estés descansando en paz,

Hasta el momento en que nos volvamos a ver,

Isabel».

Epílogo

Once años después...

Isabel se retorció las manos, tan nerviosa como si fuera su debut. Pero no. En su debut no había estado nerviosa en absoluto. Había estado encantada, con los ojos brillantes y absolutamente entusiasmada con el siguiente capítulo de su vida.

Pero hoy Isabel tenía mariposas en el estómago. Llevaba dos largos meses preparándose para aquella noche. Las invitaciones, los menús, la decoración y todo lo demás le había costado mucho esfuerzo. La noche parecía un éxito, pero Isabel tenía la sensación de haberse olvidado de algo.

—¿Lo había olvidado?

—Estás preciosa —anunció la voz grave de su marido justo detrás de su oreja.

Su cálido aliento movió mechones de su pelo y la recorrió un escalofrío. Se acercó más y le rodeó la cintura con el brazo. Su mano quemaba a través de las capas de su ropa, desequilibrándola y anclándola al mismo tiempo.

Isabel miró a la multitud que los rodeaba. La demostración abierta de afecto volvería a meterlos en problemas. No era correcto, Isabel lo sabía. Pero en aquel momento estaba demasiado nerviosa para preocuparse.

Así que aceptó el abrazo y apoyó la espalda en el duro pecho de Rhys. Cubrió la mano de él en su cintura con la suya, sus respiraciones se suavizaron, los latidos de su corazón se ralentizaron hasta alcanzar el ritmo habitual.

—¿Cómo está? —preguntó Isabel.

—Igual que hace cinco minutos, cuando fuiste a verla. Sin miedo —su voz contenía una nota de orgullo.

Isabel sonrió.

—Lo ha heredado de ti.

—Estoy seguro de que todo lo bueno que hay en ella proviene de ti. —Rhys le besó la coronilla.

Isabel soltó una risita nerviosa y estuvo a punto de zafarse de sus brazos, pero Rhys la sujetó con más fuerza.

—Quédate un rato —susurró.

—No puedo —Isabel dejó escapar un profundo suspiro—. La gente empezará a cotillear de nuevo. Y eso es lo último que necesita Millie. Debemos comportarnos con decoro.

—Entonces, ¿por qué te apoyaste en mí? —Su voz grave hizo que se le pusiera la piel de gallina y sintiera un cosquilleo en el vientre. Incluso después de más de una década, seguía acelerándole el corazón.

—Porque necesitaba tu fuerza —dijo, con la voz extrañamente entrecortada.

Le dio otro beso en la cabeza, la soltó y se alejó.

Isabel se tambaleó, no estaba preparada para que él se marchara, aunque había sido ella quien lo había pedido. Rhys se adelantó y le puso la mano en la espalda.

Ella lo miró con una sonrisa, con el amor brillando en sus ojos.

—Lady Millicent Townsend —anunció el Sr. Monroe desde lo alto de la escalera, y todas las miradas se dirigieron hacia la solitaria figura que descendía.

Millicent se deslizaba con gracia en un vestido azul resplandeciente, con los ojos brillantes de felicidad y una sonrisa en el rostro. Era impresionantemente hermosa.

A Isabel se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a la niña pequeña y descoordinada que tropezaba cada vez que intentaba hacer una reverencia. Sin duda había crecido.

Rhys ofreció el brazo a Isabel y ambos se adelantaron para encontrarse con su hija al pie de la escalera.

Ella se hundió en una profunda reverencia ante ellos, e Isabel se llevó una mano al corazón para que no escapara de los confines de su cuerpo.

—Eres la debutante más hermosa que he visto nunca —dijo.

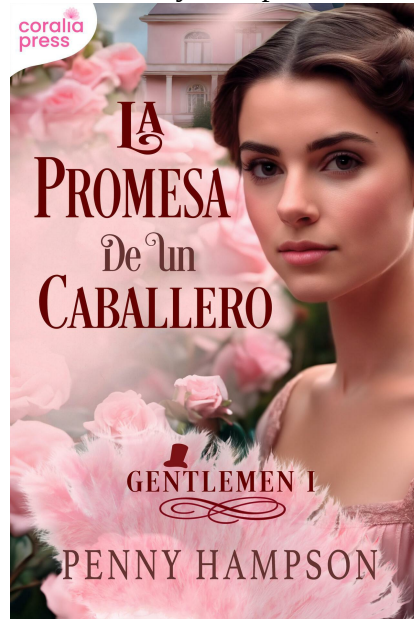
—Eres preciosa —afirmó Rhys—. ¿Cómo te sientes?

Millicent sonrió mientras cogía el brazo que le tendía su padre.

—Como si estuviera lista para conquistar el mundo.

Fin

Si te ha gustado
La oferta de un marqués
te recomendamos leer
[La promesa de un caballero](#)
Primera entrega de la serie *Gentlemen*
de
Penny Hampson



¡Puedes leer ahora los dos primeros capítulos gratis!

Capítulo 1

Era innegable: alguien lo quería muerto.

El detonante había sido seguramente la aparición en la *Gazette* de la noticia de su recién adquirido título. Richard Lacey frunció los labios. ¿Quién le envidiaba tanto el título de vizconde como para intentar matarlo?

Richard observó la deteriorada fachada de Easterby Hall mientras detenía su *curricule*^[1] ante la puerta principal. Bien, ya estaba aquí. Con suerte, encontraría la respuesta. Su mirada recorrió los hastiales puntiagudos y las grandes chimeneas. Sin duda, en otros tiempos había sido una casa acogedora. Ahora se respiraba en ella un aire de completo abandono. El sol del atardecer se reflejaba en las ventanas encajadas en los muros de piedra y una solitaria estela de humo salía de una de las chimeneas. Richard suspiró. Tendría que hacer una inspección más detallada antes de tomar una decisión firme respecto a conservar la propiedad, pero al menos, esta parecía habitable.

Los impacientes resoplidos y pisadas de los caballos hicieron que Richard volviera a centrarse en sus problemas inmediatos. Entregó las riendas a su mozo de cuadra y bajó, dando una palmadita tranquilizadora en el flanco del caballo cercano.

—Tranquilos, chicos. Pronto os cepillarán y os darán agua.

—¿Los llevo a los establos, señor? —preguntó el mozo.

—Sí, dales lo que puedas encontrar.

La puerta principal en la parte superior de los escalones permanecía cerrada. «Tonto». Obviamente, nadie lo esperaba. ¿En qué estaba pensando? Si el interior estaba en muy mal estado, volvería a la posada de Minster Lovell. Aunque no era algo que quisiera hacer. Al igual que sus caballos, ya había tenido suficiente viaje por ese día.

Al flexionar los hombros para aliviar los músculos doloridos, sus esperanzas de disfrutar de un baño caliente, una buena comida y una cama confortable empezaron a desvanecerse mientras miraba la puerta cerrada.

Sonrió para sí y sacudió la cabeza. «Debo de estar atrapado por la rutina si lo único que espero es un baño y acostarme temprano», pensó. Subió los escalones exteriores y luego dio un fuerte tirón a la cuerda del timbre. Unas campanadas resonaron en el interior de la casa. Tras una pausa demasiado larga, oyó unos pasos que se acercaban por el suelo de baldosas. Una llave rechinó en la cerradura. A través de la puerta, ahora entreabierta, se asomó un hombre de avanzada edad, cuya expresión no era nada acogedora.

—Sí, sí, ¿puedo ayudarle? —Su tono quejumbroso indicaba que estaba molesto al haber sido apartado de alguna actividad mucho más agradable que abrir la puerta principal a los extraños que pasaban por allí.

Controlando su temperamento —al fin y al cabo, ahora era su propiedad—, Richard le contestó con otra pregunta.

—¿Quién es usted?

El anciano se enderezó con gesto digno.

—Soy Wrighton, mayordomo del difunto lord Easterby. ¿Y usted quién es, caballero?

—Richard Lacey, vizconde Easterby. Su nuevo señor.

Richard disfrutó de la fugaz mirada de sorpresa en el rostro del mayordomo antes de que el viejo criado recordara su deber y abriera la puerta de par en par.

Con una temblorosa reverencia, el hombre lo saludó.

—Bienvenido, milord. Me disculpo humildemente. No habíamos sido avisados de su llegada. —Wrighton señaló una puerta a la izquierda del vestíbulo—. Si desea pasar a la biblioteca, milord, le prepararé un refrigerio. —El anciano se aclaró la garganta, todavía nervioso—. Sin embargo —añadió—, me temo que la señora Henning no tiene la despensa bien provista en este momento, ya que solo estamos aquí unos pocos miembros del servicio.

Richard, cansado y hambriento, y adivinando el motivo de la ansiedad del mayordomo, decidió ir al grano.

—No importa, no necesito nada elegante. Algo nutritivo bastará. Mi mozo de cuadra ha llevado el coche a los establos. ¿Podrá encontrar allí todo lo que necesita, o será necesario volver a Minster Lovell para atender a los caballos?

—No es necesario, milord. Joe Henning se ocupará de todo. Se alegrará de poder cuidar de nuevos animales de calidad. Joe ha sido el encargado de la granja durante muchos años. Le mostraré a su mozo dónde se guardan todos los aparejos y el forraje y dónde puede dormir el muchacho.

Mientras Richard se dirigía hacia la puerta que le había indicado el mayordomo,

observó con aprobación el reluciente revestimiento de lino de las paredes y el brillante acabado de los muebles de madera. El olor a cera de abeja impregnaba el aire. Estaba claro que alguien amaba este viejo lugar.

—Haré que le preparen un dormitorio y suban agua caliente lo antes posible, milord. Barker, el abogado de la familia, nos notificó que su reclamación del título había sido aprobada, pero me temo que omitió decirnos cuándo llegaría el señor, así que nos encuentra tristemente desprevenidos.

—Bueno, no importa, Wrighton. Ya estoy aquí. Hay una maleta en mi carruaje con mis cosas para esta noche. Mi ayuda de cámara y mi secretario también vendrán dentro de un día o dos. Tengo la intención de revisar los libros de cuentas y ver cómo están las cosas desde el fallecimiento de lord Easterby. Me atrevo a decir que hay algunas cuestiones que necesitan ser corregidas.

La cabeza de Wrighton se movió de arriba abajo.

—Oh, sí, milord. Por desgracia, algunos asuntos han sido descuidados, sobre todo en el exterior, como verá. —El mayordomo se retorció las manos—. No quiero faltar al respeto a nuestro alguacil, pero los tribunales no le permitieron hacer las mejoras necesarias. El personal de la casa y los arrendatarios se sienten aliviados de que todo se haya solucionado al fin.

Richard le dirigió al anciano una sonrisa tranquilizadora.

—No tengo intención de permitir que se produzcan más negligencias en la finca o con su gente. Evaluaré lo que hay que hacer, y todos serán tratados con justicia a cambio de lealtad y trabajo duro.

Richard entró en la biblioteca, la cual resultó ser una estancia de agradables proporciones, según comprobó agradecido mientras admiraba las estanterías. Siempre le había gustado pasar tiempo en una habitación llena de libros. Unas fundas de Holland cubrían las sillas, y una gran chimenea, ya abastecida con leña para ser encendida, dominaba una de las paredes. A pesar del frío reinante, la sala desprendía una sensación de paz y comodidad.

Richard se volvió hacia Wrighton, que se había quedado en la puerta.

—¿Qué personal hay aquí actualmente?

—No mucho, milord. Aparte de mí y de la señora Wrighton, el ama de llaves, están la señora Henning, que es la cocinera, una sirvienta, y una criada que se encarga del resto del trabajo. Un par de muchachas del pueblo vienen una vez al mes para ayudar a limpiar y ventilar todas las habitaciones. —Le dirigió a Richard una mirada significativa—. La señora Wrighton no soporta que la casa esté vacía. Ha trabajado aquí desde que era una niña, y siente un gran cariño por Easterby Hall.

Richard sonrió. Eso explicaba el escrupuloso cuidado del lugar.

—La señora Henning lleva con nosotros casi el mismo tiempo —continuó Wrighton—. Joe, su hijo, es el jefe de los mozos de cuadra, aunque solo nos quedan unos pocos caballos. Y luego está el señor Finch, el jardinero... —Wrighton frunció el ceño.

—Continúe —dijo Richard.

—Bueno... Ya tiene una edad avanzada, pero se las arregla para mantener los jardines en orden. El parque es demasiado para él solo, señor. Verá, el resto del personal fue despedido tras la muerte del viejo vizconde, y su viuda se trasladó a Londres. —Sacudió la cabeza—. Un asunto triste.

Sí, se trataba de un asunto triste, ciertamente. Había habido un gran alboroto por la situación. Richard había descubierto que la familia a la que estaba vinculado había sido

desafortunada en extremo. En primer lugar, el hijo y heredero, el honorable Frederick Smythe —soltero e implacable derrochador, según todos los indicios—, había muerto en un accidente de caza cinco años antes. Lo habían encontrado con el cuello roto tras ser arrojado al suelo por su caballo.

Por la misma época, el hijo menor —un ávido anticuario— había desaparecido sin dejar rastro junto con su esposa e hijos en algún lugar del Imperio Otomano. El anciano vizconde, sacudido por estas desgracias, murió un año después del fallecimiento de su primogénito.

Sin embargo, los tribunales, en su sabiduría, acababan de dictaminar que tanto el hijo menor como su heredero estaban muertos, a pesar de que aún no había transcurrido el plazo habitual de siete años para tal declaración. El título estaba a punto de extinguirse y la finca iba a ser dividida y puesta a la venta cuando, gracias a la diligencia del abogado de Richard, este fue reconocido como heredero universal. Algo que había sido tan sorprendente para Richard como para todos los demás.

Richard observaba complacido cómo Wrighton retiraba las sábanas de los muebles, abría el tiro de la chimenea y encendía el fuego con un pequeño yesquero que se sacó del bolsillo. Enseguida, unos penachos de humo salieron de las ascuas en la base de la leña apilada en la rejilla.

—Dígale a la señora Wrighton que contrate el personal que necesite para la casa. No espero recibir muchas visitas, pero estoy seguro de que le vendría bien más ayuda, en cualquier caso. Veo que ha hecho un gran esfuerzo y la felicito por ello. —Richardladeó la cabeza. Su estómago empezaba a quejarse por la falta de actividad.

El rostro arrugado de Wrighton se convirtió en una amplia sonrisa.

—Sí, milord, ahora mismo. Y gracias, milord. La señora Wrighton estará encantada de llevar a cabo sus instrucciones.

Acomodado por fin en un gran sillón de cuero frente a la chimenea, y con los pies apoyados en un escabel, Richard sintió que la tensión de los días anteriores había desaparecido por fin. Días extraños y profundamente perturbadores, a decir verdad. La cantidad de sucesos desafortunados había puesto a prueba sus nervios e incluso su ánimo, por lo general sanguíneo y adaptable.

El primero había sido el ataque de dos vagabundos contra él en St. James's dos noches antes. No se trataba de un suceso inusual en sí mismo, ya que era algo sabido que ciertos individuos sin escrúpulos acechaban a los caballeros cuando estos salían de sus clubes. Richard había estado celebrando con George, su cuñado, la inesperada adquisición de su título, publicada esa misma mañana. Ninguno de los dos era un gran bebedor y, por suerte, solo estaban un poco achispados cuando salieron de White's. Lo inusual era el hecho de que los dos bribones hubiesen concentrado sus esfuerzos en Richard e ignorasen a George.

Tampoco habían intentado arrebatarle el reloj o la leontina^[2], sino que se limitaron a golpearle con insistencia. De alguna manera, Richard supo en ese momento que, si conseguían derribarlo, se asegurarían de que nunca se levantara. Fue únicamente gracias a la rápida acción de George, quien disparó su pistola y alcanzó en la pierna a uno de los asaltantes, que los dos villanos desistieron de su ataque. De no ser por la intervención de George, Richard estaba convencido de que no habría salido vivo.

El día anterior, la cincha de la silla de montar de Richard se había roto de forma repentina durante su paseo matutino por Hyde Park. Las agudas indagaciones realizadas a su

angustiado jefe de cuerdas no habían permitido obtener una explicación satisfactoria del incidente. Uno de los mozos de los establos afirmó haber visto a un extraño merodeando cerca del guadarnés^[3] a primera hora, un tipo que había salido corriendo al ser descubierto. Como parecía que no se había llevado nada, no se pensó más en ello hasta que Richard volvió de su paseo a lomos de su montura, con un mal humor poco habitual y luciendo varios moratones.

Finalmente, esa misma mañana, estuvo a punto de caer en una zanja por culpa de un jinete que al pasar junto a él hizo sonar su látigo sobre los caballos de Richard, justo cuando este se acercaba a una curva cerrada. Por suerte, Richard era un consumado conductor y logró recuperar el control de los dos caballos, aunque, cuando lo consiguió, el desconocido ya se había perdido de vista.

Ahora que estaba a salvo en Easterby Hall, seguramente no habría más percances... al menos por ahora. Se había arriesgado a venir solo, sin querer admitir que realmente podía estar en peligro y diciéndose a sí mismo que las coincidencias ocurrían. Pero tras un largo día de reflexión, no estaba tan seguro.

Una hora más tarde, después de haberse animado lo suficiente como para lavarse en el frío vestidor anexo a su dormitorio, Richard empezaba a sentirse de nuevo un ser humano. Su cena, servida en el comedor preparado a toda prisa, había sido un abundante guiso de cordero con una gran guarnición de verduras, además de pan recién horneado, un pastel de carne de caza, un queso bastante bueno y un poco de membrillo, todo ello regado con una o dos jarras de la cerveza local. Una vez saciado, Richard volvió a la biblioteca y se acomodó de nuevo en el sillón junto a la chimenea encendida con una jarra de brandy en su mano. Tenía intención de empezar a revisar los papeles de la finca. Sin embargo, el calor del fuego, la luz parpadeante de las velas y el confortable asiento conspiraron contra él. Sintiendo somnoliento, estaba a punto de retirarse a su dormitorio, el cual esperaba que fuera el menos frío de la casa —tenía una cama tentadoramente suave y amplia, después de todo—, cuando se desató el infierno.

Capítulo 2

Era casi de noche cuando la Honorable Emma Smythe y su hermano James llegaron a la posada de Minster Lovell. Su ritmo se había ralentizado con el paso de las horas, y Emma empezaba a temer que tuvieran que pasar otra noche bajo las estrellas, una perspectiva nada agradable. El cielo del atardecer, sin nubes, era un claro indicio de que se avecinaba una helada.

Solo cuando pasaron por el pueblo empezó a reconocer por fin algunos puntos de

referencia.

—Estoy seguro de que las puertas de Easterby Hall están a poca distancia por este camino —dijo Emma—. En algún lugar a la derecha, si no me equivoco.

—Espero que sí —respondió James—. No sé cuánto tiempo más podré caminar.

Ella sonrió y le dio un tirón de manga a su hermano para animarlo.

—No está lejos, Jamie —le dijo—. Estoy segura de ello, querido.

«No te detengas. Tenemos que llegar allí. Tengo que llevar a Jamie a casa y ponerlo a salvo». Las palabras resonaban en la cabeza de Emma una y otra vez. Ignoraría la agonía de sus pies y el agotamiento de su cuerpo hasta que su hermano se encontrase seguro. Era su deber como hermana. A pesar del dolor que la atravesaba a cada paso, sabía que no podía rendirse.

Las menguadas energías de Emma aumentaron de pronto al ver las puertas que recordaba vagamente, pero a medida que se acercaba a ellas, un helado presentimiento le recorrió la espalda. Las puertas estaban apuntaladas e inclinadas sobre sus goznes. El camino de grava, antes impoluto, estaba ahora salpicado de matojos de hierba, y los arbustos que lo bordeaban estaban crecidos y descuidados. La aprensión de Emma creció en intensidad. El abuelo siempre había estado orgulloso de su finca. Ay del jardinero si se veía una mala hierba entre los parterres... Pero el saúco y las zarzas ahora invadían libremente el camino de entrada. Algo no iba bien.

Mientras tanto, Jamie, ajeno a estos signos de abandono, había acelerado el paso y miraba con avidez a través de la penumbra.

—¡Mira aquellas luces! —gritó—. La casa no puede estar lejos y hay alguien allí. ¡Vamos, Emm!

—Sí, ya veo. Por favor, espérame. No puedo ir más rápido.

Jamie frenó un momento su marcha, pero no consiguió reprimir su excitación.

—Oh, Dios —dijo—. Por fin hemos llegado. Pero... —Jamie se detuvo tan repentinamente que Emma casi chocó con su hermano—. ¿Se acordará el abuelo de mí? —preguntó él—. Yo era poco más que un bebé cuando nos fuimos. —Jamie se giró hacia Emma con gesto preocupado—. ¿Crees que el abuelo querrá vernos?

Emma se quedó paralizada ante su pregunta, la misma que ella se había hecho muchas veces. Desde que emprendieron su largo viaje de regreso a Inglaterra, había albergado dudas similares sobre la bienvenida que les esperaba.

—Por supuesto que se acordará. ¡Vaya ocurrencias!

Emma cruzó los dedos a sus espaldas y esperó que sus palabras fueran ciertas. De hecho, hacía años que no tenían noticias de casa. A pesar de que su padre les había asegurado lo contrario, Emma no podía evitar pensar que el abuelo había cortado de manera deliberada la comunicación con su hijo menor y su familia.

—Y claro que querrá vernos. Somos sus nietos —declaró, tanto para convencerse a sí misma como a su hermano.

Jamie ayudó a Emma a subir los amplios escalones que llevaban a la puerta principal. Casi agotada y luchando por mantenerse erguida, Emma cerró los ojos y se apoyó en la pared mientras Jamie tiraba de la cuerda del timbre. La piedra se sentía fría y poco acogedora contra su cuerpo.

Se oyeron pasos, una llave giró y luego la puerta chirriante se abrió, arrojando un rayo de luz sobre su hermano.

—¿Sí? ¿Quién llama a estas horas de la noche? —preguntó un hombre. Parecía

mayor. Emma se tensó. Fuese quien fuese, ¿los recordaría?

—Somos James y Emma Smythe, nietos del vizconde Easterby. Por favor, hágale saber que estamos aquí. —La voz temblorosa de Jamie delataba sus nervios.

La puerta se abrió más, iluminando el aspecto desaliñado e indigno de su hermano.

—Tonterías. Vete o llamaré al magistrado. El Honorable Charles y su familia están muertos. ¿Cómo te atreves a venir aquí fingiendo ser alguien que no eres? Fuera ahora mismo te digo.

Las entrañas de Emma se encogieron de miedo. Esto no era bueno; el hombre estaba enfadado. ¿Estarían justificadas las dudas de ella y su hermano?

Por suerte, Jamie se mantuvo firme e insistió.

—No, no, es la verdad. Por favor, déjenos entrar. Por favor, déjeme hablar con el abuelo.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Emma mientras se deslizaba por la pared hacia el suelo, sin sentir siquiera el impacto cuando su cabeza chocó contra el escalón de piedra.

Al darse cuenta que el muchacho se apartaba, Wrighton abrió más la puerta para asegurarse de que podía verlo regresar por el camino. En lugar de eso, otra visión horrible se materializó ante sus ojos al descubrir a otro pillo tirado en el porche. Incluso con la escasa luz que le proporcionaba su quinqué, era evidente para el anciano que el chico estaba enfermo. Wrighton, que no era un hombre poco amable, decidió que necesitaba el criterio de una mente más sabia que la suya.

—Señora Wrighton, señora Wrighton, ¡venga de inmediato! ¡Señora Wrighton, apúrese!

—¿Qué ocurre, Wrighton? ¿Qué es todo ese ruido? —preguntó una voz masculina detrás de él, haciendo que el viejo mayordomo diese un respingo.

Richard atravesó el pasillo de baldosas. Con un rápido vistazo, advirtió el rostro sorprendido del mayordomo y las dos pequeñas siluetas en el escalón superior de la entrada, una de las cuales parecía estar inconsciente. La otra estaba agachada junto a su compañero tendido, instándole a levantarse y lanzando miradas de miedo al todavía consternado Wrighton. Richard pensó con rapidez. Tenía que hacerse cargo de la situación antes de que las cosas se le fueran de las manos.

—Por el amor de Dios, hombre, contrólese —le dijo al mayordomo—. Tenemos que llevarlos dentro —declaró, arrebatando el quinqué al paralizado Wrighton para colocarla en el suelo. Entonces, Richard apartó con suavidad, pero con firmeza, al chico que estaba agachado y lo empujó hacia el mayordomo antes de levantar el cuerpo inerte en sus brazos.

Por fin, Wrighton reaccionó.

—Milord, ¿puedo sugerir el salón? Allí hay un sofá. Las fundas aún están puestas, así que la tapicería no sufrirá, y pronto podré encender el fuego.

James, pasivo bajo el agarre del mayordomo, observaba agitado cada movimiento de Richard mientras Wrighton se esforzaba por llevarlo hacia el salón. En ese momento, la puerta de las dependencias del personal se abrió de golpe.

—Bien, señor Wrighton, ya estoy aquí. ¿A qué vienen esos gritos? ¡Oh, Dios mío...!

Mejor dotada que su marido para hacer frente a las emergencias domésticas, el ama de llaves se apresuró a abrir la puerta del salón.

—Por aquí, milord —dijo la mujer—. Traeré algunas luces y encenderé el fuego. Este sofá es más grande que el de la biblioteca, y está más cerca de la chimenea.

Richard siguió agradecido a la señora Wrighton, decidiendo que tenía más ingenio que su marido. Una vez depositada su carga, aún inconsciente, en el sofá, Richard extendió sus dedos con cuidado para quitarle al chico el ajado sombrero. En el acto, Richard abrió los ojos de par en par al ver la piel pálida y translúcida del muchacho, la boca en forma de capullo de rosa y las largas pestañas oscuras, todo ello enmarcado por un espeso cabello castaño. Richard frunció el ceño, reflexionando brevemente sobre la identidad del zagal, pero en cuanto notó que un hilillo de sangre rezumaba por una de las mejillas cenicientas, cualquier pensamiento sobre el origen de su inesperado visitante desapareció por completo.

—Traiga algunos paños y agua limpia, señora Wrighton. Creo que el chico se golpeó la cabeza contra el suelo cuando se desplomó. Mañana tendrá un buen moretón del que presumir.

Lleno de un miedo desgarrador a que el muchacho pudiera morir, Richard mantuvo los nervios concentrándose en un examen más detallado de su ropa. Estaba raída y algo mugrienta, pero era de calidad. Comenzó por quitarle las botas gastadas y sucias. La primera salió con facilidad, así que Richard procedió a desprender la deshilachada media, jadeando ante la sangre seca que cubría la piel y las furiosas ampollas que adornaban el tobillo en carne viva. Le costó un gran esfuerzo reprimir las náuseas y las ganas de vomitar.

—¡Oh, Dios mío, pobrecito! —exclamó la señora Wrighton por encima del hombro de Richard. Deje que yo lo haga, señor, mientras usted habla con el otro muchacho —ordenó, apartándolo de un codazo.

—Sí, por supuesto —respondió Richard, sintiéndose culpable y aliviado. La visión de la sangre siempre le turbaba, pues le traía demasiados recuerdos. Richard se volvió hacia el otro chico, que seguía temblando cerca de la puerta, con la mano firme del mayordomo en su hombro.

—¿Quién eres, muchacho, y por qué has venido aquí a estas horas de la noche?

El joven, con los ojos totalmente fijos en su compañero, permaneció en silencio. Richard se preguntó si lo había oído, y le repitió en voz alta sus preguntas.

El chico parpadeó como si volviera en sí.

—Yo... soy James Smythe, hijo de Charles Smythe y nieto del vizconde Easterby. Quiero ver a mi abuelo. Vive aquí. —Ante la mirada de incredulidad de Richard, el muchacho empezó a rebuscar bajo su chaqueta hecha jirones. Mire, esto era de mi padre. —Sacó un cordón que colgaba de su cuello, y se lo tendió a Richard para que lo cogiera.

Contra la piel de su palma, por el peso y el color, Richard supo que aquel sello grabado solo podía ser de oro. Se había inclinado a pensar que el muchacho le estaba tomando el pelo, pero al mirar el objeto, sus dudas se disiparon. El sello mostraba el escudo de Easterby. Richard lo reconoció de inmediato: una representación de un oso guiando a un toro.

Se lo devolvió al muchacho, recordando la historia de la familia desaparecida. ¿Podría el chico estar diciendo la verdad?

—¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Richard señaló el sofá—. ¿Y quién es él? ¿Tu hermano pequeño?

—Hemos estado viviendo en el Peloponeso, en el sur de Grecia, con nuestros padres. —El muchacho resopló y se pasó una mano sucia por los ojos. Pero ellos se ahogaron hace unos meses. Llegamos a Patras con la ayuda de la familia de nuestra ama de llaves. Luego fuimos por nuestra cuenta a Gibraltar... Allí conseguimos un barco para volver a Inglaterra. —Lanzando otra mirada persistente a la figura en el sofá, volvió sus ojos preocupados a

Richard—. Y ese no es mi hermano. Emma es mi hermana. No habría llegado hasta aquí sin ella. —Si todavía no me cree, hay una prueba más. Emma la tiene cosida en el forro de su abrigo para no perderla.

Richard, con la mandíbula desencajada, miró en silencio durante varios segundos a la chica inconsciente antes de poder encontrar la voz.

—¿Cuántos años tienes, joven, y cuántos tiene tu hermana? —Richard calculó que el muchacho no tendría más de catorce años, por lo que su hermana tendría... ¿cuántos? ¿Doce, trece, dieciséis como máximo? Desde luego, no parecía mayor que eso.

—He cumplido trece años, señor, y Emma cumplió veinticuatro justo antes de Navidad.

Richard soltó un suspiro. Dios mío, ¿qué debía hacer ahora? Decididamente, las cosas se estaban complicando. Era una mujer joven la que estaba tumbada en el sofá, no una niña... y además, de buena cuna. Revisó con rapidez su opinión sobre la sinceridad del muchacho. De seguro, nadie se atrevería a inventar una historia tan fantástica. Era tan increíble que tenía que ser verdad. Luego estaba el sello. Eso era genuino. Pero de nuevo, podría haber sido robado. Le diría a la señora Wrighton que le trajera la chaqueta de la joven una vez que esta se hubiera acomodado para poder examinar los documentos ocultos mencionados por el muchacho.

Pero los interrogantes persistían. ¿Por qué no se había sabido nada de la familia durante varios años? ¿Y por qué aparecer ahora? Si todo lo que el muchacho le había contado era cierto, era poco menos que un milagro.

Richard miró de nuevo al chico, aún pálido y tembloroso, y advirtió cómo los huesos de sus muñecas sobresalían a través de la mugrienta piel. Parecía que no había comido bien desde hacía tiempo.

—Wrighton, lleve al joven con la señora Henning y asegúrese de que le den de comer y beber.

El mayordomo dio un respingo al oír su nombre. Había estado mirando de forma extraña al muchacho, pero ahora su rostro se iluminó.

—Señorito James, es usted... —dijo el hombre—, y se parece tanto a su padre... ¿Por qué no lo vi de inmediato? Pensar que casi lo echo de aquí... Y a la pobre señorita Emma también. —Su voz se volvió ronca mientras acariciaba el hombro del muchacho—. No se preocupe. Ya está en casa.

Richard decidió que, si el viejo criado había reconocido al muchacho y los documentos respaldaban las afirmaciones de este, había aún más razones para que él se ocupara de la joven pareja. Eran sus parientes, aunque de forma lejana, y como cabeza de familia, era su responsabilidad. Pero la primera prioridad era asegurarse de que la joven sobreviviera.

—Señora Wrighton, ¿dónde se encuentra el médico más cercano? Saldré a buscarlo.

—No se preocupe, señor —dijo Wrighton girándose mientras sacaba al aturdido muchacho de la habitación—. Enviaré a Joe a buscar al doctor Chesney. Vive en Minster Lovell, así que debería poder llegar aquí sin demasiado retraso. Es joven, pero parece saber lo que hace.

Richard esperaba que así fuera. Lo último que necesitaba era que un médico inútil destruyera las posibilidades de recuperación de la joven. Por lo visto, ella se había golpeado la cabeza con fuerza contra las losas, y él sabía que las lesiones en la cabeza podían ser mortales. Además, parecía muy desnutrida. Richard se esforzó por sofocar la ansiedad que le

agitaba el estómago. No tener el control siempre le inquietaba.

El ama de llaves se detuvo en su tarea de limpiar las heridas de la cabeza de Emma.

—Pobre señorita, sigue tan guapa como el día que se fue, a pesar de todos sus moratones. Recuerdo cuando su padre se cayó del caballo cuando era un muchacho y se quedó inconsciente. Solo necesitó paz y tranquilidad durante un día o dos. Con suerte, eso es todo lo que ella necesita, señor.

Richard asintió, no muy convencido de las palabras del ama de llaves. Debía hacer algo, pero ¿qué? Odiaba sentirse tan confuso, queriendo imponer orden pero sin saber cómo. Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—¿No sería mejor que se retirara a la biblioteca, señor? Yo puedo cuidar de la joven.

La voz del ama de llaves sacó a Richard de sus nublados pensamientos.

—Sí, por supuesto, señora Wrighton. La dejaré en sus capaces manos. Cuando sea conveniente, deme el abrigo de ella. Necesitaré examinar los documentos que el muchacho dijo que llevaba. Hágame saber si hay algún cambio en su estado y avíseme cuando llegue el médico —añadió Richard antes de dirigirse hacia la puerta—. Si él está de acuerdo, creo que debería ser trasladada a una habitación. ¿Cree que se podría ventilar y preparar una para ella? Necesita entrar en calor. Oh... y otra para su hermano.

La señora Wrighton casi lo tuvo que echar a empujones. No se preocupe, señor. Las habitaciones no tardarán en estar listas. Solo hace falta encender los fuegos. Siempre me aseguro de que al menos cuatro de las alcobas puedan ser utilizadas en un momento dado, en caso de que la viuda decida visitarnos.

—¿Cree que también podría contratar a alguien para que se quede con ella? —preguntó Richard—. ¿Hay alguien adecuado en el pueblo?

El ama de llaves asintió. Mandaré llamar a Polly. Solía trabajar en la casa como doncella personal de la viuda, y todavía vive por aquí.

Richard volvió por fin a la biblioteca y a su sillón junto a la chimenea y tomó un trago fortificante del brandy que se había servido antes de que se produjera todo el alboroto. Tenía los nervios a flor de piel y necesitaba tiempo para pensar. Sobre la repisa del hogar, había dos delicadas figuras de porcelana que le llamaron la atención, un pastor bastante amanerado y su delicada pastora. Para desaprobación de Richard, la mirada melancólica del pastor se dirigía a la distancia, mientras que la de su compañera se centraba por completo en su pareja. El nervio del párpado de Richard se crispó. Soltó la copa de licor, se levantó y giró con suavidad la estatuilla del pastor para que mirara a su amada. El párpado ya no le temblaba, y volvió a sentarse.

No pasó mucho tiempo antes de que la señora Wrighton hiciera entrar a su marido con el abrigo de la joven. Richard rasgó con rapidez el forro y extrajo el fajo de papeles que allí se ocultaban. Al examinar con cuidado los documentos manchados y húmedos, Richard vio que, en efecto, apoyaban la afirmación del muchacho de ser el nieto desaparecido del difunto vizconde. Entre las cartas de presentación oficiales y los documentos formales que concedían el salvoconducto, había más objetos personales. Uno de ellos era una carta fechada siete años antes, escrita por el vizconde y dirigida a su hijo menor, el honorable Charles Smythe, a una dirección de Malta. Había una carta similar de la vizcondesa a Marie Smythe, su nuera, en la que se mostraba ansiosa por tener noticias de sus nietos, Emma y James. La pobre señora los echaba de menos desesperadamente. Había varias cartas más en la misma línea. Pero ninguna de ellas había sido escrita en los últimos cinco años.

Richard reflexionó sobre las implicaciones de su descubrimiento: Él ya no era el

vizconde Easterby, y la sola idea le levantó el ánimo. Nunca había deseado las responsabilidades añadidas que el vizcondado conllevaría. Miró a su alrededor: los paneles de roble, los sillones antiguos, pero cómodos, los estantes llenos de libros que cubrían las paredes. El mobiliario era viejo y no era nada del otro mundo, como habría dicho Julia, su hermana, pero era un espacio tranquilo donde un hombre podía relajarse.

«No importa, ya tengo suficientes habitaciones cómodas en Cornualles y Londres, no necesito ninguna más». Un pensamiento inoportuno lo asaltó. No podía marcharse, todavía no. Tenía que ocuparse del muchacho y de su hermana. Siendo el primo de ambos, tenía la responsabilidad de asegurarse de que sus demandas fueran atendidas.

Un escalofrío helado recorrió la columna vertebral de Richard. ¿Y los atentados contra su vida? Había dejado de pensar en ellos como accidentes. Solo habían ocurrido después de que su recién adquirido título se hubiera hecho público... ¿estaban relacionados? Richard bebió otro trago de su copa. Sin duda, alguien había intentado matarlo, tanto en la ciudad como de camino a Minster Lovell. Otra cosa que había mencionado su abogado le hizo reflexionar. Había habido rumores sobre el accidente mortal de Frederick cinco años antes, el mismo año en que estaban fechadas las cartas del viejo vizconde. También era extraño que no se hubiera sabido nada de Charles ni de su familia desde ese mismo año... hasta ahora. ¿No dijo Jamie que sus padres se habían ahogado? ¿Sería el muchacho el objetivo de ataques similares, una vez que se conociera su verdadera identidad?

Richard se recostó en su silla, se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que sus problemas aún no habían terminado.

Unos quince minutos después, la cabeza de Wrighton asomó por la puerta de la biblioteca.

—Disculpe, señor. El médico estará aquí en breve. Se encontraba atendiendo al hijo del vicario, que ha sufrido una caída y se ha hecho daño en la pierna.

—Bueno, esperemos que no se retrase mucho. —Richard no deseaba ningún daño al hijo del vicario, pero en lo que a él respectaba, el muchacho había elegido un momento inoportuno para tener una caída. Richard hizo un gesto para que el mayordomo se quedara—. Preferiría que la identidad del joven vizconde no se diera a conocer fuera de estos muros —le dijo—. Ha habido algunos, hum..., incidentes. Demasiadas coincidencias desafortunadas, por llamarlo de algún modo.

Los ojos de Wrighton se abrieron de par en par.

—Dios mío, señor. ¿Qué quiere decir? ¿Cree que el señorito Jamie y su hermana podrían estar en peligro?

Richard hizo una mueca. Era el momento de coger el toro por los cuernos.

—Sí. Tengo razones de peso para creer que alguien puede tener planes malignos sobre quien ostenta el título. Ha habido varios atentados contra mi vida desde que se hizo público que yo era el vizconde. —El mayordomo se quedó boquiabierto ante las sombrías palabras de Richard—. Hasta que llegue al fondo del asunto —continuó—, creo que es prudente no poner a James en peligro. Por supuesto, contactaré con mi abogado de inmediato y pondré en marcha algunas investigaciones.

Al ver la extraña mirada que le dirigía Wrighton, Richard añadió:

—No se preocupe, Wrighton, mantendré al chico y a su hermana a salvo. No codicio el título. Le pertenece a él.

Hubo una pausa embarazosa. Richard casi podía oír cómo giraban los engranajes de la mente del anciano.

—Entiendo, señor. Se lo haré saber al resto del personal. Puede confiar en nuestra

discreción.

—Haré todo lo posible para resolver esto y reunir al joven vizconde y a su hermana con su abuela —dijo Richard—. Su reclamación del título debería ser sencilla, ya que los documentos y el sello parecen bastante concluyentes, y usted y su esposa han dado fe de su parecido. Espero que su abuela haga lo mismo. —Richard tuvo un pensamiento inquietante—. A menos que...

—No se preocupe por eso, señor —dijo Wrighton—. La viuda no es en absoluto torpe, aunque se quedó algo confundida durante un tiempo después de la muerte del viejo vizconde. Nunca se dejaría engañar por impostores, pero yo juraría sobre una pila de biblias, perdón, señor, que el muchacho es quien dice ser. Ella los reconocerá con toda seguridad.

—Bien. Mientras tanto, debemos mantenerlos a salvo.

En ese momento, sonó la campanilla de la puerta.

—Debe de ser el doctor Chesney. ¿Lo hago pasar, señor?

Richard asintió y el mayordomo salió corriendo.

Tras la marcha del médico, se decidió que Emma se instalara en la habitación ya preparada para Richard. Después de mover sus cosas a su nuevo dormitorio, Richard fue a ver cómo estaba el joven vizconde, que ahora estaba instalado en la habitación del otro lado del pasillo. Asomando la cabeza por el umbral, vio la pequeña figura dormida en medio de una gran cama con dosel. Satisfecho de que el chico estaba a salvo, Richard volvió al salón. Era el momento de trasladar a la joven, que seguía sumida en el más profundo de los sueños.

El ama de llaves levantó la vista cuando Richard entró en la habitación.

—Creo que está durmiendo más tranquila ahora, señor, y ha recuperado el color.

Richard miró a la chica. Sus mejillas tenían un tono mucho más saludable. Se agachó y la cogió en brazos con cuidado. Para su sorpresa, ella volvió la cabeza hacia el pecho de él y dejó escapar un suave suspiro.

Por fin, con la ayuda de la señora Wrighton, colocó su adormecida carga en la cama. Richard se quedó un momento mirándola y luego sacudió la cabeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para confundirla con un muchacho, con sus pómulos salientes, su delicada barbilla y sus labios de capullo de rosa?

—Me quedaré aquí por ahora, señor, hasta que llegue Polly —dijo la señora Wrighton—. Pobre señorita Emma. Parece que está acabada. Pensábamos que todos habían perecido hacía tiempo... y ahora aquí está ella, y el querido señorito James también. —La anciana se secó los ojos enrojecidos con la esquina de su delantal—. La viuda se alegrará de saber que están a salvo. La pobre señora se aferró a la creencia de que aún estaban vivos mucho después de que el resto de nosotros hubiera perdido toda esperanza. Estaba inconsolable cuando los tribunales los declararon muertos. Se lo tomó mucho peor que la noticia de la muerte del señorito Frederick. —La señora Wrighton dirigió a Richard una mirada cómplice—. Le ruego que me perdone, señor, pero su muerte fue más bien una bendición. Los problemas que le causó a su pobre madre...

Richard aplacó su curiosidad por el difunto Frederick y, con una última mirada a la joven dormida en la cama, partió hacia su propia habitación.

Richard se frotó los ojos. Dios, estaba agotado. Su nueva alcoba estaba fría, pero ya no le importaba. Lo único que quería era un buen sueño reparador. Se quitó las botas, se acercó a la puerta y las colocó con cuidado una al lado de la otra. A continuación, se deshizo de su pañuelo del cuello, lo dobló con cuidado y lo dejó en una silla. El hecho de que su ayuda de

cámara no estuviera presente no era excusa para el desorden, se dijo a sí mismo, reprimiendo un bostezo. A continuación, la camisa y los calzones, que también dobló y puso junto con el pañuelo. Sonrió mientras sacaba el camisón de su maleta. Menos mal que Carter siempre insistía en llevar uno. Richard rara vez llevaba camisón, pero esta noche sería una excepción. Hacía mucho frío.

Lamentando únicamente haber descuidado la redacción de las cartas a la viuda y a su abogado —después de todo, necesitaba tener la cabeza despejada para escribir—, Richard se arrastró por fin bajo las acogedoras mantas de la cama. Antes de caer rendido, en lo último que pensó fue en el rostro dormido de la muchacha.

[1] Carruaje de dos ruedas veloz y liviano con cabida para un pasajero además del conductor.

[2] Cinta o cadena colgante de un reloj de bolsillo.

[3] Lugar donde se guardan las sillas y guarniciones de las caballerías.

Sinopsis

Cuarta entrega de la serie *Necessary Arrangements*



El peor día de su vida fue... El día de su boda

La señorita Isabel Lewis está de capa caída. Antes era una maravillosa anfitriona y una perfecta dama, pero últimamente se encuentra con un problema tras otro. Uno de esos desafortunados sucesos le cuesta el respeto de la sociedad que tanto le costó ganarse. Ahora tiene que elegir: casarse con un hombre al que detesta o pasar el resto de sus días con su reputación arruinada.

Un hombre solo, con una hija rebelde y un perro revoltoso

El marqués de Vane es una especie de ermitaño. Tras haber sido decepcionado por las mujeres no una, sino dos veces, él está decidido a encontrar una dama apropiada por el bien de su hija y de su marquesado. No necesita pasión, amor ni siquiera compañía. Pero cuando se cruza con la señorita Isabel y se ve obligado a pedir su mano, entre ellos saltan chispas que prometen dar un vuelco a su tranquila y anodina vida.

¿Darán rienda suelta a la pasión que encierran sus corazones, o permitirán que su pasado les robe el derecho a la felicidad?

Nota de la Autora

En la novela, Lilian disfruta e incluso ansía las almendras saladas. Cuando escribí sobre el embarazo de Lilian, sabía que iba a necesitar algún tipo de antojo. Y al igual que muchas mujeres de mi entorno que habían estado embarazadas, asumí que ella querría algo crujiente y salado.

En mi investigación, encontré muchas referencias a dulces y postres, incluidas almendras azucaradas o garrapiñadas, que eran populares en la época de la Regencia, pero nada salado. Al menos, nada que pensara que encajaría con Lilian. Así que decidí que, como mujer trabajadora, ella misma crearía una receta.

Las almendras saladas se hicieron realmente populares durante la época victoriana, y se inventaron más variedades de recetas durante la época eduardiana. No quiero decir que la gente no las hiciera durante la época de la Regencia; simplemente no eran populares.

¿Quién puede decir que Lilian no fue la primera en inventar la receta de las almendras saladas?

Sobre la autora



**Sadie
Bosque**
es una
autora
de

romances históricos llenos de magia. Apasionada viajera, nos traslada con sus historias de amor al encanto de otras épocas y escenarios, dándoles voz a sus personajes para que se comuniquen con los lectores a través de sus propias experiencias y emociones. Los héroes y heroínas de los libros de Sadie son seres imperfectos, con sus fallos y con un gran corazón. Sadie cree que el «Felices para siempre» tiene que ganarse a pulso. Las pruebas y tribulaciones por las que pasan sus protagonistas los hacen más fuertes, consiguiendo que el desenlace sea mucho más dulce.

Puedes contactar con ella en:

<https://sadiebosque.wordpress.com/contact/>

Créditos

Edición en formato digital: junio de 2024

© 2024, Sadie Bosque

© 2024, Coralia Press

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

<https://coraliapress.com/>

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Sinopsis](#)

[Nota de la Autora](#)

[Créditos](#)

^[1] Button significa «botón».

^[2] Juego de palabras en inglés. Isabel cambia Vane por Vain, que significa «orgullosa».

^[3] Licor dulce, elaborado a partir de la maceración de distintos frutos o hierbas.